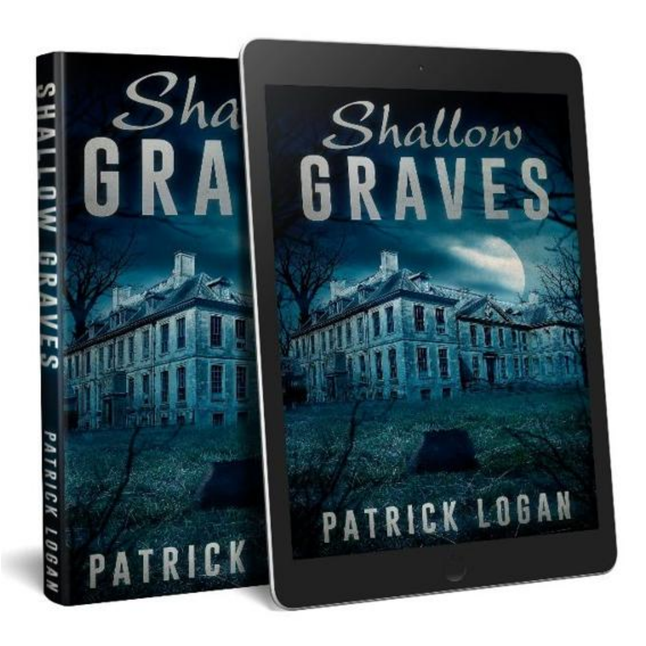
Tumbas SUPERFICIALES

PATRICK LOGAN



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Prólogo
Parte I - Lluvia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo XI
Capítulo 12
Capítulo 13
Parte II - La mudanza
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Parte III - La médula
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
FIN
Nota del autor
El Séptimo Distrito
Prólogo
PARTE I - Otra carta, otro trabajo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

Tumbas superficiales

La serie embrujada

Libro 1

Patrick Logan

Prólogo

Hambre.

El hambre se apoderó del estómago de la chica como un puño de hierro.

¿Cuánto hace que no como? ¿Dos días? ¿Tres días?

Era imposible saberlo: el sótano no tenía ventanas ni luz. Podía ser mediodía o medianoche, no había forma de saberlo.

Había intentado salir, por supuesto. Los primeros días que había estado atrapada allí abajo, había hecho todo lo posible por escapar. Pero sus esfuerzos sólo habían servido para arrancarse las uñas y dejarle la voz en carne viva de tanto gritar. Empezó gritando, exigiendo que la dejaran salir, pero al no obtener respuesta, pronto pasó a las súplicas apasionadas, a los sollozos desesperados y, finalmente, a las disculpas.

No importaba lo que dijera; nunca había respuesta.

Pero mientras los de arriba la ignoraban, a ella le costaba mucho más *ignorarlos*. Les oía pelear, gritos apagados procedentes de algún lugar de arriba, pero no podía distinguir las palabras por mucho que se esforzara.

Algo se escabulló a su izquierda y se quedó inmóvil. Era la segunda vez que oía el ruido. La primera vez que lo oyó, se arrinconó y se hizo un ovillo con su delgado cuerpo. Odiaba las arañas, las telarañas e incluso la oscuridad. Pero cuanto más tiempo pasaba en el sótano, más se acostumbraba a esas cosas de pesadilla, incluso se adaptaba a ellas. Le asombraba la capacidad de adaptación del cuerpo humano, pero lo que la niña comprendió rápidamente, incluso a su corta edad, era que la capacidad de adaptación de la *mente humana* era aún más impresionante.

Podía adaptarse a casi cualquier cosa, a cualquier situación, por desesperada que fuera.

Así que, aunque su instinto inicial fue quedarse paralizada cuando volvió a oírse el sonido, su cuerpo y su mente se fueron descongelando poco a poco.

Tan, tan hambriento.

Su estómago gruñó y, sin ser consciente de ello, abrió las palmas y apoyó suavemente el dorso de las manos en el suelo de tierra. Permaneció sentada, pero en silencio pasó del trasero a las rodillas.

El sonido llegó por tercera vez, ahora un poco más cerca.

Huele la sangre, la sangre de las yemas de mis dedos, de donde me arrancaron las uñas.

No estaba segura de por qué pensaba eso, pero en su cabeza sonaba lo suficientemente convincente.

Con el pulgar, se arrancó una costra de la punta del dedo índice, con una mueca de dolor. Una cálida humedad cubrió inmediatamente la yema del dedo.

¿Ahora puedes olerlo? ¿Puedes olerlo ahora?

Como si respondiera a sus pensamientos, oyó el sonido un poco más cerca. Concentrándose, creyó oír incluso la nariz de la rata retorciéndose.

Pasó menos de un minuto sin moverse hasta que sintió que algo le palpaba el dedo ensangrentado. Fue sólo un roce suave, apenas perceptible con el dolor de la uña desgarrada y la sangre secándose lentamente que cubría la herida. Pero cuando llegó de nuevo, no había duda.

Era una rata y le estaba lamiendo el dedo. Por un momento, la niña no hizo nada, agradecida por el simple contacto con otra cosa, aunque fuera una rata y no otro ser humano.

Para ser tocado.

Ser deseado, amado.

Eran cosas que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Desde que podía recordar, tal vez.

Me quisieron una vez antes de empezar a gritar sobre dinero todo el tiempo.

Una débil sonrisa se dibujó en el rostro de la niña en la oscuridad, pero no duró mucho.

La mente podría adaptarse, después de todo.

Y ésta era su nueva realidad.

En un movimiento que la sorprendió incluso a sí misma, la muchacha volteó la mano y hundió los dedos en el lomo de la rata. La cosa chirrió, un sonido horrible, pero la muchacha apretó el agarre y sus dedos, largos y finos, casi envolvieron por completo el cuerpo de la rata.

Sentía sus patas retorciéndose en la palma de su mano y el calor de su cuerpo al agarrarla. Por un instante, la niña temió que pudiera soltarse, pero apretó aún más fuerte. Apretó tan fuerte que creyó

sentir los latidos de su pequeño corazón en lo más profundo de su peludo cuerpo.

Aunque en el sótano estaba completamente oscuro, la niña se llevó el animal a la cara de todos modos e imaginó su aspecto: su nariz retorcida, negra y húmeda, sus ojos, fosas de obsidiana, y sus dientes de ciervo, amarillos y salientes.

Entonces su estómago gimió y se llevó el animal a la boca. En el fondo de su mente, sabía que lo que estaba haciendo era repugnante, incluso repugnante, pero la voluntad de sobrevivir alejó esos pensamientos.

Apretó los dientes contra el pelaje de la rata y sintió un chirrido al romperle la piel como si fuera la envoltura de una salchicha endurecida. La sangre se derramó en su boca y sintió arcadas. Reprimiendo esta reacción visceral, mordió aún más fuerte, sintiendo cómo varios de los pequeños huesos del animal crujían en su boca.

Ahogó el chillido de la rata con sus pensamientos.

Sí, pensó mientras masticaba. *Sobrevivir; sobrevivir es lo más importante.*

"¿Sigues ahí abajo?"

Al principio, pensó que la voz no era real, sino producto de su imaginación. Era algo tan extraño, otra voz humana que se dirigía a ella, que apenas la reconoció como lo que era. Pero entonces volvió a sonar y la muchacha dejó de masticar la carne de caza un momento para escuchar.

¿Podría ser?

La rata dejó de moverse.

"Han salido... ¡Voy a abrir la puerta ahora, pero tenemos que ser rápidos!".

La chica tragó saliva y cambió el agarre del cuerpo de la rata muerta por el de su cola. Aunque las palabras eran más claras ahora, como si la persona estuviera hablando justo desde detrás de la puerta en lo alto de la escalera, seguía sin creer del todo que fueran reales.

Pero entonces la puerta se abrió y una pizca de luz se derramó en el sótano. A pesar de que la luz era gris, tenue, contrastaba tanto con la oscuridad del sótano que inmediatamente se protegió la cara con el antebrazo.

Una sombra parpadeó en la estrecha abertura, pero sus ojos aún no se habían adaptado y no pudo distinguir lo que era.

"¡Deprisa! ¡Vamos! No tardarán mucho".

La muchacha se puso en pie y se dirigió al pie de la escalera, con la rata aún en la mano.

"Oh... oh Dios..." murmuró la persona de arriba.

La chica oía algo más: la lluvia. Oía cómo la lluvia golpeaba el tejado y los laterales de la casa. Para sus sensibles oídos, cada gota era como un rodamiento de bolas cayendo sobre hojalata.

"Jesús... oh Dios..." la persona tuvo arcadas, "por favor, tienes que venir conmigo".

La chica dio un paso vacilante hacia delante, con los pies descalzos tocando el escalón inferior.

"¡Vamos!"

Ahora podía distinguir la silueta de una figura en el umbral de la puerta, una mano que le pedía que se diera prisa. Pero estar sentada en el suelo de tierra de un sótano a oscuras durante días y días había convertido la urgencia en una noción extraña.

"¡Deprisa!"

La chica estaba en el cuarto escalón cuando oyó que la puerta principal de la finca se abría con fuerza.

Ambos se congelaron.

"No", gimoteó la figura en lo alto de la escalera. "Papá está en casa..."

La chica apretó con fuerza la cola de la rata.

***

La chica temblaba, con los pies a escasos centímetros del borde del tejado. La lluvia la había empapado por completo y su camisón, sucio por la suciedad del sótano, se pegaba incómodamente a su cuerpo delgado como un rayo. Respiró hondo y se preparó mentalmente para lo que instintivamente sabía que vendría a continuación.

"Salta". La voz era profunda, grave. Autoritaria.

Una voz que ella sabía que probablemente debería escuchar.

Pero no podía saltar.

"Salta".

El instinto de supervivencia se apoderó de ella y giró con la intención de correr hacia la ventana, hacia el interior. Lejos de la lluvia, del frío.

La voz.

Pero una mano la agarró por el pelo empapado. Era una mano gruesa, fuertemente callosa por años de duro trabajo.

"Salta", volvió a decir el hombre. Pero esta vez no esperó a que ella obedeciera. La tiró del pelo. Sus piernas giraron como locas, intentando desesperadamente traccionar sobre el resbaladizo tejado. Pero la lluvia arreciaba aún más, y sus pies descalzos sólo alcanzaron el borde antes de salir volando por encima.

Un grito se le atascó en la garganta y el aire rugió en sus oídos. De algún modo, durante la caída, se dio la vuelta y se encontró mirando las losas que se precipitaban a su encuentro.

Sin embargo, una fracción de segundo antes del impacto, parecieron desaparecer. Todo, la lluvia, la casa, el tejado. Incluso el hombre que la había arrojado, su padre. Todo ello fue sustituido por un mar espumoso y un cielo azul despejado.

Nunca había estado en el océano, pero siempre se lo había imaginado así. Suaves olas blancas, como mantequilla hirviendo a fuego lento en la orilla de una esponjosa tortita.

Por alguna razón, sabía que este lugar también tenía un nombre, aunque no era uno que hubiera oído antes.

La médula.

Una sonrisa se dibujó en sus finos labios azules. Pero de repente el cielo se oscureció y un trueno desgarró la serenidad.

La voz volvió.

"No, aún no he terminado contigo".

Parte I - Lluvia

Capítulo 1

Robert Watts dudó antes de pulsar el botón de imprimir. Se sentó en la silla y se pasó la mano por el pelo castaño medio largo.

Tres meses de trabajo... una vez que pulso imprimir, eso es todo. Se acabó. Finito. Completo.

Sus ojos saltaron sobre los números que llenaban su monitor.

Tres meses y desaparece. En el éter de la contabilidad, para no volver a verlo ni a oír hablar de él.

Robert siempre se sentía así cuando terminaba la contabilidad de uno de los grandes clientes de la empresa. Invertía toda su mente y su cuerpo en el trabajo, hasta el punto de que tenía la sensación de saber más sobre la empresa que los altos directivos sobre sí mismos. Al menos, la parte numérica del negocio. Siempre se sentía un poco vacío cuando terminaba uno de los proyectos más grandes, y hoy no era una excepción.

En todo caso, hoy ha sido peor, quizá porque últimamente se sentía especialmente deprimido, y en parte por la revelación de que, al ritmo actual, *Butter and Squash Produce no llegaría* a fin de año sin declararse en quiebra.

Sacudió la cabeza, parpadeó dos veces y pulsó PRINT.

No es mi problema, pensó.

Esta parte también le hizo sentirse un poco fuera de lugar. *No era* problema suyo -su trabajo consistía sólo en hacer números-, pero *aun así*. Había conocido a las propietarias, Dawn y Maureen, varias veces, y le caían bien. Eran mujeres simpáticas que intentaban encontrar un nicho de mercado para sus productos ecológicos y hacerse con un trocito del pastel americano. Pero no fue así. En momentos así, agradecía que su trabajo consistiera sólo en hacer números y no en dar malas noticias.

Estarían destrozados.

Con un suspiro, Robert se levantó de la silla giratoria de plástico barato y se puso de pie. Se puso la mano en la parte baja de la espalda e intentó masajearse el dolor que se le había acumulado en las últimas horas por estar arraigado en su sitio, y luego esbozó una débil sonrisa.

A una parte de él también le gustaba la idea de haber completado otra tarea, de marcar una casilla más de trabajos realizados.

La oficina estaba a oscuras, los demás cubículos habían sido abandonados hacía tiempo, los oficinistas más jóvenes se habían retirado a sus casas a tomar bebidas energéticas y jugar a videojuegos en línea. O eso se imaginaba.

Miró el reloj y se sorprendió de que sólo fueran las seis y media. Sus pensamientos se dirigieron entonces a su familia, a su mujer Wendy y a su hija Amy, de nueve años. Esa misma mañana había sugerido a Wendy que llevara a Amy a cenar, ya que esperaba terminar el expediente de la *mantequilla y la calabaza* mucho más tarde de lo previsto.

Tal vez pueda alcanzarlos antes de que empiecen y reunirme con ellos. O mejor aún, puedo decirle a Wendy que coja un par de filetes y se reúna conmigo en casa.

Hacía tanto tiempo que no cenaban, una verdadera cena *familiar, con* sus apretadas agendas y las de Wendy.

Les llamaré después de entregar esto, se reconcilió, una pequeña sonrisa asomando a sus labios.

Un filete... un filete estaría bien.

Como si respondiera a sus cavilaciones, le rugió el estómago. Robert aceleró el paso y se dirigió por el despacho vacío hacia la impresora, que zumbaba mientras escupía página tras página de hojas llenas de números.

La impresión terminó -ochenta y nueve páginas en menos de un minuto- antes de que él llegara. Echó un vistazo rápido para comprobar que las páginas estuvieran bien agrupadas y puso un clip ancho en la esquina superior izquierda. A continuación, colocó el informe en la carpeta marcada como *Butter and Squash Produce*.

Un rápido vistazo reveló que, después de todo, el despacho no estaba completamente vacío. Esperaba estar solo y poder pasar la carpeta por debajo de la puerta del despacho de su jefe, pero se dio cuenta de que no iba a ser así.

Aunque la luz de la oficina, al fondo de la fila de cubículos, estaba apagada, pudo distinguir la silueta de un hombre agachado detrás de una pantalla de ordenador, con la parte superior de la cabeza inundada por el resplandor azul verdoso.

La sonrisa de Robert se desvaneció al acercarse a la puerta. El hombre tras el mostrador no levantó la mirada.

Llamó ligeramente a la puerta, sus nudillos rebotaron en el tablero de partículas barato bajo la placa de latón que rezaba: *Landon Underhill, Director Regional.*

El hombre detrás del ordenador se aclaró la garganta.

"Pasa", dijo, y Robert abrió la puerta de un tirón.

"¿Landon?" preguntó Robert, pero cuando el hombre por fin asomó la cabeza, sus espesas cejas negras subiendo por su amplia frente, vaciló. "¿Dónde está Landon?"

El hombre movió un enorme fajo de chicles de una mejilla pálida a la otra.

Chicle... ¿qué clase de hombre de cincuenta años masca chicle?

Uno con halitosis crónica, ése es. Un hombre delgado y calvo con brazos como patas de pollo y piernas como brazos de pollo.

"Landon salió temprano, tenía algunos asuntos que atender". El hombre rechinó el chicle de forma odiosa. "¿Terminaste el archivo Butternut?"

Robert casi soltó una carcajada.

Butternut.

Levantó la carpeta y cruzó la habitación.

"Tómalo aquí, Carl", anunció, con un matiz de orgullo en la voz.

Carl cogió la carpeta con los dedos manchados de nicotina y la dejó a su lado.

"¿Ni siquiera vas a mirarlo?"

El hombre se encogió de hombros.

"No es mi trabajo", admitió.

Robert frunció el ceño mientras Carl volvía a la pantalla del ordenador.

"Bueno, me voy. Voy a ver si puedo pillar a la mujer y al niño para cenar".

El hombre volvió a levantar la vista y sus cejas bailaron un poco sobre su frente grande y pálida.

"¿Por qué no tomas asiento, Robert?"

Robert miró a su alrededor. No había más sillas en la habitación.

"¿Carl?"

El hombre se asomó por encima de su escritorio.

"Ah, es verdad. Olvidé que esta es la oficina de Landon".

Carl cerró lentamente la tapa de su portátil, antes de doblar los dedos y apoyarlos sobre el escritorio. Ahora, casi a oscuras, tenía un aspecto extrañamente siniestro.

"Mira, Robert. Odio ser quien te diga esto, pero..."

El hombre hizo una pausa y el corazón de Robert se aceleró de inmediato. Cualquier diálogo que empezara con "*Odio ser el elegido"* nunca acababa bien. Y ahora Carl, ayudante del director regional, destinado a ser la zorra de la oficina, el lacayo de Landon, ni siquiera establecía contacto visual.

"¿Qué? ¿Qué es?"

"Bueno, supongo que no hay una forma fácil de decir esto, así que lo haré".

Y sin embargo, a pesar de sus palabras, volvió a hacer una pausa.

Robert sintió que su cara empezaba a sonrojarse.

Por favor, ahora no.

"¿Qué? La pregunta salió más agresiva de lo que pretendía, y Carl levantó los ojos. Ahora, al ver que había un desafío, el calvo parecía imbuido de valor.

"Mira, Landon quería que supieras que va a haber algunos cambios aquí en *Audex Accounting, algunos* recortes. Y yo..."

Robert se mostró incrédulo y su mirada se desvió hacia la gruesa carpeta que acababa de entregarle. La carpeta que se había pasado los últimos tres meses rompiéndose las pelotas para tener lista a tiempo.

"¿Me estás despidiendo?", jadeó.

Carl negó rápidamente con la cabeza.

"No, despido no. Has sido un buen empleado, Robert. Pero vamos a tener que dejarte ir... Landon se está reestructurando, y..."

Robert ya no oía las palabras, apenas oía nada más que el corazón latiéndole en el pecho.

¡No, ahora no! Por favor, ahora no.

Tragó con fuerza, pero el nudo que tenía en la garganta parecía estar adherido de algún modo y no bajaba. Pensó en su mujer, que acababa de dejar el bufete para montar su propia inmobiliaria.

Y la casa que *apenas* podían permitirse con los sueldos de ambos, la que él le había suplicado a Wendy que no comprara, que se conformara con algo más asequible, eso también le vino a la mente.

"Por favor", murmuró, sin estar seguro de que saliera sonido alguno. Pero a juzgar por la reacción de Carl, había hablado... pronunciado las palabras en un susurro.

"Lo siento, Robert. Has hecho un gran trabajo para *Audex a* lo largo de los años, y realmente es una pena verte marchar."

"Landon..."

"Landon deseaba poder darte la noticia él mismo, pero tenía negocios. Me pidió que lo hiciera por él. Cuídate, Robert."

Robert se quedó boquiabierto cuando el hombre acercó la carpeta -como si esperara que Robert se la llevara- y volvió a abrir el portátil.

¿Ya está? ¿Catorce años rompiéndome el culo por Audex y eso es todo? ¿Ni siquiera tener la cortesía de ser despedido por el gerente, sino por... la maldita perra calva de oficina que masca chicle que es Carl Stevens?

Robert no sabía qué hacer ni qué decir, así que giró sobre sus talones y empezó a marcharse. Su andar, que hacía unos minutos era elástico, ahora era fatigoso, como si la moqueta de mierda hubiera sido sustituida por barro espeso.

"Oh, ¿y Robert?"

Robert se giró, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con formarse en sus ojos.

"¿Sí?", susurró.

"Por favor, llévese sus cosas esta noche. Su tarjeta se desactivará cuando se vaya".

Robert quería volver corriendo al despacho y estrangular al hombre, estrangular su escuálido cuello. Pero en lugar de eso, se limitó a asentir solemnemente y se dio la vuelta, abandonando el despacho de Landon Underhill por última vez.

Capítulo 2

Wendy Watts cerró los ojos y acercó los labios a los suyos. La sensación era eléctrica, y la lengua de Wendy no hizo más que subir y bajar ondas de choque por su cuerpo. Sabía a carne, pero no en el mal sentido, sino en el sentido fuerte y varonil que ella buscaba desesperadamente.

Un gemido escapó de sus labios, que también sirvió para separarlos. La boca del hombre abandonó la suya y le besó la barbilla, antes de pasar a la suave piel que había debajo. Con los ojos aún cerrados, Wendy inclinó aún más la cabeza hacia atrás, estremeciéndose con cada uno de sus suaves besos, que recorrían un serpenteante camino desde la barbilla hasta la garganta. Cuando llegaron a la cima de su pecho suave y pálido, jadeó. Cuando su lengua le acarició el pezón, poniéndoselo duro al instante, no pudo contenerse. Se inclinó hacia delante, le agarró la nuca con las manos y le obligó a acercar la boca al pezón.

"Sí", gimió. "Sí..."

Estaba en cuclillas sobre él, con la falda subida y la blusa tirada en algún sitio, olvidada. Él estaba sentado debajo de ella, y ella sintió cómo se le endurecía la polla mientras seguía chupándole el pecho.

Una sonrisa cruzó su rostro.

"¿Mamá? ¡Mamá!"

El hombre se quedó inmóvil, con los labios aún pegados a la suave piel de ella.

Wendy apretó los dientes, frustrada, y luego abrió los ojos.

"¿Qué?", gritó por encima del hombro.

La voz respondió desde algún lugar por debajo de ellos-la sala de estar más probable.

"La tele no funciona, mamá. Dice algo de que no hay señal".

"Joder", refunfuñó ella. El hombre apartó la cabeza del pecho de ella. "¡Prueba a encenderlo y apagarlo otra vez!".

"¡Ya lo hice! Sigue sin funcionar".

Wendy miró hacia el cielo y se preguntó cómo había dejado que Amy se volviera tan quejica.

"Mira", susurró el hombre debajo de ella. "Tal vez esto no es una buena idea-tal vez, con-"

Wendy le miró a los ojos castaños, pasando la vista de su rostro barbudo a sus labios brillantes.

No te ablandes conmigo ahora, Landon.

Metió la mano entre sus piernas y apretó su virilidad.

Landon sonrió.

"No, *es* una buena idea", le aseguró ella. "*Necesito* esto".

"¿Mamá? ¿Puedes arreglar la tele?"

Wendy volvió a apretar el pene de Landon con frustración... quizá demasiado fuerte esta vez. Él gruñó y se movió incómodo debajo de ella.

"No, Amy. ¡Sólo ve afuera! ¡Ve a jugar al patio!"

Hubo un momento de silencio y, a continuación, un murmullo que Wendy no consiguió descifrar.

Mierdecilla desagradecida.

"¡Está empezando a llover, mamá!"

"¡Maldita sea, Amy! ¿Por qué no te vas andando a casa?"

Landon se apoyó en los codos.

"¿En serio?"

"¿Qué? Es sólo como un paseo de veinte minutos."

"Wendy, vamos. Sólo tiene nueve años".

"Casi diez", le corrigió Wendy.

"¿En serio?" Amy gritó desde abajo.

"¿Conoces el camino?" preguntó Wendy, suavizando su tono.

"Si..."

"Entonces, sí. Vete a casa. Hazle compañía a tu padre".

Wendy esperó con las orejas aguzadas. Finalmente, oyó que la puerta corredera se abría y se cerraba de golpe. Sintió una punzada momentánea de culpabilidad, pero cuando se volvió hacia Landon, que seguía mirándola con una ceja levantada, se olvidó rápidamente.

"Ahora, ¿dónde estábamos?", preguntó.

"Yo estaba..."

"-a punto de joderme los sesos, lo sé."

Landon sonrió.

"Estaba a punto de decir..."

Wendy extendió un dedo y se lo puso en los labios, haciéndole callar.

"Nuh-uh, no se habla más."

Landon empezó a sonreír, una sonrisa lasciva, y Wendy sintió que su corazón volvía a acelerarse.

El sonido del teléfono interrumpió su excitación. Wendy levantó los brazos.

"¡Joder!"

Normalmente su teléfono estaba en vibración, pero lo había encendido por si llamaba Robert. Un rápido vistazo a la mesilla de noche le demostró que era él.

Wendy volvió a mover las caderas, sintiendo cómo Landon se endurecía a través de sus pantalones.

"¿Vas a contestar?", preguntó.

Wendy sacudió la cabeza y se balanceó más deprisa.

"No, es sólo Robert". Ella se agachó y le agarró las muñecas, y le puso las manos en los pechos.

"Pero tal vez deberías contestar. Quiero decir..."

Wendy volvió a sacudir la cabeza, preguntándose cómo y cuándo Landon se había vuelto tan sensible. Llevaban follando casi seis meses, pero en los últimos días se había comportado de forma extraña, haciendo preguntas sobre Robert, de entre todas las personas.

"No, Landon. No voy a contestar. Ahora será mejor que empieces a follarme antes de que me cabree de verdad".

Landon pareció contemplar esto por un momento, y una de sus manos se apartó de los pechos de ella. Por un segundo, pensó que realmente iba a empujarla y negarse a darle lo que quería. Peor aún era la posibilidad de que el propio Landon contestara al teléfono.

Afortunadamente, el hombre no hizo ninguna de las dos cosas. En cambio, su mano se deslizó entre sus piernas y ella sintió cómo jugueteaba con su cremallera. Un segundo después, sintió su polla caliente debajo de ella, dura y desnuda.

Wendy tragó saliva.

Y entonces él estaba dentro de ella, y ella jadeó.

"Me gusta cuando estás cabreada", susurró Landon mientras empujaba sus caderas, hundiendo más su virilidad.

***

Wendy trató de alisarse la melena rubia que le llegaba hasta los hombros por el espejo retrovisor, pero su melena se negaba a hacerle caso. Al cabo de uno o dos minutos, se dio por vencida y se aplicó una nueva capa de pintalabios, asegurándose de limpiarse después las comisuras de los labios con el dedo.

Fuera llovía a cántaros, y las gruesas gotas caían sobre el techo del coche como granizo. Una parte de ella, una gran parte, quería contestar a una de las docenas de llamadas de Robert y decirle que no estaría en casa esta noche. Inventarse alguna excusa para quedarse atrapada bajo la lluvia... ya se le ocurriría algo, y aunque Robert intentara convencerla para que volviera a casa, no insistiría.

Se imaginó su cara estrecha y sus ojos tristes.

"Vale, Wendy. Ten cuidado, ¿vale?"

A salvo... la palabra resonaba en ella. Robert siempre terminaba sus conversaciones con esa estúpida frase... *estar a salvo*.

Maldito marica era lo que era. Por una vez, ¿no podía actuar como un hombre?

Wendy pensó en lo que podría pasar si Robert se enteraba de lo suyo con Landon. La respuesta estaba clara.

Nada, no haría nada.

Probablemente se encogerá de hombros y seguirá cenando como si nada.

Frunciendo los labios y sacudiendo la cabeza con disgusto, Wendy metió la marcha atrás y salió chirriando de la entrada de la casa colonial de dos plantas de Landon Underhill -la más grande de la calle, observó Wendy con un claro sentimiento de orgullo-, salpicando agua casi hasta las ventanas.

Luego puso el coche en marcha y empezó a bajar por la calle, entrecerrando los ojos para ver bajo el torrencial aguacero.

Jesús, ¿de dónde viene esta lluvia?

Sacudió la cabeza, intentando concentrarse. Un giro a la izquierda, luego a la derecha y ya estaba en la autopista. Un rápido vistazo al reloj de la consola central le indicó que eran casi las nueve... Robert tenía todo el derecho a llamar, supuso.

De nuevo le vinieron a la mente sus ojos de bobo y su actitud

siempre calmada, pero rápidamente se lo quitó de la cabeza y prefirió pensar en Landon, en sus manos ásperas agarrándola por las caderas mientras la penetraba por detrás. Podía verle la cara, con el sudor goteándole en la frente y el labio inferior apretado entre los dientes mientras gruñía y se balanceaba.

La imagen fue tan poderosa que Wendy tuvo que sacudírsela también, sintiendo un hormigueo entre las piernas y en el interior de los muslos.

Landon se iba de la ciudad el fin de semana, pero el lunes… el lunes, *tenía* que volver a verle. Ella necesitaba…

Su teléfono sonó, y esta vez Wendy se acercó al asiento del copiloto y lo cogió.

¿Robert otra vez? ¿Qué…?

Pero entonces oyó un chirrido, al que siguió inmediatamente un profundo y resonante crujido de metal retorciéndose.

De repente, Wendy Watts se vio empujada hacia delante, el teléfono móvil salió volando de su mano y se estrelló contra el parabrisas.

Su cuerpo la siguió.

Capítulo 3

Robert se llevó el vaso a los labios e inhaló brevemente antes de beberse el resto del whisky de un trago. Al cuarto vaso había dejado de arder y ahora, al sexto, no le sabía a nada. Sólo un líquido que bajaba como agua y le hacía estar menos coordinado.

Mientras se dirigía hacia la cocina, divisó una sombra en el cristal esmerilado que flanqueaba la puerta principal en su periferia.

¿Qué demonios...?

Robert se acercó tambaleándose. Agarró la puerta y la abrió de par en par, con una sonrisa bobalicona en la cara. Pero cuando vio a Amy de pie, empapada, abrazada a su conejito de peluche, se le borró la sonrisa de la cara.

"¿Amy? ¿Qué... estás bien?"

Amy no dijo nada, y él tiró rápidamente de ella hacia el interior y la resguardó de la lluvia.

"¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mamá?"

"Estoy bien, papá", dijo Amy en cuanto estuvo dentro.

"¿Dónde está mamá? ¿Y qué haces fuera bajo una lluvia torrencial?", volvió a preguntar.

"Ella... ella... *¿estás* bien?" preguntó Amy, devolviéndole la pregunta. Sus ojos se desviaron hacia su vaso vacío, y él inconscientemente lo movió detrás de él.

"Estoy bien", dijo rápidamente. "¿Mamá sigue trabajando?"

Amy asintió con la cabeza, pero eso no alivió la preocupación en el rostro de Robert.

"¿Por qué no subes a ponerte el pijama y te calientas? Iré a arroparte".

Amy sonrió y saltó junto a él para subir las escaleras.

Robert se quedó un momento en la entrada, intentando comprender qué demonios acababa de ocurrir.

¿Por qué estaba jugando Amy bajo la lluvia?

Sacudió la cabeza, acción de la que se arrepintió inmediatamente. Tragó saliva y apoyó la palma de la mano en la pared para intentar tomar tierra y detener el giro.

El whisky le había embrollado la mente y sabía que esforzarse por entender algo ahora, con seis copas de más, sólo conseguiría ser frustrante. Así que hizo lo que cualquier padre haría después de perder su trabajo y darse un capricho: se encogió de hombros y decidió que se ocuparía de ello por la mañana.

Mientras Robert se volvía hacia la cocina con la intención de llenar su vaso, pulsó el botón de enviar de su teléfono móvil por lo que le pareció la enésima vez. Ni siquiera se molestó en acercárselo a la oreja, suponiendo que, como la última vez y la anterior, no recibiría respuesta.

La botella de Glenlivet 18 estaba casi vacía, lo que le produjo una expresión agria en el rostro. Desenroscó el tapón, algo que resultó inusualmente difícil, y luego vertió un dedo de whisky. Sus ojos se volvieron hacia la ventana que había sobre el fregadero y volvió a sorprenderse de la cantidad de lluvia que caía. Ni siquiera podía ver la valla trasera, que sabía que estaba a unos tres metros de la ventana, pues la lluvia lo envolvía todo.

Joder, espero que no estés conduciendo bajo la lluvia, Wendy. ¿Y por qué no contestas al teléfono?

Como en respuesta a su pregunta, oyó la voz robótica a través del diminuto altavoz de su BlackBerry que le decía que el buzón de la persona con la que intentaba ponerse en contacto estaba lleno.

Robert gruñó y colgó. Luego vertió el resto de la botella en su vaso.

A la mierda, si alguna vez hubo un momento para beber, era ahora.

Mientras sorbía el whisky y contemplaba la borrosa lluvia, su mente empezó a divagar.

Wendy iba a perder la cabeza cuando se enteró de que fue despedido. *Totalmente*. Se había vuelto cada vez más cortante con él en los últimos tres meses, lo que él había atribuido al estrés de la compra de su casa… en la que ahora estaba, en una cocina con una enorme cocina de gas Viking, una campana extractora de aluminio tan pulida y brillante que podría hacer las veces de espejo de la chimenea, y un frigorífico no sólo con una máquina de hacer hielo integrada en la puerta, sino también con una maldita pantalla de ordenador que, de alguna manera, sabía exactamente lo que había en el frigorífico en cada momento.

Imagínatelo.

Y pensar que ninguno de los dos era especialmente aficionado o adepto a la cocina.

Pero Wendy tenía que tener este palacio de tres plantas y

seiscientos metros cuadrados. *Tenía que* hacerlo, aunque Robert, como contable, conocía los números, sabía que *apenas* era asequible, y eso sólo con algunas suposiciones bastante esperanzadoras sobre las ventas de casas de Wendy, suponiendo que consiguiera vender una casa, cosa que no había hecho desde que se había independizado.

"Tenías que tener este lugar, ¿verdad, Wen?" Robert dijo a la lluvia, sus palabras arrastradas.

Podían permitírselo, pero a duras penas.

Pero eso fue antes de que esa comadreja de Carl le despidiera.

Robert, enfadado, bebió un buen trago, y esta vez el whisky sí quemó. Hizo una mueca, intentando volver a pensar en su realidad económica.

Se habían retrasado en el pago de este mes, y también lo habían hecho el mes pasado. No tenía ni idea de cómo iban a hacer frente a los pagos de la hipoteca de los próximos meses después de recibir el último cheque de *Audex*. Wendy *tenía* que vender una casa. Y pronto.

Audex.

Su mente dio un vuelco y empezó a pensar en su anterior empresa. Supuso que ya se veía venir: la empresa se había decantado por una plantilla más joven con el paso de los años, optando por contratar a contables novatos inmediatamente después de que terminaran sus estudios de contabilidad, en lugar de contratar a alguien con más experiencia. En cierto modo, tenía sentido. Eran novatos pero capaces y, sobre todo, estaban ansiosos por trabajar... cualquier trabajo, con cualquier salario. Ninguno de ellos se quedaba mucho tiempo, preferían ganar experiencia y luego buscar pastos más verdes. Aun así, había un suministro inagotable de ellos, lo que hacía prescindibles a los contables mejor pagados y con más experiencia.

Un grupo al que Robert pertenecía claramente.

"Maldito Carl, maldito Landon."

Un enorme relámpago iluminó el cielo, seguido inmediatamente por un trueno profundo y retumbante que pareció sacudir la misma cocina en la que se encontraba Robert.

"Jesús", dijo, dando instintivamente un paso atrás. Se lamió en la muñeca las gotas de whisky que se habían derramado, bien por el temblor de los cimientos de la casa, bien porque había saltado hacia atrás.

El relámpago le había permitido ver el patio trasero y se dio cuenta de que la lluvia, que había empezado hacía apenas una hora después

de que saliera de la oficina, se había desatado con fuerza. La esquina del césped empezaba a convertirse en un lodazal, el nuevo césped que se había colocado recientemente aún no estaba bien asentado. Robert había echado un vistazo a la bajante del canalón, y el agua que manaba de ella parecían las malditas cataratas del Niágara.

Su primera inclinación cuando no había podido localizar a Wendy y cuando había visto que su coche -un lujoso BMW serie 5 (no podía ser un serie 3, por supuesto; no podía dar a esos clientes inexistentes una impresión equivocada)- no estaba en la entrada, había pensado que tal vez estaba en medio de una venta, que estaba aguantando para cenar y que por fin estaba cerrando su primer trato en solitario, lo que también explicaría que Amy volviera a casa sin ella.

Pero ahora, al ver la veracidad de la lluvia, se dio cuenta de que aquello era ridículo. Nadie en su sano juicio compraría una casa en un tsunami. Después de todo, querría esperar a ver si el lugar se inundaba o era arrasado por una tormenta como ésta, ¿no?

Robert sacudió la cabeza y apartó los ojos de la ventana.

Tomó otro sorbo de whisky y se dirigió de nuevo hacia la sala de estar, pensando que era buena idea distraerse con un poco de televisión.

Stranger Things... Veré otro episodio de Stranger Things.

Se lo pensó un momento mientras bajaba torpemente al sofá.

A Wendy no le importará, pensó, tratando de convencerse a sí mismo. *De todos modos, se queda dormida a medio camino o pasa más tiempo enviando mensajes de texto que mirando.*

Sin embargo, cuando encendió el televisor, decidió ver otra cosa. Darle la noticia de que había perdido su trabajo iba a ponerla furiosa, y...

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

¿El trueno? ¿Había sido el trueno?

Desde luego, había sonado como un aldabonazo. Robert esperó, escuchando atentamente mientras la lluvia seguía golpeando las ventanas.

A diferencia de cuando había visto a Amy antes, fuera estaba tan oscuro que los cristales esmerilados que flanqueaban la puerta sólo parecían negros; no podía saber si había alguien fuera.

"En otras noticias..."

El televisor sonó de repente al encenderse.

Robert saltó.

"¡Joder!", gritó. Intentó pulsar el botón de silencio, pero no tenía puntería y veía borroso. En su lugar, pulsó el botón de subir canal.

Una cara ancha y rosada, víctima de la cirugía plástica que hacía que la mujer pareciera una especie de marioneta humana, apareció en pantalla, escupiendo tonterías sobre el bótox.

Unas amas de casa de alguien rico en otra parte.

Robert respiró hondo, intentando calmar los latidos de su corazón, y se concentró en encontrar el botón de silencio.

Entonces lo oyó de nuevo, esta vez más deliberado.

Fue un golpe.

"¿Wendy?", gritó mientras empezaba a levantarse.

Llegó hasta la mitad antes de caer de espaldas sobre los cojines del sofá. En el proceso, derramó un poco de whisky sobre el ante verde.

"Mierda", refunfuñó, limpiando ineficazmente la mancha con la mano libre.

Wendy también va a perder la cabeza por eso.

Robert consiguió ponerse de pie en su segundo intento e incluso logró dejar su vaso sobre la mesita sin derramarlo de nuevo.

"¡Ya voy, Wendy!", gritó. "¡Amy! ¡Tu madre está en casa!"

Robert tardó menos de un minuto en llegar a la puerta, incluso teniendo en cuenta su andar tambaleante. Accionó el cerrojo y abrió la puerta de par en par.

"Wendy, sal..." *De la lluvia*, quiso decir.

Excepto que no era Wendy la de la puerta.

La visión de un policía, con el sombrero en la mano y los labios apretados en un ceño profundamente fruncido, hizo que las palabras se le atascaran en la garganta.

Capítulo 4

"¿Qué-qué?" Robert casi gritó.

"Por favor, Sr. Watts, ¿puedo entrar?"

Robert miró con los ojos muy abiertos al policía de mediana edad empapado que estaba en su puerta. De algún modo, logró asentir débilmente con la cabeza.

Tengo malas noticias, Sr. Watts.

De repente, Robert deseó no haber bebido ni la mitad de whisky. Tragando saliva, se dio la vuelta y el hombre entró en su casa.

"Pase", consiguió Rob, el efecto del alcohol le impedía procesar o siquiera contemplar lo que estaba pasando. Aun así, estaba lo bastante informado como para saber que un agente de policía en la puerta, una figura de aspecto triste diciendo palabras como *malas noticias*, normalmente solo significaba una cosa.

Robert negó con la cabeza.

No, no, no...

"Venga, siéntese", graznó. El policía dudó.

"Estoy empapada. Tal vez..."

Pero Robert ya había vuelto al sofá y se había desplomado en su sitio habitual. No se atrevió a coger el whisky de la mesa.

El agente le siguió a regañadientes y se sentó con cuidado de no mojar el sofá de dos plazas que estaba pegado al sillón.

"Sr. Watts, siento mucho tener que decirle esto, pero su esposa, Wendy..."

Robert asintió, sabiendo lo que el hombre iba a decir incluso antes de que pronunciara las palabras.

"Tuvo un accidente de coche esta noche... Sr. Watts", suspiró pesadamente, "Sr. Watts, su mujer ha muerto".

De repente, a Robert se le escapó el aire de los pulmones y no pudo respirar. Su mente se volvió hacia el rostro anguloso de su mujer, su pelo rubio que llevaba corto a pesar de que él le había dicho innumerables veces que lo prefería largo.

"¿Sr. Watts? Lo siento, pero..."

Robert no oyó nada más de lo que dijo el agente; en su lugar, sólo

oía el correr de la sangre en sus oídos.

Entumecida.

De repente, sintió todo el cuerpo entumecido.

Wendy no puede estar muerta. Ella estaba vendiendo una casa... todo esto es sólo una broma cruel.

Después de todo, Robert cogió su whisky y se quedó mirando el líquido dorado durante tanto tiempo que sus ojos se desenfocaron.

Estoy borracho.

Luego vinieron las lágrimas, no sollozos desgarradores, sino lágrimas silenciosas que resbalaron por sus mejillas. Una gota cayó en su whisky, recordándole que aún lo tenía en la mano. Se lo llevó a los labios y bebió un pequeño sorbo.

"¿Sr. Watts? ¿Sr. Watts?"

Robert se dio cuenta de repente de que el oficial seguía allí, en la habitación, con él, y levantó la mirada para mirarle.

La cara del hombre era plana, uniforme; esto no era una broma. O, si lo era, entonces premien a este hombre con el Oscar inmediatamente.

"Lo siento", repitió el agente.

Por un breve instante, Robert sintió lástima por *él*; no envidiaba al hombre por tener que darle la noticia. Debía de ser increíblemente difícil ver cómo alguien se derrumbaba después de que le dijeran que sus seres queridos habían muerto. Robert se preguntó cómo sería su reacción en comparación con la de los demás. Supuso que la mayoría de las mujeres se pondrían histéricas y se tirarían al suelo, mientras que los hombres, los hombres duros, se mostrarían solemnes e inexpresivos.

Robert, como de costumbre, se quedó a medio camino.

"Sr. Watts, siento mucho su pérdida... Odio ser yo quien le dé esta noticia".

Robert asintió, ahora consciente de sus reacciones. Resopló y se obligó a apartar las lágrimas... o al menos lo intentó.

"¿Escuchaste todo lo que dije?"

Robert dijo que sí, y luego añadió: "Gracias por venir bajo la lluvia. Probablemente se conduce fatal ahí fuera".

El agente le miró con curiosidad.

"¿Seguro que va a estar bien aquí solo, Sr. Watts? ¿Hay alguien a

quien quiera llamar? ¿Un amigo, tal vez? ¿Otro familiar? A veces... a veces estar solo no es lo mejor cuando se está de duelo".

Robert esboza una débil sonrisa.

"Estaré bien... Sólo... sólo necesito algo de tiempo a solas. Para pensar."

Pero no estaba solo, no realmente: tenía a Amy. Y si le parecía difícil que un agente de policía le dijera a un desconocido que su mujer había muerto, no podía ni plantearse darle la noticia a su hija de nueve años de que nunca volvería a ver a su madre.

Hubo una pausa, durante la cual el agente miró fijamente a Robert el tiempo suficiente para incomodarle.

"¿Hay algo más, oficial?"

El hombre parecía estar reteniendo más información, y cuando dejó escapar un largo suspiro, Robert supo que era cierto.

"¿Qué pasa?"

"Mira, no suelo hacer esto, pero creo que deberías saberlo... *yo* querría saberlo. Es sólo que no podría imaginar una situación en la que todo el mundo lo supiera *menos* tú."

Robert esperó, tratando de imaginar cómo podía haber algo peor de lo que ya le habían contado. Movió la cabeza expectante.

"¿Sí?"

"Sr. Watts, ¿conoce a un tal Sr. Landon Underhill?"

Los ojos de Robert se entrecerraron.

"Sí, es mi jefe", dijo antes de corregirse rápidamente. "*Era mi jefe*. ¿Qué pasa con él, qué tiene que ver con el accidente de Wendy?"

El agente parecía haber recibido un puñetazo en el estómago. Su rostro se contorsionó.

"Mierda... ¿tu *jefe*?"

Robert tuvo la impresión de que este comentario iba más dirigido al oficial que a él, por lo que se abstuvo de contestar.

"Ah, tío, esto es... esto es una mierda". Cruzó las manos sobre su regazo, el arrepentimiento claramente grabado en su rostro. "Wendy venía de casa de Landon cuando se estrelló".

El hombre esperó, esperando que fuera una gran revelación, pero las palabras sonaron huecas para Robert.

¿"Landon"? ¿Por qué? *¿Qué?*"

El agente tragó saliva y miró directamente a Robert.

"Él, uhh... él, uhh... bueno, su esposa estaba *con* el Sr. Underhill antes de morir, Sr. Watts. Ella estaba *con* él."

Robert hizo una mueca.

"¿Qué...?"

Pero entonces se dio cuenta y *lo supo*.

Wendy estaba con *Landon... Wendy estaba* con *Landon... Wendy estaba-*

"Espera, ¿cómo demonios lo sabes?"

El oficial bajó la mirada.

"Fue el primero en llegar al lugar... oyó el choque desde su casa. El hombre estaba devastado y no paraba de lloriquear..."

Robert sintió que su labio inferior empezaba a temblar.

"Joder", fue lo único que se le ocurrió decir.

¿Cómo es posible? ¿Wendy estaba teniendo una aventura con mi jefe?

Su mente volvió a ver a esa comadreja de Carl en la oficina hacía sólo un par de horas, el hombre claramente obteniendo algún tipo de placer sádico por el poder que tenía para despedirlo.

"Landon está en una reunión de negocios..."

El negocio de Landon era follarse a su mujer.

¿Lo sabía Carl? ¿Lo sabía desde el principio? ¿Estaba sentado en casa, riéndose de él? Si lo estaba, Robert esperaba que se hubiera atragantado con su maldito chicle.

"Sr. Watts", dijo el oficial de policía, haciéndole retroceder. "Sé que esto es mucho, muchísimo que asimilar. Y estoy realmente, realmente apenado por su pérdida".

Robert no supo qué responder, así que optó por no decir nada.

El agente se dio por aludido y se levantó lentamente, sacando al mismo tiempo una tarjeta de visita de su cartera.

"Quiero que te lleves esto", dijo el oficial. "Y si necesitas algo, por favor, llámame. No importa de qué se trate, si tienes alguna duda sobre qué hacer a continuación o si sólo necesitas a alguien con quien hablar".

Robert cogió la tarjeta con dedos entumecidos y se la metió en el bolsillo sin mirarla siquiera.

"Por favor, sólo llama". Los ojos del hombre eran suaves, amables.

"De acuerdo", fue todo lo que pudo responder.

Robert se las arregló para acompañar al hombre hasta la puerta, a pesar de que apenas se daba cuenta de que se estaba moviendo.

Wendy... muerta... fallecida en un accidente de coche...

Supuso que el agente había entrado en más detalles, pero había ahogado prácticamente todo lo que había salido de la boca del hombre tras pronunciar aquellas fatídicas palabras. Hasta que, por supuesto, mencionó a Landon.

Wendy estaba con *el Sr. Underhill.*

Wendy estaba chupando la polla grande y dura de Landon, Sr. Watts. Ella le estaba dando cabeza de carretera cuando se estrelló, Sr. Watts.

Las lágrimas de Robert se secaron de repente. Abrió la puerta y fue recibido por una ráfaga de aire frío y húmedo. Parecía que la lluvia no iba a amainar.

El agente se puso la gorra y se volvió para mirar a Robert por última vez antes de marcharse.

"Si puede, por favor considere visitar la morgue mañana... Morgue Marrivale... para identificar el... el..." dejó que su frase se quedara en el aire, luego se aclaró la garganta. "Probablemente sea mejor que no vaya solo, Sr. Watts".

Ahora le tocaba a Robert aclararse la garganta, que estaba extrañamente seca a pesar del whisky que acababa de tragar.

"Lo haré, gracias de nuevo, Oficial..."

"Oficial Dwight. Kevin Dwight."

Robert no respondió, sino que cerró lentamente la puerta mientras el agente seguía mirándole fijamente. Cuando la cerró del todo y el ruido de la lluvia volvió a quedar amortiguado por las ventanas y las puertas, sintió que se apoderaba de él una increíble soledad.

Robert estaba verdadera y completamente solo en esta nueva casa.

Sus ojos se desviaron lentamente hacia arriba y miró la gran lámpara de araña que colgaba del techo del segundo piso en el vestíbulo. Estaba adornada y cubierta de cristales de Swarovski que colgaban de brazos de hierro forjado.

Odiaba esa maldita araña... había sido elección de Wendy.

De repente se le ocurrió una idea que parecía totalmente egoísta, pero extrañamente apropiada, incluso pragmática. Y no se trataba de

su mujer follándose a su ex jefe, sino de la casa, de todas las cosas.

¿Cómo puedo pagar esta casa ahora que Wendy está muerta y no tengo trabajo?

Capítulo 5

En realidad, la Morgue de Marrivale estaba situada dentro del Hospital de Marrivale, lo cual tenía sentido para Robert. Al fin y al cabo, las autopsias se hacían en el hospital, así que lo lógico era que los cadáveres se conservaran allí después.

Extrañamente, Robert había dormido bien la noche anterior, probablemente como consecuencia del alcohol y del agotamiento psicológico que había acabado por pasar al físico. Desgraciadamente, cuando se despertó, ni siquiera tuvo el consuelo temporal de pensar que todo había sido una horrible pesadilla.

Se acordaba de todo.

Wendy le había engañado con su ex jefe y luego había estrellado su coche en la tormenta y se había suicidado. Lo que le trajo aquí, a la morgue, para identificar su cuerpo.

No había despertado a Amy; simplemente no podía hacerlo. No había nada que se le ocurriera decirle para que lo entendiera, nada que evitara que su corazón se rompiera en un millón de pedacitos. Era un padre horrible por dejar a una niña de nueve años, casi diez, sola en casa, una niña que probablemente estaría aterrorizada si se despertaba y no había nadie cerca.

Él lo sabía. Y aún así no se atrevía a despertarla.

Las emociones de Robert eran una confusa mezcla de ira y tristeza. Y miedo, soledad y dolor. Todos estos sentimientos se unían y le hacían estallar en lágrimas de vez en cuando, que se evaporaban rápidamente y empezaba a maldecir como alguien que sufre el síndrome de Tourette. Pero ahora, al acercarse a una mujer gruesa acurrucada tras un escritorio, una apariencia de calma se había apoderado de él. Era tenue, lo sabía, pero con suerte no estaría aquí mucho tiempo.

"Hola", dijo en voz baja. "No estoy muy seguro de a dónde ir, ¿puedes ayudarme?"

La mujer, que llevaba los ojos demasiado maquillados y el pelo con permanente, señaló con la barbilla una caja roja a la izquierda de Robert.

"Toma un número", me indicó.

Robert miró la máquina expendedora de billetes de color rojo y luego a la docena de clientes sentados en la recepción.

No pueden estar todos aquí para identificar a los muertos, ¿verdad?

Se volvió hacia la señora del mostrador.

"Sólo quiero saber si estoy en el lugar correcto. Si lo estoy, entonces cogeré un número".

La mujer suspiró y puso los ojos en blanco, como si el mero hecho de abrir la boca le resultara agotador.

"Bueno, tienes que decirme para qué estás aquí si quieres saber si estás en el lugar correcto".

Robert tragó saliva. De repente, sintió un nudo en la garganta.

"Necesito identificar a mi esposa muerta", dijo, las palabras extrañas en su lengua. Esperaba que le siguieran las lágrimas, pero esta vez su rostro permaneció seco.

La expresión de la mujer se suavizó de inmediato, sus ojos apretados se relajaron. Se inclinó más hacia él.

"Siento mucho su pérdida", le dijo. Como Robert no respondió, ella continuó: "¿Cómo te llamas?".

"Robert Watts."

La mujer martilleó el teclado y luego se volvió hacia él, con la misma tristeza aferrada a sus suaves facciones.

"Vale, Robert, lo que tienes que hacer es dirigirte hacia el pasillo de aquí, ¿ves el que tiene la pintura beige?".

Los ojos de Robert siguieron su dedo regordete y asintió.

"Y luego quieres buscar 116, ¿de acuerdo?"

De nuevo, Robert asintió.

"Pero aquí está la cosa, no hay ningún número en la puerta. Sólo tiene que buscar la puerta entre 114 y 118. Llame una vez y le abrirán y le llevarán a donde tenga que ir. Llamaré antes para que sepan que viene. De nuevo, lo siento..."

"Gracias", la interrumpió Robert y se alejó antes de que ella terminara la frase.

No vayas solo, había sugerido el oficial Dwight. Pero, ¿con quién se suponía que debía ir?

Robert supuso que podría haber llamado a su mejor amigo Cal, pero aparte de eso, ¿a quién? Amy estaba descartada. Robert era hijo único y sus padres habían muerto hacía más de cinco años. Wendy tenía una hermana, pero estaban distanciados desde que él tenía memoria. Incluso si hubiera querido ponerse en contacto con ella, no

tendría ni idea de cómo.

¿Los padres de Wendy?

Podría haberles llamado, supuso, pero no sabía si podría soportar pasar más de unos minutos a su lado.

¿Les contaría la infidelidad de su hija? ¿Podría confiar en *no* decírselo mientras contemplaban el cadáver de su hija?

Así que, cuando Robert se detuvo frente a la puerta sin marcar entre las habitaciones 114 y 118, lo hizo solo.

Apenas había retraído los nudillos del primer golpe en el metal azul oscuro antes de que lo abrieran de un tirón.

Un hombre calvo y delgado, con gafas redondas, se asomó.

"¿Sr. Watts?"

Por alguna razón, Robert se quedó sin palabras. El hombre esperó pacientemente; estaba claro que ya se había encontrado antes en esta situación.

Robert sabía que lo único que tenía que hacer era asentir con la cabeza, decir que sí, o incluso encogerse de hombros para afirmar que era el Sr. Watts, y le harían pasar.

Pero entonces tendría que *verla*, y no estaba seguro de cómo reaccionaría. También estaba el viejo dicho de que ver para creer, y él no quería creer nada de esto.

Al final, su falta de respuesta fue tan buena como que mostrara su carné de conducir.

No era la primera vez que el hombre mostraba el cadáver de un ser querido.

"Por favor", dijo en voz baja, con los ojos brillantes mirando por el pasillo desde detrás de sus gafas. "Por favor, Sr. Watts. Entre".

Robert tragó saliva y obedeció.

"Sígame", dijo el médico después de asegurarse de que la puerta se cerraba firmemente tras Rob.

Recorrieron un estrecho pasillo flanqueado por varias puertas, cada una de ellas con una pegatina de advertencia diferente pegada -algunas las reconoció, otras no-, junto con la omnipresente etiqueta "SÓLO PERSONAL AUTORIZADO" en letras grandes y en negrita. El pasillo terminaba abruptamente en una puerta gris, de la que colgaba un único cartel: SALA DE VISITAS.

"Aquí dentro", le indicó el hombre y se movió para abrir la puerta

de par en par.

De repente se dio cuenta de que su mujer, su esposa *muerta* y infiel, estaba detrás de esa puerta.

Y él no estaba listo para verla todavía.

Extendió la mano y agarró el brazo del hombre que asomaba por debajo de su bata azul. El médico se volvió hacia él antes de abrir la puerta más de un resquicio. Sus cejas se alzaron sobre su frente expectante.

"¿Está... está *ahí dentro*?" Robert preguntó en voz baja.

El hombre asintió.

"Pero están cubiertos. Hay una sala de observación separada por la que puede mirar, o puede acercarse a los cuerpos si lo desea. Depende de usted".

Robert sujetó con fuerza el brazo del hombre, cuya respiración era ahora más rápida.

Cubierta, como si estuviera dormida.

"¿Sr. Watts? Tiene que firmar el cadáver, y no puedo dejarle hacerlo si no echa un vistazo. Será rápido, lo prometo. Y su esposa se ve... se ve bien."

Esto confundió a Robert.

¿Bien? ¿Cómo puede parecer que está bien cuando está muerta?

El patólogo sacudió el brazo y abrió la puerta de par en par.

"Podemos esperar todo el tiempo que quieras antes de que retire las sábanas, pero por favor, debemos salir del pasillo".

El hombre hizo un gesto a Robert para que entrara mientras mantenía la puerta abierta. Robert la atravesó a regañadientes, mientras recorría la sala con la mirada.

Era una habitación sencilla, con paredes azules y varios archivadores negros. Había una puerta justo enfrente de la que acababan de atravesar y, al lado, un gran cristal con una pequeña repisa delante. Robert saltó a propósito el cristal y se fijó en la repisa. En él había dos trozos de papel y un bolígrafo.

"¿Sr. Watts? Voy a entrar en la habitación ahora. No retiraré la sábana hasta que esté listo, ¿de acuerdo? Sólo hágame una señal. Luego tiene que firmar las sábanas y ya está. Puedes hacer los preparativos del funeral ahora mismo. Sólo tienes que firmar los papeles, ¿vale?".

Robert tragó saliva y asintió. El patólogo alargó la mano y se la puso en el hombro, atrayendo la mirada de Robert. Sus ojos marrones eran suaves, tristes. No muy distintos de los del agente Dwight la noche anterior.

Por un segundo, Robert se preguntó si sabía lo de Wendy-Wendy *y* Landon. La mujer del mostrador había tenido la misma mirada patética de cachorrito.

¿Lo sabían todos? ¿Soy una gran broma para ellos?

"Todo irá bien, Sr. Watts".

Luego soltó la mano y se fue a la otra habitación, dejando a Robert solo.

Tardó casi cinco minutos en reunir el valor necesario para acercarse a la ventana. Tardó otros dos en abrir los ojos.

A Robert le pareció que detrás del cristal había una típica habitación de hospital estéril. En el centro de la sala había dos relucientes camillas plateadas, ambas cubiertas con sábanas blancas. El patólogo estaba de pie junto a la mayor de las dos mesas, con la mano en la sábana junto a lo que Robert supuso que era la cabeza. Miraba pacientemente, esperando su señal.

Robert respiró hondo e hizo un gesto con la cabeza al hombre de las gafas redondas. Le devolvió el gesto, y la sábana se levantó de inmediato y se bajó lo suficiente para mostrar el rostro de Wendy.

Durante un segundo, no ocurrió nada. Una parte de él había esperado sangre y vísceras, cosiendo como el monstruo de Frankenstein toda la cara de su mujer.

Pero no fue así en absoluto.

En cambio, su mujer parecía serena, incluso pacífica. Robert inclinó la cabeza hacia un lado para conseguir un ángulo mejor, intentando verla de frente.

Wendy tenía el pelo apartado de la cara y parecía un poco húmedo, lo que a él le parecía bien; así parecía más oscuro, menos cutre, menos rubio decolorado. Tenía los ojos cerrados y las mejillas un poco más sonrosadas de lo habitual. Robert supuso que se las habían maquillado para cubrir la palidez grisácea que había visto en las películas y en la televisión. Cuando su mirada se posó en sus labios, las cosas se torcieron.

Rápido.

Sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago.

Los labios de Wendy eran demasiado rojos, de un tono cereza que él no reconocía. Los labios de Robert se torcieron en una mueca y una visión pasó por su mente.

Era Landon, y estaba revoloteando sobre el escritorio de Robert en Audex.

"Así que, eh, Robbie", dijo con voz aterciopelada mientras se rascaba la espesa barba. "¿Ya casi terminas con el archivo Butternut? Lo necesito antes del fin de semana, Robbie".

Los ojos de Robert se desviaron hacia los números de la pantalla del ordenador. Estaban todos mal, todos eran símbolos y jeroglíficos, un revoltijo que parecía hincharse y encogerse ante sus ojos.

"Sí, casi termino."

Volvió a levantar la vista y se sorprendió al ver que Landon estaba desnudo. El hombre coló una mano entre sus piernas y empezó a acariciarse la polla, que era imposiblemente enorme. Sus dientes blancos se abrían paso a través de su barba negra.

"Bien, porque tengo que salir de aquí, Robbie. Tengo que conseguir los labios de cereza de Wendy en esta polla. Ya sabes cómo es."

Robert tuvo una arcada, pero incluso cuando volvió a la realidad, la risa del hombre siguió resonando en su cabeza.

"¡Devuélvelo!" gritó. "¡Devuélvelo!"

El patólogo frunció el ceño y volvió a colocar rápidamente la sábana sobre la cara de Wendy.

Robert cogió el bolígrafo y garabateó su firma al pie del papel, sin molestarse siquiera en asegurarse de que firmaba en el lugar correcto.

Se sintió mareado y retrocedió para alejarse del cristal. Incluso cuando el médico le levantó la mano, pidiéndole que se quedara, Robert siguió retrocediendo.

Wendy... ¿cómo pudiste? ¿Con Landon? ¿Por qué?

Su espalda chocó contra los armarios negros, que sonaron con fuerza al balancearse de un lado a otro, amenazando con caerse. Robert se incorporó de golpe y corrió hacia la puerta, abriéndola de par en par.

Y luego salió corriendo de la sala de observación, por el pasillo con todas las puertas marcadas como "SÓLO PERSONAL AUTORIZADO", y entró en el vestíbulo principal.

Incluso cuando el patólogo le gritó que tenía que volver, que tenía que ver los cadáveres, Robert siguió corriendo.

Capítulo 6

El funeral de Wendy Watts fue un asunto privado. Era un día tranquilo, aunque si había que creer en los partes meteorológicos, las lluvias que habían caído la noche de su muerte iban a volver.

Era la calma antes de la tormenta, como suele decirse, o quizá la calma entre tormentas.

Sólo asistieron nueve personas, incluido Robert. Estaba el mejor y único amigo de Robert, Cal Godfrey; los padres de Wendy, ambos en silla de ruedas; Stephanie y Julie, dos compañeras de trabajo de Wendy antes de que dejara la inmobiliaria para independizarse; y, por supuesto, Amy, que estaba pegada al lado de Robert.

Y luego estaba Landon, que no sólo tenía la desfachatez de venir al funeral, sino de vestir así*: en* lugar de negro, el hombre llevaba un traje azul pastel, camisa blanca y sin corbata. Robert ni siquiera podía mirar al hombre.

Aunque ni él ni Wendy eran especialmente religiosos, Robert había pedido a un sacerdote local que viniera a decirle unas palabras, sobre todo porque no se atrevía a decir nada.

Habían pasado cuatro días desde la muerte de Wendy y, aunque Robert había asimilado poco a poco el hecho de que se había ido, seguía sin saber cómo se sentía al respecto. La quería, al menos eso creía, pero después de descubrir que le había sido infiel, nada menos que con Landon, se sentía confundido. Y eso le hacía sentirse extrañamente culpable. Con el tiempo, esperaba poder controlar sus emociones, recordar los buenos momentos que habían pasado juntos y olvidar los malos.

Pero sabía que eso llevaría tiempo.

Amy se había tomado la noticia mejor de lo que él hubiera podido esperar. De hecho, casi parecía saber que se avecinaban malas noticias, como si acabara de *sentir* que algo no iba bien. En todo caso, Amy había pasado más tiempo consolándolo a él que él a ella.

El cura terminó su breve panegírico, algo genérico a lo que Robert, ensimismado, no había prestado mucha atención, y luego se volvió expectante hacia él.

Un silencio taciturno se apoderó de la pequeña sección del cementerio que ocupaba Wendy, un silencio que sólo rompían de vez en cuando los suaves sollozos de su madre y el piar de un pájaro. Cuando Robert no reaccionó ante el cura, el hombre le hizo un gesto

con la cabeza.

¿Cómo? estuvo a punto de decir Robert en voz alta, sintiendo que se le calentaba la cara. *Te he dicho que no quiero decir nada.*

El sacerdote había hecho todo lo posible por convencerle de lo contrario, por supuesto, pero Robert se había negado en cada oportunidad. Simplemente no confiaba en sí mismo para hacerle justicia, para mantener a raya su ira y frustración. Pero ahora, con todo el mundo mirando, el cura... ¿qué? ¿Esperaba que subiera allí, con las manos vacías, sin nada preparado, para decir algo? ¿Algo *amable?*

Amy estaba sentada en la silla junto a él, pero cuando la miró, sólo vio la parte superior de su cabeza. Se preguntaba hasta qué punto, a sus nueve años -diez*, casi tengo diez, papá-,* entendía realmente la muerte o la vida. Sus conversaciones con ella sobre aquella noche habían sido bruscas, y la niña, que solía ser vivaz y parlanchina, había permanecido inusualmente callada, contentándose casi siempre con asentir a todo lo que decía Robert.

Entiendes que mamá no volverá a casa, ¿verdad?

Un asentimiento.

¿Quieres hablar de ello, Amy?

Un movimiento de cabeza.

¿Vas a estar bien, papá?

Esta línea de conversación, o la falta de ella, había sido un acto recurrente durante los últimos cuatro días. Robert había hecho una rápida búsqueda en Internet sobre los niños en duelo tras la pérdida de uno de sus padres, y se sintió reconfortado por el hecho de que su comportamiento era completamente normal. Incluso el hecho de que se negara a ponerse otra cosa que no fuera la camiseta rosa y los vaqueros que había llevado la noche del accidente era normal. Poco higiénico, quizá, pero normal. La clave era darle tiempo, espacio y tal vez un cambio de ambiente. Si eso no funcionaba, era muy recomendable la terapia. Robert esperaba no llegar a ese punto... por razones económicas y personales.

"Psst, Robbo, ¿vas a decir algo?"

Robert se volvió hacia su amigo, que estaba sentado en el lado opuesto al de Amy.

Callum Godfrey, conocido casi exclusivamente como Cal, era su amigo más antiguo y cercano. Y ahora, al ver la escasa asistencia al funeral de su esposa, entre los que sólo se encontraba Landon, de

Audex, donde había pasado más de una década trabajando, confirmaba que aquel hombre era su *único* amigo. Cal era bajito, regordete a punto de ser gordo, con el pelo castaño ralo y los ojos muy abiertos. Al igual que Landon, había optado por no llevar traje, pero a diferencia de su antiguo jefe, Robert no lo despreciaba por ello; Cal no tenía traje y nunca lo tendría. Para Cal, un traje era como rendirse ante el hombre, sucumbir al imperio malvado y corrupto que gobernaba no sólo los Estados Unidos, sino prácticamente todo el mundo. Aquella pequeña perla de sabiduría era sólo una de las muchas que el hombre había recogido durante horas de búsqueda en Internet. Cal no tenía trabajo, al menos no en el sentido tradicional. Si se le preguntaba, diría que mantenerse a flote con todas las teorías conspirativas y secretos gubernamentales más recientes era como tener dos o tres trabajos.

"¿Rob?" Los ojos oscuros del hombre estaban muy abiertos por la expectación. Cal le puso suavemente una mano regordeta en el hombro, animándole a levantarse.

En ese momento, con todos los ojos puestos en él, Robert no tenía otra opción.

Hizo una nota mental para hablar con el sacerdote sobre esto más tarde.

Robert se puso en pie y se giró hacia los demás, sus ojos rebotando brevemente entre cada uno de los miembros de la diminuta congregación. Cuando su mirada se posó en Landon, se detuvo en seco.

El hombre lloraba; lloraba, mientras que Robert no pudo derramar ni una sola lágrima en el funeral de Wendy.

Nada de esto era justo. Landon estaba incluso fuera apenado por él, si es que existía tal cosa.

Robert se sacudió los pensamientos de la cabeza y carraspeó.

"Echaremos de menos a I-Wendy. Es un día triste cuando perdemos a alguien tan joven, tan trágicamente. Quería a Wendy, y será difícil para nuestra familia continuar sin ella".

Y con eso, se sentó, habiendo completado el peor panegírico de la historia. Se imaginaba que los asesinos ejecutados recibían más amor del que él acababa de expresar. Pero Robert no podía no decir más, no con el puto Landon Underhill allí de pie, llorando a lágrima viva.

Llorando porque había perdido su juguete, mientras que Robert había perdido a su esposa.

El sacerdote se quedó boquiabierto, con una expresión de confusión

en su curtido rostro.

¿Qué? ¡Te dije que no quería hablar!

Cal se inclinó hacia él y Robert supo que estaba luchando contra el impulso de decir algo; Cal siempre tenía algo que decir, y ese *algo* solía ser totalmente inapropiado. Pero Robert no estaba de humor. Mantuvo la mirada fija y lo ignoró. Finalmente, sintió que su amigo se recostaba en la silla.

"Sí, ah, de acuerdo. Es en verdad una pena, una terrible, terrible pena, pero la joven Wendy Watts está con Nuestro Padre ahora, en el Cielo arriba, mirando hacia abajo y sobre todos ustedes."

El sacerdote bajó del pequeño podio, les dio la espalda y se inclinó sobre la tumba.

Todos los demás, incluido Robert, hicieron lo mismo, se levantaron de sus sillas de plástico y se dirigieron hacia el ataúd marrón oscuro. Un empleado de la funeraria apareció de la nada y empezó a girar una manivela insoportablemente ruidosa que bajaba lentamente el ataúd hacia la tierra. Robert vio cómo el cuerpo de su esposa se alejaba cada vez más de él.

Se derramaron más lágrimas cuando la manivela se detuvo, señal audible de que Wendy había llegado a su última morada. Por alguna razón, a Robert le pareció que el ataúd no estaba a dos metros bajo tierra, sino a kilómetros de profundidad, separados por una extensión infinita.

Mientras se dirigía al agujero en el suelo, empezó a sentirse mareado. En lugar de decir sus últimas palabras, como habían empezado a hacer los demás, Robert retrocedió hasta donde estaban las sillas y ayudó a empujar la silla de ruedas de su suegra. Mientras agarraba el respaldo de la silla, miró a Cal, que empujaba la silla del padre de Wendy. El hombre se encogió de hombros y Robert desvió la mirada.

Cuando la madre de Wendy terminó de rezar, Robert la llevó de vuelta.

Robert regresó a la tumba y se quedó mirando el ataúd marrón oscuro, agradecido de que la sensación de desorientación hubiera pasado. Sin embargo, en lugar de pensar en su mujer en aquel momento y pronunciar unas últimas palabras, sólo podía pensar en una cosa.

Robert sólo podía pensar en cuánto costaba el ataúd.

Cuánto le había costado todo el funeral.

Era astronómico, y probablemente por eso se había sentido como si cayera en la tumba con Wendy.

En algún momento, Robert se dio cuenta de que era la última persona en pie y, finalmente, cuando empezó a sentirse incómodo, sintió que alguien estaba a su lado. Al principio, pensó que era Cal, o Amy, pero un rápido vistazo le reveló que era el cura.

"¿Quieres que les diga a los demás dónde se celebrará el velatorio?"

La pregunta cogió a Robert por sorpresa. No había pensado en el velatorio. De hecho, aparte de los preparativos del funeral, no había pensado mucho en lo que ocurriría *después*.

Excepto, por supuesto, sobre cómo podría o *no podría* permitirse la casa, por no hablar de los dos coches.

"No, ninguna estela", dijo simplemente. De nuevo, el hombre lo miró y, por un segundo, Robert sintió ganas de abofetearlo.

¿Quién eres tú para juzgarme? No me conoces. Ni siquiera la conocías. Ya tengo bastante de qué preocuparme, criando sola a un niño sin dinero y sin trabajo.

Pero Robert no era un hombre violento, nunca lo había sido.

"Podemos celebrar una pequeña misa en mi parroquia, si lo desea", dijo el sacerdote en voz baja. "Puedo tener algo preparado en menos de treinta minutos".

Sí, ¿y cuánto me va a costar?

"No, gracias, pero no."

El sacerdote le dirigió otra mirada de desaprobación y luego se volvió hacia los demás, que Robert vio que habían formado una sola fila detrás de él.

"Robert quiere daros las gracias a todos por venir, pero ha decidido que no habrá velatorio, que quiere llorar la muerte de su mujer a solas".

Hubo algunos pequeños refunfuños y la madre de Wendy tenía una expresión agria en la cara, pero no importaba. Al fin y al cabo, Wendy había delegado a sus dos padres en una residencia en cuanto quedaron postrados en una silla de ruedas. La geriatra se había ganado el derecho a refunfuñar.

Cal era el primero de la fila y se acercó con una expresión neutra en el rostro. Extendió la mano para estrechársela a Robert.

Robert se volvió hacia Amy, que volvía a estar a su lado.

"Ve a jugar dentro de casa, Amy. Por favor".

La chica asintió, moviendo la cabeza rubia arriba y abajo. Parecía más pálida de lo que él recordaba, y volvió a preguntarse qué estaría pasando por la cabeza de la chica.

Cal lo miró con extrañeza.

¿"Robert"? ¿Qué pasa con Amy? ¿Qué...?"

Robert negó con la cabeza.

"Ahora no", dijo. De repente se le llenaron los ojos de lágrimas. "Por favor, ahora no".

Cal asintió y le estrechó la mano.

A continuación, las dos amigas de Wendy abrazaron a Robert y, entre sollozos, le susurraron al oído que, si necesitaba algo, las llamara. Él les agradeció educadamente que hubieran venido.

La madre de Wendy fue la siguiente.

Robert y Yolanda Liebowitz nunca se habían llevado bien cuando Wendy vivía -vaya, Wendy y su madre nunca se habían llevado bien- y la muerte de ella no parecía haber cambiado eso.

"Robert", dijo simplemente, con un gesto seco de la cabeza.

El padre de Wendy, cuya demencia parecía haber progresado notablemente en los cuatro meses transcurridos desde la última vez que se habían visto, no dijo nada en absoluto, contentándose con rodar detrás de su mujer.

Landon fue el siguiente, pero Robert ni siquiera se atrevió a mirar al hombre.

"Robert, yo..."

Robert puso cara de asco. Al igual que con el cura, quería darle un puñetazo a Landon. En lugar de eso, hizo lo que le salió más natural.

Se marchó sin más, dejando a su ex jefe de pie, estupefacto, solo con su estúpido traje azul pálido.

Capítulo 7

No hubo velatorio para Wendy Watts, pero eso no significaba que no hubiera bebida.

Robert fue a un bar local después del funeral. Aún era lo bastante temprano como para que no les importara que llevara a Amy con él. Se sentaron en una mesa y él pidió una pinta de su IPA favorita, un vaso de agua y un plato de patatas fritas para su hija. No tenía apetito.

Cuando la camarera se fue, se volvió hacia Amy.

"Amy, ¿seguro que estás bien?", le preguntó. Se sentía estúpido haciéndole las mismas preguntas una y otra vez, pero dada su propia confusión interna, le costaba aceptar el hecho de que ella parecía estar llevando la muerte de Wendy mejor que él.

"Ajá", dijo asintiendo con la cabeza.

Amy tenía nueve años, a punto de cumplir quince, mejillas sonrosadas, cara en forma de corazón, ojos azules brillantes y boca diminuta. Se había recogido el pelo rubio en una coleta después del funeral, y ahora estaba sentada con su camiseta rosa y sus vaqueros, las manitas cruzadas educadamente sobre la mesa.

Robert tuvo que forzar las lágrimas. Por mucho que le doliera Wendy, Amy no merecía que la criaran sin su madre.

Se inclinó hacia ella y le besó la frente. La piel de ella estaba fría en sus labios.

"¿Seguro que te sientes bien, cariño?"

Amy volvió a asentir.

El timbre de la puerta que tenían detrás sonó y Robert se giró a tiempo para ver a Cal irrumpiendo, con sus ojos pequeños y penetrantes recorriendo el bar casi vacío. Robert levantó una mano y el hombre reconoció su presencia, se acercó y se sentó en el reservado de enfrente con un resoplido.

El hombre tenía la cara roja y parecía estar sudando.

Antes de decir nada, Cal hizo una señal a la camarera para que se acercara. Ella regresó con los labios apretados.

"¿Sí?"

"¿Cuál es tu cerveza más barata?"

"¿Perdón?"

Cal puso los ojos en blanco.

"¿La cerveza más barata? Botella o barril".

"Puedo conseguirte media pinta de nuestra cerveza de barril por un dólar."

Cal tamborileó con los dedos sobre la mesa, antes de terminar con un crescendo de palmadas.

"Suena bien."

La camarera se quedó un momento más, pero Cal la echó. Sólo entonces se volvió hacia Robert.

"Tío, vaya puto día".

Robert miró a Amy, que estaba ocupada coloreando en el trozo de papel con la caja de lápices de colores que le había traído la camarera. No pareció darse cuenta de la maldición.

"Hey, lenguaje, Cal."

Cal hizo una mueca.

"¿Qué, ahora te pones religioso conmigo?"

Robert negó con la cabeza.

"No, es sólo que yo no..."

"No importa. Mira, siento mucho tu pérdida, tío. Pero, tío, hablé con la amiga de Wendy, la alta con los grandes t-uhh, *¿pechos*? Me dijo algunas locuras..."

La camarera volvió con las bebidas y el plato de patatas fritas. Robert acercó las patatas a Amy, que dejó de colorear para coger una.

"Gracias", dijo Robert, a lo que la mujer respondió con un gruñido y volvió a dejarlos solos. Cal tenía ese impacto en la gente. No era un mal tipo; de hecho, era un hombre bueno y honesto, pero le faltaban muchas gracias sociales. "No hablemos aquí, ¿de acuerdo?"

Cal miró dramáticamente a su alrededor.

"¿Qué? ¿Por qué no? El lugar está prácticamente vacío".

"Hay..."

"¿La camarera? Ah, no le importa una mierda". Si había algo con lo que Robert podía contar, era que Cal era brusco, tosco, abrasivo, pero también brutalmente honesto. La muerte de Wendy no parecía haber cambiado eso, ni siquiera haberlo suavizado un poco.

Robert indicó a Amy que estaba sentada a su lado con un sutil movimiento de cabeza. Cal lo miró, con una expresión confusa en su

cara redonda.

Seguía sin entenderlo.

¿Gracias sociales? El hombre *no* tenía *ninguna*.

"Vamos a sentarnos en el bar, ¿vale?", me ofreció.

Cal siguió mirándole fijamente.

"¿Estás bien, tío? Quiero decir..."

"Bar, Cal. Ahora".

Robert cogió su cerveza, se levantó y se dirigió a la barra. Cogió el taburete más cercano para poder vigilar a Amy, y Cal le siguió.

El hombre dio un trago a su cerveza y siguió hablando como si nada.

"De todos modos, he oído una mierda..." Bajó la voz. "¿Wendy estaba teniendo una aventura?"

Robert no estaba seguro de si era una pregunta o una afirmación, pero asintió de todos modos. Dio un largo sorbo a su cerveza.

"Se estaba follando a Landon".

Cal abrió mucho los ojos.

¿"Landon"? Por el amor de Dios, ¿ese traje Landon? ¿Tu jefe?"

La incredulidad de Cal era tan palpable que Robert casi se ríe a su pesar.

"Ex-jefe".

El rostro de Cal, expresivo al principio, se transformó ahora en una máscara de confusión, con la ceja derecha subiendo por su húmeda frente.

"¿Ex?"

Robert volvió la mirada hacia su cerveza, observando las burbujas que subían lentamente desde el fondo hasta la parte superior espumosa.

"Sí, me despidió. La noche que Wendy murió".

Cal silbó, se inclinó hacia él y volvió a ponerse serio.

"Joder, tío, qué cosa más horrible. ¿Estás bien?"

Robert se volvió para mirar a Amy, que estaba comiendo una patata frita y había vuelto a dibujar con sus lápices de colores.

"Sí", dijo. "Creo que estaré bien."

"¿Qué pasa con el dinero? ¿Te va bien?"

Deja que Cal pregunte por dinero en un momento así.

Aun así, esa *era* una de las principales preocupaciones de Robert en estos momentos, además de la salud mental de su hija, por supuesto.

"No he tenido ocasión de investigarlo. Tenemos algunos ahorros, pero, tío, las cosas estaban apretadas incluso cuando Wendy trabajaba... ¿ahora sin sueldo? No sé..."

Cal dio otro sorbo a su cerveza, casi acabándose el vaso.

"¿Y el seguro?"

Robert ladeó la cabeza.

"¿Seguro?"

"Sí, seguro de vida para Wendy. ¿Supongo que ella tenía alguno?"

Robert se lo pensó un momento. Por alguna razón, la idea nunca se le había pasado por la cabeza.

"Sí, ¿sabes qué? Conseguimos un seguro. Hace un par de años".

Cal chasqueó los dedos.

"Bueno, ahí lo tienes. Resuelve ese problema, al menos por ahora. ¿Vas a quedarte?"

"¿Te quedas?"

"Sí, ya sabes, ¿en la ciudad? Quiero decir, ya sabes como son estas cosas... con los rumores. Esa mierda sobre Wendy follándose a Landon va a salir, ya sabes. Siento decirlo, pero sabes que lo hará".

Robert se encogió ante la crudeza de las palabras de su amigo.

Eran directos, antipáticos y contundentes.

Pero también eran ciertas.

"Nunca pensé en eso, tampoco."

Cal terminó su cerveza.

"Sí, bueno, deberías. Piénsalo. Cambiar de lugar podría ser bueno, un nuevo comienzo y todo ese jazz... dejar todo esto atrás".

Robert estaba desconcertado. Su mujer había muerto hacía sólo cuatro días, ¿y ya se esperaba de él que siguiera adelante? ¿No estaba eso... *mal*?

"Yo tampoco me preocuparía por el trabajo. Probablemente sea lo mejor. Audex estaba lleno de un montón de trajes de polla, de todos modos. Como esa mierda de Landon. Eres mejor que ellos, Robbo. Y te

mereces algo mejor".

Con eso, se puso de pie y sorprendió a Robert inclinándose hacia él y dándole un fuerte abrazo.

"Llámame, tío. Llámame cuando quieras hablar de *verdad*".

Robert le apartó suavemente.

"¿Eso es todo? ¿Te vas?"

"Sí, lo siento, pero tengo que irme. Pero no te preocupes, vendré esta semana. A ver qué pasa".

Robert se encogió de hombros. Si cualquier otra persona actuara como Cal, Robert probablemente lo rechazaría. Pero Cal no. Cal era Cal y, a pesar de todas sus teorías conspirativas y su falta de tacto, era un buen amigo, su mejor amigo.

"Gracias por venir, Cal."

Cal asintió y se pasó una mano por el pelo grasiento.

"Hasta pronto, Rob. Y ve a comer tus patatas fritas, se están enfriando".

Robert permaneció sentado en la barra unos minutos después de que Cal se marchara, dando sorbos a su cerveza helada y reflexionando sobre lo que le había dicho su amigo.

Podría alejarme, empezar de nuevo. ¿Y por qué no? Sería bueno para mí.

Se volvió para mirar a Amy, que tenía la lengua metida en la mejilla mientras coloreaba enérgicamente con un lápiz azul.

Podría ser bueno para ella, también. Y el dinero del seguro...

Cal tenía que sacar el tema del dinero en un momento como aquel, pero Robert mentiría si dijera que el comentario del hombre no le había levantado el ánimo. No recordaba si habían optado por la cobertura de cien mil o por la de doscientos cincuenta, pero en cualquier caso, cualquier dinero ahora mismo sería una bendición.

Puede que estén bien después de todo.

Robert terminó su cerveza y pidió la cuenta, que pagó sin demora. Luego se deslizó en la cabina junto a Amy.

"¿Qué dibujas ahí, cariño?"

Amy le miró con sus grandes ojos azules.

"Es el océano, papá".

Robert volvió la mirada a la página y se quedó sin aliento.

Era precioso: un océano espumoso y detallado, con olas rompiendo en una orilla cubierta de arena. Robert echó un vistazo a los lápices de colores y observó que varios de ellos -el azul, el blanco, el marrón- estaban casi reducidos a motas.

"Guau", dijo, mirando fijamente la increíblemente detallada obra de arte. "Es increíble".

"Gracias, papi".

Había visto sus obras antes, por supuesto, pero esto superaba con creces sus habilidades. De hecho, era tan realista que no se le ocurrió nada más que decir. Después de casi un minuto, se aclaró la garganta y se volvió hacia ella.

"¿Has terminado con las patatas fritas?"

Amy dijo que sí, y Robert se acercó y se metió uno en la boca. Estaba frío y sin sabor.

"¿Estás listo para irnos, entonces?"

"Sí."

Le tendió la foto.

"Es para ti, papá".

Se inclinó hacia ella y volvió a besarla en la frente, luego enrolló el dibujo del tamaño de un mantel individual y se levantó, ayudando a Amy a salir de la cabina con él.

Estaban a punto de darse la vuelta y marcharse cuando Robert vio en el banco el juguete favorito de Amy, un conejito de peluche rosa y morado.

"Casi olvido tu conejito", dijo, inclinándose hacia atrás en la cabina para cogerlo. Tomó la mano fría de Amy entre las suyas y se dirigieron a la puerta. "Vámonos a casa, cariño. Dejemos todo esto atrás y vayámonos a casa".

Capítulo 8

"Increíble".

Aquella mañana había llegado el correo, que consistía en las habituales facturas y folletos junto con algunas cosas dirigidas a Wendy. Pero ninguna de esas cosas hizo reflexionar a Robert. El culpable era un anuncio de la antigua inmobiliaria de Wendy en el que le informaban de que el mercado era estupendo para los vendedores y le preguntaban si quería vender su casa.

Parpadeó con fuerza, sin saber si se trataba de una horrible coincidencia o si los muy cabrones se habían enterado de la muerte de Wendy y la habían colocado a propósito.

Robert miró a su alrededor, observando la gran cocina de concepto abierto con los armarios blancos y los relucientes electrodomésticos de acero inoxidable. Era un lugar enorme para los tres, y ahora que sólo eran dos...

Dejó el anuncio sobre la encimera en lugar de tirarlo junto al resto del correo de Wendy. Pero mientras preparaba el desayuno de Amy -era sábado y se había quedado dormida-, sus ojos no dejaban de mirar los sobres con el nombre de su mujer en el anverso.

Y entonces cayó en la cuenta de que no sólo era aceptable que abriera su correo, sino que probablemente era obligatorio. Después de todo, él tenía que pagar todas las facturas ahora que ella se había ido.

"Amy, ¿podrías bajar a desayunar?", le gritó, poniendo un montón de huevos revueltos en su plato de plástico y dejándolo sobre la mesa. Se preparó un plato y repartió cinco lonchas de beicon: tres *para mí y dos para ti*.

Mientras esperaba pacientemente a que Amy bajara, cogió el primer sobre. Le asaltó una punzada de culpabilidad y, aunque sabía que no debía sentirse así, no pudo evitarlo.

Era como Landon otra vez, los secretos sucios de Wendy...

Robert abrió el sobre y hojeó la última página. Estaba a punto de depositar la cacerola en el fregadero, pero cuando vio el número que figuraba en la parte inferior del billete de la tarjeta de crédito, se le escapó de la mano y aterrizó con un sonoro golpe.

Un error... tiene que ser un error.

Como un niño, se frotó los ojos con el talón de la mano.

La cifra no cambió.

La factura de la tarjeta de crédito de Wendy era de algo menos de veinte mil dólares. Diecinueve mil seiscientos doce dólares con cuarenta y ocho centavos, para ser exactos.

"Sí, sí", dijo, tratando de convencerse a sí mismo. "Un error, eso es todo lo que es..."

Pero cuando escudriñó las compras -zapatos, tantos malditos zapatos-, el corazón se le aceleró en el pecho. Cuando sumó las cifras, de repente le costó respirar.

Las cifras cuadraban.

Veinte mil dólares... ¿cómo diablos voy a pagar veinte mil dólares? ¿Cómo, en nombre de Dios, puedo pagar eso*?*

Robert cerró los ojos y dirigió la cabeza hacia el techo, intentando calmarse con unas cuantas respiraciones profundas.

No funcionó.

"¿Cómo coño...?"

"¿Con quién estás hablando, papá?"

Robert abrió los ojos de golpe y se volvió para mirar a Amy, que había entrado en la habitación.

Colocó el billete sobre el mostrador con mano temblorosa, utilizando el anuncio de la inmobiliaria para cubrirlo.

"Nadie". Ofreció con una sonrisa débil. "Sólo estoy leyendo algo".

Amy lo miró con desconfianza. Sus brillantes ojos azules lo miraban fijamente, sin inmutarse.

Por una vez, Robert deseó que su hija no fuera tan observadora.

"¿Seguro que no estás hablando con mamá?"

La pregunta coge a Robert por sorpresa.

"¿Qué? No, cariño. Mami... Mami se ha ido. Pensé..."

A Robert se le acabaron las cosas que decir.

Qué pregunta más extraña.

"Ven aquí", dijo por fin, y Amy se acercó a él. La apretó con fuerza entre sus brazos, intentando no llorar.

"Me pareció oírla anoche", susurró la chica. "Me pareció oírla en tu habitación".

Robert apretó aún más fuerte.

"No, cariño. Mamá se ha ido".

Pensó en lo que había dicho Cal, que podría ser bueno para él empezar de nuevo. Probablemente también sería bueno para Amy. ¿Pero a dónde irían? ¿Sobre todo ahora que tenía que pagar una puta factura de 20.000 de la tarjeta de crédito?

Fue Amy quien finalmente se apartó de él.

"¿Qué hay para desayunar?", preguntó, aparentemente ya superando su anterior línea de conversación.

"Uhhh, sólo huevos y bacon, cariño. Sé que te gustan los panqueques los sábados, pero papá estaba muy cansado".

Amy asintió.

"Está bien. A mí también me gustan los huevos y la bollería".

Robert echó un vistazo a su hija y frunció el ceño.

"¿Cariño?"

"¿Sí?"

"¿Crees que puedes ponerte otra cosa hoy? Esos vaqueros están un poco sucios".

Amy se miró a sí misma. Volvía a llevar una camiseta rosa lisa y unos vaqueros desteñidos. En la mano, agarrado por las orejas, llevaba su conejito rosa y morado.

"Me gustan", dijo encogiéndose de hombros. Y luego, como si eso fuera suficiente para poner fin a la conversación, se acercó a la mesa y se sentó en su silla.

Robert lo dejó pasar, volviendo su atención a la factura de la tarjeta de crédito.

Veinte de los grandes...

Amy era una comedora notoriamente lenta y esta mañana volvía a estar callada mientras picoteaba su desayuno. Robert, que de repente no tenía hambre, estaba de pie junto al mostrador, observándola mientras sorbía una taza de café caliente.

Debería haber estado pensando en buscar trabajo o en llamar al agente inmobiliario que le había dejado el folleto en el buzón. Pero no. En lugar de eso, estaba pensando en lo que Cal le había dicho sobre el seguro de vida.

Al volver del bar el día del funeral, había encontrado una factura del seguro mensual, que le había ofrecido cierto alivio temporal a su ansiedad.

Al fin y al cabo, *tenían* seguro. Excepto que la mitad inferior del

informe había sido arrancada, probablemente por Wendy, que siempre buscaba papel de desecho para anotar las casas que podrían salir al mercado mientras conducía su Beamer. Así que el hecho de que tuvieran seguro no era del todo seguro, porque Robert no tenía ni idea de cuánto tenían. Y ahora, con las facturas de Wendy...

Robert cogió el teléfono y echó un vistazo a Amy, que se había desinteresado por lo que *quedaba* de su desayuno y en su lugar se había puesto a jugar de nuevo con su conejito.

Sr. Gregorius, le llamaba. Un nombre extraño, pero a Robert no le importaba. Era creativo, como su foto del océano que había guardado en el bar y pegado en la nevera.

"¿Cariño?"

Amy levantó la vista hacia él, y una vez más quedó impresionado por la inocencia de su rostro. Hizo que el corazón de Rob se rompiera, fisuras que rápidamente se llenaron de ira.

Si no hubieras estado fuera follándote a Landon, nada de esto habría pasado.

Me vino a la mente una imagen de Landon con su traje azul pálido en el funeral, sólo que en esta versión no lloraba sino que sonreía; sonreía, sus dientes imposiblemente blancos sobresalían de su barba oscura como gotas de leche en chocolate fundido.

"¿Sí?" preguntó Amy, y Robert negó con la cabeza.

"¿Crees que puedes subir y jugar un rato con el Sr. Gregorius?"

Él había esperado un quejido, pero se sorprendió cuando ella dijo rápidamente: "Claro", y se levantó.

"Iré a buscarte en un rato, ¿vale, cariño?"

Ella asintió y él le despeinó el pelo al pasar.

Robert tomó otro sorbo de café y esperó a oír los suaves pasos de Amy hasta lo alto de la escalera y luego bajó hacia su habitación. Sólo entonces marcó el número de la compañía de seguros.

El protocolo de seguridad para acceder a su expediente por teléfono era comparable a entrar en Fort Knox. Robert contó ocho menús, y en cada uno de ellos tuvo que teclear diversos datos numéricos -su cumpleaños, el de su mujer, su número de la Seguridad Social, el de Wendy, la mitad de las mierdas que estaba seguro de haberse equivocado- antes de que le contestara un humano.

"¿Me puede dar su nombre y su número de póliza, por favor?", preguntó una mujer con un acento muy marcado. Parecía la persona

más aburrida del mundo.

Robert se mostró incrédulo.

"¿Qué? ¿Lo dices en serio? Tengo ampollas de teclear toda esta información".

"Es para su propia protección, señor."

Robert se frotó la frente, intentando mantener la calma. De mala gana, le dijo su nombre y su número de póliza.

"Gracias, Sr. Watts. Ahora, ¿en qué puedo ayudarle hoy?"

De repente, Robert se quedó sin palabras. Llamar a la compañía de seguros le había parecido tan lógico hacía unos momentos, pero ahora que tenía que mencionar a Wendy y su muerte, le parecía mal... la idea de sacar provecho de la muerte de su mujer, por muy infiel que le hubiera sido, le parecía tan *mal*.

"¿Sr. Watts?"

Se aclaró la garganta y escuchó para asegurarse de que Amy no estaba cerca. Seguro de que ella no lo oiría, susurró al teléfono.

"Sí, bueno, mi mujer murió... en un accidente de coche. Sólo... sólo necesito poner una reclamación..."

Maldito idiota.

Las palabras sonaron tan extrañas en voz alta, y sólo sirvieron para intensificar su sentimiento de culpa.

Mantén la calma, Rob. No hiciste nada malo, fue Wendy quien te *hizo daño.*

Suspiró.

Y ahora culpas a tu esposa muerta.

"Sr. Watts, siento mucho su pérdida". Las palabras de la mujer sonaron huecas, más guionizadas que un musical de instituto.

"Gracias", respondió.

"Déjame..." Oyó el tintineo de un teclado. "Ah, sí, veo aquí que su esposa llamó recientemente para cambiar la póliza... ¿fue un accidente de coche, dijo?".

"Sí."

"Vale, pues estás cubierto hasta 50 mil por muerte accidental".

Robert hizo una mueca y negó con la cabeza.

"¿Sólo cincuenta? Creía que eran más..." Apenas podía creer las

palabras que salían ahora de su boca. "Quiero decir, pensé..."

"Permíteme... ah, veo aquí que el asegurado principal bajó de 250k a 50k hace menos de seis meses".

Tomador principal... que, por supuesto, era Wendy.

Robert miró hacia el cielo. Era su suerte.

Y luego se regañó a sí mismo por considerar que tenía mala "suerte" cuando era Wendy la que estaba muerta.

¿Qué demonios te pasa?

Se aclaró la garganta.

"Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? Quiero decir, ¿tengo que enviarte algo?".

"Tiene que enviarnos una copia del certificado de defunción, y entonces comenzaremos nuestra investigación. Envíenos una foto del certificado, si lo desea".

¿Una fotografía? Necesito una muestra de sangre para acceder a un ser humano a través de su sistema telefónico, pero ¿puedo enviar una fotografía del certificado de defunción?

Nada de esto tenía sentido para Robert.

"Vale, de acuerdo", dijo, sintiendo que empezaba a dolerle la cabeza detrás de los ojos. "Espera, ¿has dicho una investigación?"

"Sí, Sr. Watts. Cada muerte vehicular necesita ser investigada por posible intoxicación".

"No, mi mujer, Wendy, no estaba bebiendo, ella..."

"Es sólo política, Sr. Watts."

Por supuesto. Política.

"Tardaremos una semana más o menos, luego le comunicaremos nuestra decisión".

Robert le da las gracias y cuelga.

Se sentía sucio, como si necesitara una ducha, que era exactamente a lo que se dirigía cuando un golpe en la puerta lo detuvo en seco. El sonido le sobresaltó y el corazón le dio un vuelco. Inmediatamente se sintió transportado a la tormentosa noche en que el agente Dwight había llegado a su puerta con la noticia de Wendy.

Son las nueve y cuarto... ¿quién puede estar llamando ahora?

Mientras se dirigía a la puerta, tuvo visiones de uno de los vecinos con una cacerola en la entrada. Pero incluso antes de abrir la puerta,

supo que no era así.

Como sólo llevaban unos meses viviendo en su casa, ni siquiera conocían a los vecinos.

No le decepcionó.

El hombre de la puerta era de estatura y complexión medias, mandíbula cuadrada y pelo rubio muy corto. Llevaba un abrigo azul marino desgastado que cubría un impecable traje negro, corbata negra y camisa blanca, todo ello demasiado abrigado para el tiempo que hacía.

"¿Puedo ayudarle?" preguntó Robert con suspicacia.

"¿Robert Watts?"

"Sí", respondió, bloqueando instintivamente la entrada de la casa con su cuerpo.

El hombre le tendió la mano, pero, por alguna razón, Robert dudó. Cuando vio que el hombre sólo le ofrecía una carta, respiró con más libertad.

"¿Qué es esto?"

"Una carta. De tu tía".

Robert estaba a punto de alcanzarlo, pero las palabras del hombre le hicieron detenerse.

"¿Tía? No tengo tía".

El hombre ignoró el comentario y se subió los pantalones negros por los muslos antes de agacharse.

"Hola", dijo, y su expresión, antes inexpresiva, se transformó en una sonrisa.

Robert se giró y se sorprendió al ver a Amy de pie en el vestíbulo.

"Amy, ¿qué...?"

Pero entonces vio el miedo en su cara, y una gran mancha oscura empezó a formarse en su entrepierna. Antes de que pudiera correr hacia ella, le miró con sus grandes ojos azules.

"No me gusta, papá", susurró.

Capítulo 9

Robert se abalanzó sobre Amy y la puso de pie.

"Lo siento", dijo, volviéndose hacia el hombre rubio de la puerta. "Hemos pasado por muchas cosas últimamente".

Miró a Amy en sus brazos, intentando que le mirara, pero sus ojos estaban fijos en el hombre de la carta.

Le besó suavemente la frente.

"No pasa nada, cariño", le susurró. Esta vez, sus ojos miraron hacia él. Al igual que su frente, estaban fríos y pálidos.

"No me gusta, papá".

Robert frunció el ceño, pero se mordió la lengua.

¿Cómo puede no gustarte? Nunca le habías visto antes.

Dándole la espalda al hombre de la puerta, asegurándose de que Amy ya no podía verle, le dijo: "Sube, cariño. Ve a cambiarte. Papá sólo tardará un minuto".

Amy no necesitó más estímulo, ya que básicamente se zafó de sus brazos para llegar al suelo y luego subió las escaleras a saltos, sin mirar atrás. Robert la observó, con una expresión de preocupación en el rostro.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia el hombre de la puerta, ofreciéndole una débil sonrisa a modo de disculpa.

"Lo siento", volvió a decir.

El hombre levantó una mano.

"No, está perfectamente bien. Lo comprendo".

La elección de las palabras le pareció extraña a Robert, ya que no pudo leer en la cara del hombre si había querido decir el comentario en un sentido coloquial, o si de alguna manera sabía del fallecimiento de Wendy.

Robert se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se encogió de hombros.

"Lo siento... ¿dijiste algo sobre una tía? ¿Una carta?"

"Ah, sí, vengo con una carta de tu tía".

De nuevo, le tendió el sobre ligeramente blanquecino y esta vez Robert lo cogió.

"¿Por qué no entra?", dijo, con la atención centrada en su nombre en el anverso del sobre. No había sello ni remitente, sólo su nombre -Robert *Watts- en* negrita.

Le dio la vuelta y observó el reverso.

De nuevo, era anodino, sólo marcado por un pequeño punto de pegamento en el centro que lo mantenía cerrado. Cuando no detectó ningún movimiento en su periferia, Robert levantó la mirada.

"Por favor", repitió. "Entre."

El hombre asintió enérgicamente, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

"¿Cómo te llamas?" preguntó Robert mientras pasaba un dedo por debajo del pegamento del dorso del sobre.

"Sean". Sean Sommers. Trabajo para tu tía, le hago recados, la llevo si hace falta. Pero, como verás" -señaló la carta con la barbilla- "hace tiempo que no sale".

"Bueno, Sean, siento decepcionarte, pero no tengo tía".

Robert examinó su rostro en busca de una reacción. No hubo ninguna.

"Su nombre es Robert Watts, ¿verdad?"

Robert asintió.

"Siempre lo he sido. Pero mi padre era hijo único, y la hermana de mi madre murió hace mucho tiempo".

Se hizo un silencio incómodo entre los dos hombres. Pero entonces Sean sonrió, una sonrisa tensa que era tan desconcertante como lo había sido el silencio, y levantó ambas palmas.

"No sé qué decirte, Robert. Pero Ruth insistió en que eres su sobrino".

¿Ruth?

Robert golpeó el sobre con el dedo, liberando el pegamento. Metió la mano dentro y sacó un trozo de papel reforzado.

"¿Estás seguro de que soy yo? Quiero decir, tiene que haber más de un Robert Watts en el..."

La sonrisa del hombre aumentó y Robert se sintió cada vez más incómodo.

Tal vez invitar a este hombre a mi casa no fue tan buena idea.

Una visión de Amy mientras se mojaba pasó por su mente.

No me gusta este hombre, papá.

"Eres tú, Robert."

Se miraron durante un instante y Robert se convenció de que Sean creía que lo que decía era cierto. No podía ser cierto, por supuesto, pero aquel hombre *creía que lo* era.

Bajó los ojos hacia la carta y empezó a leer.

Robert,

No nos conocemos, pero soy tu tía. Soy vieja y estoy enferma, y necesito que alguien cuide de mí en mis últimos días. También necesito tu ayuda para arreglar algunos de mis últimos asuntos antes de fallecer.

Como el último de mis parientes, y a cambio de tus servicios, te legaré mi patrimonio.

No quiero morir solo.

Si vas a venir, debes hacerlo pronto. Me temo que no hay mucho tiempo.

Saludos,

Ruth Harlop

En el reverso de la sencilla carta había una dirección: una calle que no reconocía, pero en un barrio que sabía que estaba a pocas horas al norte de la ciudad.

La carta era sencilla y concisa, lo que al menos valía la pena. Volvió a meter con cuidado el papel en el sobre y luego golpeó la esquina contra la palma de la mano, con los ojos aún bajos.

Tras una pausa, Robert respiró hondo y le tendió el sobre a Sean.

"Lo siento", dijo. "No tengo tía. Y además, realmente no es el momento adecuado para mí".

La cara de Sean no cambió.

"Quédate con la carta. Y si cambias de opinión, te aconsejo que te des prisa. La casa... la casa está..."

Dejó escapar la frase y Robert esperó. Finalmente, el hombre continuó.

"Deberías considerar venir a echar un vistazo, Robert. Sólo un vistazo".

Robert no respondió, y el hombre se volvió, abrió la puerta y se vio fuera.

"Adiós, Robert. Fue un placer conocerte".

"Sean", dijo Robert asintiendo con la cabeza.

Todo este encuentro empezaba a ponerle los pelos de punta. Vio al hombre avanzar lentamente por el camino de entrada y subir a un Buick negro con los cristales tintados.

El hombre nunca miró atrás.

Durante varios minutos, Robert observó el lugar donde había aparcado el coche. Luego sacó la carta y la leyó por segunda vez.

Como el último de mis parientes, y a cambio de tus servicios, te legaré mi patrimonio.

Finca... no casa ni hogar.

Robert se imaginó una extensa casa colonial de tres plantas pintada de un blanco decadente. Pura opulencia, pura clase. Sacudió la cabeza y se aseguró de cerrar la puerta antes de subir rápidamente. Estaba frente a la puerta de Amy cuando de repente sonó su móvil.

"Jesús", murmuró, con el corazón acelerado. Pulsó aceptar y se acercó el teléfono a la oreja.

"¿Robbo? ¿Estás bien?"

Robert apoyó la cabeza en la puerta de Amy y cerró los ojos.

No. La verdad es que no.

"Lo mismo que antes", dijo, consciente de que Amy podría estar escuchando. "Acabo de tener la visita más extraña, Cal".

Le contó una versión abreviada de la visita de Sean Sommers, omitiendo las partes en las que su tía estaba en el lecho de muerte, y optando en su lugar por unas "vacaciones prolongadas", con la esperanza de que el hombre entendiera lo que quería decir. A juzgar por las siguientes preguntas de su amigo, había entendido lo que quería decir. Cal era un tipo diferente de persona; a veces captaba los matices más sutiles, mientras que otras veces era tan inconsciente como una nutria ciega en un estanque de caimanes... sobre todo en situaciones sociales, lo que había provocado muchos encuentros incómodos.

"Huh. ¿Y no recuerdas a ninguna tía?"

"No, Cal. No es que no *recuerde a* una tía, es que no la tengo".

Cal emitió un sonido *hmph*.

"¿Y cómo puedes estar seguro?"

Esta respuesta le cogió por sorpresa, y no tuvo una respuesta inmediata.

"Mira, ¿qué daño puede hacer? Quiero decir, aunque no seáis parientes de sangre, ella cree que lo sois, ¿verdad? Una anciana moribunda intentando desesperadamente encontrar a alguien con quien compartir lo que tiene en el mundo... y ese alguien eres tú. Además, ¿no crees que sería bueno salir de la casa por un tiempo? Alejarte de las cosas que te recuerdan a..."

"¿Alejarme de las cosas yendo a ver" -Robert se tapó la boca con una mano- "a una moribunda? ¿Qué sentido tiene eso?"

Casi pudo oír cómo Cal se encogía de hombros.

"No es la misma. Es vieja. Sólo lo consideraría, es todo".

Robert se mordió el labio, le vino a la mente la visión de la casa señorial... una que no viniera con una hipoteca que no pudiera pagar.

"Tal vez..."

"Puedo ir contigo si quieres", se ofreció Cal.

"Tal vez", repitió.

Un gemido llegó desde el interior de la habitación de Amy.

"Escucha, tengo que irme, Cal. Hablaremos pronto".

Colgó el teléfono antes de que Cal pudiera responder y abrió la puerta de par en par.

Amy estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, sujetando los brazos del Sr. Gregorius a los lados. Estaba en ropa interior.

"¿Amy? ¿Estás bien, cariño?"

Ella se volvió para mirarle, el miedo que había estado en sus ojos evidentemente había pasado.

"Bien."

Se acercó a ella y le quitó lentamente el conejito de las manos.

"¿Qué harían tú y...?" Intentó hacer ruidos de conejo, pero le salieron más bien bufidos de cerdo. Amy se rió, lo que hizo sonreír a Robert. No recordaba la última vez que había oído reír a su niña. "¿Qué les parecería a usted y al señor Gregorius hacer un pequeño viaje por carretera hasta el condado de Hainsey?".

Algo le pasó por la cara, algo que le recordó lo que le había pasado abajo cuando había dicho: "No me gusta, papá". Fue como si sus ojos

azules se hubieran empañado, volviéndose ligeramente opacos. Pero antes de que pudiera enfocarlos, recuperaron su claridad habitual.

"Claro", dijo ella. "Y el Sr. Gregorius no hace ruidos de cerdo, papá. O ruidos de conejo".

Robert le lanzó el conejo y ella lo atrapó.

"Bueno, entonces, Sra. Zoóloga, ¿qué sonidos hace?"

Amy negó con la cabeza.

"El Sr. Gregorius habla, papá. Habla como tú y como yo".

Capítulo 10

Amy se había recuperado rápidamente; lo que la había asustado cuando Sean llamó a la puerta había sido pasajero, al parecer. Una manifestación del estrés por el funeral, por todo desde que Wendy había muerto.

Robert no la culpó.

El trayecto hasta lo que su mapa llamaba la finca Harlop fue bastante agradable, y cumplió su propósito: con las ventanillas bajas y la música que salía de los altavoces, durante un breve rato Robert pudo despejarse, no pensar en la muerte ni en las facturas.

Pero a medida que se acercaba al final del trayecto de dos horas, se dio cuenta de que el cielo se oscurecía progresivamente. Subió la ventanilla e indicó a Amy que hiciera lo mismo.

Cuando se detuvo ante las grandes verjas de hierro forjado del número 344 de Central Lane, la única casa al final de una calle rural por lo demás vacía, temía que no sólo fuera a llover, sino que además lloviera a cántaros como la noche en que murió Wendy.

Robert se estremeció.

Wendy...

Su rostro, tal y como estaba en la morgue, pasó por su mente en ese momento y sintió una punzada de tristeza. A pesar de que Wendy se había acostado con Landon, no siempre le había sido infiel, no podía serlo. Echaba de menos su forma *de ser*, la forma en que se abrazaban, se besaban y pasaban el rato desnudos en su dormitorio en lo que parecía otra vida.

Había una Wendy a la que amaba, y aunque con los años se había vuelto más introvertida y en general severa, y el hecho de que se acostara con Landon le dolía profundamente, Robert sabía que había una parte de él que siempre estaría vacía ahora que ella ya no estaba.

Vacía...

Los ojos de Robert se desviaron hacia el espejo retrovisor y se posaron en el rostro de Amy, que miraba por la ventanilla las grandes puertas de hierro forjado casi con asombro.

Se dio cuenta de que *tenía la boca de Wendy*. Cuando se concentró aún más, superponiendo mentalmente la cara de Wendy sobre la suya, se dio cuenta de que compartían algo más que los mismos labios carnosos. Aunque la cara de Amy tenía forma de corazón y la de

Wendy era más angulosa, tenían la misma nariz pequeña y grandes ojos azules. Incluso sus entradas, con un corto pico de viuda que sólo podía verse cuando llevaban el pelo recogido, eran iguales.

Robert resopló y ahuyentó la tristeza.

Sé fuerte.

"Cariño, ¿qué te parece?"

"Es... *interesante*", respondió Amy dubitativa, con los ojos pegados a la ventana mientras hablaba.

Su respuesta reflejaba exactamente la opinión de Robert.

A pesar de que las nubes y el cielo se oscurecían, aún podía ver a través de las puertas y el sinuoso camino de entrada, de al menos dos metros y medio de largo. La valla, que al igual que las puertas era de hierro forjado de tres metros de altura, se extendía en ambas direcciones y contenía una vasta extensión de césped cubierto de maleza. Con un poco de lustre y un poco de grasa, Robert pensó que sería una entrada impresionante.

La casa en sí, sin embargo, era otra historia, y distaba mucho de sus visiones de una prístina colonia.

Robert no pudo evitar ladear la cabeza y apenas consiguió reprimir un silbido.

La tía Ruth, o quien demonios fuera, vivía en una enorme casa de dos plantas, cuya fachada estaba ligeramente retranqueada con respecto a los dos laterales y flanqueada por lo que parecían ser viejas ventanas emplomadas. La fachada estaba salpicada de grandes puertas dobles de madera de casi tres metros de altura. Aunque era difícil distinguirlo en el cielo premonitorio, la finca parecía de un gris pálido. A pesar de estar muy deteriorada, con grietas en algunas ventanas y en los enormes ladrillos del exterior, la mansión Harlop seguía siendo impresionante, sobre todo por su tamaño.

Frente a la finca, el camino rodeaba en picado una estatua verde oxidada de dos metros y medio que se erguía orgullosa en el centro de una fuente seca. Era difícil de distinguir, pero desde el asiento del conductor, Robert lo veía como un querubín, bajo y corpulento, con unas pequeñas alas pegadas a la espalda.

Muy bien, interés despertado.

"Seguro que es interesante", admitió. "Ahora a encontrar una manera de entrar..."

Robert miró a su izquierda y vio una vieja y desgastada caja metálica con un único botón gris y listones fijados a un poste

metálico.

Intercomunicador, pensó inmediatamente.

Al acercar su coche al interfono, Robert bajó la ventanilla. Una fuerte ráfaga de viento fresco le golpeó de inmediato y le provocó un prolongado escalofrío. Miró hacia atrás para ver si Amy tenía frío, pero ella no pareció notar el cambio de temperatura; los ojos azules de la chica parecían clavados en la casa a lo lejos.

Pronto se avecina una tormenta, una grande, como suele decirse.

Robert decidió acelerar el paso, no quería quedarse atrapado en el aguacero teniendo en cuenta todo lo que había pasado. Se asomó a la ventanilla con la intención de pulsar el botón gris, pero antes de llegar a él, un agudo chillido cortó el pesado aire.

"¡Jesús!", gritó, tapándose instintivamente los oídos con ambas manos. "¡Tápate los oídos, Amy!"

Echó un vistazo por el retrovisor y se dio cuenta de que ella ya se estaba tapando una oreja con la mano y utilizaba al Sr. Gregorius para taparse la otra. También había doblado hacia abajo las orejas del conejito.

Un movimiento delante del coche le llamó la atención y Robert volvió a fijarse en la verja. Había empezado a abrirse, pero las bisagras estaban tan oxidadas que luchaban contra el zumbido de un motor invisible.

Otro chillido cortó el aire y Robert apretó aún más las manos contra los lados de su cabeza. El ruido era como un golpe de pico en el cerebro. Cuando el portón chasqueó torpemente y el agudo chirrido disminuyó, Robert se quitó la mano izquierda de la oreja y subió rápidamente la ventanilla.

Cuando la puerta estaba a medio abrir, pareció atascarse. Robert esperó un momento para ver si seguía abriéndose, pero no pasó nada. Encogiéndose de hombros, miró rápidamente a ambos lados para tratar de calibrar si su coche cabría o no.

Iba a estar reñido.

"¿Qué...?" Las palabras salieron como un grito, y flexionó la mandíbula para destaparse las orejas. "Lo siento. ¿Qué te parece, Amy? ¿Podemos pasar?"

Amy le dio a la apertura su propia revisión superficial.

"Creo que sí", conjeturó ella, y Robert sonrió ante su expresión seria.

Volvió a levantar la vista y levantó lentamente el pie del freno. Por alguna razón, el rostro de Sean Sommers apareció en su mente, seguido de la parte trasera de su abrigo azul marino, mientras se dirigía desde la entrada de Robert hacia su Buick.

¿Dónde está Sean? ¿Y cómo demonios cabía su coche a través de esto?

El coche de Robert, un Mazda 3 más práctico, era mucho más estrecho, y no confiaba en poder pasar sin golpear los retrovisores laterales contra las verjas de hierro.

El coche avanzó a paso de tortuga y, cuando lo atravesó con menos de un centímetro a cada lado, una sensación de orgullo invadió a Robert.

"Sólo", le dijo a Amy en el asiento trasero. "Sólo".

Mientras el Mazda se deslizaba por el sinuoso camino de entrada, Robert trató de ver mejor la propiedad; estaba en peor estado de lo que había pensado en un principio. El camino de entrada no era de grava, sino de ladrillo entrelazado en tan mal estado que crujía bajo los neumáticos. Cuando llegó a la estatua del querubín, redujo aún más la velocidad para mirarla mejor. Había una capa de limo en el fondo de la pila, e incluso desde el asiento del conductor, percibió un estremecimiento de movimiento en el fondo. Con el labio torcido por el asco, apartó la mirada.

Y sin embargo, esto no era lo más inquietante de la escena.

Los ojos del ángel o querubín estaban tachados con lo que parecía pintura blanca.

Robert pisó el acelerador, esperando que Amy no se hubiera dado cuenta ya de la espeluznante estatua.

"¡Mira la puerta!", dijo rápidamente en un intento poco convincente de distraerla.

Pero al seguir sus propias instrucciones, se dio cuenta de que la puerta impresionaba por razones distintas a su inmenso tamaño. De madera maciza y oscura, con gruesos nudos y profundas ranuras que se desplazaban verticalmente por su longitud, estaba sujeta al ladrillo con enormes bisagras metálicas.

Parecía una reliquia de los años mil quinientos, una antigüedad rescatada de una iglesia en ruinas, tal vez.

Robert detuvo el coche ante los escalones derruidos que conducían a la entrada.

"Aventura, Amy", dijo preventivamente. "Piensa en esto como una aventura".

Antes de que ella pudiera responder, preocupada por si se quejaba, Robert aparcó el coche y abrió la puerta, preparándose para un viento que nunca llegó.

Respirando el aire viciado y mohoso, sacó a Amy del asiento elevador y la ayudó a salir del coche.

"¿Y bien?", preguntó mientras recorrían la corta distancia que los separaba de la escalinata de entrada y contemplaban la enorme puerta. "¿Qué te parece?"

Cuando Amy no respondió de inmediato, Robert miró a su hija. Se sorprendió al ver que aún tenía al señor Gregorius pegado a la oreja.

"¿Amy?"

Volvió los ojos hacia él.

"El Sr. Gregorius dice que va a tener muchos amigos aquí".

Robert se rió entre dientes y, con la mano de su hija entre las suyas, subió la decena de escalones, evitando lo peor de los tramos rotos que parecían demasiado deseosos de torcerse los tobillos.

"No sé nada de eso, cariño... no parece que nadie haya vivido aquí en años".

Cuando llegó a la puerta, volvió a sorprenderse por su inmensidad. Desde la distancia, había pensado que la puerta medía dos o tres metros, pero ahora que estaba a menos de medio metro de ella, tenía que girar el cuello para ver la parte superior.

Ya no los hacen así.

Se encogió de hombros y levantó los nudillos, dispuesto a llamar a la puerta, cuando oyó el sonido de un cerrojo metálico que se deslizaba desde algún lugar del interior de la casa.

Instintivamente, retrocedió arrastrando a Amy con él. Su tacón resbaló en el desgastado escalón de ladrillo y por un momento se tambaleó.

Amy le dio un fuerte tirón y él recuperó el equilibrio.

"Gracias", dijo con una sonrisa de satisfacción.

Cuando se volvió hacia las puertas dobles, se sorprendió al ver que la de la izquierda se había abierto una rendija. A diferencia del portón que tenían detrás, estas puertas se abrían suavemente, en silencio.

Robert se esforzó por mirar dentro de la abertura de cinco centímetros. El interior estaba casi totalmente oscuro y no pudo distinguir gran cosa.

"Diablos..."

Pero entonces una voz cruda y rasposa atrajo su atención hacia abajo.

Unos centímetros por encima de la cabeza de Amy, un único ojo rodeado de párpados curtidos las miraba fijamente.

Robert resistió el impulso de retroceder.

"¿Robert Watts?", le preguntó la mujer -y era una mujer, a juzgar por los finos mechones de largo pelo blanco que le caían sobre el único ojo visible-.

Robert se quedó boquiabierto, pero no dijo nada. Para la mujer, sin embargo, aquello fue como una afirmación, y retrocedió hasta las sombras de la finca Harlop.

"Entra", instruyó desde el fondo. "Yo sola no puedo abrir más la puerta".

Capítulo XI

La anciana de piel manchada de hígado y fino pelo blanco se desplomó en una silla de ruedas oxidada en cuanto Robert y Amy cruzaron el umbral de la finca Harlop. Su cuerpo se desplomó, y luego se acercó por detrás de la silla, cogió una mascarilla de oxígeno y se la puso en la cara, respirando profundamente. Mientras esperaba a que recuperara el aliento, Robert miró a su alrededor con la banda sonora del siseante tanque de oxígeno verde oscuro.

El interior de la finca estaba en mejores condiciones que el exterior, pero sólo marginalmente. Cuando los ojos de Robert recorrieron el escaso mobiliario -todo madera vieja y antigua cubierta por una gruesa capa de polvo-, se dio cuenta de que no se debía a que alguien cuidara mejor el interior, sino simplemente a la falta de elementos disponibles para causar estragos.

Justo detrás de la mujer en silla de ruedas había una escalera grandiosa, de las que se ven en las películas, por la que desciende la reina del baile entre los vítores de sus admiradores. Sólo que en este lugar, en la finca Harlop, la escalera era oscura, el anticuado dibujo de la moqueta estaba tan desgastado que se había convertido simplemente en un marrón turbio, y no había ninguna reina del baile, sólo una mujer vieja, enferma y en silla de ruedas.

A la derecha de la escalera había una puerta cerrada que Robert supuso conducía a una cocina, mientras que a la izquierda podía distinguir la tenue silueta de varios sofás cubiertos de polvo, una mesa redonda de madera y una especie de chimenea.

"Robert", dijo Ruth, llamando de nuevo su atención.

"¿Sí?"

"Cierra la puerta".

Por alguna razón, a pesar de la crudeza y ronquera de la voz de la mujer, tenía una insistencia difícil de ignorar. Robert se dio la vuelta y, con ambas manos a ras de la parte trasera de la puerta abierta, empujó.

La puerta se cerró y se atrancó inmediatamente con un esfuerzo moderado.

"¿Y cómo te llamas, pequeña?"

Aunque no detectó malicia en la áspera voz de Ruth, Robert siguió sintiéndose incómodo cuando ella le tendió una garra marchita para

que Amy la estrechara. Obviamente, Amy sintió la misma repulsión, pues aunque dio un paso adelante, no estrechó la mano de la mujer. En lugar de eso, se metió el conejito de peluche en la palma de la mano.

La mujer sonrió y dio un débil apretón al animal.

"El Sr. Gregorius dice que te conoce", dijo Amy.

"Ah, sí, bueno, aquí hay muchos conejos, mi amor", resolló y luego tosió. Robert hizo un movimiento para ir hacia ella, pero ella lo detuvo levantando una mano curtida. "Estoy bien".

Robert miró a Amy, cuya atención se centraba ahora en su conejo de peluche.

Sr. Gregorius...

El nombre era extraño y ligeramente embarazoso, y Robert sintió que se le calentaban las mejillas.

"Bueno, Robert, mi nombre es..."

Robert sacudió la cabeza, cortándola. Todo aquello, desde la estatua con los ojos tachados hasta la silla de ruedas oxidada, le daba malas vibraciones.

"Lo siento, pero ha habido algún tipo de error. No soy tu sobrino".

La mujer sonrió aún más, mostrando una boca llena de dientes. Su rostro era cetrino y su piel tenía las líneas gruesas de la piel de elefante. Si no fuera por su nariz pequeña, en lugar de algo larga y puntiaguda, habría pensado que parecía una bruja.

Sin embargo, el fino pelo blanco y el cuero cabelludo manchado que asomaban no ayudaban a su causa.

"Me temo que *ha* habido un error", admitió ella, sus ojos verdes que apenas eran visibles en las hundidas fosas que los albergaban ahora le miraban fijamente.

Robert puso una mano sobre los hombros de Amy y empezó a guiarla lentamente hacia atrás.

"Lo siento, entonces. Sólo..."

"Ha habido un error, pero no tiene nada que ver con nuestro parentesco, Robert. Eres mi sobrino, de eso estoy seguro".

Robert hizo una mueca.

"¿Estás seguro? ¿Cómo puedes...?" Pero a la mujer le sobrevino de repente otro ataque de tos, y Robert volvió a inclinarse hacia ella. Esta vez no rechazó su ayuda.

Rápidamente se colocó detrás de ella, echó un breve vistazo a la silla de ruedas, oxidada en algunos puntos, y luego, con la palma de la mano abierta, empezó a darle suaves golpecitos en la espalda.

La sensación de los huesos bajo la fina bata negra de Ruth, la protuberancia de su médula espinal y sus costillas salientes fue tan horrible que estuvo a punto de abandonar después de tres golpecitos. Apenas la estaba tocando, pero temía que incluso eso fuera demasiado agresivo, ya que con cada golpecito ella se balanceaba hacia delante en la silla, peligrosamente a punto de caerse.

Ruth pasó una mano por detrás de su cuerpo y Robert se apartó instintivamente de ella. Las articulaciones de los dedos eran tan gruesas que dudaba que pudiera cerrar el puño o enderezar la mano; estaba destinada a seguir siendo una garra.

Un rápido vistazo le reveló que Amy le estaba mirando fijamente, y sintió que se acercaba un momento de enseñanza.

Es vieja y está enferma, no un bicho raro. Ten un poco de compasión.

Al mirarle la mano, se dio cuenta de que el tubo de oxígeno que llevaba a la mascarilla que ella se había puesto sobre la nariz y la boca se había enganchado en un tornillo oxidado y estaba cortando el flujo. Lo desenganchó y se puso delante de ella.

La máscara se empañó y luego se desempañó varias veces antes de que volviera a apartarla y terminara por fin su hilo de pensamientos.

"Robert, eres mi sobrino. No sabía que tu hija se uniría a nosotros".

Robert acarició la cabeza rubia de Amy.

"Sentimos que venir al condado de Hainsey sería una aventura".

La mujer se limpió la saliva de los labios con el dorso de la mano y sonrió con satisfacción.

"Oh, será toda una aventura. Por favor, déjame mostrarte el lugar".

***

La visita, si es que podía describirse como tal, les llevó primero a la habitación con la chimenea, luego a través de la puerta cerrada de lo que Robert había supuesto correctamente que era una cocina *-donde cocinarás mis comidas, le* dijeron con tantas *palabras-* hasta las grandes puertas de cristal que daban a la parte trasera de la propiedad.

Había más en la casa, mucho más, incluido un sótano, y varios grandes comedores detrás de la regia escalera, pero la tía Ruth le

aseguró que su utilidad hacía tiempo que había pasado.

El mayor problema fue subir las escaleras y, mientras esperaba pacientemente a que Ruth subiera al siguiente escalón, Robert se preguntó varias veces por qué la mujer torcida se molestaba en subir, por qué no se instalaba en la planta principal. Dios sabía que era más que suficiente para ella. Dos veces estuvo a punto de decir lo mismo, pero la determinación de la mujer, que tardaba casi un minuto entero en subir cada uno de los escalones, le hizo callar.

En el rellano superior había una segunda silla de ruedas, en la que Ruth se desplomó como si acabara de completar una maratón.

Había tantas habitaciones en el piso de arriba que casi daba vértigo. Afortunadamente, al igual que en la planta principal, Ruth decretó que la mayoría de ellas estaban prohibidas o carecían de importancia, o ambas cosas, y se centró en un puñado de ellas. Uno de ellos era el cuarto de baño, con una gran bañera de patas de garra en el centro. Cuando la tía Ruth decretó que era allí donde Robert la bañaría, compasivo o no, no pudo evitar el escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Sin embargo, a pesar de su repulsión, no dijo nada en contra.

Luego le enseñó su dormitorio, y el que iba a ser el suyo, y una tercera habitación mucho más pequeña que Ruth dijo que Amy podía tener... si quería, claro.

Fue en la habitación de Amy donde Robert echó un vistazo por la ventana. Detrás de la finca de los Harlop había un enorme prado cubierto de maleza, salpicado de altas secciones de maleza o parches yermos, que parecía extenderse durante eones. A lo lejos, distinguió un aumento gradual de una pendiente fangosa y, hacia lo que supuso que era el límite de la propiedad, observó un afloramiento de tres o cuatro grandes rocas. Incluso a esa distancia, el barro que había junto a las rocas parecía más blando que el de las zonas circundantes, como si las lluvias torrenciales de la última semana hubieran avanzado un poco en su erosión.

Mientras observaba, varias gotas de lluvia le taparon la vista. Entonces, como si supiera que le tenía como observador, el cielo se oscureció de repente y empezó a llover a cántaros.

"Se acerca la lluvia".

La mujer gruñó y se giró hacia él. Robert apartó la mirada de la ventana; de todos modos, era imposible ver nada, con la lluvia que caía de repente en gruesos riachuelos.

"¿Y?" preguntó Ruth de repente. Al principio, Robert pensó que se

refería a su comentario sobre la lluvia.

¿Y? Entonces*, mi esposa acaba de morir en una tormenta como esta.* Así que *no me importa mucho la lluvia en este momento.*

Pero cuando él abrió la boca para comentar, ella le cortó preventivamente.

"¿Supongo que el Sr. Sommers explicó el acuerdo?"

Robert se quedó pensativo un momento.

Como el último de mis parientes, y a cambio de tus servicios, te legaré mi patrimonio.

Sus pensamientos se centraron en las facturas que Wendy había acumulado y en el hecho de que no iba a poder hacer frente al pago de la hipoteca de este mes.

Sin embargo, a pesar de la afirmación de Cal de que salir de casa les haría bien a Amy y a él, se resistía a aceptar una oferta tan extraña y, francamente, increíble.

Además, incluso teniendo en cuenta toda la certeza de la mujer en silla de ruedas, estaba seguro de que no tenía una tía Ruth.

Si lo hubiera sabido.

Robert se volvió hacia la ventana y, como si hubiera tomado la decisión por él, la lluvia se intensificó. Después de lo que le había pasado a Wendy, no le apetecía conducir dos horas bajo la lluvia.

"Sí, lo dejó claro. Al igual que su carta".

"Bien".

Robert se acercó a Amy y tiró de ella hacia sí.

"No prometo nada, pero parece que vamos a pasar la noche aquí".

Los ojos verdes de la mujer se entrecerraron hasta desaparecer por completo en las ojeras que los rodeaban.

"Si te parece bien, claro".

La mujer gruñó.

"Bueno, entonces, creo que es hora de que prepares la cena".

Robert tenía que reconocer que, a pesar de su mal cuerpo, no le faltaba confianza en sí misma.

Frotó la cabeza de Amy, mirándola en busca de consuelo, pero ella estaba ocupada entreteniéndose de nuevo con su conejito.

Sr. Gregorius.

"Está decidido, entonces, prepararé la cena".

Pero por la mañana, nos vamos de aquí.

Capítulo 12

Robert abrió los ojos de golpe y se le cortó la respiración. Por un momento, se sintió completamente desorientado y no tenía ni idea de dónde estaba. Lo único que sabía era que el lugar en el que estaba era frío y oscuro y que su cuerpo estaba cubierto de sudor.

¿Dónde diablos estoy?

Entonces todo volvió a su memoria. Estaba en la finca Harlop, visitando a su "tía" Ruth, cuando se abrió el cielo. Robert se incorporó y se quitó el edredón mohoso que se le había caído mientras dormía y que, de todos modos, sólo le cubría los pies. Un rápido vistazo a la ventana le reveló que seguía lloviendo a cántaros. Con un suspiro, se acercó y encendió la lámpara que había junto a la cama.

¿Por qué me he despertado?

Al principio, pensó que era una pesadilla sobre el accidente, pero luego creyó recordar haber oído voces... dos chicas susurrando.

Tengo hambre... por favor, tengo mucha hambre.

Tienes que darte prisa, no tardarán mucho.

Las palabras eran tan claras que parecía más un recuerdo que un sueño. Había algo extraño en la forma en que...

¡Amy!

Robert recordó de repente que Amy se había negado a tener su propia habitación y, en cambio, había insistido en que durmiera en la cama con él. Pero ahora, un rápido vistazo revelaba que Amy no sólo no estaba en la cama con él, sino que ni siquiera estaba en la habitación.

Saltó de la cama, el suelo estaba tan frío sobre sus pies descalzos que casi le dejó sin aliento.

"¿Amy?" susurró. "¿Amy?"

No hay respuesta.

En menos de cinco pasos, llegó a la puerta, observando que estaba abierta a pesar de que se había asegurado de cerrarla antes de acostarse.

La luz de la lámpara de la mesilla de noche proyectaba un débil resplandor lleno de sombras en el pasillo. Entrecerró los ojos y miró frenéticamente en ambas direcciones, pero sólo vio filas de puertas cerradas.

"¿Amy?" preguntó a la oscuridad, su voz un poco más alta ahora.

Lo primero que pensó mientras buscaba el interruptor de la luz en el pasillo fue que ella se había ido a vagar, a explorar, o que tal vez era sonámbula. Por lo general, Amy tenía el sueño muy profundo, pero después del accidente era muy posible que se hubiera despertado tan confusa como él y hubiera salido de la habitación.

Pero entonces, ¿por qué no me despertó?

Robert encontró el interruptor de la luz y lo encendió, bañando el pasillo con un resplandor amarillo pálido.

Amy no estaba allí.

Robert estaba a punto de dar el primer paso hacia las escaleras que conducían a la planta principal cuando toda la casa se iluminó de repente por un relámpago. El trueno siguió incluso mientras el relámpago continuaba parpadeando, un estallido de sonido tan fuerte que Robert se encogió e instintivamente se tapó los oídos.

¡Jesucristo!

"¡Amy!", gritó tras desvanecerse el sonido, sin importarle ya si despertaba a Ruth.

Como seguía sin obtener respuesta, subió las escaleras de dos en dos. Al llegar al rellano, se detuvo y aguzó el oído para escuchar.

Al principio, no oyó nada. Pero entonces, cuando estaba a punto de dirigirse a la sala de estar, oyó un sonido: un ligero arañazo en la madera, como un ratón huyendo de la luz.

Sus ojos se desviaron en esa dirección, observando que la puerta de la cocina, que también había cerrado después de preparar la cena, estaba ahora abierta.

"¿Amy?", volvió a preguntar.

Se apresuró a entrar en la cocina de estilo galera, pensando por un breve instante que tal vez Amy estuviera allí dentro, jugando con los cuchillos.

No seas estúpido, es demasiado mayor para eso... ¿pero si es sonámbula?

No sabía si se sentía aliviado o decepcionado al ver que la cocina estaba completamente vacía.

"¡Amy! ¿Dónde estás, Amy?"

Estaba a punto de salir de la habitación cuando oyó el mismo ruido de arañazos -apenas audible, *chk chk chk*- procedente de algún lugar en el fondo de la cocina, donde la luz del pasillo no llegaba.

Los dedos escrutadores de Robert encontraron por fin el interruptor de la luz, desterrando las sombras.

Sus ojos se posaron inmediatamente en la puerta de madera que había al fondo de la cocina. Esta puerta era diferente de todas las demás de la casa, que eran todas iguales: de madera maciza pintada de blanco, en consonancia con la época y el diseño del resto de la casa. Sin embargo, esta puerta no tenía paneles como las demás y era la única que no estaba pintada. Durante su breve visita, Robert había preguntado específicamente por esta puerta, pero Ruth se había apresurado a descartarla, diciendo que no era importante y que bajo ninguna circunstancia debía abrirla.

En aquel momento, Robert se había encogido de hombros, atribuyéndolo a una de las muchas peculiaridades de la mujer, pero ahora, mientras la miraba fijamente, hizo caso omiso de cualquier advertencia que ella le hubiera hecho.

Al fin y al cabo, cuando lo señaló por primera vez, tenía un pesado candado que lo cerraba.

Ahora estaba abierto.

Volvió a oír el arañazo y se apresuró hacia la puerta, abriéndola de par en par, esperando ver a Amy de pie en el rellano.

Pero una vez más, Robert sólo se encontró con oscuridad. Oscuridad y olor a tierra y vegetación.

¿Una bodega fría?

Metió la mano en la puerta en busca de un interruptor. No encontró nada.

"¿Amy?", preguntó a la oscuridad, con la voz ligeramente vacilante.

El corazón, que ya se le había acelerado en el pecho, se le aceleró aún más. Deseó no haberse dejado el móvil en la mesilla de noche; le habría venido bien una linterna. Instintivamente, Robert se volvió hacia la cocina y buscó una linterna en la encimera.

El ruido de arañazos atrajo inmediatamente su mirada hacia atrás.

"¿Amy? ¿Estás ahí abajo?"

El tiempo pareció detenerse mientras esperaba una respuesta. Y entonces llegó en forma de un gemido apagado.

"¡Amy!"

Los pensamientos sobre una linterna abandonaron su mente y estiró los dedos de los pies, encontrando el primer escalón en la completa oscuridad. Dio el siguiente paso, luego el siguiente. En el tercer

escalón, volvió a gritar.

"¿Amy? ¿Estás abajo...?"

Pero cuando su pie alcanzó el siguiente escalón, una espesa red de telarañas le golpeó de lleno en la cara, cubriéndole los ojos y la boca.

Tosió y se lo arrancó, intentando desesperadamente quitarse los hilos pegajosos de la cara.

Su caída era inevitable.

Mientras agitaba los brazos en la sofocante oscuridad, su talón izquierdo resbaló del borde del escalón y su cuerpo se precipitó hacia delante.

"*¡Joder!"* Sus tres primeros pasos a trompicones fueron increíblemente afortunados, y de alguna manera logró evitar caer de cabeza sólo Dios sabía hasta dónde hasta el fondo de la escalera.

Pero al final, ganó la oscuridad.

Incapaz de ver nada, Robert calculó mal la distancia hasta el cuarto escalón, y lo perdió por completo. Su cuerpo quedó suspendido en el aire y sus dos piernas se balancearon. El pie que había fallado aterrizó torpemente en el quinto escalón, y sólo sirvió para aumentar su impulso.

Apretando los dientes, su cuerpo bajó a saltos las escaleras que quedaban hasta que tocó la tierra fría y húmeda del fondo, con el tobillo izquierdo torciéndose torpemente bajo él.

Un dolor punzante le recorrió la pierna de arriba abajo, y de nuevo se le escapó un grito.

"¿Amy? Amy, ¿estás aquí abajo?", siseó entre dientes apretados.

Su tobillo izquierdo se dobló al fracasar su intento de ponerse de pie. En su segundo intento, apoyó todo su peso en la pierna derecha y consiguió colocarse en decúbito prono.

Algo le golpeó de nuevo en la cara y lo apartó de un manotazo, pensando que era otra tela de araña.

Entonces volvió a oír el arañazo e inmediatamente giró la cabeza hacia la izquierda, jadeando por el dolor que sentía en la pierna.

La oscuridad era tan envolvente que resultaba imposible ver nada. Algo volvió a golpearle en la cara, y su mano se alzó y la agarró.

Esta vez no era una tela de araña, se dio cuenta, sino la cuerda de una bombilla. Sin dejar de hacer muecas, tiró y la luz de una bombilla desnuda le cegó de inmediato.

"¿Amy?", volvió a preguntar.

Parpadeando rápidamente, su visión se aclaró lentamente.

Y lo que vio le dejó sin aliento.

Allí, de espaldas a él, a unos tres metros, estaba Amy. Sólo que *no era* Amy, no del todo.

"¿Amy?" Su garganta estaba de repente tan apretada que apenas podía sacar la palabra.

La chica era de la altura de Amy, pero su pelo era demasiado oscuro para ser el de su hija. Y vestía una bata sencilla, y no los vaqueros y la camiseta que Amy había llevado los últimos días. Y aunque sujetaba algún tipo de animal en la mano izquierda, no era un conejito; no era el señor Gregorius.

En su lugar, parecía una rata; una rata increíblemente realista con una larga cola rosa.

"¿Qué dem...?"

Robert intentó alejarse arrastrando los pies, de vuelta a las escaleras, pero su tobillo era demasiado débil y volvió a tropezar. Esta vez, sin embargo, pudo evitar de algún modo caer.

Entonces la chica empezó a girar lentamente y sentí como si todo el aire de la habitación, incluida la pequeña cantidad que había en los pulmones de Robert, fuera succionado.

La chica tenía más o menos la edad de Amy, pero su rostro era increíblemente pálido y sus ojos -*Jesucristo*- eran sólidos orbes negros que destacaban en su rostro, por lo demás diminuto.

Mientras Robert miraba horrorizado, la boca de la chica empezó a abrirse, pero dentro no había dientes ni siquiera lengua. En su lugar, era como un pozo negro infinito que siguió creciendo hasta que casi le ocupó toda la cara.

Y entonces ella habló, y esta vez Robert cayó.

"Ayúdame, papá", dijo. Su voz tenía una cualidad etérea, como palabras siseadas por un viento susurrante.

Robert abrió la boca, pero un enorme trueno procedente del exterior resonó de repente en toda la casa y se tragó su grito. La única bombilla parpadeó y se apagó, dejándole de nuevo en la más absoluta oscuridad.

No podía moverse, ni siquiera respirar.

Robert no podía hacer nada.

Menos de un segundo después, la luz volvió a parpadear y se encontró mirando fijamente el rostro en forma de corazón de Amy.

"¿Qué pasa, papá?"

Robert tragó saliva, incapaz de hablar. Sus ojos se desviaron hacia la mano de su hija y sintió alivio al ver que no sostenía una rata, sino a su conejito peludo, el señor Gregorius.

¿Qué...?

Amy frunció el ceño, preocupada.

"Papá, ¿estás bien?"

Capítulo 13

Con el tiempo y la distancia, Robert empezó a considerar su encuentro en el sótano de la finca Harlop como una especie de espejismo mental provocado por el estrés de la muerte de Wendy. Y a medida que su tobillo torcido se iba curando, se volvió más racional sobre el encuentro.

Estrés, sólo era estrés... la niña que viste era sólo Amy; la oscuridad te estaba jugando una mala pasada.

En cuanto a Amy, afirmó no recordar nada de cómo se había levantado de la cama para abrir de algún modo la puerta cerrada del sótano, aunque él supuso que debía de haber encontrado una llave en alguna parte. La lluvia amainó poco después de que salieran cojeando del sótano y, sin poder dormir, Robert cogió a Amy y condujo de vuelta a casa. Como no quería despertar a Ruth, le había dejado una nota agradeciéndole la oportunidad, pero indicándole con firmeza que iba a tener que rechazar la oferta.

Gracias, pero no.

Pero ahora, menos de dos semanas después, sentado en su cocina, mirando fijamente la carta de Wendy's, su compañía de tarjetas de crédito, empezaba a dudar de su decisión.

El banco había llamado, recordándole amablemente que no sólo tenía que pagar la hipoteca de este mes, sino también la del mes anterior. La compañía de la tarjeta de crédito también había llamado, y habían sido bastante menos cordiales y comprensivos con respecto a la pérdida de su mujer.

Consiguió mantenerlos a raya con promesas vacías, sabiendo que no era una estrategia viable a largo plazo.

Así que Robert hizo lo que pudo, tanteando el terreno en busca de trabajo, pero siendo verano, nadie estaba interesado en contratar a un contable. No ayudaba que Audex no fuera la única empresa joven, y el desaire que le hizo a Landon en el funeral no le estaba haciendo ningún favor. El hombre era tan hábil como su pelo y, a pesar de su *pérdida*, no le extrañaría que se pusiera en contacto con directivos de otras empresas y agriara preventivamente sus perspectivas.

A pesar de todas las llamadas que recibía de los cobradores -tantas que se había acostumbrado a dejarlas en el buzón de voz-, la llamada que esperaba sobre el dinero que debía nunca llegaba.

La compañía de seguros y el pago de cincuenta mil dólares de la

póliza de Wendy. Les había llamado, por supuesto, pero se apresuraron a dar largas, diciéndole que le informarían de su decisión una vez concluida la investigación.

Investigación...

Robert casi se vuelve loco de frustración.

Su siguiente llamada fue a un abogado que había buscado en Internet, y tras pagarle con su propia tarjeta de crédito, que ahora sufría las mismas cifras crecientes que la de Wendy, aunque no en la misma proporción, el consejo del hombre había sido sencillo.

"Declárate en bancarrota".

Quiebra.

Sonaba como una palabra tan sucia que a Robert se le revolvió el estómago.

"¿No hay nada más que pueda hacer? ¿Conseguir una estancia, quizá, hasta que pague el seguro?".

"No. Declárate en quiebra; puedes reconstruir tu crédito más tarde. Mira, Robert, es una opción mejor a largo plazo que seguir incumpliendo o saltándote pagos. Mientras tanto, puedes poner tu casa en venta antes de que el banco la ejecute. Incluso eso podría ser complicado, pero si no haces nada antes del otoño y estas cartas siguen acumulándose... Te vas a meter en un agujero del que nunca podrás salir arrastrándote".

La mente de Robert se remontó al día anterior a todo aquello, cuando él trabajaba en Audex y Wendy dirigía su propia inmobiliaria. Por aquel entonces había tantas promesas...

Robert sacudió la cabeza y se reprendió por mentir.

Las cosas no habían ido bien, si no Wendy no se habría estado tirando a su ex jefe, Landon Underhill.

En ese momento, Robert deseó que Landon estuviera frente a él para poder darle un puñetazo en la cara.

Cerró los ojos.

¿A quién quiero engañar? Probablemente me mandaría al hospital... ¿y entonces quién cuidaría de Amy?

"¿Robert? ¿Estás ahí?"

Robert gruñó.

"Mira, me pagaste para que te diera mi opinión profesional. Tómela o déjela".

Robert abrió los ojos y luchó contra las lágrimas. Cuando enfocó la vista, vio que la carta que Sean Sommers le había entregado hacía un año yacía inerte sobre la encimera. No sabía por qué estaba allí, ya que recordaba haberla tirado.

Robert se mordió el labio, recordando lo asustado que había estado en el sótano aquella noche de tormenta cuando se apagaron las luces.

Cuídame unos meses, incluso días, y te daré mi casa.

La finca Harlop estaba en mal estado, sin duda, y se encontraba a dos horas de cualquier centro urbano importante, pero *aun así*. Era enorme y tenía que valer una buena cantidad de dinero. Incluso si no valía siete cifras, sin duda sería suficiente para pagar sus deudas. Y era verano, lo que significaba que Amy no estaba en la escuela. ¿De qué les servía quedarse aquí, recordando constantemente no sólo a Wendy, con sus cosas tiradas como si volviera a casa del trabajo y no estuviera muerta, sino también las facturas que no podían pagar? ¿Era eso mejor que Amy viviendo en una vieja casa en el campo con una tía espeluznante y moribunda?

Robert no estaba tan seguro.

Es hora de ser un hombre, Robert.

"¿Robert? Estamos llegando a la hora, ahora."

La idea de pagar a ese abogado, cuya sordidez rivalizaba incluso con la de Landon, le sacó de su ensueño.

"Entonces, ¿crees que puedo esperar hasta el final del verano?"

El hombre hizo una pausa.

"Creo que lo mejor es iniciar de inmediato el procedimiento de quiebra, que por supuesto puedo hacer por usted. Pendiente de pago, por supuesto..."

Robert negó con la cabeza.

"Pero dijiste algo sobre el verano, ¿no?"

"Puedo redactar una carta, falsear parte de la información y enviarla a su banco y a la compañía de su tarjeta de crédito. Diles que no embarguen tus bienes y que aleguen enfermedad mental". Hizo una pausa, como si lo estuviera meditando. "Sí, las enfermedades mentales están de moda ahora. Oh, o tal vez el trastorno de estrés postraumático, que es una buena, también. *Podría* funcionar".

"Bien, hagámoslo entonces".

"Pero te va a costar, Robert; las cartas te costarán dos cincuenta".

Robert se mostró incrédulo.

"¿Dos cincuenta?"

"Es un trato, créeme".

Al infierno. ¿Doscientos cincuenta dólares para que firmes con tu nombre en un formulario que probablemente encontraste en Internet?

Volvió a sentirse sucio.

"Bien, hazlo".

"Lo haré hoy, Robert. Estaré en contacto".

Robert ni siquiera se despidió.

Colgó, cogió la carta del mostrador y volvió a leerla.

Entonces tuvo una visión de Ruth intentando agarrar la mascarilla de oxígeno, cuya manguera estaba enganchada en el respaldo de la silla de ruedas, y de repente tuvo la esperanza de que aún estuviera viva para que él la atendiera.

Un pensamiento morboso pero apropiado.

Y también se preguntaba adónde había ido el Sr. Sommers, que parecía haber desaparecido después de dejar la carta. El extraño hombre de pelo corto y rubio no había estado en la finca, eso estaba claro.

No me gusta, papá.

Se estremeció y se riñó por haber vuelto a comportarse como un niño. Cuando levantó la vista, Amy había aparecido en la cocina y lo miraba fijamente.

"Me asustaste, Amy."

Tenía el rostro inexpresivo.

"¿Vamos de aventura otra vez, papá?"

Robert sintió que asentía.

"Sí, cariño. Creo que sí".

Esta vez, sin embargo, haznos un favor a los dos y mantente fuera del sótano.

Parte II - Mudanza en

Capítulo 14

Robert reprimió una arcada mientras acercaba la esponja a la nuca de Ruth. Apartó la mirada mientras exprimía el agua caliente de ella, incapaz de soportar el aspecto de su columna vertebral saliente y su carne pálida y manchada de hígado. Aparte del agua que caía en cascada de la espalda de la tía Ruth y salpicaba la bañera, un lento goteo que resultaba muy inquietante, en la finca Harlop reinaba el silencio.

Toda esta experiencia tenía a Robert en vilo. La primera vez que Ruth le pidió que la bañara, su reacción fue inmediata e inquebrantable: de ninguna manera. Había intentado darle la noticia con delicadeza, pero ella se había limitado a ignorarle.

Ya entrarás en razón", me había dicho.

Robert sólo había sonreído ante su confianza. Pero a medida que el mal humor de la mujer se iba haciendo tan espeso que le resultaba casi imposible estar en la misma habitación que ella, su determinación se había debilitado.

Después de que Amy hiciera varios comentarios sobre el olor de Ruth y le preguntara repetidamente por qué no ayudaba a bañarla, él acabó accediendo. Un hombre no podía aguantar tanto acoso de los dos extremos del espectro de edad.

Y, la verdad, aunque el proceso era repugnante, no era *tan* malo. Al fin y al cabo, Ruth no era más que una anciana enferma, no una leprosa. Necesitaba ayuda y, por honesto que fuera, Robert sentía que era su deber hacer lo que pudiera, que se había apuntado a esto. Aunque sólo fuera eso, la experiencia le hizo sentir una compasión incalculable por las enfermeras y los trabajadores de los hospicios.

Si alguna vez en su vida volvía a tener dinero, juró hacer una donación considerable a estos grupos.

Robert tuvo una arcada mientras le pasaba otra esponja de agua de baño por la piel.

Aun así, se mentía a sí mismo si decía que no habría cambiado esta tarea literalmente por cualquier otra cosa en el mundo. Lo que le hizo preguntarse qué había hecho Ruth antes de que Amy y él llegaran hacía ahora dos semanas.

"¿Qué pasó con Sean?", preguntó.

Robert sintió cómo el cuerpo de la mujer se tensaba bajo su esponja.

"¿Sean?"

"Sí, ya sabes, ¿el tipo que trajo la carta?"

La mujer se relajó.

"Sean es un servidor leal, lleva años conmigo y con mi familia. Pero ahora está cansado y ya no viene tan a menudo. De hecho, prácticamente le dejé marchar después de que completara ese último recado".

Robert se mordió el labio, meditando las palabras de la mujer. Aunque llevaba dos semanas en la finca Harlop, Ruth y él no habían hablado mucho. Nada que se pareciera a una conversación significativa. Normalmente, el único tiempo que pasaban juntos era durante las comidas y la hora del baño. El resto del tiempo, Ruth se retiraba a su habitación, y él había recibido instrucciones estrictas de no entrar bajo ninguna circunstancia.

Como el sótano, pensó de repente.

Alejó ese pensamiento.

Era triste, de verdad; la mujer estaba literalmente esperando la muerte. ¿Y qué hacía Robert, aparte de quejarse por tener que lavarle la espalda a Ruth? Bueno, estaba esperando a que ocurriera exactamente eso. Y la culpa que sentía por ello iba y venía en oleadas.

Al igual que Ruth Harlop, Amy también había permanecido callada, prefiriendo pasar la mayor parte del tiempo con el Sr. Gregorius o en la amplia propiedad que había detrás de la finca.

Otro punto de culpa para Robert.

Se dijo a sí mismo que era bueno para Amy, para su proceso de duelo, y que a ella no le importaba. Era catártico refugiarse en la naturaleza y le enseñaba el valor de poder entretenerse.

La verdad, sin embargo, era que simplemente no había nadie en kilómetros a la redonda con quien pudiera jugar. Estaba atrapada con él, Ruth y el Sr. Gregorius, le gustara o no. Pero, a diferencia de Robert, no se quejaba.

Robert ni siquiera se había planteado qué pasaría cuando el verano llegara a su fin dentro de dos meses si la tía Ruth seguía viva.

Se reprendió a sí mismo por ese pensamiento.

Morboso... tanta muerte últimamente.

Se aclaró la garganta y habló, su objetivo a partes iguales

curiosidad y distracción de sus propios pensamientos serpenteantes.

"Ruth, ¿estás segura de que somos parientes? Quiero decir, ni siquiera pregunté si eras hermana de mi padre o de mi madre".

No ocurrió nada durante casi un minuto y Robert temió que Ruth se hubiera vuelto a quedar dormida, como solía hacer durante la cena. Metió la esponja en el agua de la bañera y se la volvió a pasar por la nuca. Como ella seguía sin reaccionar, se temió lo peor.

Su ritmo cardíaco se aceleró.

"¿Ruth?", preguntó en voz baja, moviendo lentamente su silla para sentarse frente a ella.

Se le cortó la respiración.

La mujer, delgada como un rayo, se abrazaba las rodillas y el pelo gris le colgaba en hilos delante de la cara. Pero fueron sus ojos los que hicieron retroceder inicialmente a Robert. Eran grandes y negros. Brillantes.

"¡Ruth!" Tentativamente se acercó a ella.

De repente, la mujer se estremeció como si se estuviera congelando. El acto fue tan inesperado que Robert se echó hacia atrás en la silla, a punto de derribarla.

"¡Jesús! Me has asustado".

La mujer le ofreció una sonrisa casi desdentada.

"No importa", dijo simplemente.

Por un momento, Robert no entendió el comentario. Entonces recordó su pregunta.

¿Cómo puede no importar con quién estés emparentado?

Sacudió la cabeza y estaba a punto de repetir la pregunta cuando Ruth parpadeó y sus ojos recuperaron su color verde habitual.

¿Qué...?

Antes de que formulara la pregunta, ella miró hacia el agua estancada y empezó a hablar, y Robert se sintió obligado a escuchar su voz ronca.

"Como tú, una vez tuve una hija... y también un marido: James".

Había algo en la voz de la anciana que le sorprendió. Normalmente ronca hasta el punto de ser mezquina, la tristeza que se aferraba a sus palabras era, cuando menos, desconcertante. Y su elección de palabras...

Una vez tuve una hija...

Como si leyera sus pensamientos, Ruth continuó.

"Se llamaba Patricia Beatrice Harlop y era la chica más guapa que he visto nunca. Simpática e inteligente, solía decir. Y éramos felices: yo, mi marido y Patty, como yo la llamaba. Sean estaba por aquí más a menudo entonces, al igual que su propia hija... Jacqueline. Era mayor que Patty, por lo menos ocho años, quizá más, pero les gustaba salir juntas. Patty y Jacky".

La mujer suspiró y su estrecho pecho se hundió hasta que pareció que las mitades superior e inferior ya no estaban unidas. Robert no pudo evitar echar un vistazo a sus pechos, delgados y caídos, que le recordaron a unos calcetines de tubo. Apartó rápidamente la mirada y formuló la pregunta obvia, la que pedía ser formulada.

"¿Qué le ha pasado? ¿A ellos?"

Ruth volvió a suspirar y carraspeó. Levantó la barbilla con los labios apretados, indicando a Robert que tenía que escupir. Él le acercó la esponja a los labios y ella expulsó un cuarto de flema amarilla.

"Hubo... hubo un accidente. Pero incluso antes de eso, hubo momentos difíciles. Mi marido perdió su trabajo y durante mucho tiempo tuvimos muy poco. A veces pasábamos días sin comer, lo que irritaba a todos. A Patty especialmente". Ruth sacudió la cabeza como si se reprendiera a sí misma por el comentario. "Creo que el hambre nos volvió a todos un poco locos. Y una noche, durante una tormenta, por alguna razón Patty decidió subir al tejado. No fui... no fui lo suficientemente rápida, supongo. Cuando llegué, mi marido ya estaba allí. Patty se había caído..." Dejó escapar la frase.

Robert no sabía qué decir; el dolor y la tristeza de la mujer los cubrían a ambos. La intensidad de sus emociones le recordó cómo, a pesar de todo, echaba de menos a Wendy; cómo echaba de menos su tacto, su olor, el mero hecho de hablar con ella. Quizá esto último era lo que más echaba de menos; desde su muerte, no había mantenido muchas conversaciones con nadie ajeno al sector del cobro de facturas.

Y Amy, por supuesto, pero sólo tenía nueve años.

"Lo siento", balbuceó al fin. Un rápido vistazo al curtido rostro de Ruth le hizo saber que había algo más en esta historia, pero su expresión también indicaba que no estaba dispuesta a seguir hablando de ello.

Al menos no ahora.

Ruth apartó la mirada.

"He terminado", dijo.

Robert asintió y se puso en pie, cogiendo la toalla por detrás.

"Aquí, déjame ayudarte a salir de la bañera."

Capítulo 15

Después de ayudar a Ruth a ponerse el camisón y comprobar rápidamente que Amy dormía profundamente en la cama que ahora compartían, Robert se encontró en el salón, sirviéndose un vaso de whisky. Aunque se había traído una botella cuando regresó con Amy a la finca Harlop, había descubierto una licorera llena de whiskys de turba de Islay, algunos de los cuales eran extremadamente raros. Ruth le dijo que podía servirse él mismo.

Así que se sirvió tres dedos de un Lagavulin de 25 años. Mientras sorbía, paseó por la sala, maravillado por cómo parecía haber sido trasplantada de otra época. Enclavada en lo que él pensó que era el siglo XVII, las mitades inferiores de las paredes estaban adornadas con revestimientos de color marrón oscuro, que contrastaban fuertemente con las paredes verdes. Había varias fotografías sobre la repisa de una gran chimenea de ladrillos desvencijados y en tal estado que a Robert le costaba creer que se hubiera utilizado alguna vez.

Al principio, sólo echaba un vistazo casual a su alrededor, más concentrado en su whisky y en la historia que Ruth le había contado que en la decoración, pero, por alguna razón, sus ojos volvían una y otra vez a las fotografías. Eran cuatro, todas con marcos negros idénticos y lisos, casi completamente cubiertas por una gruesa capa de polvo. Estaban tan sucias que apenas podía distinguir que eran retratos.

Claro que sentía curiosidad, pero la gruesa capa de polvo también le provocaba un TOC feroz.

Robert cogió una de las sillas más pequeñas de la habitación, una tapizada de terciopelo verde que estaba casi tan polvorienta como las fotografías, y la arrastró hasta delante de la chimenea. Después de encontrar la única zona de la repisa lo bastante plana para apoyar el vaso, lo dejó en el suelo, se tapó la palma de la mano con la manga de la camisa y levantó la mano.

Hicieron falta tres duros fregados para eliminar la suciedad lo suficiente como para ver bien la primera fotografía descolorida.

No me extraña que Ruth necesite una bombona de oxígeno, pensó, mientras se sacudía la nube de polvo que había soltado al aire.

Robert tosió y volvió a centrar su atención en el marco. En él había una fotografía de un hombre de rostro severo, ojos oscuros y un espeso bigote que, a pesar de que la imagen era en blanco y negro, él sabía con casi total certeza que era de un rojo intenso o de un marrón

cobrizo. El hombre tenía una nariz bulbosa y era calvo por arriba, con el pelo muy corto a los lados.

Robert asintió para sí y sonrió satisfecho.

El marido de Ruth. Un tipo guapo y simpático. El clásico bienhechor.

Bebió otro sorbo de whisky, se inclinó y empezó a limpiar el segundo cristal.

Robert resopló y apenas pudo evitar rociar el vaso con su bebida. Engulló el líquido con una mueca de dolor por el ardor en la garganta.

"¿Qué coño...?", susurró incrédulo.

Era como si alguien hubiera retocado con Photoshop a la mujer a la que acababa de bañar utilizando una tecnología que no sólo precedía a la época en que se tomó la fotografía, sino que superaba las limitaciones actuales. En la imagen, Ruth Harlop tenía unos ojos vibrantes que destacaban en su rostro redondo y lleno, y unas mejillas sonrosadas que se apreciaban incluso en la imagen monocroma. Su rostro estaba enmarcado por una melena negra meticulosamente cuidada y lisa que le llegaba hasta los hombros.

Era guapa, aunque un poco tradicional para su gusto.

Entonces Robert recordó el agua jabonosa cayendo en cascada sobre los pechos caídos y los pezones oscuros, casi negros, y se estremeció involuntariamente.

Tras un buen trago de whisky, pasó al tercer cuadro. Su manga estaba tan sucia que tuvo que limpiársela en los vaqueros antes de usarla para limpiar el siguiente retrato.

Esta fotografía también era de una mujer, pero era más joven que Ruth en su retrato y tenía el pelo rubio en lugar de negro. Y era *muy* atractiva. Robert sintió un estremecimiento en la entrepierna e hizo una mueca. Le parecía una tontería excitarse al ver la foto de una mujer de pómulos altos y labios grandes y redondos, pero así era. De hecho, incluso cuando Wendy aún vivía...

Basta, se reprendió a sí mismo. *Joder, podría ser tu prima, por lo que sabes.*

Pero Robert no lo creía. Si fuera apostador, apostaría a que era Jacky Sommers.

Bebió otro trago y pasó a la última foto. Este último cristal era el más sucio de los cuatro, y Robert tuvo que inclinarse sobre él para rascar la suciedad. Entrecerró los ojos y empezó a distinguir lentamente los rasgos de una joven.

De repente, Robert retrocedió como si le hubieran golpeado en el pecho y se desplomó sobre el respaldo de la silla. El vaso de whisky voló de su mano y se estrelló contra la madera, salpicándole los pies descalzos y las piernas con fragmentos de cristal. Cayó de culo y se estremeció ante el dolor que le subió por la rabadilla.

"Dios mío", graznó. Usando las manos, se arrastró furiosamente hacia atrás, utilizando el whisky derramado para facilitar el deslizamiento. Si no fuera porque su espalda chocaba contra otro sillón polvoriento, no estaba seguro de haber podido detenerse aunque hubiera querido. Su cuerpo dejó de responder a sus peticiones.

Durante todo el tiempo transcurrido entre su primera visita y ahora, Robert había intentado olvidarse del extraño encuentro en el sótano, atribuyéndolo al cansancio y a que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Y, en su mayor parte, había hecho un excelente trabajo convenciéndose a sí mismo.

Pero ahora...

La fotografía era de una niña de más o menos la edad de Amy, quizá un poco más joven, con el pelo oscuro y labios finos, rectos y sin gracia. Aunque no tenía pozos negros por ojos, *era* la misma niña del sótano.

Estaba absolutamente seguro de ello.

Robert tragó saliva, su mente racional y pragmática intentaba encontrarle sentido a todo aquello.

¿Quizá vi esta fotografía cuando Ruth me hizo la primera visita? ¿De algún modo la vislumbré a través de la mugre espesa, la luz reflejándose en ella justo en el ángulo perfecto? Entonces vi a Amy en la penumbra del sótano y, por alguna razón, pensé que era ella.

Robert entornó los ojos ante la fotografía, intentando convencerse de que así era. Y luego se miró la manga, haciendo una mueca ante la suciedad que le había endurecido la manga.

Pero, ¿y la rata? imploró la parte racional de su mente. *¿También vio una de esas? ¿Por eso la tenía en el sótano?*

Robert se obligó a alejar estos pensamientos.

"Sí, la vi en la gira...", dijo en voz alta, tratando de ofrecer más credibilidad a la idea.

Todavía sentado, flexionó las piernas, tratando de inyectarles sangre y recuperar algo de sensibilidad.

¿Qué otra cosa podría ser? ¿Su fantasma?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Empiezas a sonar como Cal.

Al cabo de un minuto se le pasó el susto y por fin consiguió levantarse. Rápidamente se dirigió a la cocina, con la intención de coger la escoba y limpiar el desorden, lo que conllevaba la ventaja añadida de salir de la habitación con la foto de Patty. Al pasar por la escalera, se detuvo y escuchó, tratando de determinar si el haber dejado caer el vaso había despertado a Ruth o a Amy.

Al no oír nada, continuó hacia la cocina, con las piernas aún débiles y la rabadilla entumecida.

¿Se cayó del tejado? ¿De verdad?

Tuvo la extraña sensación de que había un oscuro secreto oculto en los ojos de la niña.

Robert metió la mano en el armario y cogió la escoba y el recogedor.

¿Qué hacía allí arriba bajo la lluvia?

Iba a salir de nuevo al pasillo cuando oyó un ruido detrás de él. La sangre que había vuelto a entrar en sus miembros se expulsó de nuevo y se quedó helado. Incluso su corazón pareció dejar de latir.

El sonido era un ligero arañazo, como el de alguien que arrastra lentamente los dedos sobre una tela texturizada.

Con los ojos muy abiertos, Robert giró lentamente el cuello hacia el sonido en lo que parecía una cámara lenta.

Sus ojos se posaron inmediatamente en la puerta de madera, la que era diferente a todas las demás de la casa, y empezó a temblar.

Estaba abierto de nuevo.

Durante casi un minuto, Robert permaneció clavado en su sitio, con la mente bloqueada.

Una parte de él quería huir -*la* mayoría quería huir-, pero también le aterrorizaba la posibilidad de que Amy -Patricia*, es Patricia, con su rata y sus ojos negros y su boca abierta y desdentada*- se hubiera vuelto a colar por allí.

El sudor empezó a correr por su frente y, sin embargo, de repente sintió mucho frío.

Entonces, un grito procedente de algún lugar del piso de arriba resonó por toda la finca Harlop.

Capítulo 16

Robert irrumpió por la puerta entreabierta de su habitación, con el corazón acelerado.

"¡Amy!", gritó.

Dio tres pasos precipitados hacia la cama antes de darse cuenta de que había una chica sentada en el centro mirando fijamente a la pared del fondo. Por un instante, Robert pensó que era Patricia Harlop y se detuvo en seco.

Pero entonces ella habló, y él se dio cuenta con un enorme suspiro de alivio de que era sólo Amy.

"¡Papi!"

Se precipitó hacia ella, rodeándola inmediatamente con los brazos y apretándole la cabeza contra el pecho. Tenía el pelo húmedo y la frente fría.

"No pasa nada, cariño. No pasa nada", le aseguró mientras la mecía de un lado a otro. "Sólo ha sido una pesadilla".

Es natural, después de perder a su madre, se dijo a sí mismo. *No tiene nada que ver con Patricia, Ruth o esta casa*.

Durante lo que pareció una hora, Robert permaneció sentado en la cama con Amy entre sus brazos, mientras sus pechos subían y bajaban al unísono y sus respiraciones volvían a la normalidad. Finalmente, Amy separó su pequeño cuerpo de él. Sólo entonces se percató Robert del repiqueteo de la lluvia en la ventana. No estaba seguro de si se trataba de un extraño patrón meteorológico estacional que pasaba por allí o si sólo era otra nube oscura sobre la finca Harlop y el condado de Hainsey, pero parecía que llovía casi cada dos días. Y estas tormentas no eran chaparrones de verano; eran aguaceros torrenciales que hacían estremecerse a las compañías de seguros de hogar.

De repente, un relámpago iluminó el cielo, atrayendo la mirada de ambos hacia la ventana. Después, la luz del pasillo parpadeó al oírse los truenos.

"Soñaba con la lluvia", dijo Amy en voz baja, su voz no era más que un susurro. "Llovía y yo estaba en el coche... mamá conducía".

Su cuerpo se encogió y Robert la hizo callar, pero ella insistió en continuar. Robert intentó acercarla de nuevo, abrazarla fuerte, asegurarle que no necesitaba pensar en lo que le había pasado a Wendy, a *mamá*, y mucho menos hablar de ello. Pero cuando ella puso

sus pequeñas manos en el pecho de él, impidiendo su abrazo, su postura se relajó.

Quizá no debería intentar reprimir sus emociones. Tal vez dejarla hablar le ayude a sanar.

Robert se esforzaba por recordar lo que sugerían las páginas web sobre el duelo, pero no podía recordar ningún detalle. Lo único que recordaba era que los consejos parecían contradictorios según la fuente.

Que hablen, que se sepa.

No dejes que abran viejas heridas, ayúdales a seguir adelante.

Se encogió de hombros y siguió la corriente. Cuando Amy volvió a hablar, Robert tuvo que concentrarse para tapar el ruido de la lluvia y no perderse ningún matiz de sus palabras.

"Estaba lloviendo", repitió, "y se oía un zumbido, como de teléfono, ¿sabes? Y luego... y luego mamá se estaba arreglando el pintalabios haciendo una forma de 'o', ¿esa que dices que parece un pez?".

Robert no quiso interrumpir sus pensamientos y se limitó a asentir con la cabeza.

"Y entonces hubo un fuerte ruido, como un chirrido. Y entonces... y entonces..."

Una sombra pasó por su rostro, una seriedad que se impuso a la tristeza que antes se había aferrado a sus rasgos infantiles. De repente, Robert dejó de asentir y se estremeció; parecía que la temperatura de la habitación había bajado varios grados desde que Amy había empezado a hablar.

"Y entonces estaba en lo alto, en un tejado quizá, mirando hacia abajo. Era un largo camino hacia abajo y tenía miedo. Tenía al Sr. Gregorius... no, no era él. Pero era como él, *algo* parecido. Y estaba lloviendo; yo estaba empapada. Miré hacia abajo, papi, y estaba taaaan asustada".

El ritmo cardíaco de Robert aumentó.

¿Un tejado? ¿Qué demonios?

Su mente volvió a la historia que Ruth le había contado en la bañera.

¿Los había oído Amy por casualidad?

No sabía cómo era posible, dado que la puerta de su habitación estaba cerrada cuando dejó a Ruth y bajó a servirse el whisky.

Volvió a estremecerse, y esta vez Amy se dio cuenta y le miró.

"¿Estás bien, papá?"

"Bien", dijo después de aclararse la garganta. "¿Y entonces qué pasó, Amy?"

Amy volvió a bajar la mirada. Tiró del señor Gregorius de la sábana que tenía a su lado y empezó a rascarle la pelusa de una oreja.

"No quiere que se lo diga", susurró ella en voz tan baja que él no estaba seguro de haberla oído bien.

"¿Perdón, cariño?"

Amy inclinó la cabeza, mostrándole su pelo rubio.

"No quiere que diga nada más".

La cabeza de Robert se echó hacia atrás.

"¿Quién? ¿Quién no quiere que digas?"

Amy negó con la cabeza. Robert le agarró un brazo y le levantó la barbilla con la otra mano.

"Amy, quiero que..." Se detuvo al ver las lágrimas que brotaban de sus ojos. Le apartó la mano de la cara y el hombro.

"Está bien, cariño. Sólo ha sido un sueño".

Fue a tumbarla de nuevo, pero ella se resistió.

"No, papá."

Robert negó con la cabeza.

"Fue sólo un sueño, ahora acuéstate. Me tumbaré contigo".

"Pero estaba despierta, papá... todavía estaba despierta".

Se hizo el silencio y Robert miró fijamente a los ojos de su hija.

No tenía palabras. Después de estar aquí, viviendo sencillamente sin Wi-Fi y con una cobertura de móvil escasa e intermitente, y cuidando de Ruth y Amy, se había apoderado de él una especie de calma y claridad. De hecho, a una parte de él le gustaba cuidar de ellas, ya que le hacía sentirse importante de un modo que Wendy nunca había sentido cuando estaba viva. Pero ahora... ahora las cosas se habían vuelto confusas de nuevo, y se encontró a sí mismo anhelando su consejo.

Al darse cuenta de que Amy seguía mirándole fijamente, esperando una respuesta, dijo lo primero que se le ocurrió. Había querido que su respuesta fuera reconfortante, pero al mirar a los ojos de su hija supo que había errado el tiro.

"A veces... a veces las pesadillas pueden parecer reales cuando no lo

son, Amy. Simplemente no son reales".

Esta vez, cuando intentó bajarla a la cama, ella le dejó. Se deslizó a su lado.

Unos minutos después, Amy empezó a roncar ligeramente. Pero durante mucho, mucho tiempo, Robert permaneció despierto, mirando al techo.

Voy a tener otra charla con Ruth mañana. Y quizás con Cal. Cal sabrá qué hacer.

Justo cuando el sueño empezaba a apoderarse de él, volvió a oír aquel sonido de arañazos.

Robert cerró los ojos y repitió mentalmente las palabras que le había dicho a su hija.

A veces las pesadillas pueden parecer reales cuando no lo son.

Y todo esto le parecía una pesadilla a Robert.

Una horrible e increíble pesadilla.

Capítulo 17

"¿Qué? Robert casi gritó al teléfono. "¿Qué quieres decir con que no estás pagando?"

Amy levantó la vista de sus cereales y Robert le dio rápidamente la espalda mientras continuaba en voz baja.

"¡Esto es ridículo! ¿Cómo-qué-?"

La mujer al otro lado de la línea se mostró comprensiva pero firme.

"Sr. Watts, nuestra investigación reveló que no sólo había una alta probabilidad de que Wendy estuviera usando su móvil cuando chocó, sino que tenía un nivel de alcohol en sangre de punto-oh-dos".

Robert agarraba el móvil con tanta fuerza que empezaba a dolerle la mano.

"¿Y qué? ¿Qué es punto-oh-dos? Está muy por debajo del límite legal. ¿Y el móvil? ¿Cómo...?" Bajó la voz otra octava. "-¿Cómo demonios puedes decir que ella estaba usando su teléfono?"

"Lo siento, Sr. Watts, y comprendo tanto su dolor como su frustración. Pero esto es lo que nuestra investigación reveló. Y en su póliza, dice claramente..."

Robert se puso rojo.

"Vas a tener noticias de mi abogado".

Ni siquiera esperó respuesta antes de colgar.

¿Cómo pueden hacerlo?

Tenía ganas de maldecir, llorar y pegar a alguien al mismo tiempo.

"¿Papá?"

Robert se volvió y vio a Amy mirándole desde la gran mesa de madera con los ojos muy abiertos. "¿Todo bien, papá?"

Robert forzó sus emociones y esbozó una sonrisa de dolor.

"Todo está bien", mintió. "¿Has terminado con tus cereales?"

Un rápido vistazo reveló que no había comido mucho, pero su apetito no era ni de lejos lo que solía ser.

"Sí", respondió vacilante.

"Entonces, ¿por qué no jugáis fuera un rato? Papá tiene que hacer unas llamadas".

Miró hacia la ventana. La lluvia de la noche anterior había amainado, pero había niebla. Las nubes oscuras amenazaban con volver a llover. Y pronto.

"Siempre llueve en el condado de Hainsey", murmuró.

"¿Perdón?"

"Coge al Sr. Gregorius y vete a jugar un rato, ¿vale?"

Amy asintió y se levantó.

Una punzada de culpa y tristeza le golpeó entonces, y suavizó su tono.

"No te alejes demasiado... quédate de este lado de las piedras".

Amy prometió que lo haría y enseguida salió de la habitación. Robert esperó a que se cerrara la puerta de atrás e inmediatamente volvió a centrar su atención en el móvil. Ignorando la docena o más de llamadas y mensajes perdidos, se desplazó por sus contactos, buscó el número de su abogado y pulsó enviar.

Sonó cuatro veces antes de que el hombre lo cogiera, con la voz ronca como si acabara de despertarse.

Robert consultó su reloj; eran casi las diez de un martes.

"¿Hola?", preguntó la voz aturdida.

"Soy Robert."

Hubo una breve pausa.

"¿Robert...?"

"Robert Watts."

Se oyó un suspiro y el hombre empezó a respirar con más dificultad.

"Un segundo".

Robert esperó, con la mente en blanco.

¿Cómo pueden no pagar? ¿Y por qué demonios estaba bebiendo Wendy?

Volvió la mirada hacia el cielo. Volvió a sentir ganas de gritar.

"Ah, sí. Robert Watts. ¿Qué puedo hacer por usted?"

"El maldito..."

"Espere, antes de que continúe, estoy obligado a informarle de que cualquier discusión adicional incurrirá en mis honorarios por hora, que son...".

"Sí, sé cuál es tu tarifa", siseó. "El seguro..."

"Robert, debes aceptar el cargo".

"Bien. ¡Bien! Estoy de acuerdo, ¿ahora estás listo para escuchar?"

Robert oyó lo que parecía un clic y el susurro de un bloc de papel.

"Adelante, Robert."

"La compañía de seguros llamó y se niegan a pagar la póliza de seguro de vida de Wendy. ¿Cómo pueden hacer eso? ¿No *tienen* que pagar?"

"Woah, más despacio. ¿Por qué no me dices exactamente lo que dijeron?"

Robert se mordió el labio. No quería ir más despacio. Esta llamada le estaba costando dinero, dinero que no tenía. Respiró hondo.

"La compañía de seguros afirma que Wendy estaba usando su teléfono durante su accidente y que su nivel de alcohol era de punto-oh-dos."

Más crujido de papeles.

"¿Estás escuchando?"

"Ajá".

Robert se acercó a las puertas traseras y observó cómo Amy se alejaba lentamente de la casa, con el Sr. Gregorius en la cara. Incluso desde su ángulo, a un lado, podía ver cómo movía los labios.

¿No es demasiado mayor para hablar con peluches?

"¿Y bien?"

"Dame un segundo, sólo estoy mirando tu póliza."

Robert esperó dando golpecitos con el pie, impaciente.

"Ah, sí, cláusula 17b. Bla, bla, bla, cualquier tasa de alcohol incluso por debajo del límite legal puede anular cualquier seguro de vida o reclamación por lesiones graves."

"¿Qué? ¿Qué significa *mayo*? ¿Cómo pueden hacerlo?"

"Significa que queda a su discreción".

"¿Su *discreción*? ¿Pueden hacerlo?"

"Técnicamente, pueden hacer lo que quieran; o al menos, pueden intentarlo".

Robert rechinó los dientes, frustrado.

¿Pueden hacer lo que quieran?

"Entonces, ¿qué *podemos* hacer?"

La silueta de Amy se hacía cada vez más pequeña a medida que se adentraba en el campo cubierto de maleza que había detrás de la casa. Se dio cuenta de que la zona cercana a la parte trasera de la propiedad parecía extremadamente fangosa, y pudo ver más de las rocas ya que parte del suelo se había erosionado por la fuerte lluvia.

No debería estar ahí fuera, pensó de repente.

Su abogado suspiró.

"Bueno, lo único que podemos hacer es solicitar una orden judicial y, con un poco de suerte, lo reconsiderarán. Sin embargo, si deciden que su decisión es definitiva, entonces nuestra única otra opción es demandar. Pero..."

A Robert se le encogió el corazón y, a pesar de plantear la pregunta obvia, ya sabía la respuesta.

"¿Pero qué?"

"Pero debo advertirle, Sr. Watts, que demandar a la compañía de seguros llevará bastante tiempo y dinero".

Robert volvió a tener ganas de llorar. Nada iba bien. *Nada*.

"Lo siento, Robert. Pero esas son tus opciones. ¿Cómo quieres que proceda?"

Robert reflexionó sobre los comentarios de su abogado.

¿Qué *podía* hacer? En la última comprobación, no tenía dinero a su nombre. Cero. De hecho, ya había llegado al límite de su propia tarjeta de crédito para pagar el funeral de Wendy, y lo último de sus ahorros, de los ahorros de *Amy*, había ido a pagar el mínimo de la factura de Wendy.

Tenía menos de cero; se ahogaba en deudas.

"¿Robert?"

"Yo... no lo sé. No tengo dinero".

Hubo una larga pausa. Robert se aferró a la esperanza de que su abogado fuera capaz de detectar el dolor en su voz, que se arriesgara y dijera que se apiadaría de él y le haría el juicio gratis.

¿Cómo se llamaba? ¿Pro bono?

O tal vez...

"¿Puedes hacer el juicio y si ganamos, puedo pagarte con eso?" Su tono era suave ahora, desesperado.

El hombre al otro lado de la línea exhaló ruidosamente.

"Lo siento, Robert. No puedo hacerlo. Tengo... tengo facturas que pagar también, ya sabes".

"Joder".

El abogado no dijo nada.

¿"Robert"? ¿Hay algo más? Quiero decir, todavía tienes algo de tiempo para esta hora".

Robert se lo pensó un momento. Se dio cuenta de que no había comprobado el estado de la carta que había pedido a su abogado que enviara al banco sobre su hipoteca. Y él era contable, por el amor de Dios. No era de extrañar que nadie lo contratara... ni siquiera era capaz de mantener en orden sus propias finanzas, su propia vida. ¿Cómo se suponía que iba a gestionar las cuentas de los clientes?

"¿El banco? ¿Sabes algo del banco?", preguntó.

Se barajan algunos papeles más.

"¿Has estado revisando tu correo?"

Robert se metió el pulgar y el índice en los ojos.

"No... he estado... fuera".

"Bueno, odio ser portadora de malas noticias, Robert, pero el banco me envió una carta diciendo que no habían podido localizarte. Van a ejecutar la hipoteca. Lo siento, Robert, pero vas a perder tu casa".

Y ahora Robert empezó a llorar. No sollozos pesados, pero sintió lágrimas frías derramarse por sus mejillas cálidas.

"¿Eso es todo, Robert?"

"Sí", gimoteó. "Eso es."

"Buena lu..."

Robert colgó el teléfono y, durante un buen rato, ni siquiera se movió. Aunque seguía mirando por la ventana, en realidad no veía nada.

¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo coño he dejado que pasara?

Luego volvió a coger el teléfono y marcó.

Un hombre contestó al primer timbrazo.

¿"Robbo"? ¿Eres tú? ¿Cómo van las cosas...?"

"¿Cal?"

Su amigo reconoció inmediatamente la angustia en su voz.

"Mierda, Robert, ¿qué pasa?"

Robert se secó las lágrimas de los ojos.

"Todo. Creo que necesito tu ayuda. ¿Puedes subir aquí?"

La respuesta de Cal fue inmediata.

"Puedo estar allí mañana, Robert. Mantente firme".

Capítulo 18

Casi inmediatamente después de colgar el teléfono, oyó que Ruth le llamaba desde el piso de arriba.

"¡Robert! *¡Robert!*"

Robert se secó las lágrimas con la camiseta y aspiró con fuerza. Lo último que quería hacer ahora era ayudar a vestir a una anciana enferma, pero se dio cuenta de que Ruth -o, más concretamente, su casa- era su última oportunidad de recuperar algo parecido a su vida anterior.

Nunca había deseado la muerte a nadie, ni siquiera a Landon, a pesar de la rabia que sentía hacia el hombre, pero ahora...

Robert se sacudió estos pensamientos. Por muy mal que fueran las cosas, no permitiría que las circunstancias cambiaran su verdadera identidad.

"Ya voy", respondió.

"*¡Robert!*"

Aceleró el paso hacia las escaleras.

"¡Ya voy!", gritó, cogiéndolos de dos en dos.

En unos segundos, abrió de par en par la puerta de la habitación de Ruth, ignorando las instrucciones que ella le había dado de que no entrara. Para su sorpresa, ella estaba sentada.

Un segundo después, le llegó el olor.

"Oh, Dios", dijo, cubriéndose instintivamente la nariz y la boca con el antebrazo.

"Tuve un accidente", dijo sin rodeos, sin el menor atisbo de vergüenza ni en su voz ni en su rostro.

La mujer había hecho un ovillo con las sábanas y las había colocado a los pies de la cama. Incluso a varios metros de distancia, Robert notó varias manchas marrones en la tela blanca y su estómago dio un pequeño vuelco.

"Mierda, vale. Voy a por algo", dijo, agradecido por haberse olvidado de desayunar esa mañana.

No era ningún novato cuando se trataba de limpiar mierda -de hecho, él había hecho la mayoría de los cambios de pañal cuando Amy era pequeña, ya que Wendy trabajaba muchas horas-, pero había

algo diferente en los "accidentes" de los adultos.

En el cuarto de baño, cogió varias toallas, un rollo de papel de cocina y dos paños húmedos.

Luego volvió a la habitación de Ruth y empezó a limpiarla. La mujer permaneció estoica durante todo el proceso, y él sintió un extraño respeto por ella. Hacía falta un tipo especial de persona, o alguien que hubiera visto o pasado por mucho, para no inmutarse por cagarse encima.

Cuando terminó, después de tener que volver más de una vez al cuarto de baño en busca de refuerzos, ayudó a Ruth a sentarse en la silla de ruedas. Pero antes de sacarla de la habitación, se sintió inclinado a preguntarle por la noche anterior. Aunque el accidente no pareció afectarla, pensó que tal vez era vulnerable y podría abrirse un poco después de que él la hubiera limpiado.

"Ruth... sobre tu hija, sobre Patricia, ¿hay algo más que quieras contarme?".

"¿Cómo qué?"

"¿Como lo que le pasó *antes*?"

La voz de la mujer era plana y uniforme.

"Se cayó del tejado".

"Sí, pero *antes de* eso".

Y esta vez Ruth vaciló, reforzando la idea de *que le* ocultaba algo. Pero temiendo que forzar la situación pudiera hacerla callar, Robert optó por cambiar de táctica.

"¿Y tu marido? ¿Es el del bigote en la fotografía sobre la chimenea?".

"No quiero hablar de él".

"¿Pero es él? Quiero decir, usted lo mencionó anoche acerca de cómo los tiempos se pusieron difíciles ... "

Las huesudas manos de Ruth se dirigieron a las ruedas y giró tan deprisa que Robert, apoyado como estaba en el respaldo de la silla, casi se cae.

"He dicho que no quiero hablar de él. Será mejor que tú tampoco hables de él".

Enfocó sus ojos verdes al decir esto, y Robert vio en ellos algo que nunca había visto en el poco tiempo que había pasado en su presencia.

Miedo.

Robert tragó saliva y volvió a cambiar de tema.

"¿Y la chica?"

Sus ojos se entrecerraron, endureciéndose de nuevo.

"¿Qué chica?"

"El que está sobre la chimenea, el que..." Se agarró antes de decir *al lado de su marido.* "-uh, la rubia."

Ruth le sorprendió sonriendo.

"Ah, sí. Jacky. Era la hija de Sean. Se quedó con nosotros hasta el final. Como Sean, ella ayudó. Este es un lugar grande, Robert, y no sé si te diste cuenta, pero lleva mucho trabajo mantenerlo ordenado."

Hasta el final.

¿Qué diablos significaba eso?

"¿Qué le pasó a Jacky?"

Ruth se encogió de hombros, sus estrechos hombros subían y bajaban.

"Se fue... cuando las cosas se pusieron difíciles, buscó pastos más verdes, supongo".

"¿Y Sean?"

"Sean se quedó hasta el final. Pero ahora... bueno, ya te lo he dicho, sólo hace algunos recados de vez en cuando. Como la carta".

Y ahí estaba de nuevo: *hasta el final.*

Supuso que se refería al "accidente" de Patricia, pero no insistió. Y lo que Ruth dijo a continuación puso fin a la discusión.

"Tengo hambre, Robert. Llévame abajo y prepárame algo de comer".

Capítulo 19

"¡Amy!" Robert echó un vistazo a la puerta marrón del fondo de la cocina y respiró más tranquilo al ver que seguía cerrada. Y cerrada con llave. Después de la pesadilla de Amy, había vuelto a poner el candado y luego se había asegurado de que estuviera bien cerrada. Lo extraño era que no había sido capaz de localizar la llave -ni siquiera la había visto nunca-, lo que significaba que o bien Ruth había bajado a abrirla (poco probable) o bien la tenía Amy.

O Patricia.

Robert sacudió la cabeza y se dirigió al rellano de la gran escalera.

Eso no era real. Era estrés; estrés y shock por caerse por las escaleras.

"¡Amy!" gritó de nuevo.

Luego esperó.

La tía Ruth estaba en la habitación de la chimenea, con la nariz metida en un libro, y él asomó la cabeza.

"¿Ruth? ¿Has visto a Amy?"

Ella gruñó y sacudió la cabeza, sin molestarse siquiera en levantar la mirada.

"Gracias", refunfuñó. Estaba a punto de subir cuando se asomó por la escalera a las puertas acristaladas de la parte trasera de la propiedad. Volvía a llover a cántaros, lo que le impedía ver gran cosa, pero se dio cuenta de que una de las puertas no estaba cerrada del todo. Se apresuró a acercarse, preguntándose por qué Amy la había dejado abierta después de volver esta tarde, pero cuando se acercó, vio huellas de barro en las losas del exterior.

A Robert se le cortó la respiración.

Las huellas eran pequeñas, descalzas y del tamaño de Amy.

Abrió la puerta unos centímetros más e intentó bloquear la lluvia con su cuerpo.

"¡Amy!", gritó bajo el aguacero. Pero fue inútil; la lluvia se tragó sus palabras. Entrecerrando los ojos con fuerza, miró fijamente en la oscuridad, tratando de distinguir su pequeña figura.

Robert no vio a nadie; sólo sus huellas en las losas, que se negaban a ser borradas. Más allá de las piedras, pudo ver varias depresiones de barro en la hierba profunda, pero se desvanecieron rápidamente. Aún no eran las seis de la tarde, pero la lluvia era tan fuerte y las nubes tan

oscuras que le resultaba casi imposible distinguir nada a más de seis metros de la puerta.

Frunciendo el ceño, Robert se inclinó hacia el interior y cerró la puerta.

Un rápido vistazo hacia abajo mostró que su camisa estaba completamente empapada, al igual que la parte delantera de sus pantalones.

Parecía que se había meado encima.

¿Qué demonios hace ahí fuera bajo la lluvia?

Robert se apresuró a ir a la parte delantera de la casa, cogiendo su chubasquero y sus gastadas zapatillas de correr. Si hubiera sabido que en el condado de Hainsey llovía el noventa por ciento del tiempo, se habría traído las botas.

Pero no lo había hecho.

Ésas, como el resto de sus cosas, estaban en casa, probablemente guardadas en cajas por hombres con brazos musculosos adornados con tatuajes *de REPO*.

Joder.

De repente se dio cuenta de lo jodidas que estaban las cosas.

Qué mal se habían puesto.

Un enorme relámpago iluminó toda la casa como si se hubieran encendido fuegos artificiales en su interior. Robert se encogió, pero cuando sonó el trueno, se agachó y se cubrió la cabeza instintivamente.

Cuando se le pasó, se irguió, dándose cuenta de que volvía a comportarse como un niño asustado y que eso no ayudaba en nada. Y definitivamente no estaba ayudando a Amy.

Se asomó al salón para ver si Ruth se había dado cuenta de la tormenta, pero la mujer ni siquiera se había inmutado; seguía con la nariz hundida en el libro.

"Saliendo a ver si Amy está bajo la lluvia", le informó.

Ruth refunfuñó algo incoherente pero no levantó la vista.

Robert se apresuró hacia la puerta trasera y echó un vistazo antes de abrirla. Se sorprendió al ver que, aunque las huellas parecían borrosas por la intensa lluvia, aún podía distinguirlas.

Respiró hondo y abrió la puerta de un tirón, armándose de valor contra el torrencial aguacero y el viento.

Luego salió.

"¡Amy!" gritó. "¡Amy! ¿Estás aquí?"

La voz de Robert se había vuelto ronca de tanto gritar, pero no pudo evitarlo.

"*¡Amy!*"

Aunque la lluvia había aplanado el rastro que ella había dejado en la larga hierba, Robert siguió la dirección que le habían señalado hacia la parte trasera de la propiedad. En cualquier momento esperaba ver a Amy, jugando en el barro, riendo y revolcándose como un perro tratando de librarse de las garrapatas.

Al menos eso esperaba.

El viento y la lluvia eran tan fuertes que se vio obligado a inclinar la cabeza mientras avanzaba, con la capucha calada hasta las cejas.

Dos veces miró hacia atrás, sólo para ver las luces de la casa a unos quince metros.

Sentía como si hubiera caminado tres veces esa distancia.

Robert siguió adelante, diciéndose a sí mismo que una vez que llegara al límite de la propiedad donde empezaban los campos, volvería sobre sus pasos.

Ha vuelto dentro... las huellas son de antes.

Pero su monólogo interior se había vuelto poco fiable, poco convincente.

"¡Amy! ¡Amy, si estás aquí, *respóndeme!*"

Aceleró el paso, empujando con más fuerza bajo la lluvia.

Tras unos pasos más, distinguió una silueta sombría en la distancia.

"¿Amy?"

La hierba alta y húmeda le agarraba las piernas y amenazaba con derribarle.

Su corazón se hundió.

"Mierda".

No era Amy, sino las grandes rocas que marcaban la parte trasera de la propiedad. Siguió hacia ellas de todos modos, con la esperanza de que Amy estuviera jugando al escondite, que se escondiera detrás de una de ellas. A medida que se acercaba, sus pies empezaron a hundirse progresivamente en el barro blando. Incluso bajo la lluvia, Robert confirmó que las rocas eran definitivamente más grandes

ahora, la fuerte lluvia de los últimos días se había comido la mayor parte de la tierra, convirtiendo el suelo que las rodeaba en un lodazal.

"*¡Amy!*"

Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta, vio algo que sobresalía del barro cerca de la piedra más grande. Era blanco y parecía totalmente fuera de lugar en medio de la tierra marrón oscura. Se apresuró a acercarse y se agachó para verlo mejor, sin importarle que sus vaqueros quedaran inmediatamente cubiertos de barro.

La primera inclinación de Robert fue que se trataba de la barriga blanca del señor Gregorius, pero al inclinarse más hacia abajo, se dio cuenta de que eso era imposible.

Era demasiado blanco, demasiado duro para ser un peluche abandonado bajo la lluvia. Además, Amy nunca abandonaría así al conejito.

¿Qué coño es esto?

Extendió la mano y sacudió un trozo de tierra de la parte superior.

Su corazón pareció dejar de latir cuando por fin se dio cuenta de lo que era.

"No", gimió.

No era el señor Gregorius, sino los huesos de una mano humana que sobresalían del barro. Los dedos parecían tensos, las puntas se clavaban en el suelo blando, y con la muñeca inclinada como estaba, sobresaliendo del barro, a Robert le pareció que intentaba salir.

Se secó la lluvia de la frente y levantó la vista, intentando concentrarse en las piedras. Tardó un segundo en identificarlas: no eran rocas normales, colocadas estratégicamente como una especie de burdo indicador de propiedad, sino enormes lápidas *que* le llegaban a la cintura.

Su corazón finalmente bombeó, inundando su cuerpo tanto de sangre como de adrenalina. La sensación fue tan fuerte que cayó hacia atrás. Robert fue con la caída, y luego trató de escabullirse hacia atrás, pero el barro era demasiado blando, demasiado húmedo, y sus esfuerzos sólo sirvieron para que se hundiera más.

Un aullido escapó de sus labios azules cuando otro rayo iluminó el cielo del atardecer, permitiéndole ver claramente las palabras grabadas burdamente en la dura roca: *Patricia Beatrice Harlop.*

"¡Joder!", gritó.

Robert se dio la vuelta y se puso a cuatro patas, consiguiendo por

fin escapar del barro. Cuando llegó a tierra más firme, se puso de pie.

Y entonces empezó a correr, tan fuerte y rápido como podía, de vuelta a la casa.

La sangre se agolpó en sus oídos, dando al trueno que siguió al relámpago una extraña cualidad oceánica.

"¡Amy!", gritó con todas sus fuerzas. "Ammmmyyyyy!"

Las luces de la casa aparecieron de repente y redobló sus esfuerzos.

Estaba casi de vuelta sobre las losas cuando detectó movimiento desde arriba.

Robert miró hacia arriba e inmediatamente se paró en seco.

Había encontrado a Amy.

Capítulo 20

"¡Baja de ahí! ¡Amy!"

Pero o su hija no le oía, o le ignoraba. Tenía la cabeza gacha, la barbilla casi pegada a la camiseta rosa, el pelo oscuro y húmedo cubriéndole la cara. Aunque Amy tenía los brazos inertes, pudo ver que sostenía algo en la mano derecha.

Sr. Gregorius.

A Robert le vino a la mente la historia que Ruth le había contado sobre cómo Patricia se había caído del tejado.

"¡Amy! ¡Baja de ahí!"

La lluvia seguía golpeándole la cara, oscureciéndole intermitentemente la visión.

Pero, ¿y si no es Amy? ¿Y si es Patty? Patty y su rata, la que probablemente fue obligada a comer cuando las cosas se pusieron feas...

Sacudió la cabeza y se maldijo por no ser capaz de concentrarse, de centrarse en el hecho de que su hija estaba en el puto tejado de una mansión centenaria bajo una lluvia torrencial.

"*¡Amy!*" gritó con todas sus fuerzas. "*¡Amy, vuelve adentro ahora mismo!"*

Detrás de ella, él podía ver la ventana abierta, las paredes verde agua de la habitación que compartían.

"¡Amy!"

Robert se secó la lluvia de la cara y, mientras lo hacía, Amy levantó lentamente la cabeza.

Sólo que no era Amy.

Era la pequeña Patricia, con la cara cetrina y las mejillas hundidas. Parecía como si no hubiera comido en días. Incluso semanas.

"Joder", gimió Robert, tan sorprendido de que su revelación se hubiera hecho realidad que se tambaleó hacia atrás.

Los ojos de Patricia eran de un negro sólido, todo pupilas, sin rastro de iris o blanco.

Un movimiento detrás de ella atrajo su mirada. Alguien se acercaba a la ventana desde el interior de la finca.

Robert dio otro paso atrás, inseguro de qué hacer a continuación.

Tenía el corazón acelerado y la vista borrosa a causa de la lluvia y de la sangre que bombeaba por sus retinas.

¿Ruth? Es Ruth... tiene que serlo, saliendo por la ventana. ¿Pero qué coño está haciendo en el tejado?

Una parte de él sabía que lo que estaba viendo no era real, que no era más que una especie de espejismo, pero *parecía* real. Todo aquello, desde la forma en que la lluvia rebotaba en los hombros cubiertos de harapos de Patricia, hasta la forma en que la luz del interior se derramaba desde entre sus piernas y alrededor de su cabeza, como una especie de halo difuso, parecía tan absoluta y completamente *real*.

Pero no podía ser; simplemente no podía.

Porque Patricia Beatrice Harlop estaba muerta.

Mientras observaba, la figura se agachó y salió por la ventana hacia el tejado, detrás de Patricia. Los relámpagos brillaron, pero Robert no necesitó la iluminación para confirmar que no se trataba en absoluto de Ruth subiendo al tejado para recoger a su hija. Era imposible que la vieja bruja fuera tan ágil. Además, esta figura era más grande, mucho más grande, y tenía un espeso bigote castaño y unos bolsillos oscuros que rodeaban unos ojos aún más oscuros.

Ojos como los de Patricia.

Era el hombre cuya foto estaba colgada en la chimenea junto a la de Ruth; era James Harlop.

Robert tuvo la tentación de cerrar los ojos, de hacer desaparecer todas aquellas tonterías, cuando un trueno le hizo volver en sí. De repente se sintió mareado, atrapado entre dos mundos. Sus sentidos le decían que aquello era real, que realmente había una chica en el tejado con su padre acercándose sigilosamente detrás de ella, mientras que su mente racional le informaba de que eso era imposible. Que aquello no era más que producto de su imaginación, alimentada por el estrés, el cansancio y Dios sabe qué más cosas que había estado sintiendo en los últimos horribles meses.

Pero independientemente de que esas apariciones fueran reales, él seguía siendo una buena persona. Y no podía arriesgarse a que una niña, una niña de la edad de Amy, saliera herida. O algo peor.

"H-h-hey!", balbuceó. La lluvia se tragó de inmediato sus palabras y volvió a gritar, esta vez con más fuerza. "¡Eh! ¿Qué hacéis ahí arriba? Amy-uh, Patty, ¡baja!"

Pero ninguna de las dos siluetas oscuras del tejado pareció reparar en él, y mucho menos responder. El hombre avanzó lentamente y ahora estaba a pocos metros de una desprevenida Patty, que parecía

seguir en trance, o sonámbula, o *algo* que la mantenía con la mirada clavada en sus pies.

"¡Eh!" Robert gritó de nuevo. Por fin sintió algo en las piernas y se acercó a la casa. "¡Baja de ahí!"

De nuevo, ninguno de los dos respondió. James Harlop siguió avanzando, con cuidado de no perder pie en las desgastadas tejas del tejado. Los relámpagos volvieron a relampaguear, y cuando Robert vio por segunda vez el rostro del hombre, los motivos de éste eran tan claros como los finos labios que se apretaban en una expresión gélida.

¡Va a empujarla del tejado!

Robert miró hacia arriba con incredulidad.

"¡Oye! ¡Aléjate de *ella!"*, gritó. "Aléjate de..."

Entonces sucedió algo: dos cosas, en realidad, sucedieron casi simultáneamente. El trueno del relámpago rasgó de repente el cielo oscuro y Patty levantó la cara para encontrarse con la mirada de Robert.

Sólo que ya no era Patty.

Era Amy. *Su* Amy.

Su Amy estaba en el tejado con un hombre acechándola por detrás con una única intención sádica.

Robert sacudió la cabeza, intentando comprender lo que estaba ocurriendo. Como la claridad seguía eludiéndole, intentó parpadear rápidamente.

Eso tampoco funcionó.

"¿Papá?"

Aunque la palabra no era más que un susurro, de algún modo llegó a sus oídos a través del torrencial aguacero.

El miedo de Amy era palpable.

Robert quería entrar corriendo, subir las escaleras y el tejado y salvar a Amy... pero le aterrorizaba que en cuanto saliera, James la empujara.

En lugar de eso, Robert hizo lo único que podía hacer. Se colocó justo debajo de ella y gritó como un loco.

"¡Aléjate de ella! ¡Aléjate de ella, maldito monstruo! ¡Amy! *¡Amy!*"

Pero el hombre seguía sin responder a sus gritos. Tampoco Amy.

"¡Amy! Vuelve adentro, ve-"

Pero al observar la escena, se dio cuenta de que lo que decía no tenía sentido. Con el hombre a pocos metros detrás de ella, todavía moviéndose lentamente, agachado, no había manera de que Amy fuera capaz de llegar a la ventana abierta-él se interponía en su camino.

Robert cambió rápidamente de táctica.

"¡Amy! ¡Date la vuelta! Date la vuelta, Amy. ¡Date la vuelta y *corre!*"

Pero ya era demasiado tarde. De repente, James Harlop alargó la mano y empujó a Amy con fuerza en la espalda con ambas manos.

La boca de la niña se abrió de par en par y gritó, un chillido horrible que atravesó la lluvia mientras su pequeño cuerpo caía en picado hacia las losas de hormigón situadas a más de tres metros de profundidad.

Capítulo 21

Robert Watts no era un hombre religioso, pero, según todos los indicios, lo que ocurrió a continuación fue un milagro. Incluso su pragmático cerebro lo creía así. Después de todo, ¿qué otra cosa podía explicar el hecho de que consiguiera atrapar con los brazos abiertos el cuerpo de su hija que se desplomaba? Un contable ni siquiera era capaz de atrapar una pelota de playa en la piscina, y mucho menos a un ser humano arrojado desde un tejado. Y, sin embargo, lo había hecho.

El peso de Amy le hizo caer de rodillas, pero apenas notó la chispa de dolor que le produjo el impacto. Mientras su hija le miraba con los ojos muy abiertos, Robert no pudo hacer otra cosa que quedarse boquiabierto.

Luego, cuando los relámpagos volvieron a iluminar el cielo y fueron rápidamente perseguidos por los truenos, la cruda realidad de que un hombre -ese James Harlop, su tío, si había que creer a Ruth- había empujado a su hija desde el tejado pesó sobre él. Robert acercó a Amy, abrazándola con fuerza, y le besó la parte superior de la cabeza mojada.

"No pasa nada, cariño", dijo en voz baja mientras sus ojos volvían a mirar hacia la ventana abierta. "Estoy aquí. No dejaré que te pase nada".

Sus ojos volvieron al tejado y vio la silueta oscura de James bajo la lluvia, que volvía a entrar por la ventana.

Amy se soltó de su fuerte abrazo y le miró. Había una profunda tristeza en sus ojos.

"¿Por qué me empujó?", preguntó.

Esta pregunta le desconcertó; el hecho de que ella supiera que la habían empujado, que había sido *él* quien la había empujado, le pilló por sorpresa. Después de todo, ella había estado de espaldas a él todo el tiempo.

Robert negó con la cabeza, evitando la pregunta.

"¿Qué demonios hacías ahí arriba, Amy?". La agarró por los hombros y resistió el impulso de zarandearla. No paraba de lloverle en la cara y parpadeó rápidamente para limpiarse el agua de los ojos antes de responder.

"¿Papá?"

"¿Por qué, Amy? ¿Por qué demonios estabas en el tejado? ¿Viste a Patty? ¿Te *dijo Patricia que subieras al tejado?"*

Amy puso cara de confusión y él la ayudó a ponerse en pie.

¿Por qué no está más asustada? Acaba de caerse de un tejado, por el amor de Dios.

"Porque sí, papá".

Los ojos de Robert se entrecerraron.

"¿Por qué?"

Levantó al Sr. Gregorius. El animal estaba empapado y mojado, con las orejas pesadas por el agua y agitadas delante de la cara.

"El Sr. Gregorius me dijo que lo hiciera."

Robert apretó los dientes, alargó la mano y le arrebató el juguete.

"¡Eh!", gritó, tratando inmediatamente de agarrarlo. "¡Devuélvemelo!"

La apartó con la otra mano.

"No sé qué te pasa".

Sus pensamientos vagaron hacia la mano que había visto en la tumba improvisada, el barro derritiéndose, revelando más y más de los huesos blancos. Con Amy en el tejado, se había olvidado por completo de las lápidas. De repente, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. "Este... este *lugar* no está bien. Y nos vamos".

Robert agarró la mano de Amy y tiró de ella hacia él un poco más bruscamente de lo que había pretendido.

"Nos vamos *ahora mismo*."

Una rápida comprobación indicó que las llaves de su coche estaban en el bolsillo; podrían volver a por todo lo demás más tarde.

Por la mañana, después de que el hombre...

Sus ojos volvieron a mirar hacia arriba, pero James Harlop ya no estaba, se había adentrado en la finca Harlop.

Mientras se abría paso rápidamente por el lateral del edificio a toda prisa, con los zapatos clavados en el barro mientras arrastraba a Amy con él, sus pensamientos se dirigieron a Ruth dentro, sola, leyendo en la sala de la chimenea.

¿Debería...?

Amy tropezó y él se agachó para sacarla del barro. Al igual que la ropa de Robert, sus vaqueros y su camiseta -los mismos que llevaba

desde que Sean Sommers había llamado a su puerta con la carta-estaban cubiertos de manchas marrones.

A medida que se acercaban a la parte delantera de la finca Harlop, la lluvia los golpeaba sin tregua, como si tratara de impedir su avance hacia el Mazda de Robert. En un momento dado, la lluvia era tan intensa que Robert no tuvo más remedio que volver la cara hacia la casa.

Su mirada se posó primero en los escalones agrietados, luego en la maciza puerta de madera, antes de posarse en la débil luz que provenía de la habitación de enfrente, aquella en la que Ruth estaba leyendo.

Con los ojos fijos en aquella ventana, siguió avanzando hacia su coche, que estaba aparcado en el centro de la rotonda.

Ella estará bien. Es su marido, estará bien.

Pero cuando una sombra pasó por delante de la luz, sintió de repente una punzada de culpabilidad.

No es mi problema; mi trabajo es salvar a Amy.

"¿Papi?" Dijo Amy, sacándole de sus casillas.

Robert la miró y sólo entonces se dio cuenta de que habían dejado de caminar.

"Vamos", dijo, echando a andar de nuevo. Menos de un minuto después, llegaron por fin a su Mazda y él abrió la puerta trasera. Sin mediar palabra, Amy se metió dentro. Robert cerró la puerta y se sentó en el asiento del conductor, sin importarle que sus cuerpos mojados empaparan los asientos tapizados.

Llamaré. Llamaré a la policía.

Robert sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros empapados y se limpió parte del agua con la mano. La pantalla estaba empapada, pero por suerte seguía encendida.

Marcó 9-1-1 y pulsó enviar.

No pasó nada.

"¿Qué demonios?"

El móvil tenía cero barras, pero Robert tenía la impresión de que se podían hacer llamadas de emergencia desde casi cualquier lugar de Estados Unidos. Que el 9-1-1 siempre funcionaba.

Lo intentó de nuevo, pero la pantalla se quedó en negro y se negó a volver a encenderse.

"¡Joder!", maldijo, olvidando momentáneamente que Amy estaba en el asiento trasero.

Evidentemente, la lluvia había estropeado su teléfono, o el 9-1-1 funcionaba en todos los lugares de Estados Unidos excepto en el condado de Hainsey.

Excepto en la maldita finca Harlop.

Sus ojos se volvieron hacia la casa. Ya no veía movimiento en la ventana delantera y empezaba a dudar de la sombra que había visto antes.

Después de todo, no habría sido la primera vez que sus ojos le jugaban una mala pasada.

Un relámpago iluminó el exterior de ladrillo de la casa, revelando con asombrosa claridad cada uno de los millones de recovecos, grietas y hendiduras que jalonaban la encalada superficie.

"¿Papá?" preguntó Amy de repente. Robert la miró por el retrovisor. "¿Nos vamos, papá?"

Robert se mordió el labio.

Joder.

Miró al Sr. Gregorius, olvidando que aún tenía el animal agarrado con fuerza en la mano. Tras un momento de contemplación, se echó hacia atrás y se lo entregó a su hija, que lo agarró rápidamente. El cuerpo húmedo del animal se deslizó al apretarlo y una sonrisa adornó su bonita cara.

Joder. Joder. ¡Joder!

Robert no podía dejar a Ruth allí con un maníaco homicida. No importaba si era su marido, su hermano, su amante o una puta aparición... daba *igual quién* o *qué* fuera.

Simplemente no pudo hacerlo.

Con un suspiro, puso la mano en el pomo de la puerta, pero un instante antes de abrirla de par en par, se volvió hacia Amy.

"Quiero que te quedes aquí, Amy. Quédate en este coche, y no salgas pase lo que pase. Quédate agachada, quédate callada. Por la mañana, si..."

Dejó escapar la frase.

Si no vuelvo, ¿entonces qué?

Entonces recordó su conversación con Cal.

"Si no vuelvo, el tío Cal vendrá a buscarte por la mañana. Haz caso

a Cal. Puedes confiar en él".

Algo oscuro pasó por su rostro en forma de corazón.

"¿Si no vuelves? ¿Por qué no ibas a volver, papá?"

Robert sacudió la cabeza y abrió la puerta bajo la lluvia rugiente. Salió y volvió a mirar a su hija.

"Por favor, Amy. Quédate dentro. Pase lo que pase, quédate dentro del coche".

Cuando ella asintió, goteando agua sobre los brazos que rodeaban al Sr. Gregorius, éste sintió que se le partía el corazón. Ninguna niña debería quedarse sin su madre y, sin embargo, él la estaba poniendo en peligro de perder también a su padre al volver a entrar y enfrentarse a un posible asesino de niños.

Su mente se dirigió a los oscuros charcos que habían sido los ojos de Patricia.

No es un aspirante, es *un asesino de niños. Patricia nunca se cayó de ese tejado. No importa lo que diga Ruth, la muerte de su hija no fue un accidente.*

Robert sintió que su mente vacilaba, reconsiderando de nuevo el mejor curso de acción, lo que sería mejor para Amy.

Pero entonces un grito, un grito gutural y gutural, atravesó la lluvia y el viento, y se decidió por él.

"Te quiero, Amy", dijo antes de cerrar la puerta. "Te quiero mucho".

Y entonces Robert volvió corriendo hacia la finca Harlop.

Capítulo 22

El interior de la casa estaba silencioso, tan silencioso como cuando él había llegado por primera vez de la mano de Amy, debatiendo si debían o no seguir a Ruth al interior. Las viejas ventanas de plomo impedían sorprendentemente bien el paso del ruido de la lluvia, reduciéndolo incluso a un sordo y olvidable golpeteo.

Robert fue primero a la sala de estar; sus zapatos empapados hacían tanto ruido que la idea de acercarse sigilosamente a James quedaba descartada.

La silla de ruedas oxidada de Ruth estaba donde la había visto por última vez, pero vacía. Su libro estaba cerrado y tumbado a su lado. Sus ojos recorrieron la habitación y no pudo evitar que su mirada se detuviera en las fotografías de la repisa de la chimenea. No necesitaba más confirmación de que las dos personas del tejado habían sido la hija y el marido de Ruth.

Ambos estaban muertos.

No, Patricia no... fue Amy. Atrapé *a Amy*.

Robert estaba a punto de salir de la habitación y dirigirse al piso de arriba cuando sus ojos se posaron en la miríada de herramientas de hierro forjado que permanecían erguidas junto a la chimenea condenada a largo plazo.

Al recordar la forma en que el hombre del tejado había empujado a Amy sin vacilar, y su enorme tamaño, su silueta gruesa y alta como la de un defensa, a Robert le asaltó de repente la idea de que tal vez lo mejor sería tener algo con lo que protegerse. Si tenía dudas sobre lo que Landon Underhill podría hacerle si se enfrentaba a él, enfrentarse a James Harlop con las manos vacías era imposible.

Tan silenciosamente como le fue posible con sus zapatos empapados, Robert se dirigió a la chimenea e inspeccionó las herramientas. Todas estaban cubiertas de una capa de polvo, y estaban envueltas juntas en el soporte circular de tal manera que no podía distinguir qué mango pertenecía a cada herramienta. La primera que cogió y sacó fue una escoba. La metió rápidamente en el soporte, estremeciéndose por el ruido metálico que producía. Su mano se cerró sobre otro mango, todos iguales, justo cuando oyó un grito ahogado procedente de algún lugar muy por encima de él.

La fina capa de calma que se había apoderado de él se rompió de repente y, sin mirar siquiera -por favor, que no *fuera una pala o un*

cucharón- qué utensilio para la chimenea había cogido, lo sacó de un tirón y se dirigió a toda prisa hacia el pie de la escalera. Dudó, sólo una fracción de segundo, pero entonces volvió a oírse el sonido y se sintió impulsado a actuar.

No era un grito, se dio cuenta, sino un jadeo. Como si alguien luchara por respirar con una almohada en la cara.

Ruth está siendo asfixiada.

Un rápido vistazo reveló que la herramienta de hierro forjado que empuñaba con los nudillos blancos era el atizador.

Por fin, algo que salió bien.

Cuando Robert subió las escaleras, pasó de arrastrar la herramienta a echársela al hombro como un hombre prehistórico que avanza pesadamente con un garrote. Pero aunque su aspecto correspondía a la ferocidad de un hombre así, por dentro se le revolvía el estómago.

Ni siquiera estaba seguro de poder golpear a alguien con ella, fueran cuales fueran las circunstancias.

Robert se dirigió primero a la habitación de Ruth, y su paso se fue ralentizando a medida que se acercaba a la puerta entreabierta. Se dio cuenta de que los jadeos que había oído al subir las escaleras se hacían menos audibles a medida que se acercaba.

No quería pensar en lo que eso significaba.

Respirando hondo y armándose de un valor que no sabía que poseía, Robert apoyó la mano izquierda contra la puerta, apuntó con el atizador de la derecha hacia delante y abrió la puerta de un empujón.

La escena que tenía ante sí era tan impactante que estuvo a punto de dejar caer el atizador. En el último segundo, lo cogió, pero su agarre estaba desequilibrado y la punta cayó sobre la madera dura, haciendo un grueso *ruido sordo* al incrustarse en la madera.

James Harlop estaba encorvado sobre la cama, de espaldas a Robert. Pero en respuesta al sonido, empezó a moverse lentamente, girándose para mirar a Robert, con su fino pelo empapado por la lluvia. Como cuando había visto a Patricia Harlop en el sótano -una *alucinación, no era real-, los* ojos del hombre eran de un negro oscuro que llenaba todas sus cuencas. Su boca, que no era más que una fina línea bajo el tupido bigote rojizo, estaba torcida en una horrible mueca, la saliva se mezclaba con la lluvia y goteaba de su labio inferior. La fina piel de su frente estaba tirante y arrugada, como si sostener su expresión le resultara increíblemente agotador.

Robert echó un vistazo a la cabeza de James Harlop y éste no tardó en afirmar su peor pesadilla.

Las manos del hombre -gruesas y nudosas manoplas de obrero- rodeaban con fuerza la garganta de Ruth. Ruth tenía los ojos completamente enrojecidos y alrededor de ellos había un moteado de vasos rotos que resaltaba sobre su rostro, que había adquirido un tono azulado antinatural. La mujer no pareció darse cuenta de la presencia de Robert; estaba demasiado ida para darse cuenta de nada.

James abrió la boca para decir algo, pero en lugar de salirle palabras, la boca se le fue haciendo cada vez más grande, como le había pasado a Patricia en el sótano. Era repugnante, horrible, pero también hipnótico. Robert se encontró mirando al abismo, pero cuanto más profundizaba su mirada, más se daba cuenta de que había algo allí. Entrecerró los ojos y trató de concentrarse en los destellos blancos y azules. Tardó un momento en darse cuenta de que parecía un océano, o alguna masa de agua, con pequeñas olas rompiendo en la orilla. Incluso le pareció oír el sonido del mar.

Ruth gorgoteó de repente, haciendo que Robert volviera en sí.

Real o no, Robert no podía, *no quería*, dejar que este hombre asesinara a Ruth. Sin pensarlo, se lanzó hacia adelante.

Para ser tan grande, James Harlop era rápido. Soltó su agarre de la garganta de Ruth y giró hacia él. Sus enormes manos se extendieron frente a él, preparándose para el ataque de Robert. Pero antes de que llegaran el uno al otro, un relámpago iluminó de repente la habitación.

Robert arremetió de nuevo.

Cuando sonó el trueno, se llevó consigo las luces, dejándolos a los tres en la más completa oscuridad. Robert, con la frente empapada de sudor, entró en pánico y blandió el atizador de la chimenea en un arco largo y amplio. Golpeó contra algo duro, enviando una onda expansiva por sus manos y muñecas. La dura superficie cedió de repente, a lo que siguió un grotesco sonido de sorbo.

Entonces las luces volvieron a encenderse y Robert gritó.

Capítulo 23

James había desaparecido y el atizador estaba incrustado en el cráneo de Ruth Harlop. Cualquiera de estos hechos por sí solo debería haber sido suficiente para quebrar a Robert.

Incluso con las luces apagadas, era imposible que James hubiera podido pasar a su lado y salir por la puerta sin chocar con él. Y la ventana junto a la cama de Ruth seguía cerrada.

A Robert se le derritió la cara, cayó de rodillas y se echó a llorar.

"No", gimió. Como un niño, espió a Ruth Harlop a través de las grietas de los dedos que le cubrían la cara.

La mujer tenía los ojos completamente en blanco y la boca floja. Se le estaba secando la saliva en la barbilla y tenía la cara casi completamente morada. El atizador, la pieza lateral, el gancho que se utiliza para mover la leña en el fuego, estaba clavado en el lado izquierdo de la cabeza, unos centímetros por encima de la sien. Parte del cráneo de ese lado se había metido ligeramente hacia dentro, con lo que la forma de su cabeza era más oblonga que redonda.

Había menos sangre de lo que habría pensado; el impacto inicial había lanzado un géiser moteado sobre la almohada y luego sobre la madera dura, pero no lo bastante lejos como para golpear la pared del fondo. Una gruesa línea de la sustancia oscura cubría un lado de su cara, y había un charco del tamaño de un puño en la almohada que parecía viscoso, saturado.

La visión de la sangre le revolvió el estómago.

"¿Adónde has ido?", balbuceó. Como un loco, sus ojos recorrieron la habitación, intentando averiguar cómo era posible que James ya no estuviera aquí con él.

Había estado aquí, Robert estaba seguro. Había estado estrangulando a Ruth, su mujer, la tía de Robert, y Robert... había querido salvarla. Sólo había querido salvar a Ruth, a Amy, a su mujer... y a sí mismo.

Llorando, de repente sintió que los brazos le pesaban demasiado y se le cayeron de la cara a los costados, con el dorso de las manos golpeando sin fuerza contra la madera.

"¿Por qué?"

La palabra sólo fue respondida por el golpeteo de la lluvia contra los pesados cristales de las ventanas.

Al cabo de un rato, un rato largo, Robert consiguió ponerse en pie. Su mente zumbona y pragmática no había avanzado en su intento de averiguar qué había pasado. Pero sabía que no podía quedarse aquí, en el suelo, llorando, y menos mientras Amy estaba sola en el coche.

Y tampoco podía dejar a Ruth aquí, así.

Robert volvió a comprobar su móvil y sintió un momentáneo alivio cuando se encendió. Pero seguía sin poder marcar.

Lentamente, se dirigió hacia el cuerpo de Ruth, intentando mirarla sólo de reojo. Estaba muerta, de eso no cabía duda; de hecho, Robert pensó que podría haber muerto incluso antes de recibir el golpe en la cabeza, lo que podría explicar la ausencia de salpicaduras de sangre extremas.

Su mente racional volvió a entrar en acción.

¿Lo demostraría la autopsia? ¿Podría un patólogo estar seguro al cien por cien de que ya estaba muerta antes de que yo le descerebrara?

Sus pensamientos se volvieron hacia el agente de policía, el oficial Dwight, el hombre comprensivo que le había dado la noticia sobre Wendy, y se imaginó explicándole el escenario.

Entonces, ¿tu mujer te dejó con un montón de facturas que no podías pagar? ¿Y luego ejecutó la hipoteca de su casa?

Sí.

Y entonces, a ver si lo he entendido bien, ¿dices que un hombre al que nunca habías visto aparece en tu puerta y te entrega una carta?

Así es.

Vale, bien. Sólo quiero asegurarme de que estoy siguiendo correctamente. Así que, en esta carta, hay un mensaje de una tía de la que nunca has oído hablar...

Sí.

...¿y en esta carta, de esta tía que nunca conociste, te promete que si la cuidas en su lecho de muerte, te dará su mansión después de morir?

Sí, lo sé.

Conveniente, ¿no?

Es la verdad.

Vale, de acuerdo. Imagina que me creo toda esta historia. Entonces, ¿qué pasó después? ¿Cómo acabamos aquí, con la tía Ruth muerta en la cama con un atizador clavado en un lado de la cabeza?

El resto de la historia sonaría aún más loco... chica muerta en el

sótano con una rata, un hombre muerto empujando a su hija desde el tejado...

No, no podía llamar a la policía. Si le preocupaba dejar huérfana a Amy al enfrentarse a James Harlop, contactar con la policía lo convertiría en algo casi seguro.

Robert tragó saliva y se armó de valor para acercarse a la cama. Apretando los labios con fuerza por si le entraban ganas de vomitar, se quedó mirando la cara de Ruth Harlop, cuya piel azulada era tan fina en algunas partes que le pareció ver los relucientes huesos blancos que había debajo.

"Lo siento", murmuró.

Y entonces se decidió.

Ningún agente de policía creería su versión de lo ocurrido. Robert ni siquiera estaba seguro *de* creerlo.

Tendría que tomar cartas en el asunto... no había otra opción.

Robert desvió la mirada y agarró el atizador. Se soltó mucho más fácilmente de lo que esperaba. Lo que siguió fue un horrible estertor, como si se hubiera liberado un vacío dentro de la cabeza de Ruth, y fue todo lo que pudo hacer para evitar mirar la herida abierta que había quedado.

Depositó suavemente el atizador en el suelo y se fijó en su cuerpo.

Tratando de convencerse de que sólo era un cadáver, igual que al ver a Wendy primero en la morgue y luego en su ataúd, tragó saliva continuamente, preparado para apartar la cara en caso de que sintiera la necesidad de vomitar.

Esta táctica evitó que se mareara, al menos por el momento. Con una bocanada de aire fresco, Robert atravesó el frágil cadáver de la mujer y agarró la sábana del otro lado de la cama. De un rápido tirón, juntó los dos lados, envolviendo el cuerpo de Ruth en un capullo suelto.

"Lo siento", volvió a decir Robert, sólo que esta vez no estaba seguro de si sus palabras iban dirigidas a Ruth o a sí mismo.

Capítulo 24

Ruth Harlop era mucho más ligera de lo que Robert hubiera pensado, incluso dada su forma demacrada. Después de todo, él era contable y la mayor parte de su ejercicio consistía en cargar carpetas de tres anillas y no cuerpos envueltos en sábanas. Aun así, no le costó mucho subir el cuerpo de la mujer al hombro como si fuera una manta de picnic caníbal. Incluso llegar a las escaleras no fue tan difícil, y la adrenalina le impulsó hasta el rellano inferior. Tras un breve descanso, arrastró el cadáver de Ruth por el vestíbulo y se asomó con cautela por la ventana que había junto a la puerta.

A Robert sólo le esperaba más lluvia. Apenas podía distinguir su propio coche, con las luces apagadas, aparcado a un par de docenas de pasos de la última escalera de cemento en mal estado.

Consideró la posibilidad de salir a la calle y correr hacia el coche para ver cómo estaba Amy, pero no pudo.

Sus dedos se tensaron sobre el extremo envuelto de la manta, el primero se volvía blanco mientras que el segundo se enrojecía progresivamente.

¿Qué clase de...?

Ahogó un sollozo.

¿Qué clase de padre deja a su hijo de nueve años en un coche, a oscuras, durante una tormenta? ¿Qué clase de...?

La sábana se combó de repente cuando el cuerpo de Ruth se movió dentro de la tela. Ajustó su agarre y luego se la colgó del hombro derecho, sin dejar de sujetarla con ambas manos. Con el hombro, se enjugó las lágrimas que se derramaban por su rostro.

Un asesino, pensó. *Un asesino, eso es.*

Robert sacudió la cabeza y se dirigió rápidamente a la parte trasera de la finca, y luego, de alguna manera, se las arregló para girar el pomo de la puerta antes de abrirla de un empujón con el pie.

La lluvia se coló rápidamente por la abertura, pero no le hizo caso. Ya estaba empapado e iba a mojarse aún más, y la madera aún estaba resbaladiza por la lluvia de cuando había salido a buscar a Amy.

Robert se vio obligado de nuevo a agachar la cabeza contra la fuerza de la lluvia y el viento, y se limitó a avanzar a trompicones, primero con los pies moviéndose perezosamente por las losas de la parte trasera de la casa de los Harlop, y luego hundiéndose en el barro

cada vez más blando.

Llevaba casi dos semanas viviendo en la casa y, además de ocuparse de las necesidades más básicas de Ruth, había adquirido el hábito de arreglar algunos de los jardines de la entrada. Era una tarea casi imposible; no era horticultor, y mucho menos paisajista, pero le había servido para distraerse. Además, a Amy parecía gustarle pasar tiempo con él en la naturaleza.

Es decir, cuando no llovía.

Después de arreglar los arbustos crecidos, siempre se aseguraba de guardar las herramientas en el cobertizo para que Amy no las tocara. Así que se dirigió primero al cobertizo. A pesar de estar cerca del lateral de la finca, tardó en llegar más de lo que hubiera esperado, como consecuencia del suelo extremadamente blando y del hecho de que la sábana, ahora completamente empapada, se había vuelto considerablemente más pesada. La perseverancia y el miedo a dejar huérfana a Amy le impulsaron a seguir adelante. Finalmente, llegó a la gran estructura gris y sintió alivio. Con la intención de dar un respiro a sus doloridos músculos, retorció la sábana para que el cadáver de Ruth quedara completamente envuelto antes de depositarla suavemente sobre el barro.

Con las luces de la casa a sus espaldas como únicas guías, abrió de par en par la puerta del oscuro y húmedo cobertizo, agradeciendo no haberla cerrado con llave. El interior estaba completamente oscuro y, sin electricidad, lo último que quería hacer era entrar. Esperó a que sus ojos se adaptaran, pero con la lluvia cayendo sobre sus párpados, apenas podía distinguir nada.

Robert entró y, despacio, con cautela, empezó a agitar los brazos delante de él como un ciego. Derribó varios objetos, que repiquetearon con fuerza contra el suelo antes de que sus manos se cerrasen en torno al familiar mango en forma de escoba de la pala que había colocado contra la pared lateral hacía unos días.

Respirando hondo, salió del cobertizo y se adentró de nuevo en la lluvia. Una parte de él esperaba que la sábana con el cuerpo de Ruth envuelto en su interior ya no estuviera, que se la hubiera llevado toda la lluvia o que aquella horrible pesadilla estuviera llegando a su fin.

Pero seguía ahí. De hecho, la lluvia se las había arreglado para despegar una de las esquinas, dejando al descubierto una mata de pelo gris. La sola visión de aquellas finas hebras empapadas de agua de lluvia teñida de sangre bastó para confirmar su realidad. El impulso de huir era entonces fuerte, pero los pensamientos sobre Amy en el coche, sola, aterrorizada, le hicieron seguir adelante. Robert apoyó la

pala contra el exterior del deformado cobertizo de madera, y luego se agachó y volvió a cerrar la sábana. Con un gruñido, la levantó por encima del hombro y luego se puso de pie, con la espalda gimiendo en señal de protesta. Luego cogió la pala y echó a andar de nuevo.

Después de lo que había visto, la reluciente mano de hueso en el barro -ahora expuesta casi hasta el codo mientras el barro seguía derritiéndose- parecía absurdamente normal.

Al ver cómo empujaban a Amy desde el tejado y cómo destrozaban el cráneo de Ruth, dudaba que algo pudiera perturbarle ahora. Sin embargo, por alguna razón, no se atrevía a dejar el cuerpo de Ruth encima del otro esqueleto, algo que sin duda habría facilitado su ocultación. Le pareció demasiado cruel, demasiado insensible.

Me sentí mal.

En su lugar, se desplazó hasta justo debajo, en la colina, y volvió a colocar la sábana en el suelo.

Un relámpago brilló en el cielo nocturno, y los ojos de Robert se volvieron instintivamente hacia arriba. Fue un estallido tremendo, que se ramificó como un roble antiguo y luminiscente. Robert se perdió momentáneamente en su belleza y, mientras la lluvia caía sobre sus ojos abiertos, sintió que la realidad se le escapaba de las manos. Los pensamientos empezaron a agolparse en su cabeza, recuerdos que se remontaban a la primera vez que conoció a Wendy, pasando por el nacimiento de Amy, hasta todo lo que había sucedido desde la visita del agente de policía, todo en un vertiginoso avance rápido.

Fue el trueno lo que le hizo volver; un crujido espantoso que le provocó un escalofrío.

Con un fuerte suspiro, Robert dejó que las lágrimas que se derramaban por sus mejillas se mezclaran con la lluvia.

Luego agarró la pala con las dos manos y empezó a cavar en el barro suelto.

Capítulo 25

Podría haber pasado una hora, o podrían haber sido tres. La lluvia seguía cayendo y el cielo permanecía inmutable mientras el tiempo pasaba de la tarde a la noche. Pero finalmente, el agujero estaba completamente excavado, un patético cuadrado de un metro en el paisaje fangoso que sólo tenía un poco más de medio metro de profundidad. Cuando Robert por fin se permitió un momento para recuperar el aliento y tratar de frenar la aceleración de su corazón, vio cómo parte del barro que había sacado con la pala empezaba a deslizarse lentamente hacia el interior. Tenía que darse prisa; no le extrañaría que por la mañana el agujero estuviera de nuevo completamente lleno.

Con las manos rotas y ampolladas, los músculos de los brazos y la espalda ardiendo a pesar del aire fresco y húmedo, Robert ni siquiera pudo hacer el esfuerzo suficiente para levantar el cuerpo de Ruth. En lugar de eso, se puso de rodillas y, con las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió enrollar la sábana y el cuerpo en la tumba improvisada. Fue una bendición que Ruth hubiera sido tan pequeña, tan demacrada, pues dudaba que en su estado actual hubiera sido capaz de moverse un gramo más. El resultado distaba mucho de ser glamuroso, pero tendría que servir. Y era mejor que amontonarla encima de otro cuerpo, fuera quien fuera.

Robert no recordaba que sus padres le hubieran llevado nunca a la iglesia, así que no tenía ni idea de qué tipo de oración era apropiada en un caso así. Ni siquiera estaba seguro de si *alguna oración sería apropiada*. Sin embargo, se sintió obligado a pronunciar unas palabras.

Recogiendo un puñado de barro con sus manos destrozadas, se inclinó sobre la sábana y dijo: "Siento lo ocurrido, Ruth Harlop. Sólo puedo esperar que donde estés ahora, estés con los que te querían de verdad".

Luego dejó caer el barro, que aterrizó en la sábana con un *golpe* sorprendentemente audible. Sabía que debía terminar el trabajo, cubrir por completo las pruebas, pero por ahora, sin embargo, tenía las manos demasiado destrozadas, demasiado empapadas de lluvia, sangre y ampollas reventadas como para hacer otra cosa.

La lluvia haría el resto.

Con un pesado suspiro, Robert recogió la pala con cautela entre dos dedos y se la echó al hombro, haciendo una mueca de dolor que le irradió por toda la espalda. Estaba a punto de darse la vuelta cuando

oyó una voz y se quedó inmóvil.

"¿Hola?" La voz era suave, dulce, apenas audible por encima de la lluvia. Era la voz de una mujer.

Robert resistió el impulso de darse la vuelta.

No es real. Nadie está aquí en la lluvia. Nadie vio.

Cerró los ojos con fuerza e intentó concentrarse en el sonido de la lluvia al caer sobre su chaqueta.

No oyó nada.

Acababa de exhalar un suspiro exasperado cuando volvió la voz.

"¿Hola? ¿Eres tú?"

Robert abrió los ojos y giró lentamente sobre el barro, su mano apretó instintivamente la pala.

Por si acaso.

Pero lo que vio *no tenía nada de* amenazador.

"¿Qué?", balbuceó.

Se acercaba una mujer, una hermosa mujer vestida con una prenda interior de encaje blanco, su larga melena rubia perfectamente cuidada como si acabara de salir de la peluquería. Robert se secó la lluvia de los ojos. Aunque la mujer no llevaba paraguas ni cobertura de ningún tipo, su pelo parecía perfecto. Perfecto y *seco*. De hecho, la lluvia que seguía cayendo del cielo no parecía caer sobre ella en absoluto.

Con la mano que no sujetaba la pala, Robert, con la boca abierta, la extendió con la palma hacia arriba, hacia la lluvia. Como era de esperar, sintió la lluvia rebotando en su piel destrozada.

¿Qué coño?

La mujer sonreía mientras avanzaba hacia él, y sus pies parecían deslizarse sobre el barro en lugar de hundirse en él. Robert sintió que se le agarrotaban los músculos y que su capacidad de movimiento perdía el habla. Era como si se hubiera quedado inmóvil, incapaz de hacer otra cosa que mirar.

Sus ojos, sin embargo, se paseaban libremente por su cuerpo.

Se dio cuenta de que el conjunto de encaje estaba más cerca de la lencería que de un camisón. Los pechos de la mujer eran grandes y turgentes, y los pezones oscuros se veían lo suficiente a través de la tela para que él pudiera distinguir su contorno. La lencería era corta, apenas le llegaba a medio muslo, y parecía, por extraño que fuera, que

con cada deslizamiento se subía un poco más. En poco tiempo, sus ojos se clavaron en la "v" entre sus piernas, observando y esperando mientras se deslizaba un poco más... luego un poco más...

A pesar de todo, a pesar del horror de ver cómo empujaban a su hija desde el tejado, a pesar de aplastar el cráneo de Ruth con el atizador y enterrarla en el barro, sintió que la parte delantera de sus vaqueros empapados por la lluvia se tensaba. Intentó alejar esa sensación, pero los movimientos de vaivén de la mujer eran hipnóticos y le sumían en un trance erótico.

Robert no quería admitirlo, pero estaba excitado. Después de *todo*, de repente le invadió el deseo por aquella mujer, aquella hermosa mujer que parecía impermeable a la lluvia.

La pala se le resbaló de la mano y cayó al barro, pero Robert ni siquiera se dio cuenta. Por primera vez en lo que le pareció una eternidad, su mente se sintió de repente menos confusa, menos sobrecargada por la necesidad de resolver los detalles de una realidad que no tenía sentido. El poderoso y singular deseo que se apoderó de él fue liberador. Y no podía hacer otra cosa que entregarse a él.

Cuando la mujer llegó a un palmo de él, se detuvo y sus hermosos y carnosos labios empezaron a separarse.

"Me llamo Jacky", dijo en voz baja, y aunque el nombre le resultaba extrañamente familiar a Robert, por su vida, no podía ubicarlo.

Y entonces ocurrió.

Jacky le cogió por sorpresa, se inclinó hacia él y le besó en la comisura de los labios. El movimiento fue tan inesperado que Robert se cayó hacia atrás y aterrizó en el barro con un sonoro plop.

En un instante, ella estaba sobre él, a horcajadas, subiéndose la bata lo suficiente para que Robert pudiera ver el suave y terso montículo que había debajo. Se le escapó un grito ahogado, que fue rápidamente cortado por otro beso. Sólo que éste no fue un picotazo en la mejilla, sino un beso en la boca, con la lengua tanteando. Las manos de Robert fueron instintivamente a sus pechos, empujándolos, deleitándose con su firmeza.

¿Cuánto tiempo ha pasado? se preguntó distraídamente. *¿Cuánto tiempo ha pasado desde que tuve sexo con Wendy?*

Jacky se sentó y se inclinó hacia atrás, y mientras frotaba rítmicamente su mitad inferior contra los ajustados vaqueros de él, empezó a gemir.

Robert le apretó los pechos con fuerza y volvió a atraerla hacia sí, besándola con un hambre tan extraña que amenazaba con sacarlo del

momento.

No lo permitiría.

Jacky no se escandalizó por su agresividad; en todo caso, pareció perderse en ella. Tomando el control, Robert le dio la vuelta de modo que ahora él estaba encima, ajeno a la lluvia y el barro que cubrían casi cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Lo único que podía sentir era a ella, *toda* ella, cálida y acogedora bajo él. Su mano se deslizó entre las piernas de ella y volvió a jadear cuando sus dedos fríos y casi entumecidos sintieron la cálida humedad. Se acercó frenéticamente a la cremallera, tratando desesperadamente de liberarse de unos vaqueros que habían pasado de incómodos a dolorosos en cuestión de segundos.

Cuando bajó la cremallera y metió la mano dentro, sus labios pasaron de la boca de ella a la barbilla y luego al cuello. Cerró los ojos y la respiró, el dulce olor de su piel como... como a *podredumbre.*

Los ojos de Robert se abrieron de golpe.

"¿Qué coño?"

La aparición de cabellos dorados había desaparecido. Debajo de él había un rostro en descomposición, con las cuencas de los ojos vacías y los labios cariados que dejaban ver una hilera de dientes blancos y perfectos. Retrocedió, con los ojos clavados con horror en los gusanos que entraban y salían del agujero de la mejilla, siguiendo perfectamente las huellas húmedas que acababan de dejar sus labios.

"¡Qué coño!", gritó. Cuando Robert empujó el cadáver putrefacto y se puso en pie, se limpió desesperadamente la boca, tratando de quitarse el sabor a gusano de la lengua. Luego tuvo una arcada y escupió.

"Joder, joder, joder", repitió mientras la miraba fijamente.

¡Qué coño me pasa!

Robert hizo caso omiso de sus músculos doloridos y corrió hacia la casa tan rápido como le permitieron sus piernas.

Capítulo 26

***Loco. Me he vuelto** completa y totalmente loco.*

Robert no entró primero en la casa, sino que rodeó la finca de Harlop con las piernas y los pulmones ardiendo mientras corría.

Parecía imposible que la lluvia pudiera aumentar de fervor, pero así parecía. Caía a cántaros y Robert apenas podía ver su coche. Aminoró la marcha al acercarse a lo que le pareció la silueta oscura de su Mazda, pero no se detuvo lo bastante rápido y se golpeó las espinillas contra la puerta.

El dolor se sumó a la agonía que invadía todo su cuerpo.

Jadeando por el miedo y el esfuerzo, tanteó la puerta, las ampollas de las manos le impedían sentir algo concreto. Finalmente, encontró la manilla de la puerta trasera y tiró de ella. Se secó la lluvia de la cara y se inclinó hacia dentro, esperando lo peor.

"¿Amy?", susurró.

Se sintió aliviado cuando vio a su hija tumbada de lado, con la cabeza apoyada en el Sr. Gregorius a modo de almohada. A pesar de la lluvia y los truenos, que parecían una zona de guerra dentro del vehículo, Amy parecía dormir profundamente.

Robert no sabía qué hacer a continuación, así que se limitó a entrar en el coche y cerrar la puerta tras de sí. La luz del habitáculo se apagó de inmediato, llenando el interior de una oscuridad inoportuna.

Después de lo que había visto, ahora no le apetecía tanto estar a oscuras.

O quizás nunca más.

Los dedos ampollados y desgarrados de Robert se dirigieron al techo y pulsó la luz de la cúpula, encendiéndola de nuevo. Extendió un momento las manos delante de él, examinando por primera vez con buena luz el daño que se había hecho.

Tenía las palmas de las manos destrozadas, con gruesos trozos de piel que colgaban como cortezas de cerdo crudas, revelando una capa mucosa, roja y cruda debajo. Curvó suavemente los dedos y apartó la mirada.

"¿Qué ha pasado?", susurró, con cuidado de no despertar a Amy.

Pero su pregunta no iba dirigida a sus manos. Sabía lo que les había pasado.

Preguntaba por el encuentro con… con la mujer del pelo dorado, con *Jacky*. Pero ya los detalles se estaban volviendo borrosos en su mente, acosado por una fatiga extrema.

Lo primero que pensó fue en conducir, meterse entre los asientos delanteros y alejarse lo más posible de aquel maldito lugar, de la tía Ruth, de la finca Harlop y de todo lo que conllevaba, real o imaginario, y dirigirse a otra parte. Al norte, quizá. Ni Robert ni Amy habían estado en Canadá, pero él había oído que Montreal era especialmente bonita.

Podrían cambiarse el nombre y empezar de nuevo.

Olvídate de todo esto, de la ejecución hipotecaria, de Ruth, de su marido, joder, olvídate incluso de Wendy y Landon.

Muévete. Literalmente.

Pero cuando la mirada de Robert pasó de sus manos heridas a la lluvia que caía por la ventana, se dio cuenta de que no era una opción real. Para empezar, era contable, un contable *en paro*, no un criminal internacional.

Pero se iría de aquí, de eso estaba seguro. Fuera lo que fuese lo que Ruth le había contado sobre la muerte de Patricia y su marido, o estaba equivocada o mentía. Y él no deseaba involucrarse más de lo que ya estaba.

Había estado mintiendo. Ahora está muerta.

Le recorrió un escalofrío. La certeza de que aquel estado estaba *muerto era* algo que a Robert de repente le costaba entender.

"Un accidente…" susurró. "Fue sólo un accidente."

Los relámpagos volvieron a iluminar el cielo y Robert volvió la mirada hacia arriba.

¿Es así como te sentías, Wendy? ¿Antes de morir, atrapada en el coche bajo la lluvia? ¿Estabas confundida? ¿Exhausta? ¿Es esto lo que se siente al morir?

Amy gimió suavemente y movió la cabeza sobre el Sr. Gregorius.

"No, no voy a ninguna parte esta noche, no con esta lluvia". Los ojos de Robert se desviaron hacia la finca Harlop. "Pero de ninguna manera voy a dormir en ese lugar, tampoco."

Se estremeció, y luego consiguió retorcer el cuerpo para estar mitad encima y mitad al lado de su hija dormida.

Por la mañana… por la mañana me voy a largar de aquí. Voy a tomar a Amy y dejar este terrible lugar para siempre.

Y entonces, a pesar de todo, el cansancio se apoderó de él y cayó en un profundo sueño.

Parte III - La médula

Capítulo 27

Robert Watts se despertó con todo el cuerpo dolorido. Las manos le palpitaban, la espalda y los hombros le ardían como si les hubieran prendido fuego. Con un gemido, abrió los ojos despacio, tímidamente, preocupado de que incluso los párpados pudieran dolerle si se movía demasiado deprisa. Luego, todavía aturdido por el sueño, se preguntó en qué lugar del mundo se encontraba.

Entonces Amy abrió los ojos y él recordó; lo recordó todo.

Deseó a Dios poder olvidar, pero nunca había tenido suerte.

Ignorando las persistentes protestas de su cuerpo, se obligó a incorporarse. Para Amy, trató de mantener una cara seria, mientras que en su interior sólo quería derrumbarse en un montón.

Un rápido vistazo por la ventana reveló que en algún momento de la noche había dejado de llover y, por una vez, el sol parecía estar fuera, brillando con fuerza sobre la finca de Harlop.

"¿Papi? ¿Qué te ha pasado en las manos?"

"¿Eh?" Robert gruñó y miró hacia abajo. La visión de su carne cruda y destrozada le hizo estremecerse, y se dio la vuelta con las manos, ocultando la mayor parte del daño tanto a Amy como a sí mismo. "Nada... nada."

"¿Por qué estás cubierto de barro?"

Robert se dio un repaso. Aunque parte del barro que cubría sus vaqueros se había secado, la mayor parte no lo había hecho. Había más manchas de barro en su chubasquero.

"Estaba... estaba..." Pero se dio cuenta de que en realidad no podía contarle nada a Amy sobre lo que había hecho anoche, nada sobre enterrar el cuerpo de Ruth y luego revolcarse en el barro con Jacky. Y odiaba mentirle a la chica. Así que en lugar de contestar, cambió de tema.

"Tenemos que entrar, cariño. Recoge nuestras cosas, empaca".

Amy se incorporó y sus finas cejas rubias recorrieron su frente.

"¿Nos vamos?", preguntó. Robert detectó un deje de tristeza en su voz.

"Sí, nos vamos", contestó, sus ojos se desviaron por el parabrisas delantero y se posaron en los escalones de cemento agrietados y rotos que conducían a la enorme puerta de madera.

En su periferia, Robert vio a Amy acercarse al Sr. Gregorius a la cara.

"¿Papá?"

Robert mantenía la vista fija en la finca Harlop, preguntándose por qué, en nombre de Dios, había traído a Amy aquí en primer lugar.

"¿Hmm?"

"El Sr. Gregorius no quiere irse."

Robert cogió el pomo de la puerta y se estremeció al sentir el duro plástico en sus desgarradas palmas.

"Bueno, el Sr. Gregorius va a tener que lidiar con eso, porque no nos quedaremos otra noche en este lugar".

Abrió la puerta del coche y disfrutó de la sensación del sol en la cara. Sabía que necesitaría mucho más para entrar en calor, pero era un buen comienzo. Estaba a punto de salir cuando Amy le agarró del brazo.

Robert se volvió y le sorprendió la expresión repentinamente fría de su hija.

"¿Qué pasa, swee-?"

"El señor Gregorius dice que no quiere irse, que aún tenemos trabajo que hacer aquí", siseó.

Robert se encogió de hombros.

¿Trabajo? ¿No te acuerdas de anoche? ¿No recuerdas que te empujaron desde el tejado?

Entrecerró los ojos, tratando de entender qué pasaba por su cabeza.

Tal vez lo recordaba, tal vez no. En cualquier caso, no serviría de nada recordárselo.

Robert le apartó la mano.

"Como dije, el Sr. Gregorius tendrá que lidiar. Ahora entra y ayúdame a empacar nuestras cosas".

***

Robert no estaba seguro de por qué se sorprendía tanto; después de todo, las cosas habían ido tan mal desde que se mudó a la finca Harlop que meteduras de pata como ésta se habían convertido en el status quo.

Él y Amy habían recogido su ropa en menos de quince minutos y habían salido de casa en menos de veinte. Ambos se habían hecho a la idea de dejar atrás aquel terrible experimento.

Encontraría otra forma de pagar las facturas, de asegurarse de que tuvieran para comer. Un lugar donde vivir. Pero no iba a ser aquí.

Después de abrochar el cinturón de seguridad de Amy en el asiento trasero y de bajar su dolorido cuerpo al asiento del conductor, una sensación de terror empezó a formarse en la boca del estómago de Robert. Era tan fuerte que dudó antes de poner la llave en el contacto.

Algo iba mal, algo *más* iba mal. Tardó un momento más en darse cuenta de lo que era.

La luz de la cúpula no se había encendido cuando abrió la puerta.

Robert tragó saliva y giró la llave. Como se temía, el motor emitió un breve chirrido, pero no arrancó. Volvió a intentarlo, pero esta vez sólo le recibió el silencio, confirmando lo que sabía en el fondo de su mente desde el principio.

La batería estaba agotada.

Giró la cabeza hacia el cielo y miró fijamente al sol brillante.

"¡Joder!" gritó. "¡Joder, joder, joder!"

Respiraba entrecortadamente y sintió que se le enrojecía la cara. Agarró el volante con las dos manos y empezó a retorcerlo, tratando de aplastarlo. La fina piel que se había formado sobre las ampollas a lo largo de la noche se rasgó y un líquido caliente se escurrió entre sus dedos apretados.

"¿Papá?"

"Ahora no, Amy", dijo apretando los dientes. Metió la mano derecha en el pantalón de chándal que se había puesto y sacó el móvil. Después de las actividades extraescolares de la noche anterior, parecía que había agua atrapada bajo la pantalla, pero aun así se encendió milagrosamente.

Su ira desapareció de repente y fue sustituida inmediatamente por una solemne condena.

"Por favor", susurró, esperando a que se cargara el software del teléfono. Pero cuando por fin arrancó, en lugar de las barras que esperaba, sólo había una X roja.

"¡Joder!", gritó de nuevo, con la rabia a flor de piel. Abrió la puerta de golpe y salió al sol. Echándose hacia atrás, se sintió obligado a lanzar su móvil lo más lejos humanamente posible. Pero en el último

segundo, sus ojos se posaron en el querubín con los ojos tachados y esto, de alguna manera, le hizo recapacitar.

Destrozar su móvil no arreglaría ninguno de sus problemas.

Robert bajó el brazo. Tenía ganas de llorar y, de no ser por Amy, probablemente lo habría hecho. Se habría desplomado y habría esperado a que alguien -¿Sean, tal vez? ¿La policía? -viniera y lo encontrara allí. Y entonces encontrarían el cuerpo de Ruth y lo meterían en la cárcel.

Y eso estaba bien.

Eso era lo que se merecía.

Le vino a la mente la imagen del cráneo de la anciana hundido por un lado con un agujero del tamaño de un cuarto del atizador de la chimenea, rezumando materia cerebral gris y sangre oscura, y de repente se sintió enfermo.

La bilis le subió a la garganta, pero cuando sintió que una pequeña mano le rozaba el brazo derecho, volvió a ahogarla y se volvió para mirar a su hija. Amy sujetaba con fuerza contra su pecho su conejito rosa, ahora mugriento.

"¿Papá?"

Robert se secó las lágrimas.

"¿Sí, cariño?"

"Hay alguien aquí, papá", dijo asintiendo con la cabeza.

Robert frunce el ceño.

¿Alguien de aquí? ¿Como... como James o Patricia o Jacky?

Pero entonces oyó el ruido de la puerta principal al ser forzada, un horrible rechinar de metal contra metal que le hizo zumbar los oídos.

Robert se levantó y pasó a la acción, colocándose protectoramente delante de su hija.

"Vete", susurró. "Vuelve dentro y escóndete. *Ahora mismo*".

Amy hizo una mueca, una expresión que dejaba dolorosamente claro que volver a entrar en la finca Harlop no era una de sus prioridades. Y tampoco era algo que a Robert le entusiasmara. Sin embargo, no podía tenerla aquí, no podía ser vista con él.

Por si acaso... por si acaso de qué, no estaba seguro. Pero después de anoche...

Dudó, pero se oyó otro chirrido metálico y la puerta se abrió aún más, lo suficiente para que entrara una figura con capucha negra

oscura.

Robert se volvió hacia su hija, con miedo en los ojos.

"¡Vete! ¡Por favor, Amy! ¡Ve *adentro*!"

Capítulo 28

Robert se quedó mirando su vaso de whisky como si fuera lo más interesante del mundo. Agitó ligeramente el dorado líquido, se lo llevó rápidamente a los labios y engulló el resto del vaso. Levantándose sobre unas piernas tambaleantes, se dio la vuelta y se dirigió al armario de los licores para rellenarlo.

"Robbo, escucha, tío, no puedo ayudarte si no me dices qué *coño* ha pasado".

Robert cerró los ojos un momento, tratando de alejar la visión del cráneo desplomado de Ruth, de Amy siendo empujada desde el tejado. De Jacky y su pelo rubio y sus labios suaves y dulces.

No creía en fantasmas, pero a su mente racional le costaba conciliar lo que había visto, lo que había sucedido, con el mundo pragmático. Se repetía a sí mismo que era un truco, que aquello no estaba ocurriendo fuera de su mente, pero todo había sido tan real... sus manos *habían* vibrado cuando el atizador había golpeado el cráneo de Ruth, y su boca se *había* llenado del sabor de los gusanos cuando había besado el cadáver de Jacky.

Respirando hondo, abrió los ojos, se sirvió dos dedos, se lo terminó y se sirvió un tercer trago antes de volverse para mirar a su amigo.

Cal, por lo que parecía, tampoco había dormido en días. Su grasiento pelo negro le colgaba sin fuerza sobre la frente y le cubría parte de la cara, pero no lograba ocultar las gruesas ojeras que tenía bajo los ojos. Se había quitado la sudadera oscura con la que había llegado, dejando al descubierto una camiseta manchada de los Red Hot Chili Peppers. El dobladillo inferior de la camiseta estaba hecho jirones y tenía varios agujeros apolillados lo bastante grandes como para dejar ver su barriga blanca y pastosa.

Robert tragó saliva.

"Vine aquí para cuidar a una mujer".

Cal asintió.

"Sí, ya lo sabía. ¿Dónde está la vieja? Su silla y el tanque de oxígeno están al final de las escaleras, pero..."

Robert le hizo callar levantando la mano.

"Sólo quería intentar empezar de nuevo, ¿sabes? ¿Por Amy y por mí?"

Cal enarcó una ceja, inquisitivo.

"Bueno, sí, quiero decir que el lugar es enorme... lo entiendo. No te voy a mentir, Cal-quería el dinero de este lugar. *Necesito* el dinero".

Volvió a mirar su whisky y sintió que se le calentaban las orejas. No le gustaba compartir demasiado, pero se trataba de Cal, por el amor de Dios.

¿Por qué me avergüenzo de todo lo que rodea a Cal?

Se aclaró la garganta.

Me llamo Jacky...

"Perdí la casa, Cal, y mis cuentas bancarias están vacías. Por culpa de Wendy, debo más de veinte mil en nuestras tarjetas de crédito. No tengo nada".

Suspiró con fuerza, pero se contuvo antes de que volvieran a brotar las lágrimas.

"No tengo nada... nada excepto esta casa. Pero ahora..."

Robert levantó la mirada y le sorprendió la expresión de Cal. Detectó lo que le pareció desprecio en el rostro redondo de su amigo.

"Que se joda Wendy", dijo el hombre en voz baja.

"No digas eso", replicó Robert instintivamente. "No es bueno hablar mal de los muertos, Cal. Además, era mi mujer".

Cal hizo una mueca.

"Ella era una perra, Robbo. Acéptalo. Una zorra infiel que acumulaba facturas mientras se follaba a tu jefe. ¿Dices que quieres empezar de nuevo? Entonces tienes que olvidarte de Wendy. Eso sería un comienzo".

Robert sólo podía mirar. Quería defender a Wendy, se sentía obligado a defenderla, pero no se atrevía a hacerlo.

Después de todo, lo que Cal decía era cierto.

Wendy *era* una zorra.

Por un momento, un incómodo silencio se cernió sobre los dos viejos amigos, pero fue finalmente roto por Cal, que de repente se encogió de hombros y tendió su vaso.

"Basta de hablar de ella... se ha ido. Pero yo estoy aquí... ¿así que vas a llenarme y decirme qué coño pasó con la vieja bruja?".

Robert cogió la botella de Glenlivet de la barra antigua y se sentó, poniendo la botella a medio terminar entre los dos.

Lo iban a necesitar.

***

Robert tardó cerca de una hora en contar toda su historia. Hablar de ello tenía un efecto extrañamente calmante en él, casi como si decir las palabras lo hiciera menos real, lo convirtiera más en un recuerdo. Le servía como amortiguador de los hechos reales.

Y también se dio cuenta de lo disparatado que sonaba todo aquello. Al menos para él.

Pero Cal era... diferente. Siempre lo había sido, siempre lo sería.

Cuando terminó, su amigo se quedó mirándolo fijamente, con sus ojos pequeños y oscuros escudriñando las facciones de Robert, haciéndolo sentir ligeramente incómodo.

De repente le asaltó un pensamiento.

Tal vez no debería haberle dicho... todo. Tal vez llame a la policía.

Pero cuando Cal habló, supo que se trataba de un temor infundado.

"Estás hecho una mierda, Robbo", dijo. Luego se rascó la barriga y bebió un sorbo de whisky.

La botella que había sobre la mesa estaba casi vacía.

se burló Robert.

"¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?"

Cal suspiró, dejó el whisky sobre la mesa y entrelazó los dedos, reclinándose en la silla. Levantó los dedos índices y los entrelazó. A Robert todos los movimientos del hombre le parecían exasperantemente lentos.

¿Por qué no reacciona? ¿Gritándome? ¿Llamándome asesino? ¿Diciendo algo... cualquier cosa?

"¿Qué... qué...?"

Robert se quedó sin gasolina y dejó escapar un suspiro.

Cal se aclaró la garganta.

"Mira, sé que las cosas han sido una locura para ti, con el... accidente, y todo".

Robert negó con la cabeza.

"Lo sé, lo sé. Yo diría lo mismo... pero, Cal, *él* empujó a Amy".

El rostro de Cal se ensombreció, sus espesas cejas negras

enmascararon sus ojos.

"¿Y luego qué?"

Robert se encogió de hombros.

"Ya te lo he dicho... se cayó y la cogí... Dios santo, Cal, la cogí de verdad".

Cal parecía incrédulo.

"¿La atrapaste?"

Robert levantó las manos.

"Sí, yo. ¿Qué coño, Cal? ¿Por qué te centras en eso? ¿Qué coño hago yo con...?" Bajó la voz. "-¿Sobre el cuerpo de Ruth?"

Cal se mordió el interior del labio.

"Te creo, Robbo, te creo. He estado... bueno, desde el accidente de Wendy, he estado investigando estas cosas".

Ahora le tocaba a Robert hacer una mueca.

"¿Qué *cosas*?"

Cal cogió su whisky y bebió un trago.

"Fantasmas, apariciones. Ya sabes".

Robert se puso en pie de un salto y, por enésima vez desde que se había mudado a la finca Harlop, sintió que le hervía la sangre. El lugar tenía un efecto sobre él, lo había convertido en algo, o en alguien, que no le gustaba demasiado.

"¡Por el amor de Dios, Cal! No puedo lidiar con tu mierda de conspiración ahora. Necesito ayuda, tío". Se le quebró la voz. "Necesito ayuda de verdad, no sé qué hacer. *Realmente* no tengo ni idea de qué hacer".

Cal, como de costumbre, mantuvo la calma.

"No es una teoría conspirativa, Robbo. Como te he dicho, he estado investigando y he encontrado un montón de gente con experiencias como la que acabas de describir."

Se inclinó hacia él y bajó la voz una octava.

"A veces... a veces cuando la gente muere, por la razón que sea no pueden cruzar. No pueden descansar en paz, como dicen. Al menos no todavía. Por lo general, es cuando algo realmente malo le sucede a estas personas, pero no siempre. Necesitan ayuda para seguir adelante, Robbo. Necesitan un pequeño empujón. Y creo que eso es lo que ha pasado aquí"-levantó las manos por encima de la cabeza, indicando los

altos techos -" en la finca Harlop."

Robert respiró hondo varias veces y miró fijamente a su amigo.

Lo que más le molestaba no era la absoluta certeza con la que su amigo soltaba esas tonterías, sino que no lo hubiera visto venir. Por el amor de Dios, Cal creía que todas las grandes naciones ejercían el control mental fumigando el mundo con productos químicos desde aviones.

Robert quería irse, ir a buscar a Amy a la otra habitación y largarse de allí. Pero algo lo retuvo en su sitio... la visión de la chica, Patricia, la del pelo negro, largo y grasiento y una rata agarrada en la mano. Sin darse cuenta, los ojos de Robert se desviaron hacia las fotografías que había sobre la chimenea. Primero a la cara de Ruth, luego a la de James y Patricia. No podía mirar la de Jacky... esa parte era la única de la historia que había omitido.

Robert no creía en fantasmas ni espíritus ni en el hombre del saco... después de más de una década como contable, nunca había visto una línea en el libro de contabilidad relativa a provisiones para una aparición.

Sin embargo, si Cal era bueno en algo, era primero en identificar los problemas y luego en resolverlos... aunque sus métodos fueran *poco habituales*. El hombre tenía un don para hablar sin rodeos, pero también para dar a Robert consejos que realmente podía poner en práctica.

Pensó en la primera vez que le contó a Cal su compromiso con Wendy. Cal le había dicho directamente que le parecía una mala idea. Robert le había dado la espalda y Cal había aceptado ser su padrino de boda. Pero ahora... ahora no podía evitar pensar que Cal había tenido razón todo el tiempo, que casarse con Wendy *había* sido una mala idea.

Después de todo, le había traído hasta aquí, ¿no?

"La chica que viste", empezó Cal despacio, "la del tejado, la que *se convirtió en* Amy, era esa chica, ¿no?".

Robert inclinó la cabeza. No necesitó ver el dedo extendido de Cal para saber que señalaba la fotografía de Patricia.

Asintió con la cabeza.

Se hizo el silencio durante un minuto, hasta que Cal se puso en pie de un salto, sobresaltando a Robert.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Robert.

Cal le ignoró y empezó a rebuscar en su bolsillo. Un gruñido y un

tirón y sacó el móvil.

"Whoa, whoa... espera un segundo, Cal-¿a quién estás llamando?"

El hombre pulsa unos botones y parece desplazarse por un texto.

"¿Cal? ¿A quién llamas?"

Cuando el hombre siguió sin contestar y se llevó el teléfono a la oreja, Robert dio un paso adelante y alargó la mano, con intención de arrebatárselo. Pero Cal se apartó.

"*¡Cal!*"

Finalmente, su amigo le reconoció y apartó el teléfono de su cara, cubriendo la mitad inferior con su mano pastosa y regordeta.

"¿Quieres salir de aquí? ¿Con vida? ¿Mantenerte fuera de prisión? ¿Tratar de no volverte loco? ¿O *peor*?"

Robert asintió.

"Entonces necesito llamar a alguien".

"¿Qué coño? ¿Qué? Yo... yo..."

"Tienes que confiar en mí, Robert. Hay cosas en esta casa que ni tú ni yo entendemos". Hizo una pausa. "¿No puedes sentirlo? ¿No puedes sentir que hay algo *mal* aquí?"

Robert negó con la cabeza.

"Incluso después de todo lo que has visto, todavía no puedes admitirlo, ¿verdad? Piénsalo, Robbo. ¿Te has sentido extraño últimamente? ¿Haciendo cosas que normalmente no harías?" Hizo una pausa. "¿Te enfadas mucho, Robbo?"

Avergonzado, Robert bajó la mirada, su mente procesando todas las cosas que encajaban en la receta que Cal estaba escribiendo.

Cuando Cal volvió a hablar, lo hizo en voz baja, con un tono afectuoso.

"Me lo imaginaba... todo esto son síntomas".

"¿Síntomas de qué?" preguntó Robert, con voz tímida.

"De espíritus atrapados entre mundos, Robbo".

Robert cerró los ojos.

Debajo de la mano de Cal se oyó un discurso apagado.

"¿Y bien?"

Robert asintió.

"Bien", dijo, abatido. "Sólo quiero que las cosas vuelvan a la

normalidad".

Cal asintió y volvió a acercarse el teléfono a la oreja.

"Shelly, necesito tu ayuda..."

Capítulo 29

"¿Sabes por qué entierran los cuerpos a dos metros de profundidad?" preguntó Cal, paladeando el fondo de su botella de cerveza.

Robert suspiró.

"No, pero estoy seguro de que me lo dirás de todos modos".

Cal levantó la mirada y Rob se sintió momentáneamente sorprendido por el miedo en sus ojos.

"Los entierran a dos metros de profundidad, Robbo, para asegurarse de que los muertos no puedan arrastrarse fuera de nuevo..."

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Robert al pensar en el reluciente hueso que sobresalía del barro en la parte trasera de la propiedad.

Tumbas poco profundas.

Intentó pensar a qué profundidad había enterrado el cuerpo de Ruth. No podían ser más de medio metro.

"¿Seis pies?", preguntó en voz baja. Era lo único que se le ocurría decir.

Cal se encogió de hombros.

"Más o menos. No sé, es lo que he leído. No estoy seguro de los dos metros exactos, pero si no los entierras lo suficientemente profundo, algunos... bueno, algunos vuelven. Y cuando juntas eso con algo traumático que sucede en la vida, algo que no está resuelto, sólo empeora las cosas."

Robert asintió; Cal ya le había contado esta parte. Aún no estaba seguro de hasta qué punto se lo creía, pero era innegable que lo que les había ocurrido a los Harlop a manos del patriarca había sido traumático.

"Y esta Shelly, ¿va a ayudarnos?"

Cal se encogió de hombros.

"Sí. Creo que sí. ¿Sinceramente? Ni siquiera la conozco".

Los ojos de Robert se abrieron de par en par.

"¿Tú qué?"

"Nunca la conocí. Quiero decir, no en persona. Hablé con ella en

línea un montón, pero..."

La mano de Robert empezó a temblar.

"Cálmate, Robbo. Todo el mundo dice que es la mejor".

Todo el mundo... ¿Quién coño es todo el mundo? ¿Los entusiastas de los chemtrails? ¿Negadores del Holocausto? ¿Los adictos a la conspiración del 11-S?

Robert no podía calmarse. Ni siquiera media botella de Glenlivet podía ayudarle a calmarse.

Iba a ir a la cárcel. Amy se iba a quedar sin madre y sin padre, ahora estaba seguro.

"Calma, Robbo, calma", dijo Cal, y luego terminó su cerveza. "Esperaremos. Duerme, tal vez... pareces agotado".

se burló Robert.

"Dormir, sí claro."

"Túmbate en el sofá. Pruébalo".

Robert se tumbó de mala gana un momento en el sofá y, cuando parpadeó a continuación, sintió que sus párpados se abrían más despacio de lo habitual. Tal vez fuera el whisky, o simplemente el agotamiento físico y mental de los últimos días. En cualquier caso, *estaba* cansado y tal vez, sólo *tal vez*, podría dormir.

Aunque sólo sea un poco.

***

Los ojos de Robert se abrieron lentamente y, como cuando se había despertado en el coche aquella mañana, estaba completamente desorientado. Y tenía un fuerte dolor de cabeza.

Evidentemente, Cal había tenido razón. Robert era capaz de dormir; sólo que no estaba seguro de que no le hubiera hecho más mal que bien.

Rodó sobre un costado, gruñendo por el dolor que aún le invadía los hombros y los brazos. Y sus manos... sus manos eran probablemente lo peor. La punzante agonía de sus palmas era tan intensa que estaba demasiado asustado para mirarlas.

Cal estaba dormido en la silla, sentado erguido, con la boca abierta, algo entre un silbido y un ronquido atrapado en la garganta.

Haciendo muecas contra el dolor y la jaqueca, Robert se incorporó sin hacer mucho ruido. Y luego se quedó un momento sentado en la oscura casa. La luz de la luna se filtraba por las ventanas, haciéndole saber que habían pasado varias horas desde que le había contado todo a Cal.

De repente, un pensamiento llenó su mente, uno tan fuerte que le quitó el sueño.

Necesito salir de aquí. Necesito despertar a Amy y salir de aquí.

Sus ojos se desviaron hacia la mesa y la botella de whisky vacía, y la botella de cerveza que Cal también había puesto allí. Y las llaves... sus ojos se posaron en las llaves del coche de Cal.

Tardó tres intentos en ponerse en pie, tenía las piernas agarrotadas y doloridas. Durante estos intentos, sus ojos permanecieron fijos en las llaves.

La fantasía que corría por su mente no era correcta; aún poseía suficientes facultades para saberlo. Después de todo, Cal era su mejor amigo, y estaba aquí para ayudarle, y no estaba bien que fuera a coger sus llaves y dejar al hombre aquí con... con *Ruth, Patricia, James y Jacky; la jodida pandilla de dementes y fantasmales Brady... Dios* sabe qué.

Pero no podía quedarse. Ahora que había dormido sobre lo que Cal le había contado, sabía que no podía quedarse aquí con Amy esperando a que llegara la novia de Cal de Internet.

Todos acabarían en la cárcel antes de que saliera el sol por la mañana, él como asesino, Cal como cómplice.

Tragando saliva, Robert se acercó a la mesa arrastrando los pies. No sabía si eran los efectos del whisky o su somnolencia, pero se movía con dificultad, como si caminara sobre gelatina. Su primer golpe a las teclas falló y empujó el Glenlivet, casi haciéndolo caer al suelo. Las recogió en su segundo intento.

Cal resopló, y Robert se volvió hacia su amigo -su mejor amigo, quizá su único amigo- y sintió que se le hundía la cara de tristeza.

"Lo siento", susurró, "Lo siento, Ca...".

Un gemido procedente de algún lugar de la otra habitación hizo que las palabras se le atascaran en la garganta y que el corazón le palpitara con fuerza. Robert se quedó completamente quieto y esperó a que volviera a ocurrir.

Allí.

El sonido volvió a sonar, y esta vez no había duda: era el llanto de

una niña.

¡Amy!

Robert arrastró los pies con rapidez, pasó junto a Cal y salió de la habitación hacia el pasillo central. Se detuvo frente a la escalera, mirando hacia arriba.

¿Está arriba? ¿Volvió arriba cuando llegó Cal?

No podía pensar con claridad; la cabeza le daba vueltas y sentía un sordo latido cerca de la base del cráneo.

De ninguna manera. De ninguna manera la dejaría volver allí después de lo que pasó en el tejado.

El grito volvió a sonar, esta vez un poco más fuerte, y sus ojos se dispararon hacia la cocina.

No, arriba no... abajo.

El miedo se apoderó de Robert mientras se dirigía a la cocina, esperando más allá de toda esperanza que Amy estuviera sentada en el suelo de la cocina. Pero incluso antes de doblar la esquina, supo en el fondo de su corazón que ella no estaría allí, que la puerta del sótano, la del candado, estaría abierta.

Y así fue.

Robert metió la mano temblorosa en el bolsillo y sacó lentamente el móvil. Aunque la radio estaba frita, la linterna seguía funcionando.

Lo encendió y la anticuada cocina se inundó de repente de luz azul artificial.

"¿Amy?", susurró.

Y entonces no hubo dudas.

El quejido procedía de detrás de la puerta parcialmente abierta del sótano.

Una incómoda mezcla de déjà vu y pavor pareció envolver de repente cada célula del ser de Robert.

No bajes ahí... es un truco. Solo. Quédate. Aquí.

Se estremeció.

No es Amy... no es Amy... no es Amy...

Pero por mucho que Robert intentara convencerse a sí mismo, era incapaz de dejar de impulsar su desgastado cuerpo hacia la puerta.

No tenía ni idea de cómo Amy -*no es* Amy- lo había abierto, ni por qué, pero nada de eso importaba ahora mismo.

Guardó las llaves de Cal en el bolsillo y se acercó a la puerta con mano temblorosa. La madera se sentía extraña en sus dedos destrozados, indistinta, más presión que sensación.

Incluso con la linterna de su teléfono apuntando hacia abajo, sólo podía ver unos metros en la húmeda oscuridad.

"¿Amy?", preguntó, esta vez un poco más alto. Deseó que ella respondiera, que no fueran los gemidos de Patricia Harlop lo que había oído.

El pie que buscaba encontró el primer escalón, y luego el segundo. Recordando cómo había caído la última vez, se aseguró de que cada pie estuviera bien colocado antes de pasar al siguiente.

¿"Amy"? ¿Estás aquí abajo? Por favor, Amy, contéstame".

No hubo grito como respuesta, sino algo más. Un crujido, seguido de un desgarro, como si alguien estuviera rasgando una camiseta vieja.

Su resaca se intensificaba a cada paso, y cada vez le resultaba más difícil asegurarse de que pisaba bien. Apretó los dientes y siguió adelante.

Finalmente, sus pies aterrizaron en el suelo de tierra blanda y roció la luz a su alrededor, intentando ver bien lo que le rodeaba. La última vez que había estado aquí abajo, la oscuridad era casi total. Encontró la cadena de la luz, pero cuando tiró de ella, oyó un pequeño chasquido, se atenuó y se apagó.

Estupendo.

Volvió a utilizar su teléfono móvil y dio un pequeño paso hacia delante. Pudo distinguir un cubo de plata manchado en un rincón y una cadena oxidada sujeta a la pared por un extremo y terminada en un brazalete de aspecto arcaico.

Estaba encadenada aquí; Patricia estaba encadenada a la pared aquí. Cuando las cosas se pusieron difíciles, James la encerró en el sótano.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

"¡Amy!" gritó. "¡Amy!"

Nada.

La luz de su teléfono parpadeó y lo agitó, deseando que la batería no se agotara. Luego entrecerró los ojos, tratando de entender las sombras que cubrían los rincones del sótano.

¿Dónde diablos está Amy?

Durante casi un minuto, Robert permaneció en un silencio casi

absoluto. Pero entonces oyó otro crujido, esta vez a escasos centímetros de su oreja.

Robert se dio la vuelta tan rápido que casi se cae. Trastabillando, se recompuso justo antes de caer. Entonces levantó los ojos y, si no hubiera tenido la boca helada por el miedo, habría gritado.

Como había sospechado todo el tiempo, no era Amy la que estaba en el sótano, sino Patricia.

Sin embargo, a diferencia de la última vez, ahora la chica estaba de pie en la esquina, claramente recién salida de debajo de las escaleras. Tenía el mismo aspecto que en la fotografía, la piel tan pálida y los ojos tan oscuros que parecía existir sólo en blanco y negro. La única diferencia era que ahora estaba más delgada... por Dios, estaba tan *delgada*.

Robert tragó saliva y siguió mirando.

En una de sus pálidas y delgadas manos estaba agarrada la rata. Mientras él miraba, congelado, incapaz de respirar y mucho menos de moverse, la muchacha se llevó la rata a la boca y la mordió con dientes marrones y torcidos.

Era un espectáculo tan grotesco, el desgarro de la carne disecada tan chirriante, que Robert estuvo a punto de vomitar. Pero, afortunadamente, su estómago, como el resto de él, parecía estar bloqueado. La chica masticó una vez, una segunda, y luego tragó. Lenta, casi mecánicamente, Patricia Harlop levantó la mirada y miró a Robert directamente a la cara.

"Por favor", dijo, su voz, como su cuerpo cubierto de harapos, delgada y vacilante, "tengo tanta hambre".

"No puedes... no puedes ser real", balbuceó Robert, sorprendido de que su boca realmente funcionara. "Estás *muerto*."

Las palabras no parecieron inmutar a la pequeña Patty.

"Tengo hambre", repitió.

Robert recuperó inesperadamente el control de sus facultades justo cuando la chica le tendía la mano libre, con los dedos abiertos, agarrándolo. Él retrocedió arrastrando los pies y chocó contra la base de la escalera.

"Tan hambrienta", gimió. "Por favor, ayúdame. Ayudadme. *Ayúdame*".

De algún modo, Robert consiguió subir su cuerpo al primer escalón. Mientras miraba fijamente, sin querer, sin poder apartar la vista de aquel horrible espectáculo, los ojos de la muchacha cambiaron de

repente. Las pupilas y el oscuro iris se volvieron turbios, incluso espumosos, como olas rompiendo en la costa. La sangre empezó a gotear lentamente de sus conductos lagrimales, manchando sus pálidos rasgos.

"*¡Ayúdame!",* rugió de repente, abalanzándose sobre él.

Robert se giró, esquivando su toque por un pelo. Luego subió corriendo las escaleras, de dos en dos.

Caer ya no era una opción.

Cualquier reserva sobre la *realidad* de lo que había visto se desvaneció en cuanto la miró a los ojos.

La niña del sótano era el fantasma de Patricia Harlop, de eso estaba seguro ahora. La pequeña Patty, encadenada a la pared por su padre, abandonada a comer ratas o morir de hambre.

De algún modo, Robert llegó a lo alto de la escalera sin caerse y se lanzó a la cocina, sin sentir siquiera que su cuerpo estallaba de dolor cuando su hombro golpeó el suelo de baldosas.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el gemido que no cesaba de sonar provenía de él. Con los ojos fijos en la puerta, se incorporó y se deslizó hacia atrás.

Recorrió parte de la cocina antes de que su espalda chocara contra algo duro.

Y entonces su gemido se convirtió en grito.

Robert gritó hasta que se le manchó la vista y se le hizo un nudo en la garganta. Una mano fría se deslizó sobre su boca y de pronto se vio girado.

Casi esperaba ver a James allí, mirándole, sonriendo bajo su bigote color roble. Listo para llevarlo al tejado y arrojarlo como había hecho con Patricia y Amy.

Y Robert no podía hacer nada para salvarse.

Pero no era un hombre... era una mujer.

Una mujer alta con el pelo rubio corto que nunca había visto antes.

"Shhhh", susurró. Robert tardó varios segundos en darse cuenta de que, a diferencia de Patricia, no se trataba de una aparición, sino de una persona real.

"¿Shelly?", graznó.

La guapa mujer de labios rojos y carnosos asintió.

"La viste de nuevo, ¿no?"

Robert tenía ganas de llorar.

"¿Quién?", espetó.

"Patricia Harlop... la viste, ¿verdad?"

Capítulo 30

Cal ya estaba despierto, pero seguía recostado en la silla como cuando roncaba como una motosierra oxidada. Robert volvía a sentarse frente a él, mientras Shelly se interponía entre ambos.

A Robert le temblaban las manos.

Tengo tanta hambre...

Las palabras por sí solas eran inquietantes, por no hablar de sus ojos sangrantes y del hecho de que había estado royendo el cadáver de una rata.

Una cosa era segura: Ruth estaba equivocada. Patricia no se había caído de ningún tejado. Como Amy, había sido empujada. La única diferencia era que a Amy no la habían matado de hambre primero. Y que él no había estado allí para atrapar a Patricia.

Robert se lamió los labios, intentando desesperadamente humedecerlos. Parecía imposible; estaba deshidratado, resacoso, confuso y, en general, dolorido.

Nada tenía sentido. Nada excepto, de todas las cosas, lo que Cal había dicho. Que de alguna manera este lugar estaba embrujado... que la familia Harlop aún no estaba lista para pasar a mejor vida. Que les quedaba algo por resolver antes de poder seguir adelante.

Que habían sido enterrados en tumbas poco profundas.

Se aclaró la garganta y levantó la vista antes de decir lo primero que se le ocurrió.

"¿Cómo sabías lo de Patricia?", espetó. Su mirada se posó en los grandes ojos verdes de Shelly, y una vez más le sorprendió lo atractiva que era. Tenía una expresión seria en el rostro y pensó que tal vez le faltaban uno o dos kilos por perder alrededor de la cintura, pero seguía siendo innegablemente atractiva.

Esto no era lo que se había imaginado cuando Cal había dicho que iba a traer a un amigo de Internet a la finca.

Se mordió el labio un momento, como si estuviera considerando cuánta información debía compartir.

"Escúpelo", dijo Robert, agitando la mano delante de él. Ese simple movimiento le provocó una oleada de dolor que le recorrió todo el brazo.

"Ah, a la mierda, vas a tener que escuchar esta mierda de todos

modos", dijo. Era atractiva, sin duda, pero tenía la boca de un marinero. Era tan grosera que Robert pensó que incluso había pillado a Cal haciendo una mueca de dolor una o dos veces. "Sé lo de este sitio, lo de Harlop Estate, porque está por todo el puto Internet. En serio, ¿habéis buscado alguna vez algo en Google? Joder, escribo 'Finca Harlop' y me aparece un montón de mierda".

Robert enarcó una ceja. Por alguna razón, ni siquiera se le había ocurrido buscar el lugar en Google.

Shelly se quitó la mochila que llevaba colgada del hombro y se puso en cuclillas en el suelo mientras la abría. Los ojos de Robert se desviaron hacia la parte superior de sus pechos, que colgaban del cuello caído de su camiseta negra.

¿Mierda? ¿Qué me pasa?

Un breve recuerdo de Jacky, revolcándose con ella en el barro y los gusanos entrando y saliendo de su cara fue suficiente para alejar estos pensamientos.

¿Se ha sentido extraño últimamente? ¿Haciendo cosas que normalmente no harías? ¿Te enfadas mucho, Robbo?

Sus ojos se posaron en la carpeta que Shelly sacó y le entregó.

"Mira, Cal me dijo que eres un... ¿cómo coño se llama? Un puto no creyente, supongo. Un contable, ¡ja! Pero aún así, antes de que tomes esto..."

Robert esperó.

Al final, Shelly suspiró.

"Mira, te va a joder la cabeza, ¿de acuerdo? Quiero decir, realmente joderte". Levantó una palma hacia Robert. "Quiero decir, basado en lo que Cal me dijo, esto va a hacer que estés aún más jodido de lo que ya estás."

Cal se rió y Robert le lanzó una mirada que le hizo callar enseguida.

Robert, curioso ahora, cogió la carpeta de la mujer.

No sabía cómo las cosas podían ponerse más jodidas de lo que ya estaban.

Se preparó, abrió la carpeta y sus ojos se posaron en una vieja fotografía de la finca Harlop de hacía muchos años, dado que estaba en mucho mejor estado, con líneas limpias y nítidas, los arbustos y el césped meticulosamente cuidados. Robert dio la vuelta a la imagen y fijó su atención en el artículo de periódico del 14 de mayo de 1943

que aparecía recortado sobre ella.

Asesinato en el Harlop.

Se le formó un nudo en la garganta, que no parecía desaparecer por mucho que tragara. Siguió leyendo.

A mitad del artículo, se le cayó de los dedos y revoloteó por el suelo.

Robert se había equivocado; las cosas *podían* ponerse más jodidas.

"¿Ves?" Shelly dijo, pero parecía a una milla de distancia. "Te dije que te iba a fastidiar la puta cabeza. Pero tienes que superar esa mierda, Robert. Tenemos trabajo que hacer aquí".

Robert se quedó mirando las páginas que ahora estaban esparcidas por el suelo junto a sus pies.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible todo esto?

Sus ojos se posaron en la fotografía incrustada a mitad de página. Una que, aunque era mucho más joven en la imagen, era sin duda de Ruth Harlop; la reconoció por la foto sobre la chimenea, y la mujer a la que había pasado semanas bañando y limpiando. La Ruth Harlop a la que había golpeado en la cabeza... pero en el artículo se decía que había muerto al resbalar en los escalones de la entrada.

Volvió a intentar tragar, pero seguía sin poder.

También se mencionó a Patricia Harlop... sobre cómo había "caído". Sobre cómo el patriarca, James Harlop, había quedado devastado por su pérdida. Sobre cómo el accidente le había afectado tanto. Sobre cómo perder a Ruth y Patricia era lo peor que le había pasado.

Muerta. Ruth Harlop estaba muerta. *Ruth* ya estaba *muerta*...

Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

"No es posible", dijo en voz baja.

"Jodidamente cierto que lo es. Y cuanto antes lo aceptes, antes podremos enviar a estos fantasmas gilipollas de vuelta a donde pertenecen".

Robert se tapó infantilmente los oídos, no queriendo oír más.

Despierta. Despierta. ¡Despierta!

Pero cuando abrió los ojos, todo en la habitación estaba exactamente igual... excepto que ahora Cal se había puesto de pie y le estaba mirando fijamente.

"Robert". Las palabras fueron amortiguadas, y se apartó las manos de los oídos. "Hay más, Robert."

"¿Cómo? ¿Cómo coño puede haber más, Cal?"

La ira se apoderó de su voz y se puso en pie.

"¿Dime cómo?"

Cal dio un pequeño paso atrás. Parecía asustado, pero Shelly no se dejó intimidar. Metió la mano en el bolso y le enseñó otro artículo. Éste estaba fechado el 12 de junio de 1943, aproximadamente un mes después del primero. Era del mismo periódico y de nuevo trataba de la finca Harlop. Robert empezó a leerlo, pero Shelly se lo quitó de las manos antes de que pudiera pasar de la primera frase.

Estaba claro que la mujer era tan impaciente como grosera.

"Lo jodido es, ¿conoces a James Harlop? ¿Todo devastado por la muerte accidental de su mujer y su hija? Sí, bueno, resultó que estaba violando a su puta sobrina... ¿una chica llamada Jacky Sommers?".

De repente, el mundo de Robert empezó a girar y cayó al suelo.

Gusanos. Saboreó los gusanos en su boca. Sintió cómo sus cuerpos regordetes y retorcidos esparcían una sustancia pegajosa sobre su lengua mientras se retorcían.

"¡Mierda!", oyó gritar a Cal. Pero Shelly siguió hablando a pesar de su desmayo.

"Un día, Jacky perdió la cabeza y le apuñaló en el cuello. Pero James era un hijo de puta malvado, y la estranguló mientras se desangraba. Maldito psicópata. Al parecer, también retenía a la niña -Patty- en el sótano antes de empujarla desde el tejado. Jacky intentó liberarla del sótano. No le fue muy bien, supongo. ¿Y Ruth? No fue una caída lo que la mató, sino el maldito atizador de la chimenea..."

Robert sintió las manos de Cal detrás de él, intentando ayudar a su cuerpo gelatinoso a ponerse en pie.

"Ayúdame a llevarlo al sofá".

A Robert se le nubló la vista cuando Shelly se acercó a él.

"Familia de mierda, estos Harlops. Esposa muerta de un atizador de chimenea en la cabeza, hija accidentalmente cae del techo, el marido es apuñalado en el cuello y ahoga la mierda de su sobrina. Bueno, Robert Watts, seguro que elegiste un buen lugar para heredar, ¿no?"

Capítulo 31

Estaban fuera, mirando el agujero que Cal había cavado con la pala. La sábana que Robert había utilizado para cubrir el cadáver de Ruth seguía intacta, pero estaba embarrada y blanda. Se quedaron mirándola un momento, con los ojos de Robert clavados en las manchas que no sólo parecían sucias, sino también ensangrentadas.

"Antes de hacerlo", dijo Shelly, "tienes que estar jodidamente preparada para lo que sea que encontremos ahí dentro. Quieras creerlo o no, el hecho es que Ruth Harlop murió hace más de cincuenta años. Hicieras lo que hicieras, o *creyeras lo que creyeras que* hiciste, no mataste a Ruth".

Robert tragó saliva y asintió. Aún no había llegado a comprenderlo todo, pero de algún modo había evocado conscientemente la disidencia cognitiva, separando la parte racional de su cerebro con un fino barniz. Era lo único que podía hacer para mantener la cordura. Esperaba que fuera suficiente.

Pero no podía estar seguro.

"¿Y bien? ¿Debería?" preguntó Cal, limpiándose las manos sucias en los muslos de los pantalones de chándal.

"Hazlo", respondieron al unísono Shelly y Robert.

Cal hizo una mueca y agarró la esquina de la sábana. De un rápido tirón, la echó hacia atrás.

Los tres respiraron agitadamente.

Huesos.

La sábana estaba llena de huesos.

Los ojos de Robert recorrieron los huesos, grises y desgastados. Cuando vio el cráneo, se quedó mirando con incredulidad.

Había un agujero en el lateral del cráneo del tamaño aproximado del atizador de la chimenea, con multitud de grietas que se extendían por casi toda la superficie.

Nadie dijo nada durante al menos un minuto.

Fue Shelly quien finalmente rompió el silencio.

"Te lo dije, no mataste a nadie. Fue ese psicópata de James Harlop. Ahora volvamos dentro y pensemos qué coño hacer a continuación."

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Robert alargó la mano y la

agarró del brazo. Shelly no se apartó, pero bajó los ojos hacia sus dedos.

"Lo siento", refunfuñó mientras la soltaba.

"¿Qué?" Su voz no era tan gélida como su mirada.

"¿Qué quieres decir con pensar qué hacemos ahora? ¿Por qué demonios íbamos a quedarnos aquí? Este lugar... este lugar es..." Pero no podía pensar en ninguna palabra para describir lo que era el lugar, y mucho menos cómo se sentía al respecto.

Shelly puso los ojos en blanco y se volvió hacia Cal, que ya había salido de la tumba poco profunda.

"Realmente no le dijiste nada, ¿verdad?"

A Robert le dio un vuelco el corazón.

"¿Qué? ¿Qué no me has dicho?"

Cuando Shelly se volvió hacia Robert, su mirada se había suavizado.

"No puedes irte sin más... Quiero decir, puedes *irte*, pero la familia Harlop no va a dejarte marchar, Robert. No ahora, al menos, no desde que te convertiste en parte de su historia".

Robert retrocedió visiblemente.

"¿Parte de su *historia*? ¿De qué demonios estás hablando?"

Miró a Cal, pero su amigo desvió la mirada.

Shelly suspiró.

"¿Quieres decírselo tú o se lo digo yo?".

Cal se encogió de hombros, y esta vez Shelly le agarró del brazo.

"Vamos dentro... hay mucho que necesitas saber".

***

Robert miró a la extraña mujer de pelo rubio con ojos cansados.

"Así que, de alguna manera, se aferraron a mí... porque soy, ¿qué, su sobrino o algo así?"

Shelly se encogió de hombros.

"Podría ser... quiero decir, si eso es lo que decía la carta, y lo que dijo Ruth, entonces tal vez. Aunque podría haber sido una estratagema. No estoy seguro".

"Pero, ¿por qué yo?"

Shelly había insistido en tomar una cerveza antes de explicarle las cosas a Robert, pero él se había negado. Todavía tenía resaca de la noche anterior y quería asegurarse de que entendía todo lo que le decían. Pero ahora, al ver cómo sus labios rojos se cerraban sobre el cuello de la botella y ella bebía un sorbo, de repente deseó no haberse abstenido.

"No estoy muy seguro. Según mis investigaciones, parece que los que acaban de sufrir una pérdida, la muerte de un ser querido, son más sensibles a notarlos o a que ellos *se* fijen en ellos. Es como si los vivos y los muertos se superpusieran un poco. La mayoría de la gente no se da cuenta o se encoge de hombros ante estas cosas como coincidencias, déjà vu y cosas por el estilo. Pero algunos, por la razón que sea, prestan atención. Y a menudo se unen a su mundo, a su narrativa. Como te dije antes, estos putos espíritus suelen haber pasado por algo terrible antes de morir, y no están preparados para pasar. Lo de las tumbas poco profundas tampoco ayuda, aunque nadie sabe muy bien por qué. Estos espíritus atrapados necesitan a alguien que rellene los espacios en blanco, los agujeros de sus historias".

Robert tragó saliva.

"¿Y aquí es donde entro yo?"

Shelly asintió casi solemnemente.

"Sí. Ahí es donde entras tú. Eres el afortunado autor de su capítulo final, Robert, quieras o no".

No había humor en su voz cuando dijo esto, y se miraron por un momento. Aunque a Robert aún no le convencía del todo, la idea de espíritus en este mundo, de fantasmas que no podían pasar al otro lado, era una explicación mucho mejor de la que había sido capaz de encontrar por sí mismo. Explicaciones que requerían alucinaciones masivas, desenterrar viejas tumbas, fingir que Ruth seguía viva...

Shelly tenía razón; tenía que aceptar los hechos, le gustara o no a dónde llevaran a su mente.

Ruth Harlop estaba muerta, desde hacía más de cincuenta años. El artículo del periódico y las páginas web que había hecho que Shelly le mostrara en su teléfono así lo demostraban. Y a falta de una anciana que se hiciera pasar por Ruth y lo invitara a su casa, lo drogara y lo convenciera de que se balanceara sobre un esqueleto en la cama con una proyección de luces, entonces Ruth rondaba la finca Harlop.

Y eso no decía nada de Patricia o Jacky.

Sólo de pensar en lo que había hecho con Jacky, la mujer que había

sido violada repetidamente por James Harlop, le picaba todo el cuerpo.

"¿Pueden... hacerme daño?", preguntó tras una pausa. Su mente se volvió hacia Amy, que seguía durmiendo en la otra habitación. Ella también parecía exhausta, agotada por sus interacciones con Ruth, tal vez, o por la propia casa. "¿Nosotros? ¿Pueden hacernos daño?"

Shelly y Robert intercambiaron una mirada.

"¿Qué?"

No tardaba mucho en conocer a alguien para experimentar toda la gama de sus expresiones faciales, especialmente en la situación emocional en la que se encontraba el trío. Pero por primera vez desde que la conoció, una mirada cruzó el rostro de Shelly que Robert no había visto antes.

Shelly se esforzaba por no demostrarlo, pero estaba asustada.

Bebió un sorbo de cerveza y, rápidamente, bebió otro, como si el primero no hubiera sido suficiente para calmar sus nervios.

"Peor".

"¿Peor? ¿Cómo puede ser peor?"

"Los vivos no pueden estar inmersos en los muertos demasiado tiempo, Robert. He oído historias... historias sobre lo que les pasa a estas personas".

Hizo una pausa y volvió a intercambiar una mirada con Cal.

Robert extendió las manos.

"¿Y? ¿Y qué pasa? Joder, estoy a bordo, ¿de acuerdo? Y tengo derecho a saber. Tengo *que* saberlo".

Shelly parecía indecisa y, por un momento, Robert pensó que iba a dejarle fuera. Pero entonces abrió la boca para hablar.

"¿Has oído hablar de la 'quididad'?"

Robert se devanó los sesos. La palabra le resultaba familiar, tal vez la había oído en una clase de filosofía, pero no recordaba los detalles.

"Bueno, algunos lo llaman quididad, así que supongo que es un nombre tan bueno como cualquier otro. Básicamente, es lo que nos hace *ser nosotros*, lo que da calidad a todo. Una especie de esencia. ¿Tiene sentido?"

"¿Como un alma?"

Shelly hizo una mueca.

"Odio esa palabra, pero sí, algo así. De todos modos, este *quiddity* es lo que te haría diferente de un clon de ti, ¿sabes? "

Robert asintió.

"¿Alguna vez has mirado a alguien a los ojos y no has visto nada? ¿Nada en absoluto?"

Lo primero que pensó Robert fue en los ojos negros y oscuros que parecían demasiado grandes para el rostro de Patricia, pero antes de que pudiera responder, Cal intervino.

"Yo sí", dijo, y tanto Shelly como Robert se volvieron para mirarlo, sorprendidos. Había estado inusualmente callado desde que Shelly había llegado, pero ahora, al parecer, se veía obligado a hablar. Cal se aclaró la garganta y continuó.

"Era un niño y vi morir a uno de mis amigos. Fue un accidente, un extraño accidente de tren, pero mientras le abrazaba y esperaba a la ambulancia que tardó demasiado en llegar, vi que algo abandonaba su rostro momentos antes de morir. Sus ojos se quedaron... vacíos. Aún respiraba -siguió respirando durante un buen minuto-, pero ya no estaba allí. Se había ido".

Shelly asintió con los labios apretados.

"Su quididad le abandonó".

Cal cerró los ojos y Robert le vio estremecerse. Shelly le dio un momento antes de continuar.

"Pero aquí está la cosa; lo más importante es dónde, exactamente, va tu quiddidad cuando mueres".

"¿El cielo?" ofreció Robert. Se sentía como un niño en clase, respondiendo a preguntas que nunca antes había oído para ganarse el favor del profesor.

Shelly chasqueó la lengua.

"Oh, joder, odio esa palabra aún más. Todas estas putas religiones secuestraron esa palabra, ¿sabes? Incluso la idea... mierda, todas las ideas de la religión son recicladas de otras partes de la psique humana. No, Robert -dijo, con una pizca de condescendencia en la lengua-, no es como el cielo. No hay nubes esponjosas, ni un Papá Noel barbudo que se extiende para tocar los dedos. Esto es diferente. Este lugar, está hecho de tu quididad y la de todos los demás cuando pasan. La gente lo llama cosas diferentes, incluso, *blegh*, a veces *Cielo*. El mejor nombre que he oído es *la Médula*. En realidad, es una fórmula sencilla: cuando mueres, tu quiddidad se va para existir en la Médula, para formar parte del tejido".

Shelly hizo una pausa para beber un trago.

"Pero ya conoces a la gente... lo joden *todo*. ¿Esta simple fórmula? ¿Morir y adiós? Bueno, puedes añadir algunos putos números y letras -mierda griega, mierda que ni siquiera un contable como tú podría entender- cuando las cosas no se envuelven con un bonito lazo aquí en la Tierra. Y cuando estas personas no están enterradas lo suficientemente profundo, a veces su quididad lucha por hacer el viaje. Es peor con imbéciles y psicópatas como tu amigo James Harlop. No me gustan las palabras religiosas, pero algunas simplemente encajan. Para gente como James, la Médula es un *infierno* puro y duro. Y harán lo que sea para quedarse aquí, incluso si eso significa que están destinados a quedar atrapados entre dos mundos".

Había una mirada lejana en los ojos de la mujer cuando hablaba de James, un claro indicio de que no era su primera interacción con alguien como él. En algún momento de su pasado, probablemente hacía mucho tiempo, Shelly había quedado marcada.

Para evitar que las cosas se pusieran aún más incómodas, Robert tomó la palabra.

"¿Y nadie ha estado y vuelto?"

"¿De dónde?"

"La médula".

Shelly negó con la cabeza.

"No... algunas personas afirman haberlo visto, haber estado cerca de visitarlo pero haber regresado mientras tomaban altas dosis de DMT o ayahuasca... lo describen como una especie de mar espumoso, pero tengo mis dudas. Como ya he dicho, nadie vuelve nunca. Simplemente no funciona así".

Lo deja en el aire un momento, para que sus palabras calen hondo y causen el máximo impacto.

"Déjame preguntarte algo, Robert. ¿Notaste algo con las luces? ¿Algo raro cuando viste por primera vez a alguno de los miembros de la familia Harlop?"

Robert se devanaba los sesos. Las luces habían estado parpadeando desde que llegaron, pero él lo había atribuido a la mala calidad de la instalación eléctrica y a las fuertes tormentas. Nunca había pensado que ambas cosas pudieran estar relacionadas.

Shelly asintió, aunque no había dicho nada.

"También leí sobre eso. A veces, cuando aparece la *quiddidad*, las luces parpadean, como si viajaran por las líneas eléctricas o algo así.

Como si la Médula estuviera de alguna manera conectada a la energía. Hay algunas teorías al respecto, pero...". Dejó caer la frase y se encogió de hombros, dando a entender que no creía que ninguna de ellas tuviera mucho crédito.

Era demasiada información para que Robert la procesara de golpe, sobre todo teniendo en cuenta su dolor de cabeza.

"De acuerdo, no sé hasta qué punto creerme esto, y todo es muy interesante, pero, en nombre de Dios, ¿qué tiene que ver conmigo?".

"Como he dicho, nadie ha regresado nunca de la Médula, por lo que puedo decir basándome en mi investigación. Incluso si aceptas que algunas personas cerca de la muerte o mediante el uso de psicodélicos se puede ver, siempre son traídos de vuelta desde el borde. Además, eso es sólo verlo. Convertirse en parte de la Médula, por otro lado... nadie ha vuelto *nunca* de eso".

"Sí, vale. Pero, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver con la familia Harlop? ¿Qué tiene que ver conmigo?"

"La familia Harlop está atrapada aquí; no pueden llegar a la Médula. Al final se irán, supongo, pero ahora que te has convertido en parte de su narrativa, te irás con ellos".

Se hizo el silencio entre los tres.

El vaso de whisky se le escapó a Cal de las manos y cayó al suelo. Robert dio un salto y se torció la espalda.

"¡Cal!" Shelly gritó. "¡Mantén la puta calma!"

El hombre no levantó la vista, su expresión flácida no dejaba lugar a dudas de que seguía pensando en mirar fijamente a los ojos a su amigo mientras moría.

¿Cuánto hace que conozco a Cal? ¿Quince años? ¿Dieciséis? Y en todo este tiempo, ni una sola vez me habló de su amigo...

La Médula, el mar espumoso, espíritus, narraciones... era tanto lo que había que asimilar, todo a la vez, que Robert no tuvo más remedio que dejarse llevar. Se resignó a analizar los detalles más tarde, a repasar sus propios criterios personales de evidencia para descartar o validar las afirmaciones.

Pero ahora no tenía tiempo para eso.

"Bueno, no sé a vosotros, pero a mí el único tuétano que me importa es el de mi *osso bucco*. No me interesa acompañar a un asesino violador y a su jodida familia", dijo, tratando de aligerar el pesado ambiente.

Una sonrisa cruzó el bonito rostro de Shelly, en parte por la broma de Robert y en parte porque sabía lo que venía a continuación.

"Y ahora... ¿cómo coño nos libramos de ellos?".

"Pensé que nunca lo preguntarías".

Capítulo 32

"¿Y estás seguro de que no podemos enterrarlos más profundo?"

Shelly negó con la cabeza.

"Hay una pequeña ventana para que pasen, y si no están lo suficientemente enterrados y no pasan enseguida, vas a tener que ayudarles. Pero, joder, no puedo enfatizar esto lo suficiente: no dejes que te toquen. Hagas lo que hagas, pase lo que pase, no pueden *tocarte*".

Robert tragó saliva y asintió.

Habían urdido un plan basado en una mezcolanza de pruebas que Shelly y Cal habían desenterrado de Internet. A pesar de su palabrería, Shelly nunca había hecho lo que planeaban hacer ahora.

Para enviar a la familia Harlop al tuétano.

Como sólo Robert formaba parte de su relato, o al menos así lo describía Shelly, era él quien iba a tener que hacer la mayor parte del trabajo pesado. Shelly ni siquiera sabía con certeza si ella y Cal podrían ver a la familia Harlop, otro de los muchos *"y si...", hipótesis* y *fantasías con los que estaban lidiando*; no existía un buen manual para este tipo de cosas, algo que a Robert no sólo le inquietaba, sino que le aterrorizaba.

Su plan consistía en esperar a que cayera la noche y, cuando apareciera la familia Harlop -*si* es que aparecía-, Robert debía hacerles tocar un objeto personal que significara algo para ellos y luego "atarlos" a él. Cuando soltaran el objeto, también se liberarían de este mundo y pasarían a mejor vida.

O al menos eso se contaba.

Los detalles de cómo, precisamente, se iba a producir esta "atadura" eran escasos... y era la parte que más nervioso ponía a Robert. Tenía la esperanza de que Shelly compartiera algunos detalles de última hora cuando el sol empezara a ponerse, pero al mirarla ahora, analizando la forma en que se mordisqueaba el interior de la mejilla, lo que hacía que sus labios, ya de por sí sustanciosos, sobresalieran un poco más, no estaba tan seguro.

"¿Qué demonios voy a hacer?" preguntó Cal.

"Vas a cavar las tumbas", replicó Shelly al instante. Cuando Cal enarcó una ceja y sacó las tripas como diciendo, *este cuerpo no es para cavar*, ella continuó. "¿Qué? Robert tiene las manos destrozadas... y

además, tiene que atar a los espíritus".

Cuando Cal se quedó mirando, Shelly se burló.

"¿Yo?" Se puso una mano en las caderas y empujó los pechos hacia delante, burlándose del gesto de Cal. "Eso no va a pasar".

Y así quedó zanjado el asunto. Después de que Robert atara de algún modo la quiddidad, Cal se aseguraría de que nunca volvieran enterrando de nuevo los cuerpos.

Más profundo esta vez.

Ahora todo lo que tenían que hacer era encontrar objetos que significaran algo para cada uno de los miembros de la familia Harlop, lo cual no era tan fácil como Shelly pretendía. Después de todo, ¿qué demonios apreciaba la gente de los años cuarenta? ¿El té? ¿El backgammon?

Todo lo que tenían para seguir era la información de los artículos de prensa y un puñado de entradas de blog en línea, pero no había mucha carne en ninguno de ellos. Parecía que después de la tragedia de Harlop, y después de que la policía hubiera metido la pata al afirmar inicialmente que las muertes de Ruth y Patricia habían sido accidentes, las cosas se habían metido debajo de la proverbial alfombra.

"Oye, escucha esto..." Cal dijo, leyendo en su teléfono. "La casa Harlop nunca se vendió."

Robert, que estaba buscando en las estanterías algo -un libro muy usado, tal vez- que pudiera tener algún significado para Jacky o Patricia, se volvió para mirar a su amigo.

"¿Nunca?"

Se encogió de hombros.

"Nunca".

Por un momento, Robert pensó que este hecho podría ser un buen presagio para él, que la posibilidad de heredar la casa, la razón por la que se había metido en este lío en primer lugar, todavía podría ser viable después de que todo esto terminara.

Por lo que Cal dijo a continuación, era obvio que estaba pensando lo mismo.

"No lo creo, Robbo. Después de todo, que yo sepa, los muertos no pueden firmar escrituras". Hizo una mueca y se quedó pensativo un momento. "Oye, Shelly, ¿y si el objeto favorito de Ruth fuera un bolígrafo? ¿Crees que podemos conseguir que firme la escritura de la

propiedad a favor de Robert antes de que siga su alegre camino hacia la Médula?".

Robert sonrió, a su pesar. Luego volvió a mirar los libros mientras Shelly lanzaba un falso "ja, ja".

Y allí estaba, un libro sobre la repisa, con un lomo delgado que apenas se sostenía, y un título tan apropiado que Robert lo miró dos veces: El viejo y el mar. Sacó el libro y se quedó mirándolo un momento: también había sido uno de sus favoritos. Abrió la cubierta con cuidado y leyó la inscripción en la amarillenta primera página.

A mi queridísima Jacky,

Cuando los muros te aprieten demasiado, que te alejes flotando en un mar sin fin.

El amor,

Ruth

Robert cerró el libro y se secó una lágrima de la mejilla. No podía comprender el horror que Jacky debía de sentir cuando su tío entraba en su habitación por la noche. Pensar en mantenerla a salvo le recordó a Amy, y cómo hacía tiempo que no iba a ver cómo estaba.

"Eh, ¿chicos?"

Cal se volvió para mirarle.

"¿Sí?"

"Creo que encontré algo para Jacky: su libro favorito".

Shelly sonrió.

"Perfecto. Con eso bastará. Recuerda, la mayoría de estas almas atrapadas *quieren ir a* la Médula... son sólo las de James las que están menos dispuestas, las que requieren coacción".

¿Otra arruga en este plan tan bien pensado? ¿Qué más hay de nuevo?

"Claro, como quieras. Mira, voy a ver a Amy muy rápido". Miró por la ventana y se dio cuenta de que se acercaba el anochecer. "Voy a ponerla en el coche a dormir mientras todo esto pasa."

Shelly miró a Cal, que le devolvió la mirada con expresión agria.

"¿Qué? ¿No creerás que voy a dejarla aquí con todos estos putos fantasmas sueltos?".

No respondieron nada. Robert dejó el libro sobre la mesita y se

dirigió hacia la entrada.

"Vale, bien, ¿qué quieres que haga con ella? ¿Hmm?" Cuando Cal y Shelly permanecieron en silencio, salió de la habitación. "Eso es lo que pensaba. Me la llevo al coche. Tú busca algo para Ruth y Patricia. Yo buscaré a James".

***

"Lo siento, cariño, pero *tienes* que ir al coche."

Amy le miró con sus ojos suaves.

"¿Pero por qué, papá? El señor Gregorius quiere quedarse aquí". Robert negó con la cabeza y la levantó del sofá, acunándola como a un bebé. *"Quiero quedarme aquí*".

"Lo siento, pero papá tiene trabajo que hacer. Sé que es un asco, y que dormir en el coche es lo peor. Pero te lo compensaré, te lo prometo. Y después de esta noche, todo habrá terminado".

Su expresión se animó.

"¿Podemos ir a casa mañana?"

Robert lo pensó un momento. Se suponía que *ésta*, la finca Harlop, era su casa.

"A casa", dijo distraídamente. No era una respuesta real, pero esperaba que ella no se diera cuenta. "¿Qué tal un helado mañana? ¿Todo el día?"

La pequeña boca de Amy hizo una "o".

"¿Todo el día? ¿Todo el día*?*"

Robert se rió.

"Sí, todo el día. Desayuno, comida y cena".

La cara de Amy pasó de la incredulidad a la sospecha.

"¿Es una broma?"

"No es broma."

Ella se rió y Robert sonrió. Mientras la sacaba de la habitación, su pie chocó contra algo sólido y tropezó, casi haciendo caer a Amy al suelo.

"Mierda", refunfuñó, mirando alrededor del cuerpo de Amy.

Sobre la madera dura, todavía girando desde que la había pateado,

estaba el atizador de hierro forjado de la chimenea.

La sonrisa se le borró inmediatamente de la cara y se apresuró a salir por la puerta.

Había encontrado un objeto que significaba algo para James Harlop. Sólo tenía que pensar en una manera de hacer que el hombre se lo quitara.

Capítulo 33

Robert se quedó mirando el ecléctico montón de objetos que había sobre la mesa.

Estaba el libro para Jacky, la máscara de la silla de ruedas de Ruth y el accesorio de la botella de oxígeno para la matriarca, y el atizador de la chimenea para James.

Tenían todo lo que necesitaban, excepto algo para Patricia. Habían buscado en las habitaciones de la planta baja y en los dormitorios de la planta superior, pero no habían encontrado nada que indicara su existencia. Lo cual, a juzgar por las historias, era exactamente lo que James Harlop había intentado hacer: hacer creer que la niña de pelo oscuro ni siquiera existía, primero intentando matarla de hambre y, cuando eso no funcionaba, alegando que había tenido un accidente.

La rabia se apoderó de Robert sólo de pensar en James Harlop empujando su pequeño cuerpo desde el tejado.

"¿Se te ocurre algo? ¿Algo en absoluto, algo que llevaba puesto, tal vez?"

Robert negó con la cabeza.

"Trapos... llevaba trapos. No había nada que..."

Pero entonces le vino la imagen de la chica en el sótano y se estremeció.

"Espera", dijo, pensativo. Y entonces se le ocurrió: sabía exactamente lo que más había significado para ella. "Una rata", susurró.

Shelly frunció el ceño.

"¿Una rata?"

"Creo... creo que estaba hambrienta y se estaba comiendo una rata, masticando lo duro..."

Shelly chasqueó los dedos y señaló.

"Bingo". ¿Dónde estaba? ¿Dónde lo viste? ¿En el tejado o...?"

Robert tragó saliva.

"El sótano. Pero ella lo estaba sosteniendo, así que ¿cómo...?" Dejó escapar la frase. Todavía le costaba entender cómo funcionaba todo eso de las ataduras y cómo podía conseguir que la familia Harlop cogiera sus objetos sin tocarle.

Y aún no había mencionado la docena de veces *que* había tocado a *Ruth*... cómo incluso había bañado a la mujer. Robert no estaba seguro de lo que significaba todo aquello, pero, por alguna razón, se sentía obligado a guardárselo para sí.

"No, está bien. Si se lo estaba comiendo, entonces los huesos seguirán ahí en el sótano. No importa si se quedó con parte de ella. ¿Recuerdas a Ruth?"

¿Cómo podría olvidarlo? Romperle el cerebro y luego darme cuenta de que no era más que un saco de huesos.

Todavía estaba tratando de entender eso también.

"Sí, pero..."

No quiero volver allí abajo, estuvo a punto de decir. Pero lo último que quería era quedar como un cobarde delante de Shelly. A pesar de las circunstancias, se habían llevado bien.

Muy bien.

Tal vez cuando todo esto termine...

Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

"Tienes que hacerlo", le informó. "Ve a por la rata; no seas marica".

Cal se rió y Robert le lanzó una mirada.

"Joder, para ti es fácil decirlo. No viste..."

-sus ojos, sus ojos sangrantes-

"-no vi-"

-su boca, llena de pelo de rata-

"-No oí..."

-ella llorando por tener hambre, suplicando que la dejen salir-

"-aw, a la mierda. Me voy", dijo al fin. Se inclinó sobre la mesa y agarró el atizador de hierro forjado. Se sentía fuerte, real, igual que cuando había golpeado a James la primera vez y había fallado. "Pero me llevo esto conmigo".

***

Por supuesto, no pudieron encontrar una bombilla de repuesto para la que se había fundido en el sótano. A Robert le habría sorprendido que lo hubieran conseguido, dada la mala suerte que tenía.

Armado únicamente con la linterna de su móvil y el atizador, echó un buen vistazo a la puerta del sótano. No hacía juego con la decoración del resto de la casa, se dio cuenta, porque el cabrón de James Harlop la había reforzado para mantener a su hija allí abajo.

"Jesús", susurró Cal. Pasó los dedos por los profundos surcos de la parte trasera de la puerta, que empezaban casi a la altura de la cintura y llegaban hasta el último escalón. Las hendiduras eran de color óxido, de donde Patricia Harlop había intentado salir arañando.

Sin darse cuenta, Robert apretó con más fuerza el atizador de la chimenea.

Esta vez, a diferencia de su primer encuentro, no sintió ninguna aprensión a la hora de golpear con el atizador a James Harlop y enviarlo a la Médula. Sólo esperaba que a ese pedazo de mierda le esperara una horrible eternidad.

De repente, un trueno estalló tan fuerte que resonó en toda la casa. Los tres volvieron la vista hacia arriba y escucharon cómo la lluvia empezaba a caer de nuevo sobre la finca de los Harlop.

Y entonces las luces parpadearon.

Shelly respiró hondo y se volvió hacia Robert.

"Deprisa", dijo. "Están aquí."

A Robert le dio un vuelco el corazón y bajó la mirada hacia las escaleras.

No podía creer que volviera al sótano... en busca de huesos de rata.

Capítulo 34

Como antes, la débil luz de la celda de Robert apenas hacía mella en la húmeda oscuridad del sótano. Al bajar del último peldaño y pisar el suelo de tierra, se dio cuenta de que estaba más blando bajo los pies, como si la lluvia que bombardeaba el lugar hubiera encontrado por fin la forma de entrar en el sótano.

Y hacía frío.

Por alguna razón, hacía al menos veinte grados menos aquí abajo, mucho más frío de lo que debería hacer en un sótano, incluso en verano.

Su aliento se agitó frente a su cara y se estremeció, con las inquietantes palabras de Shelly resonando en su cabeza.

Rápido, tenemos que hacerlo esta noche. Están aquí.

Esperaba que la rata estuviera justo al pie de la escalera y no tuviera que entrar en el sótano propiamente dicho. Pero no se hizo ilusiones; en las últimas semanas había aprendido que, en cuestión de suerte, la suya estaba prácticamente agotada.

Tragando saliva, Robert se dirigió al rincón más cercano a la escalera, pero estaba vacío. Cuando se dirigió al otro rincón, pasó junto al cubo de plata -que había servido de retrete a Patricia Harlop sólo Dios sabe durante cuánto tiempo- y sintió una punzada de tristeza. Imaginó a Amy en su lugar, gritando, llorando, *suplicando* salir, y se le hundió el corazón.

¿Cómo puede alguien hacerle eso a alguien, y mucho menos a su propio hijo? ¿Cómo puede...?

Un ruido -una respiración entrecortada- procedente de detrás de él le cortó el hilo de sus pensamientos.

Se giró lentamente, armándose de valor para no volver a ver a Patricia y sus ojos sangrantes. Intentó decirse a sí mismo que no estaba allí para atraparle... que sólo estaba asustada y confusa. Era extraño, pero se sentía bastante tranquilo, sus encuentros anteriores habían servido para acallar el shock no sólo de su apariencia, sino también de su existencia.

Y entonces la advertencia de Shelly resonó en su mente, y su nivel de ansiedad se disparó.

Pase lo que pase, no puedes dejar que te toquen. Te llevarán a la Médula, y una vez allí, nunca podrás volver...

Había tocado a Ruth un montón de veces desde que llegó a la finca Harlop -la había bañado, por el amor de Dios-, pero *ella* nunca *lo había* tocado a *él*. Lo cual significaba una de dos cosas: una, que, como sugería Shelly, Ruth tenía que tocarle a él y no viceversa; o dos, que todo aquello era una locura y que él sólo estaba viviendo el peor sueño vívido de todos los tiempos.

En esta coyuntura, Robert consideró las pruebas al cincuenta por ciento.

Afortunadamente, su ansiedad fue en vano, ya que Patricia no estaba detrás de él. De hecho, sólo veía más del suelo marrón oscuro. Por un segundo, se permitió pensar que tal vez había imaginado el sonido de la respiración de otra persona en el sótano. Sus ojos se desviaron hacia la escalera y la puerta abierta. Shelly lo miraba fijamente, con su bonita cara ocupando la mayor parte del hueco de la puerta y la redonda cabeza de Cal asomando por encima de su hombro.

A juzgar por su expresión neutra, no había oído la respiración.

Tal vez...

Desterró el pensamiento, esforzándose por no desviarse de la tarea.

Y entonces lo vio escondido justo debajo de las contrahuellas de madera de la escalera: el esqueleto de una rata muerta hacía tiempo, de no más de quince centímetros de largo, con las costillas -lo que quedaba de ellas- cubiertas por una maraña de telarañas. Los huesos mellados y rotos le recordaron el sonido que habían hecho los dientes podridos de Patricia al morderlos... lo delgada y demacrada que estaba... cómo se moría de hambre.

"¡Lo encontré!", dijo, con más entusiasmo del que había pretendido en un principio. Volvió a mirar a Shelly y le animó su sonrisa. Dejó el atizador en el suelo, se puso en cuclillas y lo cogió.

"Fue..."

"Ayúdame... por favor, ayúdame".

La voz estaba tan cerca de su oído que Robert creyó sentir el aliento frío de la chica en su piel.

"¡Joder!", gritó, saltando todo lo que pudo dada su postura en cuclillas. Clavó las palmas de las manos en el suelo frío y húmedo y se puso en pie dando vueltas.

Patricia le miraba fijamente con sus ojos negros como el carbón.

El corazón de Robert latía tan fuerte en su pecho que temió que fuera inminente un infarto.

"¡Shelly!" gritó con la comisura de los labios. "*¡Shelly!* ¡Está aquí, joder! ¿Qué coño hago ahora? *¡Shelly*!"

Robert retrocedió tan deprisa que estuvo a punto de caerse de nuevo. Incluso cuando amenazaba con caer, sus ojos permanecieron fijos en Patricia en lugar de buscar un punto de apoyo más sólido.

Había algo extraño en la forma en que la linterna iluminaba sus rasgos, su piel de un gris pastoso como una fotografía en blanco y negro que hubiera permanecido demasiado tiempo al sol. Con la respiración acelerada, al borde de la hiperventilación, movió ligeramente el teléfono, girándolo para que la luz se desviara oblicuamente hacia Patricia, que avanzaba lentamente hacia él.

Por un breve instante, le pareció que podía levantar el suelo *detrás de* ella, como si no fuera cien por cien sólido.

Robert sacudió la cabeza, intentando concentrarse. Lo único que importaba ahora era asegurarse de que, pasara lo que pasara, Patricia no le tocara.

"¡Shelly! *SHELLY!"* gritó con todas sus fuerzas.

¿Qué coño están haciendo ahí arriba? ¿Y dónde coño está Cal?

Dejó que sus ojos se desviaran de los de Patricia sólo un instante, y fueron atraídos inconscientemente hacia el atizador de la chimenea que había colocado en el suelo de tierra. Luego miró el cadáver de rata que tenía en la mano.

Aunque la rata era el objeto para atar a Patricia, en ese momento se habría sentido mucho más seguro con el trozo de hierro forjado en la mano.

Patricia seguía avanzando hacia él, y él le tendía lamentablemente el cadáver de la rata como si fuera una especie de holocausto.

"Por favor, Patricia", dijo, con voz vacilante. "No te acerques más..."

Fue en ese momento, cuando la chica no reconoció sus súplicas desesperadas, cuando Robert se dio cuenta de lo descabellado que era su plan.

¿Cómo coño voy a atar a esta niña de ojos de obsidiana a un maldito cadáver de rata? ¿Cómo puedo hacer que lo toque?

Era ridículo.

"Por favor, quiero ayudarte, sacarte de aquí..."

Estaba considerando otra opción -tirarle los huesos de rata y salir corriendo escaleras arriba- cuando Patricia se detuvo de repente. Al principio pensó que respondía a sus palabras, o quizá que acababa de

ver la rata en su mano.

Quizá no sea tan mal plan después de todo.

Pero entonces sus ojos volvieron a tener ese color blanco lechoso y espumoso, y su boca, que de repente se había llenado de sangre seca de color óxido que era tan probable que procediera de morderse los labios como de comerse la rata, se abrió de par en par.

Reconoció la expresión; incluso en esta retorcida *quididad*, no dudó de lo que era.

Era miedo.

Las piernas de Robert empezaron a temblar, y los huesos de su mano sonaron audiblemente.

"Está aquí", dijo Patricia, su voz adoptando ese extraño y aéreo susurro que había adquirido la última vez que él había bajado al sótano.

Robert tragó saliva.

Patricia retrocedió antes de alejarse del limitado alcance de la luz de su móvil. Empezó a girarse y casi dio toda la vuelta antes de oír una voz.

"Se supone que nadie debe estar aquí abajo".

Era una voz de hombre, profunda y ronca.

Y entonces el hombre del bigote espeso y oscuro se abalanzó sobre él a sólo un metro de distancia.

Capítulo 35

La caída le salvó.

El solo hecho de ver al corpulento hombre -James Harlop, aún mojado por el techo- bastó para que Robert cayera al suelo.

El hombre se le echó encima, con las piernas lo suficientemente abiertas como para no tocar a Robert por escasos centímetros. Al pasar por encima de él, Robert vislumbró un desgarrado gash -más bien un agujero, en realidad- justo debajo de la barbilla. Shelly tenía razón: era un cabrón muy duro para asfixiar a Jacky después de sufrir una herida tan atroz.

Robert giró sobre su espalda como una tortuga volcada, tratando de asegurarse de que sus ojos permanecían fijos en James mientras recuperaba el equilibrio y se volvía de nuevo hacia él.

James Harlop era aún más intimidante de cerca. Tenía los mismos ojos negros que su hija y un delgado labio inferior que apenas era visible bajo su espeso bigote.

Y, sin embargo, Robert sabía que estaba sonriendo.

"Se supone que nadie debería estar aquí abajo".

Cuando habló, la herida bajo su cuello se agitó, haciendo que el estómago de Robert se estremeciera. Esto inclinó la balanza y Robert perdió el control. Abrió la boca y empezó a gritar todo lo que pudo. Luego siguió con más gritos.

"¡Shelly! ¡Cal! ¡Ven aquí, *joder!*"

Los ojos de Robert se movían frenéticamente. Podía ver el atizador de la chimenea, pero estaba detrás de James y no había forma de que pudiera cogerlo sin rozarlo o sin que las enormes manos del hombre lo agarraran.

Por fin oyó movimientos en la escalera, pero el tiempo en el sótano parecía no estar sincronizado con el del resto de la finca Harlop. Los pasos de Shelly y Cal -si eran ellos, *por favor que fueran ellos- se* acercaban demasiado despacio en comparación con el ritmo con el que James empezó a caminar hacia él. Sus palabras, si es que eran eso, eran lentas y demasiado barítonas para entenderlas.

El hombre parecía imposiblemente grande, casi dos metros. Y grueso. A pesar de que llevaba una gabardina empapada que compartía la misma combinación de colores que plagaba a Patricia, Robert podía ver que el hombre era de constitución gruesa, sus brazos

amenazaban con reventar las costuras.

De repente, James se echó hacia atrás y se echó a reír, el horrible sonido no sólo salió de su boca sino que también silbó fuera del agujero que lo había matado.

Robert tuvo arcadas y escupió en el suelo de tierra. Debatió apagar la luz, intentar esconderse, tal vez, escabullirse junto a James como había pensado hacer con Patricia, pero el miedo que se apoderó de él lo envolvía todo. No podía confiar en su cuerpo para apagar la luz sin dejar caer el teléfono, y mucho menos para correr sin caerse.

Así que se quedó sentado, con los pantalones de chándal húmedos y llenos de barro, el teléfono en una mano y los huesos de rata en la otra.

James miró a Robert con sus ojos negros.

"Le dije a nadie que bajara aquí".

Y entonces Robert hizo lo increíble.

"Lo siento", dijo.

El hombre volvió a reír.

"Eso es lo que Patricia solía decir", respondió él con frialdad.

El hombre estaba ahora a menos de tres metros de Robert, pero éste seguía atenazado por el miedo y era incapaz de moverse.

"Voy a estrangularte como hice con esa zorra, Jacky".

Dio otro paso adelante y, justo cuando parecía que iba a embestir, un movimiento a un lado llamó la atención de Robert.

"Gracias.

Estaba a punto de dar gracias a Dios por Shelly y Cal porque por fin habían llegado al sótano. Pero la silueta que vio era demasiado pequeña para ser ninguno de ellos.

"¿Patricia?" Robert susurró.

Esta palabra bastó para detener el avance de James. Se volvió en la dirección en la que Robert miraba.

"Te vas..."

Pero ahora le tocó a James detenerse a mitad de la frase.

Cuando la figura se acercó a James, Robert abrió mucho los ojos.

Reconoció inmediatamente la camisa rosa y los vaqueros. Y también reconoció el sucio conejito morado que llevaba en brazos.

"¡Amy!", gritó. "¡No! ¡Amy! ¡Ve arriba! *¡Corre!*"

Pero la chica no parecía oírle. En lugar de eso, miraba a James con cara de asombro.

"¡Amy! ¡Por favor, Amy! *¡Corre!*"

Pero Amy no corrió. No hizo nada más que mirar.

La idea de que aquel animal tocara a Amy fue suficiente para descongelar el hielo que atenazaba a Robert. Se puso en pie de un salto con una rapidez y una destreza de las que no se sabía capaz.

Había perdido su casa, su mujer... lo había perdido todo, pero no iba a perder a Amy ni por James ni por la Médula.

Ni de coña.

"Gírate y mírame, cabrón", dijo, con voz grave y gutural.

Pero el hombre no se movió y ahora le tocaba a Robert acecharlo. Avanzó dos pasos. Al darse cuenta de que aún sostenía el cadáver de la rata, lo arrojó a un lado, sin importarle dónde cayera.

Patricia ya no era su preocupación. Su única preocupación eran James y Amy.

Siempre Amy.

"Será mejor que te des la vuelta..."

"¿O qué?", bramó el hombre. Pero se volvió de todos modos, y Robert trató de ignorar el hecho de que sus ojos habían empezado a echar espuma como antes lo habían hecho los de Patricia.

"O te mataré de nuevo."

El hombre se rió.

"No puedes matar..."

Robert dio otro paso adelante.

"Te enviaré a la puta médula, bastardo violador".

La risa de James se apagó de inmediato, y por un segundo sus ojos parecieron aclararse antes de volverse blancos de nuevo.

"¿Qué sabes de la Médula?"

Robert no dijo nada, resignándose a permanecer allí desafiante. Lanzó una mirada a Amy e intentó enviarle un mensaje utilizando únicamente su expresión.

Corre, Amy. Corre arriba, agarra a Cal y sal de la casa. No vuelvas nunca.

Pero la chica se limitó a mirarle. Entonces ella movió el brazo y, por primera vez desde que la había visto, Robert se dio cuenta de que tenía algo en la mano opuesta a la que sujetaba al señor Gregorius.

¿Cómo demonios consiguió pasar a Shelly y Cal? Y lo que es más importante, ¿por qué *la dejaron pasar?*

"No puedes matarme", espetó James. "Y no me iré de aquí".

El plan de Robert había funcionado; el hombre estaba distraído con sus comentarios y ya no estaba interesado en Amy. Pero ahora Amy tenía que cumplir su parte del pacto tácito.

Necesitaba correr.

Cuando volvió a mirarla, el objeto que tenía en la mano reflejaba parte de la luz de su móvil.

Era el atizador de la chimenea.

Amy sonrió, lo que hizo que el corazón de Robert se derritiera.

Sonreír se había convertido en una rareza después del accidente.

Con un movimiento rápido, bajó el atizador y lo lanzó por debajo de la mano como una flecha entre las piernas de James. Aterrizó en el suelo sucio a unos metros de él con un pequeño *pff* y Robert saltó a por él.

James debió de darse cuenta por fin de lo que estaba pasando, porque gritó y se lanzó a por el atizador.

Robert, por una vez en su vida, fue más rápido; a pesar de su tamaño, era demasiado lento, no lo bastante ágil. Robert aterrizó boca abajo, con el aire expulsado de sus pulmones en un *silbido* audible. Los dedos de su mano derecha rodearon el duro metal, justo cuando James se elevaba por los aires. Robert dejó caer el teléfono al suelo y agarró el atizador con las dos manos. En un movimiento fluido, se puso en pie de un salto, dirigiendo el atizador como una lanza en un ángulo de cincuenta grados hacia delante.

Su sincronización fue perfecta. El atizador se introdujo directamente en la herida de la barbilla de James, deslizándose sin esfuerzo por el agujero existente y luego por la parte superior de la boca, deteniéndolo en seco. Robert giró la cabeza hacia un lado, esperando recibir una lluvia de sangre del hombre mucho más alto. Pero cuando no sintió que ningún líquido le salpicara la cabeza y la cara, abrió los ojos y levantó la vista.

James suspiró, y sus ojos empezaron a ponerse completamente blancos como cataratas agudas.

Robert, manteniendo el atizador a un brazo de distancia incrustado en la cara y la barbilla del hombre, se ancló con la pierna trasera y luego empujó con todas sus fuerzas. El atizador subió aún más hasta que la punta atravesó la parte superior del cráneo de James Harlop.

Un desprendimiento de gases y un hedor nauseabundo llenaron de repente el sótano.

A Robert le dio un vuelco el corazón y de repente se acordó de Amy. Solo apartó la mirada durante una fracción de segundo, pero fue una fracción demasiado larga.

Algo frío le envolvió la mano que aún sujetaba el atizador, algo tan frío y gélido como el hielo, que atrajo de nuevo su atención. De algún modo, James había conseguido bajar la cabeza y los ojos para mirar a Robert a pesar de que el atizador le mantenía el cuello erguido.

Y entonces el hombre habló. Las palabras apenas eran comprensibles con el atizador clavado en la cara, que le impedía tocarse los labios.

Pero, a pesar de todo, Robert los entendía.

"Tu mujer está aquí, Robert...", dijo, y los ojos de Robert se abrieron de par en par. Se oyó un ruido horrible que podría haber sido una carcajada, pero terminó tan rápido como había empezado. "... y la cabra... la cabra está llegando."

Estas fueron las últimas palabras que pronunció James Harlop.

Robert miró hacia abajo y vio que, cuando se había distraído, James había juntado sus enormes manos sobre las suyas.

A pesar de las ominosas últimas palabras del hombre, lo único que resonó en la mente de Robert fue la advertencia de Shelly.

Hagas lo que hagas, no dejes que te toquen.

Le recorrió un temblor, levantó la vista y miró fijamente los ojos blancos de James. El tiempo pareció ralentizarse de nuevo y, mientras miraba fijamente, pudo ver que no eran perfectamente opacos, sino que parecían espumosos. Miró aún más de cerca y se sintió atraído por ellos.

No era una blancura estática, se dio cuenta, sino una especie de mar. Un mar embravecido, con olas espumosas que se agitaban y rompían continuamente en una playa.

Robert Watts miraba fijamente las orillas del Marrow.

Capítulo 36

Y era la cosa más hermosa que había visto nunca.

Capítulo 37

Cal se quedó mirando la tierra, con el sudor goteándole de los antebrazos y la camiseta húmeda pegándose incómodamente a su cuerpo. No estaba hecho para trabajar así.

"¿Así de bien?", preguntó, sin molestarse en girarse para mirar a Shelly.

Había cavado cuatro tumbas, una para cada miembro de la familia Harlop, en la parte trasera de la propiedad, cerca de las lápidas existentes. Sólo que esta vez eran tumbas profundas.

Habían desenterrado los huesos de Patricia e incluso los de James en las tumbas poco profundas; fue la enorme mano de James la que había roto la superficie. Los huesos de Jacky habían aparecido junto al cobertizo, al aire libre, lo que a Cal le resultaba difícil de conciliar. Lo mejor que podía imaginar era que, por alguna razón, la habían enterrado muy cerca de la superficie, tan cerca que la lluvia había arrastrado todo su esqueleto ladera abajo hacia la finca.

Sin embargo, ya no importaba; todos habían ido a la Médula. Sólo quedaba asegurarse de que recibieran una sepultura adecuada.

Envolvió a cada uno de ellos en su propia sábana, y luego los bajó lentamente a sus tumbas individuales. Encima de cada uno había colocado con cuidado el objeto personal al que habían sido atados: un libro, una máscara antigás, un puñado de huesos de rata y, por supuesto, el atizador de la chimenea.

Esto último fue lo que le hizo estremecerse.

James Harlop no merecía ser enterrado así, no merecía el mismo trato, por insignificante que fuera, que habían recibido los demás miembros de la familia Harlop.

"No sé, debería ser. Atados a sus objetos, ya deberían estar camino de la Médula", respondió Shelly. Ambos estaban cansados, aunque Cal había hecho toda la excavación.

Cal se quedó mirando un poco más y sus ojos se centraron en los huesos de rata.

"Dudo que mida realmente dos metros", comentó pasivamente.

Shelly se encogió de hombros.

"Como dije, están atados ahora. Deberían estar bien. Aunque me alegro de que los hayas bajado un poco, por si las fuertes lluvias vuelven a amenazar con erosionar el suelo."

Cal asintió y volvió la mirada hacia el cielo, entrecerrando los ojos para ver el sol. Era brillante, más brillante de lo que recordaba. Era como debería ser a finales de verano: caluroso y soleado.

Y nada de maldita lluvia.

Pensar en la lluvia le hizo pensar en la Médula y, por enésima vez, se preguntó si Robert había sido tocado por James Harlop.

Si él también estaba ahora en la Médula.

Y, extrañamente, mezclado con el miedo y la culpa que sentía por su amigo, también sintió una punzada de envidia. Después de todo, era él quien tenía que sentarse y sostener a su amigo moribundo en sus brazos, viendo cómo su quididad se le escapaba como una especie de...

Cal apartó rápidamente estos pensamientos, atribuyéndolos al resultado de una noche extremadamente larga, una noche en la que habían logrado mucho, pero una noche en la que ni él ni Shelly habían dormido un ápice.

Después de bajar al sótano, habían encontrado a Robert, tumbado de espaldas en la tierra, con los ojos cerrados, respirando rítmicamente. Como si estuviera durmiendo. Y tenía en la mano el atizador de la chimenea.

Cal había tenido que usar las dos manos para arrancarle los dedos.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de lo que había pasado. Habían oído una especie de conmoción, un grito ahogado, pero cuando bajaron, Robert ya estaba tendido en el suelo. Mientras se esforzaban por subir su cuerpo inconsciente, oyeron el llanto de una niña.

Patricia Harlop salió de entre las sombras, con la cabeza gacha y las manos a los lados. Estaba confusa, desorientada y sola. Estaba más que contenta de seguir su camino, y atarla a los huesos de rata había resultado sorprendentemente sencillo. Y se sentía bien.

La sonrisa en su rostro mientras su espíritu se desvanecía había calentado el corazón de Cal. Y tanto para él como para Shelly fue un alivio saber que no sólo Robert podía atar, o incluso ver, a los espíritus. La escasa información que habían podido obtener sobre el tema sugería que muy pocos eran capaces de realizar ese ritual, sobre todo si no se habían convertido en parte de la narración, por así decirlo.

Después habían encontrado a Jacky en la cocina, fregando la encimera furiosamente. Jacky estaba aún más confusa que Patricia y, de hecho, había caído bien a Cal. Era una mujer preciosa y le hizo

preguntarse si a Robert le habría pasado algo parecido. Y un hombre en su estado, que acababa de perder a su mujer... bueno, no quería ni pensar en eso.

Shelly había atado a Jacky a *El viejo y el mar*. El rostro de la mujer se había iluminado al ver el libro, y Shelly se lo había entregado con cuidado, asegurándose de que sus dedos nunca entraran en contacto. Y eso fue todo.

Cal se había estado preparando un vaso de whisky mientras Shelly presionaba la frente de Robert con un paño frío. Aunque ninguno de los dos decía nada, Cal sólo podía imaginar dos razones para el estado de Robert: una, la razón optimista, era que todo lo que había acumulado en los últimos meses, culminando con su interacción con James Harlop, había sido demasiado; que lo había destrozado. La otra opción era que había tocado a James y se lo habían llevado a la Médula. Ni Cal ni Shelly querían considerar la segunda opción.

Despierta, Robbo. Despierta de una puta vez.

Había sido mientras contemplaba esto cuando Cal había oído el chirrido oxidado procedente del piso de arriba. Con cautela, él y Shelly habían subido al segundo piso.

Ruth luchaba por llegar de la silla de ruedas a la cama. Estaba enfermizamente delgada y su respiración, ahora que le habían quitado la mascarilla, era entrecortada.

Cal la ayudó. Utilizando la sábana para envolverse las manos y asegurarse de no tocarla, la ayudó a meterse en la cama. Entonces Shelly se adelantó y le preguntó si quería un poco de oxígeno antes de dormirse.

"*Oh, ahí es donde fue esa tontería*".

Y una vez que Shelly hubo bajado la máscara, Ruth Harlop también se desvaneció.

Lo que les trajo aquí, a Cal sudando profusamente bajo el sol abrasador, recogiendo la última tierra de las cuatro tumbas.

"¿Deberíamos decir algo?", preguntó.

"¿Cómo qué?"

"No sé. ¿Un elogio, tal vez?"

Shelly negó con la cabeza.

"No, no creo en esa mierda", dijo ella, y luego se dio la vuelta y se dirigió lentamente a la finca Harlop. Cal se quedó mirando cómo se le movía el culo en los vaqueros ajustados. "Vamos a ver a Robert,

todavía nos queda una cosa por hacer", dijo por encima del hombro. Luego, tras una pausa, añadió: "Y deja de mirarme el culo, pervertido".

Capítulo 38

Robert abrió los ojos y, al principio, no pudo ver nada. Aún podía oír el suave sonido de las olas al romper, pero su visión era completamente blanca. Sin embargo, a pesar de ello, no sintió pánico. De hecho, se sentía tranquilo, sereno incluso, completamente a gusto.

Tras parpadear varias veces, su vista se aclaró.

Estaba tumbado en un sofá, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí. Entrecerrando los ojos, consiguió distinguir la silueta de Cal en el sillón, muy parecida a la del hombre de la noche anterior. Se le pasó por la cabeza la idea de que todo lo que había pasado había sido un sueño, pero entonces se dio cuenta de que Cal tenía la cara y la camiseta empapadas de sudor.

No habían sido así el día anterior. Y, además, Cal y el sudor se evitaban como la peste.

Sin moverse, no dispuesto a comprobar si el dolor muscular aún le atenazaba, siguió observando en silencio.

Encontró a Shelly, de espaldas a él, mirando por la ventana. Al observar sus caderas torneadas, Robert se vio obligado a entrecerrar aún más los ojos; el sol que entraba por la ventana era tan brillante que le hacía doler los ojos y la cabeza.

Y entonces todo volvió a su mente... recordó a Amy en el sótano y su corazón empezó a acelerarse de nuevo.

El tranquilo barniz de la Médula se había disuelto.

"¡Amy!", quiso gritar, pero la palabra salió como un graznido seco. Aun así, fue lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de Cal y Shelly. Los ojos de su mejor amigo se abrieron de golpe, y entonces gimió mientras llegaba rápidamente hasta él, arrodillándose para que estuvieran a la altura de sus ojos. Le hizo un gesto a Shelly para que se diera prisa, pero ella ya se dirigía hacia él.

"¡Robbo! ¡Mierda, Robbo, nos has dado un susto de muerte!"

Robert se volvió hacia Shelly y luego hacia Cal. Tragó saliva, intentando aliviar la intensa sequedad de su garganta.

"¿Dónde está Amy?" Sus palabras salieron nerviosas.

Cal miró a Shelly, con las cejas subiéndole por la frente.

Intentó incorporarse, pero Cal le empujó suavemente hacia abajo.

"¿La consiguió? ¿La consiguió James Harlop?"

Esta vez, cuando fue a incorporarse, apartó a Cal de un empujón preventivo.

"¡Maldita sea, déjame subir!", gritó. Se volvió hacia Shelly, que asintió a Cal. "¿Qué demonios? ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? ¿Ha... ha...?" No le salían las palabras.

"Cálmate", dijo Cal en voz baja.

"¡No me digas que me calme! ¡Quiero a mi puta hija!"

Shelly apareció ahora, liberando a Cal de su responsabilidad.

"¿Qué está pasando? ¿Qué pasó con Patricia y Jacky?"

Shelly respiró hondo, lo que no era buena señal.

"Después de que ataras a James", empezó, intentando mantener la compostura, "Cal y yo nos ocupamos de los demás. No querían quedarse aquí; querían irse. No lucharon".

Robert miró de Cal a Shelly y viceversa.

"Genial, ¿pero qué tiene que ver esto con Amy?"

"Robert, sé que acabamos de conocernos, pero..."

Cal levantó la mano, parándole la lengua.

"Robbo", dijo en voz baja. "No hay una forma bonita de decir esto, y aunque la hubiera, no sabría cuál es".

"¿Qué?", espetó. "¿Ella está bien? ¿Se la ha llevado?"

Cal negó lentamente con la cabeza y cogió su mano ampollada entre las dos suyas. Robert debería haber retrocedido, pero era un gesto tan extraño viniendo de su amigo que lo dejó allí.

"Tienes que dejarte ir, Robert. *Tienes que dejarlo* ir".

Ahora Robert apartó la mano, sin darse cuenta de que varias de las ampollas habían reventado.

"¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿De soltar? ¿Soltar *qué?*"

Cal bajó la mirada.

"Tienes que hacerlo, Robert. Ya es hora".

"¿De qué coño estás hablando?"

Cal volvió a levantar la vista y Robert se sorprendió al ver las lágrimas en sus ojos. De nuevo, la confusión se apoderó de él, y fue todo lo que pudo hacer para mantener la cabeza bien atornillada.

"Amy está muerta, Robert. Creo que ya lo sabes. Murió en el accidente de coche con Wendy".

El corazón de Robert pareció detenerse.

"¿Qué-qué-qué?"

Miró de Cal a Shelly y viceversa con tal rapidez que de repente se sintió mareado hasta el punto de sentir náuseas.

¿Amy está muerta? ¿Murió con Wendy? ¿Qué? ¿Cómo?

"Piensa, Robert. Piensa".

Y por alguna razón, Robert, a pesar de su resistencia a esta idea sin sentido, se tomó un momento para pensar... para pensar *de verdad*. Pensó en Amy apareciendo en la puerta de su casa, empapada, y en él preguntándose por qué demonios Wendy la dejaría caminar desde... desde... ¿de dónde demonios venía?

Robert apretó los ojos con fuerza y siguió recordando aquella horrible noche.

Después de acostarla, el agente Dwight llamó a la puerta y me dijo que Wendy había muerto. También dijo algo más, pero yo estaba demasiado conmocionada para recordar sus palabras.

Sus recuerdos saltaron a cuando había ido a identificar el cuerpo de Wendy, y al extraño hecho de haber dejado a Amy en casa... sólo tenía nueve años, por el amor de Dios, ¿por qué había hecho eso? Y luego, en la morgue, le vino la visión de haber visto primero las mejillas demasiado sonrosadas de Wendy, pero también recordó vagamente una segunda camilla y que en esa camilla había otro cuerpo, uno mucho más pequeño que el de Wendy.

"No", gimió Robert.

Y el patólogo, el de las estúpidas gafas redondas, había estado gritando algo sobre que tenía que volver, para identificar los *cuerpos*, en plural.

Robert sacudió la cabeza y se golpeó las sienes como para forzar la salida de esos pensamientos.

"No, no, no..."

Luego estaba el funeral, y cómo nadie le había dicho nada a Amy, ni siquiera sus abuelos. Y las patatas fritas, las de la cafetería cuando había conocido a Cal, cómo se habían quedado sin comer.

A Robert se le llenó la cara de lágrimas al recordar todo aquello.

Recordó tener en sus manos el dibujo de Amy, el que ella había hecho de lo que en aquel momento le había parecido una hermosa ola, pero que ahora sabía que era la Médula... cuanto más pensaba en aquel dibujo, cuanto más se concentraba en él, menos *presente* estaba.

Finalmente, se desvaneció en una hoja de papel en blanco pegada en la puerta de la nevera.

Sintió que Cal le tendía la mano y le abrazaba.

"No", sollozó. "No puede ser."

"Comprueba tu teléfono, Robbo."

Con la vista nublada, cogió el teléfono de la mesa, que Cal o Shelly debían de haber recuperado del sótano cuando se le había caído.

Había 37 mensajes sin escuchar. Tardó tres intentos en marcar su buzón y cuatro más en marcar su código. Incluso antes de oír la voz del oficial Dwight, supo lo que el hombre iba a decir.

Era la razón por la que ni siquiera había reconocido los mensajes antes; con todo su lío con el teléfono, ni una sola vez había pensado en escuchar los mensajes.

Era autopreservación, su mente le protegía de lo impensable.

"Robert Watts, soy el oficial Dwight. Mira, he estado tratando de llegar a ti desde hace muchos días. Sé que esto es difícil, incluso imposible, y que puede que necesites tiempo a solas. Pero necesito que vuelvas a la morgue. Necesitas... identificar y firmar el cuerpo de tu hija. Robert, lo siento..."

Robert soltó el teléfono y se echó a llorar. La conversación con el agente Dwight aquella noche del temporal le inundó de repente con una claridad sin precedentes.

"Estoy empapada. Tal vez..."

Robert le invitó a entrar de todos modos.

"Sr. Watts, siento mucho tener que decirle esto, pero su esposa, ¿Wendy? Tuvo un accidente de coche esta noche... Sr. Watts, su mujer está muerta."

Robert se quedó mirando al hombre, con expresión inexpresiva e incrédula.

"¿Sr. Watts? Lo siento, pero su hija... mierda, ni siquiera sé cómo ha sucedido, cómo es posible... pero parece que iba caminando a casa, supongo que desde la casa de Landon, pero no estamos seguros por el momento, cuando..." El agente tuvo que apartar la mirada en este punto, por miedo a que se le saltaran las lágrimas. "Cuando el coche de Wendy la golpeó. Fue... fue... ninguno de ellos sufrió. Siento mucho, mucho, sus pérdidas, y sé que nada de lo que pueda decir puede ayudarles de ninguna manera. Yo sólo... yo sólo..."

El oficial Dwight dejó que su frase se detuviera. No había nada más que

decir.

"¿Sr. Watts? ¿Sr. Watts?"

Epílogo

"Todo irá bien, cariño", dijo Robert, secándose las lágrimas de los ojos con la manga de la chaqueta de su traje. "Llévate al Sr. Gregorius".

Amy le miró con los ojos muy abiertos.

"¿Pero estará bien? Tengo miedo, papá".

Robert resopló y esbozó una débil sonrisa.

"Todo irá bien".

"¿Lo prometes?"

"Prometido".

"¿Helado todo el día? ¿Para desayunar, comer y cenar?"

Robert se rió y se limpió los mocos de la nariz.

"Sí, cariño, todo el día, todos los días".

Alargó la mano hacia el Sr. Gregorius, que Robert le tendió, con la mano oculta tras el pelaje del animal para evitar el contacto. Lo único que quería era abrazarla, pero Shelly le había dicho que probablemente no era una buena idea. No sabía por qué, teniendo en cuenta que la había tocado tantas veces desde que había muerto. Quizá por eso había podido ir a la Médula y volver, algo que había ocultado tanto a Shelly como a Cal.

Justo antes de agarrar al animal, su mano se congeló.

"¿Has estado, papá?" Amy preguntó suavemente.

La pregunta le cogió por sorpresa, pero aún así le evocó recuerdos de las olas, su sonido, su aspecto... lo que había sentido cuando había estado solo en la orilla.

La sensación de calidez, de una *plenitud* innegable, de realización total y absoluta.

Pero eso fue antes de que el cielo se nublara.

"Sí, he estado", admitió al fin. "Y es la cosa más hermosa que jamás verás".

Hubo una breve pausa antes de que Amy dijera: "Te quiero, papá".

"Yo también te quiero, cariño".

Y entonces Amy agarró el conejito de peluche y su imagen empezó a desvanecerse lentamente. Mientras lo hacía, Robert empezó a

sollozar de nuevo, pero esta vez lloraba y sonreía al mismo tiempo.

Amy estaba avanzando; por fin podía volver a ser feliz.

***

Robert dejó caer el conejito de peluche sobre el ataúd mientras lo enterraban y se marchó. No se despidió; no hacía falta.

Lo había hecho en persona. Y por primera vez en mucho tiempo, por fin se dejó llevar. Robert se sintió aliviado; en realidad se sentía bien. No bien *como Marrow*, pero bien al fin y al cabo. No saludó ni se despidió de las amigas de Wendy, Stephanie o Julie, ni siquiera saludó a Landon, que también había hecho acto de presencia. Saludó a los padres de Wendy con una inclinación de cabeza, pero eso fue todo lo que les ofreció. Después de todo, le habían dado menos cuando había estado sufriendo.

Además, Robert había terminado con esta vida.

Mientras bajaba por la colina cubierta de hierba hacia su coche, se dio cuenta de que Shelly y Cal se habían colocado a su lado y ahora lo flanqueaban. Shelly enganchó un codo en el suyo y pasó un brazo por encima del hombro de Cal, que estaba cinco o seis centímetros más bajo que el suyo.

Caminaron cogidos del brazo hasta casi llegar al aparcamiento.

"¿Qué vamos a hacer ahora?" preguntó finalmente Cal.

Robert se encogió de hombros.

"Tengo algunas ideas".

Shelly le apretó con fuerza.

"Yo también".

"¿Quieres ir a tomar algo?" Cal se ofreció. "Yo invito.

"Joder, sí", contestó Shelly.

Robert apartó el brazo de Cal y se quedó mirando a su amigo.

"¿Vas a comprar? *¿Tú*? Creo que ir a..." Estaba a punto de decir *la médula* antes de que se detuvo. "-la finca Harlop se metió con mis oídos."

Cal se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos.

"Lo que sea."

Robert se rió. Le sentó bien reír.

"Bueno, definitivamente no voy a dejar pasar esta experiencia única en la vida. Callum Cheapskate Godfrey me va a invitar a una cerveza".

Robert silbó y Cal le dio un puñetazo juguetón en el hombro. Cuando los tres se separaron, Robert buscó su coche por el aparcamiento, pero antes de que sus ojos se posaran en su Mazda azul, vio a un hombre con traje negro y pelo rubio corto apoyado en la puerta del conductor de un Buick negro.

"¿Sabéis qué?", dijo, poniendo más distancia entre él y sus amigos. "Voy a aceptar vuestra oferta. Pero os voy a alcanzar. Hay una cosa más que tengo que hacer, ¿vale?".

Cal le lanzó una mirada, pero Shelly le dio una palmada en la espalda.

"Claro. Te estaremos esperando".

Robert sonrió y esperó a que subieran a sus respectivos vehículos antes de cambiar de dirección y acercarse al hombre que conocía como Sean Sommers.

Sean lo saludó con una inclinación de cabeza mientras se acercaba, pero cuando Robert llegó a un palmo de él, el hombre no lo saludó ni se presentó. Aunque sin duda era el mismo hombre que había visitado su casa aquel día con la carta, ahora había algo diferente en él. Era más frío, menos acogedor. Más profesional, quizá, lo que resultaba extraño si se tenía en cuenta que su interacción anterior había sido prácticamente profesional. Y sin embargo, por alguna razón, Robert tuvo la impresión de que esta versión de Sean Sommers era el verdadero Sean Sommers.

Robert dijo lo primero que se le ocurrió.

"Sabes, hay una cosa que siempre me ha preocupado..." Sacudió la cabeza. "No, eso no está bien. *Todo me ha molestado*, pero lo único que se me ha quedado grabado en la cabeza es ¿por qué yo? Ahora estoy bastante seguro de que no soy pariente de Ruth ni de ninguno de los otros Harlops, o al menos creo que no lo soy. Y supongo que tú tampoco eres el padre de Jacky. Entonces, ¿por qué has venido a visitarme?"

Sean se encogió de hombros y no dijo nada. Robert esperó pacientemente a que el hombre ordenara sus ideas, pero incluso dada la pausa, cuando respondió, tuvo la impresión de que era sólo una respuesta a medias, que había más que contar.

Quizás mucho más.

"No tengo hijos", dijo rotundamente. "Al menos no en el sentido tradicional. Y no, no eres pariente de los Harlop. En cuanto a por qué acudí a ti, es una historia larga y complicada. Baste decir que fuiste seleccionada".

Seleccionado.

Después de lo ocurrido en la finca Harlop, esto parecía más una condena que una recompensa.

Robert se planteó pedir una aclaración, incluso exigirla, pero la expresión severa de Sean dejó claro que no habría más explicaciones.

Al menos no ahora.

Robert le miró fijamente a los ojos y, durante un breve instante, la actitud de Sean vaciló.

"Tú también has estado allí, ¿verdad?" Robert susurró.

Sean apretó los labios con fuerza, pero no dijo nada. Sin embargo, ese momento de vacilación fue respuesta suficiente.

"¿Qué es lo que viene? Cuando estaba allí, era la experiencia más serena que había sentido nunca... pero entonces llegaron los relámpagos y los truenos. ¿Qué es la nube oscura que vino sobre el mar? ¿Y quién es la cabra?"

Sean metió rápidamente la mano en el bolsillo de la chaqueta y, por una fracción de segundo, Robert pensó que aquel extraño hombre iba a sacar una pistola y dispararle allí mismo, en el aparcamiento.

Pero eso era ridículo... ¿no?

Robert respiró hondo cuando Sean sólo le tendió un sobre.

"Tómalo".

Lo miró con desconfianza.

"¿Qué pasa?"

De nuevo, Sean no dijo nada.

Robert alargó la mano y se la cogió al hombre, la abrió y sacó un trozo de papel que había sido doblado tres veces para que cupiera. El papel era claramente viejo, las páginas estaban ligeramente amarillentas, y tardó un rato en distinguir el texto borroso.

Era la escritura de la finca Harlop, y tenía su nombre.

Robert respira agitadamente.

"¿Cómo?", preguntó levantando la vista.

Sean se encogió de hombros.

"Espera, ¿tú también eres un fantasma? ¿Eras amiga de Ruth?"

Sean se rió, un sonido seco y chirriante.

"No, no. Nunca la conocí. Y además, soy mucho mayor que ella".

Robert frunció las cejas.

¿Mayor que Ruth?

Entonces Sean le sorprendió dándose la vuelta y abriendo la puerta de su Buick negro como la medianoche. A Robert le pareció ver un destello de luz y oír la voz de otro hombre en el interior, pero Sean bloqueó rápidamente la entrada.

"¿Te volveré a ver?" preguntó Robert.

Sean, con un pie en el coche y una mano en la parte superior de la puerta, se volvió.

"Oh, estoy segura de que lo harás, Robert. Estoy segura de que lo harás".

Y luego cerró la puerta, dejando que Robert se preguntara si volver a ver al extraño hombre de pelo rubio corto era algo bueno o malo.

Y si alguna vez conseguiría volver a la Médula.

Por alguna razón, Robert Watts estaba convencido de que ambas cosas iban de la mano.

FIN

Nota del autor

Espero que os haya gustado **Tumbas poco profundas,** el primer libro de la *serie Embrujadas*. Pronto saldrán a la venta muchos más cuentos protagonizados por Robbo, Cal y Shelly desterrando apariciones rebeldes a la Médula. De hecho, el segundo libro, **The Seventh Ward**, ya está disponible.

Hay previstos al menos siete libros para Robert Watts y su trío y después de eso... bueno, ¿quién sabe? La cabra, tal vez. O Sean; Sean sabe algunas cosas... algunas cosas que no está revelando.

Ah, eso me recuerda. Un agradecimiento especial a Sean Sommers, que prestó su nombre a este libro al ganar un concurso de Facebook que organicé. Así que, como mi página de Facebook @authorpatricklogan. Hazlo. Probablemente sigas a media docena de personas que ya ni siquiera reconoces, al menos a una de las cuales lo hiciste sólo para poder conseguir una bonificación de Candy Crush.

¿Tiene un momento libre? Dirija su navegador a Amazon.com y publique una reseña rápida. Haz saber a los demás que te ha gustado mi libro, para que ellos también puedan disfrutarlo.

Ya sabes, altruismo y todo eso.

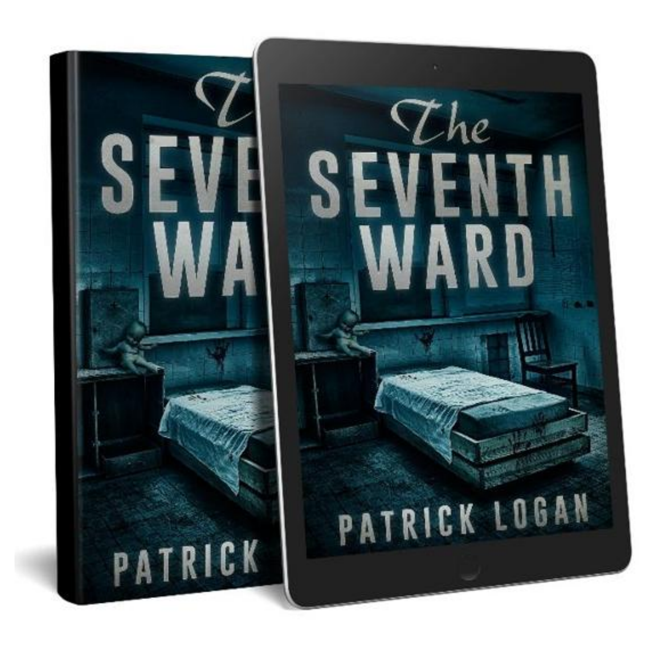
Gracias por leerme. Te agradeceré eternamente que hayas decidido pasar tu tiempo leyendo uno de mis libros cuando podrías haber estado haciendo otra cosa. Como enviar mensajes de texto.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Lo mejor,
Patrick

Montreal, 2016

Y ahora, un adelanto del Libro 2 de la *Serie Embrujada*, **The Seventh Ward...**



El Séptimo Distrito

La serie embrujada

Libro 2

Patrick Logan

Prólogo

"Oye, Danny, ¿ya casi terminas ahí?"

Danny se quitó los auriculares de los oídos y apagó la fregadora.

"¿Qué? ¿Dijiste algo?"

Miró a su amigo desde el otro lado del pasillo. Lawrence era alto, delgado y tenía una expresión siempre bobalicona en su cara estrecha. Orejas grandes, ojos grandes y boca grande.

"Te he preguntado si has terminado", respondió Lawrence. Hizo una bola con la toalla de papel que había utilizado para limpiar la camilla de plata y la tiró a la papelera.

"Casi..." Danny hizo un gesto con la mano, indicando la delgada franja de suelo sucio al otro lado del pasillo. "Sólo tengo que hacer esa tira y luego he terminado- podemos empacar entonces."

Un rápido vistazo al reloj de su muñeca reveló que eran casi las tres de la mañana. "Sí, paremos a las tres".

Lawrence le sonrió, mostrando unos dientes grandes, casi de gamo.

"Entonces, ¿podemos ir a ver esa sala?"

Danny hizo una mueca.

"¿Qué pabellón?"

Lawrence puso los ojos en blanco y arrancó otra hoja de papel de cocina.

"No seas tímido, ya sabes lo que ward".

Danny entrecerró los ojos e hizo una mueca.

"No", dijo simplemente, colocándose los auriculares en los oídos antes de que su amigo pudiera quejarse. Sabía que Lawrence estaba hablando, pero con la música a todo volumen, no podía distinguir las palabras, lo cual le parecía bien. Después de volver a encender el limpiapisos y sentir las vibraciones que le subían por los brazos, no pudo oír a Lawrence en absoluto.

Mientras Danny maniobraba el aparato hacia la franja sucia del pasillo, que era también el último pasillo de la Octava Sala del Hospital de Pinedale que requería limpieza, dejó que su mente divagara.

¿Por qué estamos limpiando este lugar otra vez?

Después de todo, el hospital había estado abandonado durante años... una década o más. Como no era natural de Corgin, hacía dos semanas Danny ni siquiera había oído hablar del lugar. Sin embargo, tras investigar un poco, pensó que el hombre rubio del traje le estaba tomando el pelo.

¿Limpiar un hospital abandonado? ¿Para qué?

En aquel momento, la respuesta del hombre había sido lo bastante convincente: estaban pensando en convertirlo en una especie de museo, un archivo de equipos anticuados de mediados y finales de los noventa. Pero al echar un vistazo ahora, Danny no veía nada que se pareciese remotamente a piezas dignas de museo. De hecho, la mayor parte del equipo médico había sido retirado, presumiblemente por la empresa que había empaquetado el hospital en primer lugar, o por saqueadores. Lo que quedaba no eran *"antigüedades"*, sino simplemente mierda. Hasta su mente inexperta lo sabía.

Al fin y al cabo, la mayor parte de su experiencia había consistido en limpiarla.

El hecho de que el hombre se hubiera puesto en contacto con Danny Dekeyser había sido una sorpresa. Limpiar un hospital entero, un total de ocho salas, era un trabajo ingente, y sólo contaba con Lawrence y consigo mismo para hacerlo. A decir verdad, una de las empresas comerciales mucho más grandes habría sido una mejor opción, y Danny casi había dicho lo mismo. Pero con las facturas médicas que se le acumulaban y las cifras que le ofrecía el desconocido del traje, ¿cómo iba a negarse? Sobre todo con una mujer y una hija que mantener.

La fregona emitió de pronto un chirrido y Danny miró a los lados para asegurarse de que no se había enganchado en nada. Había algo rosa, como un chicle, clavado a medio camino entre las duras cerdas rojas. Danny movió la rueda del cepillo de un lado a otro sobre la mancha varias veces, pero fuera lo que fuera, se negaba a despegarse del suelo.

"Joder", refunfuñó, sacando el rascador de la presilla de su cinturón. Apagó el amortiguador y lo sacó del fajo rosa. Cuando se puso en cuclillas para empezar a raspar, oyó a Lawrence murmurar y se quitó de mala gana uno de los auriculares.

"¿Qué?", dijo sin girarse.

"Joder, tío, tienes que bajar el volumen de esa mierda. No es bueno para tus oídos".

Danny no dijo nada.

"Jesús, estás de mal humor hoy, ¿no?"

Danny se quedó mirando el chicle de cinco centímetros de largo o lo que demonios fuera durante un segundo, con los ojos desenfocados.

Deslizó el rascador por debajo de un lado, que era más grueso que el otro, y le dio un pequeño empujón.

"¿Danny?"

Danny negó con la cabeza y se volvió hacia su amigo.

"Lo siento, tío. Estoy cansado, eso es todo. Quiero ir a casa, tomar una cerveza, poner mis perros para arriba. "

Últimamente no se sentía bien e intentaba por todos los medios no pensar en la posibilidad de que el cáncer volviera a aparecer. Llevaba casi dos años en remisión, pero su médico le había dicho que nunca se recuperaría del todo. Y desde que había aceptado el trabajo en el Hospital de Pinedale, se había sentido agotado, que era exactamente como se había sentido antes de su diagnóstico inicial.

"Sí, tío, te entiendo", respondió Lawrence. Su cara de bobo se puso seria por un segundo, y Danny supo lo que el hombre estaba pensando, porque él también lo estaba pensando.

Se encogió de hombros.

"No es nada, tal vez un resfriado-la gripe. Joder, me pondré bien". Entonces sonrió. Una sonrisa débil, pero una sonrisa al fin y al cabo.

La sonrisa bobalicona volvió a los labios de Lawrence e hizo bailar sus gruesas cejas.

"Me pareció oír algo".

Danny sacó el otro auricular.

"¿Ahora?"

"No, ahora no. Antes, cuando estuve gritando tu nombre como cinco minutos".

Danny negó con la cabeza, recordando al hombre rubio del traje que le entregaba el juego de llaves -cosas arcaicas que parecían tan antiguas como algunos de los equipos sobrantes- y las llaves-tarjeta. Las llaves te permitían entrar en el edificio, pero a partir de ahí, para moverte, tenías que usar las tarjetas.

"No hay nadie más aquí."

"Oí cerrarse una puerta". Su sonrisa creció. "Debajo de nosotros."

Ahora le tocaba a Danny poner los ojos en blanco. Lo que había ocurrido en Pinedale unos cinco años antes de que cerrara se había

convertido en una especie de leyenda urbana, y aunque Danny ni siquiera había oído hablar del lugar antes, una rápida búsqueda en Internet le había revelado muchas cosas.

En su mayor parte -quizá todo- mentira, algo sobre un preso psiquiátrico que masacra a otro paciente y a un médico, tratando de demostrar alguna teoría demente suya.

Danny no se creía nada. Lawrence, en cambio, estaba obsesionado.

Vamos a buscar el Barrio Séptimo, empezaba cada noche, y Danny le decía que no.

Las instrucciones del hombre del traje eran explícitamente claras: debían empezar en la última planta, en el pabellón octavo. El pabellón de cáncer, irónicamente. Y luego debían descender. Dejó que Lawrence señalara que los números de los pabellones pasaban del seis al ocho.

Sólo una vez Danny, en un raro momento de debilidad, había permitido a Lawrence ir a explorar. Más extraño aún era el hecho de que hubiera ido con su amigo.

En el sótano habían encontrado una sola puerta, la única en todo el hospital, por lo que pudo ver, que no estaba etiquetada. Y ninguna de las tarjetas que les había dado el hombre podía abrirla.

Esto es el Séptimo Distrito, había dicho Lawrence vertiginosamente, a lo que Danny había respondido rápidamente que probablemente sólo era un almacén.

Danny ahogó una tos y tragó la flema que le llenaba la boca.

"Aquí no hay nadie", dijo, volviéndose hacia el suelo. Su mano enguantada rozó la cosa rosa. Era sorprendentemente suave, incluso flexible.

¿Qué coño?

Incluso las capas de polvo del hospital abandonado tenían sus propias capas de polvo; las puertas llevaban años cerradas.

Pero esta... esta cosa rosa parecía fresca... incluso orgánica. Se parecía extrañamente a un dedo, un dedo liso y rosado sin uña en el extremo.

Danny puso cara de asco.

Tal vez... tal vez Lawrence estaba...

Pero la puerta de la sala de oncología se abrió de golpe, cortando todo pensamiento racional. Danny levantó la cabeza tan deprisa que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, golpeándose la rabadilla contra

el suelo.

"¿Qué...?", balbuceó, tratando de orientarse.

gritó Lawrence cuando una sombra pesada surgió de la puerta abierta.

"¿Danny?"

Tragando con dificultad, Danny consiguió recuperar un mínimo de control y se puso en pie.

"¿Quién es?", preguntó, tratando de sonar autoritario. "Se supone que no deberías estar aquí".

Sus palabras salieron mansas a pesar de sus esfuerzos.

Sólo tenían dos focos de trabajo, ambos funcionando con un juego de pilas de iones de litio: uno estaba apoyado contra la pared del pasillo para que Danny pudiera ver dónde limpiaba, mientras Lawrence utilizaba el otro para limpiar las camillas. Ninguna de las dos apuntaba a la puerta del fondo del pasillo, por lo que esa zona estaba a oscuras.

Así las cosas, Danny sólo pudo distinguir una sombra en la puerta.

Pero entonces la figura salió a la luz, y Danny sintió que su ritmo cardíaco se duplicaba.

Era enorme, más grande que cualquier otro hombre que Danny hubiera visto jamás: al menos 1,80 m, quizá incluso más. Pero eso no era lo más impactante de él.

El hombre estaba *fragmentado de* alguna manera... todo eran ángulos duros, ninguno de sus rasgos encajaba a la perfección. Unas gruesas puntadas en forma de encaje atravesaban su enorme pecho de tonel, que tenía *-Jesucristo- un* único pecho morado y deformado suturado en el centro. El brazo derecho del hombre era proporcionado, pero el izquierdo era considerablemente más pequeño, y mientras el primero era de un gris pálido, el segundo era de un marrón oscuro y pigmentado.

Y eso sin hablar del lío que tenía entre las piernas.

"No puedes estar aquí", balbuceó Danny. Instintivamente, apretó con fuerza el rascador metálico.

El hombre se echó a reír y avanzó torpemente hacia él, sin reparar en Lawrence, que desde entonces se había escabullido detrás de su carrito lleno de artículos de limpieza.

Danny se quedó inmóvil cuando el hombre se acercó.

De cerca era aún más espantoso. Su rostro era un batiburrillo de

rasgos diferentes, ninguno de los cuales parecía encajar: una nariz negra y oscura, ligeramente inclinada hacia la derecha; la piel que rodeaba su ojo izquierdo era rosada, como quemada por el sol. Su boca era una hendidura irregular que continuaba casi hasta la oreja del lado izquierdo, con los puntos separados.

Era como el monstruo de Frankenstein, pero más horrible.

Y era real.

"Qué coño... no puedes..."

"Me llamo George", dijo el hombre. Cuando habló, los puntos de su cara se separaron aún más, revelando una hilera de muelas amarillas podridas.

Danny quería correr, quería darse la vuelta y salir de allí lo más rápido posible. Pero no pudo.

Era como si tuviera los pies cubiertos de hielo.

El hombre siguió acercándose, con paso torpe, torpe, como si una pierna fuera unos centímetros más corta que la otra. Y lo peor era que Danny pensaba que tal vez fuera así, pero estaba demasiado asustado para apartar la mirada de los ojos negros y oscuros del hombre para comprobarlo.

Mientras George recorría la corta distancia que los separaba, Danny empezó a percibir un hedor general, un olor a podrido que pronto se hizo tan penetrante que le hizo llorar los ojos.

Cuando estaba a sólo medio metro, George se detuvo de repente, entornando los ojos. Al principio Danny pensó que le estaba mirando fijamente, pero luego bajó la mirada y soltó una risita.

"Ahí está", dijo. El monstruo se dobló por la cintura, mostrando más de las gruesas puntadas en forma de cordones que cruzaban su espalda.

George gimió y agarró la cosa rosa que Danny había estado intentando quitar del suelo. De un tirón, la levantó del suelo. Luego lo puso a la altura de los ojos y lo estudió un momento antes de reírse de nuevo.

"Ahí es donde fue."

Entonces le enseñó a Danny su mano izquierda... y el pulgar que le faltaba. Como un mago haciendo un truco de salón, levantó el apéndice rosa y lo movió de un lado a otro del lugar donde se lo habían amputado.

A Danny se le revolvió el estómago y sintió que todo su cuerpo se

tensaba. Le sudaba la frente.

El rostro del hombre se volvió serio de repente.

"¿Has oído eso?"

Danny tragó saliva y se quedó boquiabierto ante el espectáculo de fenómenos humanos que tenía delante. No podía ser real, por supuesto. Tenía que ser la reaparición del cáncer. La primera vez que se lo diagnosticaron, y poco después de empezar la quimioterapia, recordaba sueños salvajes y vívidos. Incluso durante el día, de vez en cuando tenía pequeñas alucinaciones.

Nada tan horrible como esto, por supuesto, pero es imposible que sea real.

"He dicho, ¿has oído eso?" George preguntó de nuevo, su voz más profunda, cada vez más agresivo. Por muy intimidante que fuera el hombre, Danny seguía sin atreverse a contestar.

George se inclinó más hacia Danny, que estaba a menos de cinco centímetros, y fue todo lo que pudo hacer para no vomitar.

El aliento del hombre apestaba a pescado podrido, y eso no decía nada de los horribles detalles de su rostro: los puntos de sutura, la piel a retazos que tan claramente había sido arrancada de otras personas. Y, a juzgar por el olor, no estaba demasiado fresca cuando la cosecharon.

"Creo que fue la Cabra", siseó George. "Oí que venía".

Un grito surgió de repente de algún lugar detrás de George.

"No sé quién coño..." Pero antes de que Lawrence pudiera terminar la frase, algo destelló en la periferia de Danny.

El palo de la escoba descendió en un arco descendente. Golpeó la espalda segmentada de George, que se enderezó y se apartó de Danny, llevándose consigo su horrible aliento putrefacto.

Gruñó y empezó a girarse. La forma en que se movía era espantosa, la piel hecha a retazos poseía distinta plasticidad, se doblaba y plegaba y arrugaba independientemente.

"No deberías haber hecho eso", susurró. Lawrence se echó hacia atrás para balancear la escoba de nuevo, cuando Danny finalmente salió de su estupor.

"¡No! ¡No lo hagas!", gritó, pero llegó demasiado tarde.

George le arrebató la escoba a Lawrence con la mano que aún tenía pulgar y, de un fuerte tirón, se la quitó de las manos.

"No deberías haber hecho eso", repitió George.

Danny quería hacer algo, habría hecho algo para ayudar a su amigo, pero era demasiado lento. Con la otra mano, George alargó el brazo y agarró a Lawrence por el cuello. Incluso sin un pulgar, el agarre del hombre era tan fuerte que Lawrence no podía despegarlo ni con las dos manos.

Jadeando, Danny se quedó impotente y vio cómo su amigo empezaba a agitarse mientras lo levantaban del suelo.

"Ya viene... ya viene... ya viene..." George empezó a repetir una y otra vez.

Fue entonces cuando Danny se dio cuenta de que aún tenía el rascador de pintura en la mano. Lo levantó despacio, casi robóticamente, con la intención de clavarlo en el cuello de George, cuando los ojos de Lawrence empezaron de pronto a nublarse, a volverse completamente negros.

Danny Dekeyser dejó caer el rascador de pintura y echó a correr.

***

Con la única ayuda de su pequeña linterna, Danny no pudo encontrar la puerta principal del hospital de Pinedale. En lugar de eso, se adentró en las entrañas del hospital, intentando alejarse lo suficiente para no oír los gritos de Lawrence.

Finalmente, se encontró ante una puerta, la puerta que Lawrence y él habían intentado abrir hacía una semana, pero habían fracasado. Sin embargo, en su desesperación, esto se le olvidó. Sus manos extendidas encontraron el picaporte y lo agarró con furia, haciéndolo sonar arriba y abajo, mientras se golpeaba el hombro contra él.

No se abría.

Y entonces la luz de su bolígrafo se apagó.

"Joder", susurró en la oscuridad más absoluta.

A continuación se llevó la mano a la cadera y cogió la tarjeta que llevaba atada con un cordón retráctil. Tiró con fuerza y agitó la tarjeta a ciegas en la zona donde suponía que estaba el lector. Al principio no ocurrió nada, y su pánico casi abrumador empezó a ir in crescendo. En su mente, podía oír los pasos pesados y fuertes de George, uno fuerte y otro suave.

"Vamos, vamos", murmuró, agitando ahora la tarjeta sin rumbo en la oscuridad.

Justo cuando iba a soltar el cable retráctil y adentrarse en el hospital para buscar una zona mejor iluminada por la luz de la luna, oyó un pitido sordo y una pequeña luz LED verde atravesó la oscuridad.

¡Sí!

Danny tiró de la puerta y la abrió de par en par, entrando rápidamente. La cerró tras de sí y levantó la cabeza hacia donde creía que estaba el cristal. Aunque no podía ver nada en la oscuridad, saber que estaba mirando por la ventana, con los ojos muy abiertos, le reconfortó un poco.

Durante un largo rato, el único ruido que Danny oyó fue el de su propia respiración. Cuando su ritmo cardíaco empezó a normalizarse, de repente le entraron ganas de toser. Se llevó una mano a la boca y apretó los labios todo lo que pudo en un intento de sofocarla.

Dada la opresión que sentía en el pecho y los pulmones, Danny se contuvo bastante bien; sólo le brotó saliva de los labios.

El problema era que, incluso durante sus sofocados espasmos, seguía oyendo la misma respiración rítmica.

Sólo que ahora estaba seguro de que no era suyo.

Danny, con los ojos muy abiertos, buscando desesperadamente algo, cualquier cosa, en la absoluta oscuridad, se dio la vuelta, con la espalda apretada contra la puerta.

Entonces lo olió de nuevo: el inconfundible olor a podrido.

"Bienvenido al Séptimo Distrito, Danny. Te he estado esperando."

PARTE I - Otra carta, otro trabajo

Capítulo 1

Robert Watts se apartó del ordenador y se frotó los ojos. A pesar de llevar más de una década mirando números en la pantalla de un ordenador, ya no tenía aguante para ello.

Algo le había pasado después de dejar Audex; poco a poco había perdido la paciencia con los móviles y otros aparatos electrónicos. De hecho, en la finca Harlop ni siquiera había televisión, para disgusto de Cal.

A Shelly, en cambio, no parecía importarle nada.

Lo único de lo que Robert no podía prescindir era del Wi-Fi, y por eso una de las primeras cosas que hizo desde que se mudó fue dotar al lugar de una sólida conexión a Internet.

Robert parpadeó larga y lentamente, obligando a sus ojos a lagrimear un poco, tratando de aliviar la fatiga visual. Cuando recuperó la concentración, se encontró mirando fijamente la sencilla fotografía de Amy que había en el marco de su escritorio. Aunque no recordaba habérsela hecho -quizá Wendy se la había hecho-, debía de ser una foto más del pasaporte. Amy no sonreía en ella, ya que en esas fotos no estaba permitida ninguna forma de expresión, pero nada podía quitarle la sonrisa y la alegría que llenaban sus ojos.

Una punzada de tristeza le golpeó en lo más profundo del estómago, pero antes de que se convirtiera en una auténtica depresión, apretó los dientes y se sacudió el sentimiento. Deseoso de distraerse, Robert se inclinó hacia delante en la silla y volvió a lo que hacía casi todos los días: buscar en Internet información sobre la Médula.

A pesar de estar inundado de más información inútil de la que creía posible, la información sobre la Médula era sumamente escasa. Había reunido más información de la que habían conseguido Cal y Shelly, pero no mucha más. Sin embargo, una cosa que había permanecido constante era la afirmación inicial de Shelly de que nadie había estado realmente allí y había vuelto para hablar de ello, lo que explicaría la escasez de información.

Excepto para él, claro, que era algo que Robert seguía guardándose para sí, y lo haría hasta que estuviera completamente convencido de que revelarlo no pondría en peligro a Cal o a Shelly.

Hacía una semana, Robert se había topado con algo interesante, sorprendentemente creíble. Un par de enlaces ocultos en una web

sobre el más allá le habían conducido a un oscuro tablón de anuncios de pesca. Una de las primeras cosas que Robert había descubierto buscando en Internet era que no importaba tanto *lo que se* buscaba, sino *dónde*. Había encontrado información sobre la Médula escondida en una guía online del videojuego Doom e incluso en los comentarios de un álbum de fotos de boda cualquiera. Así que mientras otros podrían haberse desconectado del tablón de anuncios de pesca, él no lo hizo.

Y se alegró de haberse quedado, porque fue aquí donde descubrió por primera vez a una misteriosa identidad cibernética que se hacía llamar "LBlack". A medida que leía sus mensajes, se daba cuenta de que sabía de lo que hablaba.

Dicen que el diablo está en los detalles, y nada podía ser más cierto en este caso. El modo en que LBlack describió el espumoso mar de Marrow, la forma en que rompía sobre la suave y mullida arena, el sonido de las olas... era exactamente como Robert lo recordaba. Aunque otros relataron algo parecido, los detalles que LBlack describió eran tales que Robert estaba convencido de que aquel hombre había estado allí.

Y fue también cuando mencionó el trueno en el cielo, la inminente tormenta. Robert aún podía recordar cómo se sentía, cómo, al mirar hacia arriba, la serenidad que tanto había envuelto su quiddidad se había desvanecido de repente. Cómo el relámpago que partía las nubes parecía dejar una fisura tras de sí, y en esa fisura, podía oír el más horrible...

Un grito procedente de algún lugar le hizo levantarse de golpe de la silla.

"¿Cal? ¿Shelly?", gritó.

Lo único que oía era la música rock de Shelly, y por un momento pensó que tal vez se había imaginado el grito, que formaba parte de su ensoñación de la Médula.

"¿Cal?", preguntó, elevando la voz unas octavas. Cuando la única respuesta fue el sonido de platillos chocando y riffs de bajo, Robert se levantó de la silla y se dirigió a la entrada de la oficina. Se asomó con la esperanza de ver a Cal y Shelly riendo mientras tomaban unas copas.

Pero no había nadie fuera de la habitación ni en el pasillo.

Robert no recordaba de quién había sido la idea de mudarse todos a la finca Harlop, pero en aquel momento había tenido sentido. Después de todo, Robert no tenía donde vivir, Cal era un nómada

errante y Shelly, que irónicamente era de Montreal, de todos los lugares, estaba en proceso de mudarse y su casa ya estaba a la venta. Habían utilizado los ingresos de la venta de su casa para pagar lo que quedaba de las facturas de Robert *-las de* Wendy- y luego se habían mudado todos.

Una solución temporal, habían acordado, pero en los últimos meses se habían convertido en una extraña familia mixta.

Robert había instalado su oficina en el segundo piso, con la esperanza de hacer algún trabajo de contabilidad por cuenta propia hasta que consiguiera algo más permanente en el condado de Hainsey. Al fin y al cabo, aunque no tuvieran hipoteca ni deudas, seguían necesitando dinero para vivir. Para empezar, tenían que mantener la luz encendida e Internet en funcionamiento, no fuera a ser que se olvidaran de la comida y el entretenimiento. Y quienquiera que hubiera estado pagando a la compañía eléctrica antes de que ellos llegaran -tenía la ligera sospecha de que se trataba de un hombre de pelo rubio corto y traje negro- había dejado de hacerlo desde que se transfirió la escritura.

El problema era que no había mucho trabajo de contabilidad y, en los últimos meses, Robert había pasado más tiempo investigando sobre la Médula que trabajando como autónomo en páginas web de contabilidad. En cuanto a Cal y Shelly... bueno, pasaban la mayor parte del tiempo hablando de teorías conspirativas y bebiendo. Lo cual le parecía bien... por ahora. Pero pronto necesitarían una forma estable de ingresos. Si querían que esto funcionara en la finca de los Harlop, tenían que conseguir liquidez, y pronto.

Otro grito rebotó en los altos techos y Robert volvió al momento, con el corazón acelerado. Se inclinó sobre la barandilla y miró hacia abajo, tratando de localizar a sus compañeros de casa. De repente le vino a la memoria el grito que había pegado la pequeña Patricia cuando la empujaron desde el tejado.

"¡Cal! ¿Qué...?"

Pero entonces vio a Shelly salir del salón hacia la base de la enorme escalera.

"Shelly, ¿qué pasa?"

Pero Shelly no se volvió para mirarle. Siguió retrocediendo lentamente, con el dedo extendido y la otra mano tapándose la boca. Tenía la cara pálida como la muerte y los ojos muy abiertos.

"¡Shelly!", gritó. Se dio la vuelta, decidido a bajar corriendo las escaleras e ir hacia ella, cuando ella se quitó la mano de la boca y se

la levantó, deteniendo su avance.

Robert tragó saliva.

"¿Qué... qué pasa?", preguntó con voz apenas susurrante. En algún lugar de su mente, se dio cuenta de que la música se había detenido.

Shelly retrocedió unos pasos, señalando algo que Robert no podía ver.

"Es... es...", tartamudeó.

Robert oyó un sonido nuevo: el sonido oxidado y chirriante del metal desgastado.

"-¡Es Ruth, ha vuelto!" Shelly terminó con un grito ahogado.

Robert sintió que se le entumecían las piernas. Aunque hubiera querido, si Shelly hubiera bajado la mano y le hubiera hecho señas para que bajara hacia ella, no habría podido.

Se quedó helado de miedo.

Y cuando la rueda oxidada de la silla de ruedas de Ruth Harlop apareció a la vista con su mano nudosa y correosa agarrando la goma gastada, un grito se elevó en su garganta.

Capítulo 2

HACE CATORCE AÑOS

"**Doctor,** ha llegado **su nuevo paciente**", le informó la corpulenta enfermera con voz suave.

El Dr. George Mansfield se quitó las gafas de la nariz y las dejó caer hasta el cuello, donde se apoyaban en el cordón. Echó un rápido vistazo a la enfermera y sus ojos oscuros se fijaron primero en la etiqueta con su nombre, *Justine Sinclair*, antes de observar el resto de su cuerpo. Era una mujer pastosa y gruesa, sobre todo en la parte inferior. El médico no la reconoció, lo que significaba que era una de las nuevas enfermeras que le habían enviado en rotación a raíz de sus quejas por escrito sobre la escasez crónica de personal.

Una virgen más que se abría camino en el pabellón psiquiátrico de Pinedale o, como se decía más comúnmente, en el séptimo pabellón. Esperaba que, a diferencia de las demás, durara más de una semana.

"¿Doctor?" preguntó Justine despacio, apartando los ojos cuando la vergüenza por su observación se apoderó de ella.

Era una mujer muy poco atractiva: nariz respingona, labios finos, pelo corto hasta los hombros y seco hasta el punto de encresparse.

"Enfermera, si el que yo la mire va a hacer que se avergüence, probablemente debería buscar otro trabajo".

"Oh, lo... lo siento, Doctor, yo sólo..."

"En serio."

Justine volvió a levantar los ojos. Aunque sus mejillas seguían enrojecidas, sus ojos se volvieron claros, concentrados.

"Sí, señor."

El Dr. Mansfield cogió la carpeta de su mano extendida y la abrió.

"Esto no es la época medieval, Justine. No me llames 'señor'. Llámame 'Doctor'".

Esta vez, la enfermera no respondió, y el Dr. Mansfield volvió a ponerse las gafas y escaneó rápidamente el expediente.

Estudiante de medicina de 24 años sufrió un colapso mental. Posibles problemas psiquiátricos en el pasado, sospecha de bipolaridad. Pasó dos semanas en el hospital tras el último episodio, con diagnóstico de fatiga y

malestar general. Durante la recuperación, empezó a expresar dos personalidades distintas: una, la estudiante de medicina cariñosa, tranquila, tímida, obediente hasta la exageración. Segunda personalidad: enfadada, iracunda, irracional. Vengativa. Arrogante.

El Dr. Mansfield releyó la primera página del informe, despertando su interés.

¿Un estudiante de medicina con doble personalidad? Eso es nuevo.

Pasó a la página siguiente, consciente, pero sin importarle, de que Justine seguía mirándole.

En la parte superior de la página había una fotografía de un joven de pelo castaño desgreñado y ojos pequeños con ojeras. Tenía la nariz ligeramente torcida y las orejas demasiado grandes. Pero, en general, su aspecto era normal.

El Dr. Mansfield supuso que con unas cuantas horas más de sueño por noche, y tal vez un cambio de carrera, podría pasar a estar por encima de la media.

Debajo de la fotografía había una lista de incidentes específicos, un relato paso a paso de los acontecimientos que habían llevado al internista a enviar al paciente al pabellón séptimo. El Dr. Mansfield pasó por alto estos detalles; en sus muchos años de trabajo con pacientes psiquiátricos, a menudo descubrió que estos informes no sólo no eran útiles, sino que a menudo resultaban perjudiciales para su análisis. O bien le predisponían, o simplemente eran inexactos hasta el punto de distraerle. El caso más flagrante que recordaba era el de un corredor de bolsa de cuarenta años que una noche se había despertado gritando, uno de esos odiosos gritos agudos, cada pocos minutos y sin motivo aparente. El servicio de urgencias había derivado al hombre a la Séptima Sala después de que un examen rutinario no revelara ningún problema físico. Su diagnóstico oficial había sido "crisis mental clásica, probablemente debida al estrés".

Ya sabes, trabajo de alta presión y todo eso.

Pero el Dr. Mansfield no pensaba lo mismo. Y, efectivamente, un examen más minucioso reveló la presencia de un milpiés de dos centímetros en el conducto auditivo del hombre. Rellenando el oído con un poco de alcohol y aplicando un poco de suave persuasión con un par de pinzas, el insecto se había caído.

Los gritos habían cesado de inmediato y el hombre había vuelto a la normalidad, a pesar de su increíble gratitud.

El Dr. Mansfield cerró la carpeta y se la devolvió a Justine.

"¿No quieres leer más?", preguntó.

Suspiró, volvió a quitarse las gafas y la miró fijamente. A medida que pasaban los segundos, la enfermera se sentía cada vez más incómoda, cambiando su considerable peso de un pie a otro.

Finalmente, el Dr. Mansfield rompió el silencio.

"Justine, tienes que mantenerte firme, segura. ¿Las otras enfermeras ya te dieron un recorrido?"

La mujer asintió, con la gruesa piel bajo la barbilla contoneándose.

"¿Y te han dicho lo peligrosos que pueden ser algunos de nuestros pacientes?".

Volvió a asentir, pero esta vez con menos seguridad.

El Dr. Mansfield volvió a suspirar.

"Voy a ser sincero contigo, Justine, porque eludir la verdad no sólo es deshonesto, sino que en este lugar..." Agitó los brazos, indicando las paredes gris pálido del Séptimo Pabellón. "-en este lugar, bajas la guardia un segundo, sólo uno, y no sólo puedes resultar gravemente herida o incluso morir, sino que tu cerebro puede infectarse".

Justine le miró fijamente, con los ojos muy abiertos. No sabría decir si era miedo o incredulidad lo que había en aquellos pozos oscuros, pero, por su bien, el doctor Mansfield esperaba que fuera lo primero.

"Mire, llevo diecisiete años tratando con pacientes psiquiátricos de todo tipo, desde los recatados y dóciles hasta los hiperviolentos. La mayoría de la gente de fuera piensa que estos pacientes son estúpidos, que sus inclinaciones mentales los convierten en idiotas. Pero eso no podría estar más lejos de la realidad. Estas personas... ¿cuál es la mejor manera de decirlo? Estos pacientes psiquiátricos están en cierto modo *libres de* las limitaciones de la sociedad. Debido a esto, se aferran a una idea, cualquier idea, y *se convierte en* ellos. Están *obsesionados en* el sentido más estricto de la palabra: son completamente intratables". Hace una pausa y sigue mirando a Justine a los ojos. "¿Lo entiendes?

Justine empezó a asentir de nuevo, pero el Dr. Mansfield la detuvo levantando la mano.

"Asentir no servirá esta vez", le informó. "Tienes que decirlo".

Justine tragó saliva.

"Sí, entiendo, doctor".

"Bien. Porque estas ideas que los pacientes de la Séptima Sala aprecian son muy poderosas. Si bajas la guardia aunque sea por un

momento, tú también puedes infectarte. Lo he visto pasar antes, Justine. Tienes que tomarte esto en serio".

El Dr. Mansfield vio que los finos labios de la mujer se movían, pronunciando la palabra "infectada".

No hay forma de que pase la semana.

Aun así, les faltaba personal, y no tenía más remedio que utilizarla todo lo que pudiera mientras estuviera cerca.

"¿Lo entiendes?", repitió.

"Sí", respondió Justine, esta vez con más fuerza. "Entiendo, Dr. Mansfield".

"Bien, ahora por favor, llévame con mi paciente más reciente".

Justine asintió con la cabeza y se dio la vuelta con torpeza, guiándola por el pasillo hasta la sala con el gran cartel de *ADMITIDO* encima. Empujó la puerta de par en par y mostró la tarjeta de identificación que llevaba colgada del cuello al alto guardia de seguridad negro que estaba de pie a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. El hombre asintió y les hizo pasar.

"Aquí está", le informó Justine, señalando con una mano regordeta al hombre atado a la camilla.

El Dr. Mansfield se acercó lentamente al hombre, tomando nota mental de que las cuatro correas, una en cada extremidad, estaban bien sujetas.

Bien. Al menos la enfermera entendió bien esa parte.

Un estudiante de medicina con doble personalidad no le hizo saltar inmediatamente las alarmas, pero había aprendido que estos pacientes podían ser tremendamente impredecibles.

Más vale prevenir que curar.

El Dr. Mansfield se quedó mirando la cara del hombre, que era tan inquietantemente parecida a la fotografía de la carpeta que parecía como si pudiera haber sido tomada hacía unos instantes.

"Hola", dijo en voz baja.

El hombre abrió los ojos y una fina sonrisa cruzó su pálido rostro.

"Hola..." El Dr. Mansfield se acercó y cogió la carpeta de la enfermera Justine y leyó la portada rápidamente. "Hola Andrew Shaw. Bienvenido a la Séptima Sala".

Capítulo 3

"**Eres un puto** gilipollas, ¿lo sabías?"

Cal intentó parar de reír, pero no pudo. Apretó los labios, lo que ahogó el sonido durante unos segundos, pero luego estalló en un chorro de saliva y lágrimas. Se llevó las manos al vientre y se desplomó.

A Robert, en cambio, no le hacía ninguna gracia.

"¿Qué te pasa?" Se acercó a la silla de ruedas, cogió la mano de goma y se la lanzó a Cal. Le dio en el hombro, pero en lugar de enfadarle, esto sólo sirvió para que se riera aún más.

Shelly, que estaba de pie junto a la entrada del salón, empezó a reírse también de repente y Robert se giró para mirarla. La razón por la que había sido capaz de llevar a cabo aquella treta era, en parte, porque se había cubierto la cara con una especie de pintura blanca, o polvos, o algo así.

"¿Y a ti? ¿Tú también crees que esto es divertido?"

Shelly apartó los ojos y consiguió controlarse; seguía sonriendo, pero al menos ya no se reía.

"Es Halloween, Rob, y sólo era una broma. Relájate un poco".

A Robert le sorprendió que fuera Halloween. Aquí en el condado de Hainsey, en la finca Harlop, el tiempo pasaba más despacio. No era como en el sótano, pero en lugar de segundos y minutos, los días parecían fundirse como la melaza a través de una pajita.

¿El 31 de octubre? ¿Hace casi tres meses que vivimos aquí?

No había parecido ni la mitad de largo.

Robert frunció el ceño y negó con la cabeza.

No importaba si era Halloween, Navidad o Yom Kippur.

"¿Quieres que me relaje?". Señaló a Shelly y luego a Cal, que seguía riendo. "Quizá vosotros dos deberíais poneros un poco más serios".

"Rob..." empezó Shelly, pero Robert la cortó.

"No, no empieces con eso de 'Rob'. ¿Quieres saber la verdad? Bueno, te diré la verdad. He estado haciendo números -sí, todavía sé hacer cuentas- y quizá podamos aguantar hasta final de año sin más ingresos. Eso es todo. Dos meses completos. ¿Y después qué? ¿Has pensado en eso? Tal vez, en lugar de bromas pesadas, ustedes dos

podrían pensar en algo que hacer para ganar algo de dinero, ¿eh?"

Shelly apretó los labios rojos en señal de desafío. Sabía que sólo disponía de un momento antes de que ella volviera con una réplica mordaz, que daría lugar a una pelea que no acabaría bien. Probablemente peor para él. Pero seguía echando humo.

¿De verdad? ¿Una mujer muerta? ¿Pretendiendo que la maldita mujer muerta que creí haber matado aún rondaba por ahí? ¿La que no habíamos enviado su fantasma a la Médula? ¿Eso es gracioso*? ¿Qué pasa con Amy? ¿Vas a fingir que ella también sigue por aquí?*

Robert sintió un cosquilleo en los párpados inferiores y supo que las lágrimas no tardarían en aparecer. Apretó los dientes, tratando de ahuyentarlas.

"Oye, Robbo, lo siento, ¿vale?" dijo Cal, dejando por fin de reír. "No queríamos decir nada con eso".

Robert resopló y se limpió la nariz. Cuando volvió a hablar, había perdido parte de su rabia.

"Sí, bueno, no fue jodidamente divertido".

Cal levantó las manos a la defensiva.

"Bien. Lo siento. Pensé que aligeraría un poco el ambiente. Últimamente estás... muy serio". Cal se golpeó el pecho con un dedo índice regordete. "No es bueno para el viejo corazón".

Robert ignoró el comentario y se volvió hacia Shelly, esperando que ella también se disculpara. Cuando no lo hizo, se dio cuenta de que debería haberlo sabido. Shelly estaba de pie, con las manos en las caderas y los labios apretados, como diciendo: "¿Cómo te atreves a hablarme así?

Sacudió la cabeza y cerró los ojos. Si había una gracia salvadora en su obstinación intratable, era que ya no estaba a punto de echarse a llorar.

Cal se movió rápidamente entre ellos.

"¿Quieres un trago, Robbo?"

Robert echó un vistazo a su amigo.

Sus ojos, muy abiertos, eran suaves y cariñosos. Estaba claro que la mordaza no era cruel, sino una broma pesada que había salido mal.

Tal vez si no estuvieras tan metido en esto de la Médula...

Robert se sacudió el pensamiento.

No, bromear sobre los muertos nunca está bien, sea Halloween o no.

Cal fue a rodearle con el brazo, pero Robert se encogió de hombros.

"No, ahora mismo no quiero... Creo que voy a dar un paseo".

Cal volvió su atención hacia la ventana.

"Está completamente oscuro", afirma con naturalidad.

Robert siguió su mirada. Vivir en la finca de los Harlop no era como vivir en la ciudad; cuando oscurecía en Hainsey, oscurecía *mucho*. Y desde lo que había ocurrido con los Harlop, se había vuelto receloso de la oscuridad, pensando que podía oír cosas en ella, una rata correteando, clavos en la madera. Pero esta noche, sin embargo, sentía la necesidad de salir, de hacer un poco de ejercicio. Tenía que despejarse, y no sólo por la desagradable mordaza.

"No importa."

Robert se dirigió hacia las enormes puertas de madera y cogió su chaqueta del perchero que había junto a la entrada. Se sacó la bufanda de la manga y se la enrolló al cuello antes de ponerse el abrigo.

"Voy a salir de todos modos. Vuelvo en una hora o así".

Quitó el pestillo de la puerta y la abrió de par en par.

"¿Oye, Robbo?"

Robert se giró y se sorprendió al ver que Cal volvía a sonreír.

"Sin embargo, fue una muy buena, ¿no?"

"Vete a la mierda", respondió Robert, antes de cerrar de un portazo la puerta de madera de la finca Harlop tras de sí.

***

Era Halloween, pero Robert no esperaba ver a nadie pidiendo dulces esa noche. No estando la casa tan aislada como estaba. Se volvió para contemplar la finca de los Harlop y, de repente, se sintió triste... triste y solo. Una parte de él deseaba que *hubiera truco* o trato, algunas risas y gritos jóvenes para animar el lugar.

Para recordarle a Amy, por doloroso que fuera.

Y, además, la finca Harlop sería un infierno de casa encantada.

No daba tanto miedo como cuando él y Amy habían llegado, pero era impresionante, sobre todo de noche. Los tres habían limpiado las equis de los ojos del querubín de enfrente y habían llenado la pila de agua fresca. También había continuado haciendo algo de jardinería,

recortando setos, arrancando malas hierbas de las piedras agrietadas, pero esto lo había hecho solo. Cal y Shelly se habían ofrecido a ayudarle, pero él se había negado. Era su tiempo a solas, una distracción para no pensar en sus finanzas o en la Médula, para recordar cómo solían hacerlo él y Amy, aunque entonces ella no hubiera estado realmente *allí*. ¿Pero el resto de la finca? Hacer algo con el exterior agrietado superaba con creces sus niveles salariales y de experiencia, y era demasiado grande para pintarlo.

Así que, sí, habría asustado mucho a los niños que se hubieran acercado a la puerta. ¿Y la silla de ruedas y la mano falsa? Eso habría sido la guinda del pastel.

De repente, Robert se sintió mal por la forma en que había explotado contra Cal y Shelly, pero últimamente notaba cómo aumentaban sus niveles de estrés. Aunque la familia Harlop se había ido, seguía sin sentirse perfectamente normal en la casa.

¿Qué había dicho Cal? *¿Te sientes raro? ¿Te enfadas más rápido de lo normal?*

Algo así... La verdad es *que se le* iba la olla más de lo normal. Y con sólo ellos dos alrededor, a menudo eran víctimas de sus frustraciones.

Era sólo que había tantas preguntas rebotando en su cerebro, preguntas para las que no podía encontrar respuestas satisfactorias.

Robert se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta cuando le golpeó una ráfaga de viento. Hacía un frío impropio de la época, se dio cuenta, y esperaba que la nieve se mantuviera a raya el mayor tiempo posible. Lo que había dicho sobre sus finanzas era cierto, pero si la nieve llegaba pronto, o era un otoño especialmente frío, calentar la enorme finca sólo serviría para acabar con sus escasos recursos.

Antes de darse cuenta, había llegado hasta la puerta principal. El portón había resultado ser otro punto de frustración para él, ya que por mucho aceite de oliva o grasa o WD-40 que aplicaran a las bisagras, el maldito trasto no se abría más de metro y medio. Robert se acercó y pulsó el botón de la parte interior de la verja, preparándose para el horrible chirrido que se avecinaba.

El chirrido cortó el aire nocturno, un extraño sucedáneo de los alegres y asustados gritos infantiles de Halloween, y Robert sacó las manos de los bolsillos y se tapó los oídos. Tras un minuto entero de aquel horrible ruido, la verja se detuvo por fin y él se deslizó por la abertura. Debatió si cerrarla, pero eso significaría oír el horrible ruido tres veces más, algo que no quería hacer.

La dejó abierta.

Cabizbajo, Robert empezó a caminar por la calle vacía, sumido en sus pensamientos. Como Cal había dicho, estaba casi a oscuras y su camino sólo estaba iluminado por la pálida luz de la luna.

Y la guinda incandescente de un cigarrillo encendido a veinte metros.

¿Qué…?

Un hombre salió de entre las sombras y Robert se quedó helado.

"¡Tú!"

Capítulo 4

HACE CATORCE AÑOS

La enfermera Justine superó la primera semana sin problemas, aunque un poco tímida. De hecho, ya había cumplido su segundo mes como enfermera a tiempo completo de la Séptima Sala. En este caso, y sólo en este caso, al Dr. Mansfield no le importaba equivocarse. Y la verdad era que, a pesar de todas las reservas que le había suscitado su encuentro inicial, la mujer era realmente útil, lo cual era mucho decir teniendo en cuenta lo hastiadas que se habían vuelto algunas de las otras enfermeras más experimentadas. Pero ésa no era la única buena noticia que le alegraba el ánimo; de hecho, palidecía en comparación con las noticias que rodeaban a su paciente más reciente.

Aunque sus entrevistas iniciales habían revelado *que* Andrew Shaw tenía algo, algo oculto bajo la superficie, no estaba seguro de que se tratara de una segunda personalidad violenta. El tiempo y más entrevistas lo dirían, y sin duda había pruebas suficientes para comprometer a Andrew, pero no se trataba de un escenario de bichos en la oreja. Y, como Justine, el hombre era realmente inteligente y *servicial*. Obediente, dócil y más conocedor de los trastornos y síntomas psiquiátricos que cualquier estudiante de medicina de tercer curso que hubiera conocido antes.

A pesar de la escasez de personal de la Séptima Sala, el Dr. Mansfield no tardó en invitar a Andrew a acompañarle en sus rondas diarias. Juntos entrevistaban a otros pacientes, y al principio Andrew no hacía más que observar. El Dr. Mansfield estaba de acuerdo; de hecho, habría insistido en que Andrew intentara interactuar con los pacientes. Se aseguró muy bien de dejar claro que Andrew también estaba ingresado, que era un paciente y no un médico. Era un enfoque poco tradicional, sin duda, y probablemente iba en contra de media docena de protocolos, pero el Dr. Mansfield era el psiquiatra jefe y necesitaba toda la ayuda posible. Y además, pensó que este tratamiento realmente ayudaría a la condición del hombre, aunque fuera clandestino.

Después de un caso especialmente difícil -una mujer joven con al menos dieciséis personalidades documentadas-, el Dr. Mansfield se encontró en la sala de descanso para tomar una taza de café. Se acercaba al final de un turno de catorce horas y estaba especialmente agotado. Normalmente, después de atender a pacientes con Andrew,

se aseguraba de enviarlo de vuelta a su habitación, reforzando así la idea de que se trataba de un paciente. Pero esta vez se le olvidó y se encontró sirviéndose dos tazas de café: una para él y otra para Andrew Shaw.

"¿Y? ¿Qué piensas, Andrew?"

El hombre parecía tan sorprendido de que le llamaran que al principio sólo se quedó boquiabierto.

La pregunta del Dr. Mansfield tenía dos propósitos: uno, ver si podía encontrar más grietas en la chapa que había identificado por primera vez cuando Andrew había llegado; y, dos, estaba realmente interesado en lo que el hombre tenía que decir.

Realmente había mostrado cierta perspicacia en el último mes o así.

¿"Andrew"? ¿Qué piensas de Giselle Stall? ¿Alguna opinión sobre su trastorno de doble personalidad?"

Una vez más, Andrew no contestó. En cambio, se mordió el interior del labio durante tanto tiempo que la doctora Mansfield empezó a pensar que, después de todo, tal vez sería mejor enviarlo de vuelta a su habitación. Pero entonces habló y la doctora Mansfield le escuchó.

"Creo... creo que la mayoría de sus personalidades son falsas. Conté dieciocho personalidades diferentes, pero..."

El Dr. Mansfield enarcó una ceja.

"¿Dieciocho?"

Andrew asintió.

"Sí, dieciocho. La vieja bruja, la inocente de cuatro años, la curiosa de siete, la mocosa..."

El Dr. Mansfield le detuvo levantando una mano.

"Vale, bien, conozco las personalidades. Por favor, sigue con tu diagnóstico".

Andrew suspiró.

"Como decía, creo que la mayoría son inventados. De hecho, creo que todos menos dos son invenciones suyas. Pero el caso es que creo que las dos personalidades reales -que, por cierto, son la niña curiosa de cuatro años y la madre cariñosa- *se inventaron* las otras. Necesito más tiempo para saber cuál se inventó a cuál, pero está claro que sus dos personalidades están conjurando a las otras como una especie de mecanismo de supervivencia".

El Dr. Mansfield frunció el ceño. Era habitual que los sucesos

traumáticos provocaran la fragmentación del cerebro de una persona, cuyo resultado solía ser personalidades diferentes. Era algo que él había acuñado como "disidencia cognitiva extrema", una forma de enfrentarse a algo que resultaba difícil o imposible de comprender.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla y observó detenidamente a Andrew. El hombre, normalmente callado, con los ojos bajos, le miraba ahora con un aire de confianza que no había visto antes. Y el Dr. Mansfield lo encontró ligeramente desconcertante. Y el diagnóstico, aunque él no había llegado a la misma conclusión, era cuanto menos interesante. Y avanzado, aunque un poco equivocado.

"Muy bien, Andrew, digamos que me creo tu diagnóstico. Y, para que conste, yo también creo que las dos personalidades principales son la madre y el niño de siete años. Pero ahora, la pregunta más importante". Hizo una pausa, y Andrew, como era de esperar, se inclinó hacia delante en su silla. "¿Cuál es la verdadera Giselle Stall?".

Los ojos de Andrew se entrecerraron de inmediato.

Era una pregunta capciosa, por supuesto. Stall era todas sus personalidades, ya fueran inventadas, como creía Andrew, o existieran en compartimentos individuales de su mente.

El hombre que estaba frente al Dr. Mansfield abrió la boca dos veces como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla. Sorbió despacio su café mientras esperaba pacientemente.

Finalmente, Andrew respondió.

"Ambas... y ninguna, supongo. Giselle es ambas cosas".

El Dr. Mansfield asintió y se terminó el resto del café. Dejó el vaso de poliestireno sobre la mesa y estaba a punto de levantarse cuando Andrew volvió a hablar.

"¿Has visto la cicatriz que tiene en el pecho? Justo" -Andrew trazó con un dedo desde justo debajo del hueco de su garganta y dibujó una línea hasta parte de su esternón- "¿aquí?".

El Dr. Mansfield asintió.

"Sí, por supuesto".

"Es de un trasplante de pulmón. Cuando era más joven, muy joven, desarrolló una neumonía grave y su pulmón se colapsó."

El Dr. Mansfield frunció el ceño.

"Y recibió un trasplante de -atención- una niña de siete años".

Andrew enarcó una ceja al decir esto, como si fuera una revelación

importante. Por desgracia, la doctora Mansfield no estaba haciendo la conexión.

"¿Y?"

"Y de ahí viene su segunda personalidad, Dr. Mansfield. Es del transplante, y es... es... es *otra persona*. Hay *alguien dentro de ella...*"

El Dr. Mansfield se puso inmediatamente en pie.

"Es suficiente por hoy, Andrew. Deberías volver a tu habitación ahora".

Andrew se levantó e inclinó de nuevo la cabeza, con el brillo orgulloso borrado de sus ojos.

"¿He hecho algo mal?", preguntó mansamente.

"No, claro que no. Pero no puedes 'adoptar' la personalidad de un trasplante de pulmón, Andrew. Creo que lo sabes".

El Dr. Mansfield mantuvo la puerta abierta para que Andrew saliera. Pero antes de salir, el hombre se volvió.

"¿No puedes?"

El Dr. Mansfield frunció el ceño.

"No, claro que no. A veces los acontecimientos traumáticos, como una enfermedad grave, pueden..." El Dr. Mansfield se detuvo antes de empezar a divagar. "¿Cómo se enteró del trasplante de pulmón de Giselle?", preguntó de repente.

Andrew hizo una mueca como si el Dr. Mansfield ya debiera saberlo. A pesar de llevarlo con él, George se empeñó en no enseñarle nunca los expedientes de los pacientes, entre otras cosas por razones de confidencialidad.

"Justine me los dio, por supuesto. ¿No te lo dijo?"

El Dr. Mansfield frunció el ceño y tomó nota de que hablaría con Justine cuando empezara su turno dentro de una hora. No era sólo que la enfermera le hubiera enseñado los expedientes, lo que sin duda iba en contra de las normas, sino también las palabras que Andrew había empleado lo que le inquietaba.

Por supuesto, *¿por qué?*

"No, Andrew, definitivamente no lo hizo. Ahora, por favor, vuelve a tu habitación".

Capítulo 5

Sean Sommers dio una última calada a su cigarrillo antes de tirarlo al suelo. Luego exhaló una espesa nube de humo y dio un paso al frente.

"Yo también me alegro de verte", dijo frunciendo el ceño.

Los ojos de Robert se entrecerraron.

"No puedo decir que sienta lo mismo".

Sean miró por encima del hombro de Robert, su mirada se dirigió a la finca Harlop.

"¿No? Tienes que agradecerme por esa casa que tienes ahí".

se burló Robert.

"Quieres decir que tengo que agradecérselo a Ruth Harlop".

Sean soltó una risita.

"¿Crees que te firmó la escritura? Vamos, Robert. Pensé que eras más inteligente que eso. De hecho, si eso es lo que realmente crees, probablemente debería llevarme esto conmigo e irme".

Sean tenía una mano dentro de su chaquetón azul marino y enseñó la esquina de un sobre antes de volver a meterlo dentro.

De repente, Robert cambió de opinión. Después de todo, tenía la sensación de que Sean sabía más sobre la Médula que todos los sitios de Internet que había frecuentado en los últimos dos meses juntos.

Probablemente incluso más que LBlack, quien demonios fuera.

Extendió la mano para agarrar el brazo de Sean, pero el hombre se echó hacia atrás.

"Espera, no te vayas. Tengo algunas preguntas..." Sus ojos estaban abatidos ahora. "...algunas cosas que esperaba que pudieras aclararme."

Sean empezó a sacar el sobre de nuevo.

"Esto no es Jeopardy, Robert. No estoy aquí para satisfacer tu deseo de *saber*. Tienes que aceptar el hecho de que hay cosas en este mundo y en el otro lado que nunca conocerás". Sean sacó el sobre del bolsillo y se lo tendió a Robert, igual que había hecho meses atrás en su casa embargada.

Justo después de que Wendy muriera.

Robert sintió una inesperada punzada de tristeza al pensar en su difunta esposa. Se había enfrascado tanto en su investigación que había tenido muy poco tiempo para pensar en Wendy. O en Amy.

Y tal vez ése era el objetivo.

Pero ahora, la reaparición de Sean Sommers le traía recuerdos que hubiera preferido olvidar.

Como recuerdos de Landon.

Maldito Landon.

"¿Quieres el trabajo o no, Robert? Porque..."

"¿Qué trabajo?"

"Toma el sobre".

Robert vaciló, pero su curiosidad se apoderó de él y aceptó el sobre de Sean. Era aprensivo, por supuesto, pero una repentina oleada de aventura le recorrió por dentro. Y también estaba la idea de que Sean tenía respuestas... respuestas sobre la Médula, entre otras cosas.

La fisura en el cielo, los gritos y el dolor cayendo como granizo...

Robert utilizó la linterna de su móvil para iluminar el documento impreso que había dentro.

Robert,

El Hospital de Pinedale lleva casi una década cerrado y abandonado. Hasta ahora.

Hace unas noches, hubo una especie de despertar, y el Séptimo Distrito está ahora floreciendo, cuando debería permanecer en silencio. Cuando tiene que *permanecer en silencio.*

Necesitamos que vayas allí y te encargues de este desastre. A cambio de tus servicios, recibirás 100.000 dólares.

Sean

Robert leyó la carta por segunda y tercera vez. Era transaccional, sin duda, pero también notó algunas palabras extrañas.

Como si *te necesitáramos*, cuando el único nombre al pie era el de Sean.

"¿Qué?", preguntó, una sonrisa de satisfacción apareciendo en su

rostro. "¿No hay tío Tom o tía May para ir a visitar?"

Sean no sonrió. En cambio, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

"Esto no es un juego, Robert", dijo Sean después de una pitada. "Por mucho que tú, Cal o Shelly queráis que lo sea. Hay..." Sean dejó escapar la frase y Robert tuvo la impresión de que el hombre ya había dicho más de lo que quería.

"Vamos", le animó Robert.

Pero Sean permaneció en silencio.

Robert volvió a meter la carta en el sobre y luego la golpeó un momento contra la palma de la mano.

Luego se lo tendió a Sean.

"Gracias, pero no me interesa".

Esta vez, un destello de emoción cruzó el rostro de Sean. Intentó ocultarlo dando otra calada a su cigarrillo, pero permaneció el tiempo suficiente para que Robert lo recogiera.

Y en ese momento, Robert supo que tenía las de ganar.

"Esto no es negociable, Robert", dijo Sean rotundamente.

Robert se encogió de hombros.

"Mira, tú no estabas allí. No sabes lo horrible que fue ver a la pequeña Patricia masticando una maldita rata, y a ese psicópata de James Harlop con el puto agujero del cuello aleteando". Hizo un gesto despectivo con la mano. "No estoy interesado en ver eso nunca más, Sean. No, gracias. Encontraré otra forma de ganar dinero, de mantenerme a flote".

Sean lo miró con desconfianza y Robert pensó por un segundo que el hombre podría haberse dado cuenta de que estaban jugando con él. Después de todo, no había ninguna forma real de que ganaran dinero, al menos ninguna que él no hubiera considerado y descartado sumariamente. Aun así, Robert se mantuvo firme, mirando fijamente a los fríos ojos del hombre, haciendo todo lo posible por no flaquear.

El antiguo Robert Watts se habría echado atrás, se habría marchado. Pero ya no era el viejo Robert.

Sean suspiró.

"¿Qué quieres, Robert? ¿Cincuenta? Probablemente pueda subir el precio a uno cincuenta".

Robert negó enérgicamente con la cabeza.

"No quiero más dinero, quiero respuestas".

Su última palabra flotaba en el aire como un olor nauseabundo. Sean pareció interiorizarlo mientras fumaba el resto del cigarrillo en silencio.

"Una pregunta", dijo por fin el hombre, tirando la colilla al suelo. "Envía a estos fantasmas de vuelta a donde pertenecen y responderé a una pregunta".

Robert era como un niño la mañana de Navidad. Apenas podía contenerse.

"Genial. Cien de los grandes y una pregunta. Trato hecho".

Robert le tendió la mano, pero Sean se limitó a mirarla.

"¿Cómo te aviso cuando hayamos terminado?"

Sean frunció el ceño.

"Yo sabré... tú sólo preocúpate del Séptimo Distrito".

La mirada provocó un escalofrío en Robert.

El Séptimo Distrito.

A diferencia de la última vez, se aseguraría de que Shelly lo buscara en Internet para hacerse una idea de a qué se enfrentaban antes de precipitarse como había hecho en la finca Harlop.

"Lo haré", dijo Robert. Después de otro silencio incómodo, tomó esto como su señal para irse, y se volvió con la intención de hacer precisamente eso cuando la voz de Sean lo trajo de vuelta.

"¿Y Robert?"

"¿Sí?"

"Ni se te ocurra volver. Debes ocuparte de la quididad en el Séptimo Distrito, y eso es todo. ¿Entiendes?"

Atrás... no había necesidad de aclarar a *dónde se* refería Sean.

Un calor repentino y agradable invadió a Robert y sintió que sus mejillas se sonrojaban.

"Entendido, no volveré", mintió.

Luego se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a la finca Harlop con un estado de ánimo muy distinto al que había tenido hacía tan sólo unos minutos.

Capítulo 6

HACE CATORCE AÑOS

La extraña conversación en el salón tomando café con Andrew Shaw señaló un cambio en la Séptima Sala y en el doctor Mansfield. Las palabras de aquel hombre le habían inquietado, y aunque nada de lo que Andrew había dicho o hecho era peligroso en sí mismo, decidió poner freno a su trato especial. Andrew se tomó la noticia sorprendentemente bien, y ni siquiera pareció molestarle cuando se corrió la voz de que Justine había sido suspendida durante una semana por compartir información de los pacientes. Al no ver más regresiones, el Dr. Mansfield acabó por volver a confiar en Andrew.

El extraño comportamiento y los extraños comentarios de Andrew constituyeron una recaída momentánea desencadenada por el cuestionamiento directo de un diagnóstico similar al suyo, según escribió en sus expedientes. *Comentarios/acciones no indicativos de comportamiento futuro.*

Poco después de que Justine regresara de su suspensión, la Séptima Sala recibió seis pacientes en una sola semana, entre ellos la increíblemente difícil Sra. Dupuis, que venía con un delicioso bagaje de personalidad de ser ninfómana. Y como mujer de 80 años, desnutrida y grosera, incomodaba a todo el mundo, incluida la Dra. Mansfield, cuando esta particular personalidad se apoderaba de ella.

¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que la mujer gritara durante horas mientras él se ocupaba de Giselle y los demás pacientes? Entrevistar a esos pacientes, llegar a la raíz de sus problemas, requería tiempo. Tiempo que él no tenía. Por eso no había dejado marchar a Justine tras su atroz violación del protocolo, y por eso había vuelto a incorporar a Andrew a su equipo, a pesar de no sentirse del todo cómodo con la idea. Para mitigar el riesgo, esta vez Andrew recibió instrucciones específicas, en el raro caso de que estuviera con los pacientes y el Dr. Mansfield no estuviera presente:

1) De ninguna manera debía intentar tratar a los demás pacientes;

2) Las preguntas que debía formular se leerían directamente de un guión que el propio Mansfield había preparado;

3) En ningún caso debía desviarse del guión, independientemente de la respuesta del paciente;

4) Debía tomar notas detalladas de las respuestas de los pacientes

en un cuaderno que le habían entregado.

Habían transcurrido tres días desde que, vacilante, le había dado a Andrew esta responsabilidad, y estaba yendo mejor de lo que podría haber esperado, tanto para él, en términos de reducción de su carga de trabajo, como para Andrew. Casi de inmediato, el Dr. Mansfield observó un cambio en el hombre; estaba volviendo a ser más joven y vibrante, como era antes del incidente de la sala de estar.

Tampoco parecía molestar a los demás pacientes; en todo caso, el Dr. Mansfield tenía la impresión general de que les gustaba ser entrevistados por uno de los suyos. Como si ellos también pudieran ser algún día como Andrew, parte de una "sociedad" funcional, aunque muy estructurada. Algunos de ellos incluso habían empezado a llamar a Andrew "Dr. Shaw", cosa que, mientras no fuera Andrew quien lo iniciara, la Dra. Mansfield no veía ningún problema.

Durante tres días, este nuevo escenario funcionó bien.

Pero todo volvió a cambiar cuando el Dr. Mansfield perdió los estribos.

Normalmente ecuánime incluso en los momentos más estresantes, por alguna razón la cáustica combinación de falta de sueño y frustración acabó por sacar de quicio al Dr. Mansfield. Lo último que quería era gritarle a Andrew, sobre todo teniendo en cuenta su historial. Pero la señora Dupuis llevaba horas gritando y le estaba volviendo loco. La noche anterior le habían administrado una fuerte dosis de Ativan, y el Dr. Mansfield aún tenía que esperar unas horas antes de poder sedarla de nuevo.

Y por la razón que sea, se le fue la olla.

"¡Joder! Andrew, ve a ocuparte de esa mujer", siseó, lanzando a Justine el sobre de papel manila que llevaba en la mano. La mujer lo dejó caer, desparramando papeles por el suelo. Por un segundo, Andrew se quedó parado, mirando a Justine mientras ella se agachaba para recogerlos.

El Dr. Mansfield resistió el impulso de acercarse y sacudir al hombre.

"Andrew, ¿me has oído? ¡Ve a la puta habitación y ocúpate de ella! ¡Haz que se calle!"

El rostro de Andrew adquirió un color carmesí intenso y el Dr. Mansfield se arrepintió al instante de haber levantado la voz.

Ninguno de sus pacientes respondía bien a las amenazas ni a los gritos. En todo caso, solo empeoraba su estado.

El doctor Mansfield sacudió la cabeza y abrió la boca para disculparse, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, Andrew giró sobre sus talones y se dirigió rápidamente por el pasillo hacia la habitación de la señora Dupuis.

El andar del hombre había cambiado. Era más lento, más deliberado.

Quizá no sea tan buena idea. Tal vez-

Justine distrajo sus pensamientos entregándole de nuevo la carpeta. El Dr. Mansfield la miró un momento y luego observó el rostro pastoso de Justine.

"Lo siento", refunfuñó, volviéndose hacia Andrew.

El hombre ya se había ido.

El Dr. Mansfield entornó los ojos por el pasillo, preguntándose si tal vez se había imaginado el cambio de postura, la marcha más lenta.

Debería revisar las notas que ha estado tomando. Y quizá ya va siendo hora de que empiece a prestar un poco más de atención a sus necesidades, y no tanto a las mías.

El Dr. Mansfield abrió la boca para pedirle a Justine que recuperara el bloc de notas cuando una de sus otras enfermeras apareció de repente, con la cara sonrojada.

"¿Betsy? ¿Qué pasa?"

La mujer respiró hondo.

"Es Giselle. Deberías venir rápido, está teniendo otro ataque".

El Dr. Mansfield maldijo en voz baja y volvió a poner la carpeta en las manos abiertas de Justine.

Al final, si se hubiera tomado un momento para mirar antes el cuaderno de Andrew, las cosas habrían sido diferentes.

Muy diferente.

***

Los ataques de Giselle iban desde simples maldiciones hasta ataques extremadamente violentos, dependiendo de quién tuviera el control en ese momento.

Betsy había hecho bien en venir a buscar al Dr. Mansfield; éste era malo. Parecía como si hubiera surgido una nueva personalidad, una

que era simplemente mala. Hablando en lenguas, Giselle había esperado a que uno de los celadores se acercara para atarla cuando le mordió. Y no fue un mordisco de amor, tampoco; un trozo de carne del tamaño de una manzana colgaba del brazo del hombre.

El celador, Vern, era un hombre con el que el Dr. Mansfield había trabajado durante muchos años, así que cuando afirmó que su mano se había disparado por accidente, por impulso, era propenso a creerle. Pero Vern era un hombre grande, que pasaba todo su tiempo fuera de la sala, en el gimnasio. Así que cuando su mano había arremetido, había callado a Giselle al instante.

El Dr. Mansfield no creía que la joven tuviera la mandíbula rota, pero aun así le iba a dejar un feo moratón. El pabellón séptimo no era popular para las visitas; la mayoría de los amigos y familiares de los ingresados acudían durante las primeras semanas, meses tal vez, pero con el tiempo la frecuencia entre ellas se hacía cada vez más larga, hasta que inevitablemente dejaban de hacerlo por completo. Sobre todo si parecía, al menos desde fuera, que su estado mejoraba poco. Tuvo la suerte de que Giselle fuera una de las pocas pacientes que recibían visitas con regularidad. El padre de Giselle, socio de un bufete de abogados de tamaño medio, acudía a una visita supervisada todos los viernes exactamente a las once de la mañana. Sólo veinte minutos, pero aún así... hoy era jueves.

El Dr. Mansfield encargó a una de las enfermeras que atendiera el mordisco de Vern mientras él lo observaba, tratando de averiguar cómo iba a enfrentarse a esta situación. Con una financiación tan ajustada como la que tenía -que le obligaba a utilizar a un paciente para realizar las entrevistas-, molestar al padre de un paciente, un abogado, nada menos, no iba a ayudar a su cuenta de resultados.

Se frotó los ojos con los dedos, intentando, sin conseguirlo, alejar la fatiga que le envolvía hasta los huesos.

"Vete a casa, Vern", dijo con un suspiro.

"¿Por qué? Fue un accidente. Mierda, yo no golpearía a una chica, lo sabes, Doc."

El Dr. Mansfield, con los ojos aún cerrados, asintió.

"Lo sé, pero aún así deberías irte a casa. Tómate un largo fin de semana".

El hombre se mordió el interior del labio antes de contestar.

"¿Con paga? ¿Me pagan por esto?"

Las preguntas sobre el sueldo le recordaron a Andrew y Justine, y cómo la falta de financiación le había llevado a ampliar sus

responsabilidades más de lo debido.

Responsabilidades... ¿un paciente viendo pacientes? ¿Tomar notas? ¿En qué estaba pensando?

Pero esa era la cuestión; *no estaba* pensando.

"Sí, de acuerdo. Vuelva el lunes", dijo, abriendo por fin los ojos. Con una inclinación de cabeza, el Dr. Mansfield se dio la vuelta y se marchó, dirigiéndose directamente a la habitación de Andrew Shaw.

Sus ojos, sombríos momentos antes, se abrieron de par en par con sorpresa cuando abrió la puerta y encontró a Justine sentada sola en el catre, de espaldas a él.

"¿Justine? ¿Qué haces aquí?", le preguntó. Después de su suspensión, él había hecho todo lo posible para mantener a los dos separados.

Al no obtener respuesta, el Dr. Mansfield entró en la pequeña habitación de dos por dos.

"¿Justine?", volvió a preguntar, alzando la voz.

Como ella seguía sin contestar, le puso una mano en el hombro.

"Estoy hablando de..."

Justine giró la cabeza lentamente, con una expresión extraña en su pálido rostro.

"Está en algo", dijo lentamente.

"¿Qué? Los ojos de la doctora Mansfield se desviaron hacia el cuaderno que yacía abierto en su regazo.

"Creo que el Dr. Shaw sabe cómo curar a esta gente".

El Dr. Mansfield hizo una mueca.

"¿De qué demonios estás hablando? Dame..." Alcanzó el bloc de notas, pero ella lo apartó de él.

"Él puede curar a la gente", siseó. "¡Él *lo sabe*!"

"¡Justine! ¡Despierta!"

El Dr. Mansfield rodeó agresivamente su grueso cuerpo y le arrancó el cuaderno de las manos.

"¿Qué te pasa?", espetó. "Tómate el resto del día libre, Justine. Piensa en..."

Sus ojos bajaron instintivamente a la página abierta del cuaderno, e inmediatamente perdió el hilo de sus pensamientos.

¿Qué demonios?

En la línea superior estaba escrito GISELLE STALL, en letras negras sólidas. Pero el resto de la página, de hecho, cada línea contenía la misma frase escrita una y otra vez en perfecta cursiva.

...hay alguien dentro de mí...hay alguien dentro de mí...hay alguien dentro de mí...

El Dr. Mansfield susurró una maldición y pasó a la página siguiente. Era la misma que la primera, sólo que con un nombre diferente en la parte superior: MARGARET DUPUIS.

...hay alguien dentro de mí...

Pasó rápidamente a la página siguiente, y luego a la siguiente. El cuaderno entero estaba lleno de la misma frase demencial, repetida cientos, si no miles de veces.

El Dr. Mansfield estaba a punto de cerrar el cuaderno, pero llegó a la última página y el corazón le dio un vuelco de repente.

El nombre en la parte superior era el suyo: DR. GEORGE MANSFIELD.

Las luces de la habitación de Andrew cambiaron repentinamente a rojo, y una alarma desgarradora llenó de pronto el Séptimo Distrito.

"Mierda", maldijo, tirando el bloc de notas en la cama junto a Justine.

La adrenalina inundó su organismo, desplazando momentáneamente la sensación de espanto y repulsión que le producía el cuaderno que acababa de leer. Ignorando a Justine, que seguía mirándolo fijamente, el Dr. Mansfield se precipitó hacia la puerta, casi chocando con un celador que entró a toda velocidad.

"¡Dr. Mansfield! ¡Dr. Mansfield!"

El hombre se dobló, intentando recuperar el aliento antes de continuar. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", preguntó. "¿Qué está pasando?"

Cuando el hombre continuó con su respiración agitada y levantó una mano para pedir un momento, el Dr. Mansfield pasó a su lado y entró en el pasillo.

En toda la década que llevaba trabajando en el Distrito Séptimo, el Dr. Mansfield sólo había oído sonar la alarma tres veces. Una había sido una falsa alarma, mientras que las otras dos habían sido intentos de suicidio.

Sólo uno había tenido éxito.

El Dr. Mansfield se había prometido a sí mismo que no permitiría que volviera a ocurrir.

"Es la señora Dupuis", resopló el ordenanza desde detrás de él. "¡Por favor, Doctor, tiene que darse prisa!"

El Dr. Mansfield se puso inmediatamente a correr.

Por favor... otra vez no.

*PARA SEGUIR LEYENDO, HAZTE CON TU EJEMPLAR DE **THE SEVENTH WARD,** ¡YA A LA VENTA!*

¿Necesita una dosis de suspense?

¡Echa un vistazo a mi éxito de ventas Chase Adams FBI Serie disponible exclusivamente en Amazon!

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Derechos de autor © Patrick Logan 2016
Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)
Diseño interior: © Patrick Logan 2016
Edición: Edición de línea principal (www.mainlineediting.com)
Todos los derechos reservados.

Este libro, o partes del mismo, no pueden reproducirse, escanearse ni difundirse en forma impresa o electrónica.

Primera edición: Diciembre 2023